
CRISTINA PÉREZ
TIEMPO
DE RENACER
LA VIDA DE DOS MUJERES ENTRELAZADAS
POR EL CUADRO MÁS FAMOSO DE BOTTICELLI

CRISTINA PÉREZ

TIEMPO DE RENACER

La vida de dos mujeres entrelazadas por el cuadro más famoso de Botticelli





Para mi amor, Luis Petri.
Porque este libro lo soñé a tu lado buscando secretos en las calles de Florencia.
Porque nuestro amor incondicional también me hizo renacer.

TIEMPO DE RENACER



"Murió en nuestra ciudad una mujer que
conmovía tanto al pueblo florentino, que quien
la trataba se sentía amado por ella".

LORENZO DE MEDICI, EL MAGNÍFICO

*T*odos tenemos un enigma por resolver sobre nosotros mismos. Pero para lograrlo debemos descubrir que existe esa pregunta interior. ¿Quién soy?

A veces no nos damos cuenta de que incluso nuestras más profundas angustias, son solamente preguntas. Preguntas formuladas desde lo que no sabemos de nosotros mismos y que claman por respuestas. ¿Para qué estoy aquí? ¿Dónde y en qué coordenada de este mapa que se camina a tientas estoy ocupando realmente mi lugar? ¿En qué nota de esta partitura, resuena en armonía mi destino? Porque la vida solo tiende a seguir su curso, a florecer hasta lo más conmovedor de su belleza. Pero a diferencia de una rosa o del vuelo excelso de las aves, somos nosotros, pequeños e ignorantes, los portadores de este secreto, las auroras de nuestra identidad. Por eso, en la búsqueda, nacemos y renacemos. Por eso, siempre es tiempo de renacer.

Siempre es tiempo de Renacimiento.

I



2023
Florencia

Helena tenía que hacer tiempo. Bebió de un trago lo que quedaba de su *cappuccino* y salió del Café Gucci sin destino. Al menos por tres horas mandaría el azar. En Florencia, después de todo, siempre se superponen los tiempos. La traza de la ciudad era la misma que hace quinientos años, pero la energía de las calles la hacía sentir siempre nueva. El tiempo libre hasta su sesión de fotos le permitiría dejar por un rato el ensimismamiento del que llega a una ciudad por trabajo y no puede disfrutarla. El glamour de la moda era apenas el destello de una maquinaria que lo demandaba todo para producir sus luces.

Como si supieran donde ir, sus pasos la llevaron intuitivamente a la Piazza della Signoria. Allí, junto al Palazzo Vecchio, la réplica del David de Miguel Ángel le confería un halo amigable a la antigua fortaleza donde se asentó el poder que inventó la política moderna y que inspiró *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo: el poder de los Medici. Pero eso no era lo que Helena estaba pensando. Miró la hora. Tenía tiempo para entrar a la Galleria degli Uffizi. Había visto decenas de veces sus salas monumentales a trasluz cuando va cayendo el sol, desde el otro lado del río Arno. Pero siempre estaba corriendo de una cita a otra en sus agendas sin respiro. Esa tarde, en cambio, era distinta.

La Galleria degli Uffizi albergaba una colección magnífica que incluía esculturas de la antigua Roma y pinturas icónicas del Renacimiento. Helena cedió esta vez a la tentación de ser turista por un rato y cruzó la explanada entre las dos alas del edificio construido en el siglo XVI. La miraron pasar notables presencias desde la doble

hilera de esculturas. Descubrió pronto a Miguel Ángel Buonarroti, y reconoció a Leonardo Da Vinci. Al llegar al extremo de la columnata se sumó a la fila de visitantes, compró la entrada, pasó el control de seguridad e inició el recorrido por el subsuelo. Antes de entrar, se quitó el abrigo de paño color beige que la cubría, y quedó con un pantalón de jean y una remera blanca enorme que le daban aire adolescente. Como todo ornamento, se hizo un nudo en el pelo que caía levemente ondulado hasta la cintura y se entregó al momento. Decidió no abrir el tercer mensaje de su padre que le pedía hablar. Ya sabía qué quería. Que dejara de perder tiempo con el modelaje. Que terminara la carrera de Finanzas. Ella no tenía esa prisa. Se sentía como alguien que está empezando a reconocer dónde está parada y hasta su propia presencia en el espacio. Eso que era fácil en una pasarela no lo terminaba de dilucidar en la vida. Por momentos la atraía ganar el buen dinero que venía de las campañas publicitarias, aunque no fuera una modelo top. Y por momentos sentía que era su forma de escapar, o de evadirse. Siempre la había acompañado una sensación de intermitencia, de estar y no estar. De pertenecer a medias. Como si pudiera entrar y salir de esos mundos que la rodeaban. En ese momento, de hecho, no soportaba ni escuchar a la guía que, con voz estridente, repetía su coloquio sobre arte medieval a un nutrido contingente de viajeros. Se salteó la primera sala para ganar algo de paz y dejó atrás esas *madonnas* con sus niños, pintadas sobre plafones de madera con fondo dorado.

Casi sola, extrañamente sola, empezó a sentir el desacople de la realidad que irrumpe como una sutil anestesia en los museos. Las formas en los cuadros iban cambiando. El sensual púrpura, el suntuoso azul, el incandescente amarillo, el verde atemporal, estallaban de pronto en cuerpos voluptuosos y místicos a la vez, santos pero bellos. *Madonnas* más humanas, con ruborizadas mejillas y niños enigmáticos, cándidos y adultos a la vez. Las vírgenes del Renacimiento eran mujeres. Las vírgenes medievales eran íconos. De pronto, las mujeres corporizaban virtudes y gracias, además de martirios y devoción. Eso dedujo. Sin mucho entendimiento. Algo se iba descomprimiendo en su cabeza. Por fin.

Y fue en ese momento adecuado e inesperado, que sintió repentinamente la desnudez. Primero percibió un rubor en la cara y la sensación refrescante de una brisa marina que parecía venir de ese cuadro. Helena caminó directo hacia la pintura. Era como si se acercara a una ventana abierta, no a un cuadro. Le pareció raro. Quizás era por ese cielo suavemente celeste, casi confundido con el agua de un verde transparente. Quizás era por haber desconectado al

fin de todo lo otro. En una milésima de segundo le quitó los ojos a la visión para buscar el nombre de la obra. “Sandro Botticelli, claro”, se dijo. Y regresó con la mirada al rostro de ella, de Venus. Sin poder entender muy bien lo que estaba pasando, al buscar el rostro de la diosa, se vio. Se vio. No parecida. No solo parecida. O más bien idéntica. Se vio ella como si estuviera ante un espejo. Parpadeó carnal ante a ella, esa mujer. Pero no parpadeó como otra, parpadeó como ella. Parpadeó con ella. Helena cerró los ojos y apretó los párpados como si pudiera borrar lo visto. Pero al abrirlos sintió su lánguida mirada volviendo en forma de reflejo desde esa imagen. Asustada, dio un paso hacia atrás. Y la mujer en el cuadro también lo hizo. Al mismo tiempo. Tambaleó como tambaleó la otra sobre esa concha marina en la que se posaba sobre el agua. No entendía si esta vez era ella la que replicaba al cuadro o el cuadro a ella. ¿Quién tambaleaba? ¿El piso se hacía de pronto inconstante o líquido? O la mujer del cuadro era ella. ¿Quién era ella? ¿Qué diablos estaba pasando? Sintió confusión, pero también seguridad. Y eso le produjo más temor. Reconoció con intimidad su propia nostalgia en la cara que la copiaba. La extraña no era extraña. No podía quitar los ojos de ella. Se sintió dentro de esa escena. No podía ser. O sí. Movió un brazo para testear, y ella, la otra, también movió el brazo con el que sostenía su pelo larguísimo para taparse el pubis. Al verla a ella quedar totalmente desnuda, sintió pudor por sí misma y se cubrió como si la desnudez le perteneciera. Sintió de pronto algo parecido a la claustrofobia, y un miedo extraño de no poder volver. ¿De no volver de dónde? Era como una dislocación en sí misma, fuera del tiempo. Habían pasado solo segundos. Escuchaba voces en otro plano auditivo. Empezó a temblar. No lograba tener claridad para empezar a preguntarse lo que estaba pasando porque ante todo debía concentrarse en eso que estaba ocurriendo. Justamente, no era su imaginación. Sintió la adrenalina del que quiere escapar, sintió peligro, pero al mismo tiempo sintió que estaba allí en el mar, flotando apenas sobre esa concha marina que llegaba a la costa de Chipre. La abrumó la sensación de no poder siquiera pensar. Sintió que el miedo la tomaba. Percibió que el temblor se convertía en inestabilidad. Era la inestabilidad del agua. Sintió terror. Y confusión. Luego cayó inconsciente sobre el piso de la Sala Botticelli.

En un espacio contiguo, la guía que estaba explicando los detalles de *La Primavera*, otro cuadro del mismo pintor, corrió al instante al verla desvanecerse. Al acercarse, la mujer debió mirar dos veces por la sorpresa que le provocaba lo que tenía ante sus ojos. Una chica joven de rostro idéntico a la del cuadro estaba tendida en el piso con el pelo

ondulado e interminable, de las mismas tonalidades doradas y cobrizas que el de la Venus en la pintura. Era como si la mismísima diosa hubiera saltado desde su escena hacia la sala del museo. Se enojó consigo misma al darse cuenta de que revisaba que la imagen de Venus siguiera precisamente en su lugar. Es que conocía de memoria esa obra. La explicaba varias veces por día desde hacía casi treinta años. Y no daba crédito a lo que veía. Estaba arrodillada en el suelo mientras todas estas disquisiciones ocurrían en su mente al tiempo que le tomaba el pulso a la joven y decidía si era necesario pensar en una reanimación. Vio acercarse en un tumulto al servicio de emergencias y le salió un suspiro angustiado de alivio al ponerla en sus manos.

—Su pulso está bien. No sé qué le pasó. No estaba en mi grupo. La vi caer como una plumita al piso. Pobre niña.

Al tiempo que veía a los paramédicos llevarse a la joven, la guía se puso de pie tambaleándose un poco hasta lograr estabilidad y presa aún del desconcierto. Cuando iba a acercarse a su contingente para pedir disculpas por la demora, observó el rostro grave de uno de los curadores del Museo y hubiera jurado que sabía lo que estaba pensando. Pero no iba a ser ella quien le dijera nada. En los museos se vivían situaciones emocionales de todo tipo. El arte impactaba en forma singular y única en cada persona que lograba una experiencia trascendente. Estaba segura de que esa chica había vivenciado algo especial.

Josefina López había emigrado a Italia desde España como una joven estudiante de Historia del Arte. Allí en Florencia había terminado su carrera, había conseguido trabajo como guía en idioma español, y había conocido a su marido con quien tenía dos hijos ya adultos. En todo ese tiempo nunca había dejado de hacer lo que le apasionaba: mostrar esos cuadros que la habían asombrado hasta las lágrimas desde siempre y compartir sus secretos para que también otros pudieran recibir el arte en su corazón. El mundo del arte era curioso. Había visitantes del Museo que salían con su corazón tan inerte como había entrado. Pero había expertos de arte que lo tenían igualmente helado. Y no entendían que una obra es un enviado de otro tiempo que vive para contar recónditos secretos. Esa pasión por el misterio vivo en cada obra la encendía. No creía en el excesivo tecnicismo de algunos reputados nombres y tampoco en quienes se aferraban a relatos convencionales para quedarse con una mirada cómoda y simplista. Los cánones eran lugares mentales parecidos a los mausoleos. Y aunque sabía que ese rigor tenía un sentido y era el abordaje serio y metodológico, ella hacía tiempo que había optado por ir más allá. Hubiera jurado que el circunspecto curador había notado

lo mismo que ella sobre esa chica, pero prefirió fingir que nada pasaba y mirando bajo empezó a caminar hacia los turistas que la esperaban. Él la reprendería por “su pensamiento esotérico”. Estaba segura. Cuando buscaba evadir al curador mirando el suelo, fue que descubrió el objeto. Allí vio una pequeña cartera color verde agua que se había abierto al caer. Sobresalía un papel con un nombre y lo que parecían las indicaciones para una cita de trabajo. “Helena De Benedetti”, leyó. Necesitaba saber exactamente lo que le había pasado a esa niña.

II



1469
Palazzo Medici, Florencia

—Vamos, Sandro… dinos todo lo que sabes de la *signorina* Simonetta…

—No sé nada, Giuliano…

—¡Eres su vecino!

—Ya está bien, no me fastidies…

—Oye, no te ofendas, Sandro. Era solo una broma de Giuliano. ¡Ey, Sandro! ¡No te vayas…!

—No me mires así, Lorenzo. Admite que tú también querías saber de ella, hermano… ¿eh?

Sandro Botticelli sujetó su gorra escarlata para evitar que cayera por el peso de su tupido cabello y bajó la cabeza para esconder el rubor de su cara mientras salía raudo y perturbado del señorial patio del palacio. No podía permitirse mostrar sus sentimientos ante sus jóvenes patrones, Lorenzo y Giuliano de Medici, que lo trataban como un hermano. Jocosamente y en tono burlón lo habían interrogado hasta el hartazgo sobre la joven doncella que sería en pocos días la esposa de su vecino Marco Vespucio. La boda se realizaría ahí mismo en el palacio de los Medici, donde la recién llegada sería alojada para mantener la recomendable distancia que se espera de una virgen. Pero no era la boda, ni la procedencia, ni la dote, lo que entretenía a los enérgicos hermanos, al hablar de ella. Era el deseo. No era la primera vez que Sandro los veía así, como leones a la caza, pero esta vez sentía una inocultable incomodidad. Además de una evidente desventaja: para los hermanos, que eran los verdaderos príncipes de Florencia, no había restricciones si ponían los ojos en una mujer. Ni siquiera si

estaba desposada. Y Sandro, aunque la poderosa familia prácticamente lo hubiera adoptado, era solo un artesano dedicado a la pintura que había tenido la fortuna de ser protegido por sus mecenas de la noble Casa de Medici. Él no podía ni soñar con una mujer de ese linaje.

La familia Vespucio que era la más influyente del distrito de Ognissanti (Todos los Santos), a orillas del río Arno, en el centro de la ciudad, tenía su casa al lado de la de su familia, allí donde pronto Sandro iba a abrir su estudio. Él la había visto llegar aquella mañana fría de diciembre. Sin saber quién era. La había visto caminando entre damas de compañía vestidas de negro con la cara cubierta bajo un velo transparente y ceñidas cintas de terciopelo negro que envolvían su rostro y se traslucían bajo la leve cobertura. Pero entonces no sabía ni su nombre. *"Chi sarà?"* "¿Quién será?", se había preguntado.

Hacía solo minutos, no había podido ni mirarla pasar cuando Lorenzo y Giuliano la habían intimidado con su presencia al verla cruzar la galería. Pero él ahora caminaba de prisa para encontrarla. Su capa escarlata se levantaba acompañando el paso firme de quien no sabía dónde iba. Una total sinrazón. ¿Qué iba a hacer si la encontraba? Jamás le había dirigido la palabra y no correspondía que lo hiciera. Además, ella parecía registrar poco de lo que la circundaba. Sin embargo, algo que él mismo no llegaba a comprender lo impulsaba a protegerla. Él, que también recibía comisiones de pinturas de los Vespucio, había escuchado ocasionalmente parte de la negociación del jefe de esa familia con los señores de Appiani, que aportaban la dote por la unión matrimonial. Habían llegado de Piombino, en la costa oeste de la región toscana para terminar el trato. Gracias al conveniente matrimonio, los Vespucio adquirían derechos sobre las minas de hierro de la isla de Elba, algo que venía bien a los Medici, y los familiares de la muchacha obtenían un acceso inapreciable a esa casa florentina. Para los Vespucio, Simonetta era una llave para ganar influencia y ampliar su alianza con el clan que dominaba la ciudad.

Simonetta Cattáneo era apenas una pieza ínfima entre esos pesados engranajes de poder y había sido criada para serlo, aunque fueran muchos más los cataclismos personales que la habían llevado a Florencia. Lo que Sandro no podía saber es que Simonetta vivía su tercera migración con solo dieciséis años y que en sus desarraigos ya había conocido desde la caída en desgracia de su familia, a las traiciones más descarnadas de los propios y el peligro inminente de morir. Simonetta era el obsequio de agradecimiento de su propia madre a los señores de Piombino, los parientes que los habían refugiado en el exilio de Génova. A ella solo le quedaba acatar ese

destino.

El palacio de los Medici, donde Sandro la buscaba como en un laberinto, era el punto neurálgico del poder en Florencia y de eso daba cuenta su ubicación estratégica al norte de la ciudad. La construcción tenía visión privilegiada a puntos vitales. En línea recta, se avistaba a la perfección extraordinario Duomo de Santa Maria del Fiore y el Baptisterio de San Juan, y más al sur, la fortificación del Palazzo Vecchio donde se asentaba el poder formal. Hacia el oeste y a un minuto de caminata se levantaba la Basílica de San Lorenzo, que era el mausoleo de la familia. La palaciega residencia familiar, por su parte, había sido construida bajo criterios de máxima discreción por designio de su más notorio patriarca, Cósimo de Medici. Piero, hijo de Cósimo y actual líder, junto con su esposa Lucrezia habían acogido a Sandro como un hijo más.

Poco después de la muerte de otro artista protegido por la familia como había sido Donatello, la comisión de una pintura en particular le había hecho ganar el corazón de los Médici a este hijo de un próspero curtidor y destacado aprendiz. Cuando Sandro Botticelli descubrió ante los ojos de la gran Lucrezia de Medici *La Madonna del Magnificat*, la dama vio en la maravillosa pintura circular o *tondo*, una imagen de su familia. Supo sin dudas que, en la mismísima Virgen, ese muchacho había escondido rasgos de ella y reconoció a sus hijos entre los cinco ángeles que la rodeaban: Lorenzo sosteniendo el tintero y Giuliano, el libro sobre el que la virgen escribe, mientras guarda en su otra mano una granada, símbolo de la resurrección. Desde aquellas primeras pinturas, Sandro ya era contendiente del mismísimo paso del tiempo.

Pero ahora, solo una imagen ocupaba su cabeza. La imagen de Simonetta, a quien había visto danzando en su presentación en sociedad, a quien había visto huyendo, a quien buscaba ahora. Ella parecía una criatura en peligro, que huye de un inminente asalto, pero que en su belleza parece más peligrosa que el peligro. Caminaba expectante y ávido cuando distinguió la cola de su vestido perderse como una ráfaga en la escalera que llevaba a la capilla. Esperó un segundo para no ser visto y también se apresuró en subir la escalinata, sin saber aún por qué la seguía.

Cruzó la capilla, pero ella no estaba. Atravesó los corredores percibiendo su sombra, las ondas en el viento a su paso, su perfume entre la penumbra de los salones, pero ella no estaba. Enfiló hacia el único espacio pendiente y al tomar el hall que llevaba a la gran sala, descubrió su escondite. Ella estaba sentada en una poltrona de terciopelo púrpura a los pies de la bellísima *Madonna con el bambino* pintada por su amado maestro Fra Filippo Lippi. Hundía su cabeza

dejando caer su rostro sobre sus manos juntas. Se adivinaba sus ojos cerrados y solo sus rizos cubrían la cara por fin libre. Sandro se quedó paralizado. Hubiera querido no respirar. Pero sus ojos grandes y curiosos contrariaban su timidez. Él se hubiera escondido, ellos saltaban. Y solo pudo ser el brillo de su mirada en esa penumbra lo que exaltó hasta la agitación a la joven ensimismada en su inmensa soledad. El susto de ella al descubrirlo, lo mortificó.

—¡Oh! ¡Perdón! ¡Perdón, *signorina*! No quise perturbarla.

Simonetta elevó sus ojos que no eran vivaces, que no eran inquietos, que no eran pícaros. Él no había visto nunca la dulzura subyugante de la nostalgia en una mirada. Una mirada capaz de desarmar un ejército, pensó. La melancolía con esperanza, tenía su fuente en ese candor intimidante. No podía soportarlo. Intentó bajar los ojos y no mirarla, pero no pudo.

—A veces vengo a ver la Madonna de mi maestro, pero vendré en otro momento —mintió.

Se sintió estúpido. Ella no contestó. Pero no se percibió en peligro. Él transmitía una paz extraña porque al mismo tiempo se veía convulsionado. Convulsionado pero confiable. Simonetta sintió que ese hombre la estaba mirando para siempre, como si estuviera guardándola en su memoria.

Ya sin resistencias en pie para soportar la beldad de sus ojos y el propio atrevimiento, Sandro inclinó la cabeza en reverencia y se volvió sobre sus pasos.

—*Signorina*, usted parece Venus —susurró al alejarse creyendo que ella no había escuchado.

Y allí la vio pasar a su lado como una ilusión. La vio escapar escoltada por sus rizos interminables que flotaban como ondas de luz en el aire. La vio volverse imprevistamente hacia él. Y sus ojos se encontraron por unos segundos. Al caminar de regreso al patio, Sandro sintió que habitaba su propia carne por primera vez.

III



2023
Galleria Vittorio Emanuele, Milán

—¿Estás segura de que no habías tomado alguna cosita?

—No puedo creer que lo primero que se te ocurra decirme sea eso.

—Pero ¿cuándo pasó todo esto?

—No es to-do-es-to, Domenico. Y no te burles… No debí haberte contado. Fueron cinco minutos nada más, que duraron una vida. No lo puedo explicar…

—Me asustas, Helena…

—¡No me estás ayudando, Domenico!

—Está bien… Perdón. Cuándo fue esto…

—Fue la semana pasada.

—Y, discúlpame, pero por qué no volviste al museo… a ver si volvía a pasarte lo mismo.

—Porque teníamos que regresar a Milán por esta campaña. ¿O qué crees que estamos haciendo al lado de esta copa de Campari? ¿Teniendo una cita?

—Tienes que volver, Helena.

—Lo tomas más en serio que yo, Domenico. La verdad, creo que preferí dejarlo pasar. Pero no me quedaré tranquila si no intento…

—Tal vez estabas cansada o con hambre… ¿Habías comido o estabas en ayunas como haces para salir con la panza chata en tus producciones?

—No seas estúpido. Acababa de comer algo. A menos que los pasteles de chocolate con *cappuccino* provoquen alucinaciones.

—Yo no podría estar tranquilo sin volver y confirmar que no pasa nada.

—Sí, es así como dices. De hecho, volveré la semana que viene. Una guía del museo guardó mi cartera. Y tengo otro trabajo en Florencia. Además, quiero contactar al fotógrafo que te dije.

—¿Tienes miedo?

—*Mamma mia,* Domenico. No debí contarte. Dramatizas. De lo que tengo miedo es de que mi padre vuelva a enojarse por el retraso de mi carrera. Lo que quiero hacer realmente es estudiar fotografía.

—Pero no te queda nada para terminar Finanzas, Helena.

—Lo sé, lo sé. Terminaré Finanzas. Además… No quiero especializarme en perder *castings*.

La risa de los dos jóvenes retumbó en el alto techo del histórico bar al paso del *Camparino in Galleria,* cuna del famoso aperitivo milanés. Cuando Helena levantó los ojos tomándose el abdomen, agotada ya de tantas carcajadas, se encontró imprevistamente con los mosaicos florales del cielorraso *art nouveau* y no pudo contener su impulso. Tomó el celular y empezó a registrar esos colores incandescentes de flores, frutas y pájaros que parecían venirse encima increíblemente vivos y brillantes. Solo bajó los ojos encandilada por las luces del candelabro de hierro que completaba esa escena con el encanto intacto de principios del siglo XX. Ese deleite que le daba la fotografía de arquitectura o arte decorativo no se lo daría nada. Realmente le importaba poco su progreso en el modelaje, aunque reconocía que ese trabajo la divertía y le permitía, además de viajar, tener muy buenos ingresos y mejores contactos. Al menos para pensar en independizarse. No veía sencillo hacerse un nombre. La industria de la moda se había vuelto más anónima que nunca y solo unos pocos trascendían. Además, su belleza, si la tenía, había pasado de moda.

—¿Y quién te ganó esta vez, *madonna* perdedora?

—¡Me dijiste perdedora!

—Broma, broma.

—Lo sé. Igualmente, no vengo con buena fortuna en los últimos castings. Me ganó de nuevo esa chica sueca que tiene un rostro que podría ser el tuyo y el mío a la vez. Es casi imposible no perder contra esa cara.

—Sí. Agneta tiene una cara increíble.

—Agneta… Ella… Hasta tú la recuerdas.

—Ella tiene ese toque andrógino perfecto que hoy todos buscan, pero tú eres bellísima Helena. Bellísima como las estatuas de la Antigua Grecia que siguen siendo bellas hoy.

—¿Lo ves? Estoy pasada de moda.

Los dos modelos volvieron a reír y no hubo caso en que el joven intentara explicarle que esa belleza clásica que Helena poseía era

precisamente la que no pasaba porque era sin tiempo. Domenico era alto y espigado, con cara angulosa, como trabajada a cincel y un pelo rojizo que parecía salpicar las pecas de su cara dándole aire de niño travieso. Con Helena se habían hecho amigos al conseguir su primer trabajo en la misma campaña. Mientras esperaban que siguiera la sesión de fotos, Helena volvió a pensar en ese cuadro. Se había sentido tan confortable en esa escena de Botticelli, como incómoda tantas veces en las escenas de sus producciones. Pero también se había sentido espantada. Tenía que regresar. Ver qué pasaba en el museo.

IV



1469
Florencia

Florencia era la ciudad más bella del mundo. Así lo atestiguaban con su asombro sin fin los ojos del joven aprendiz que hacía poco se había sumado al atareado taller del maestro Andrea Verrocchio. Inquieto y sagaz, Leonardo hacía suyo todo lo que veía y tenía dones naturales que dejaban perplejos a sus instructores. Le encantaba, de hecho, mantener largas conversaciones con pintores más expertos y eso lo había llevado a acompañar hasta su casa al cada vez más afamado Sandro Botticelli, llamado en realidad, Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi.

Las calles de la ciudad que ambos trajinaban a pasos largos eran un laberinto de posibilidades y escondían gemas artísticas sin par. Luego de cruzar callejones, pasadizos estrechísimos, túneles que obligaban a andar encogidos, y anchos paseos con bulliciosos comercios en un trazado caótico y desigual, los dos pintores ya se habían alejado del estudio de Verrocchio para adentrarse en el ajetreado distrito de Ognissanti donde Sandro vivía, pero, sobre todo, donde ponía a punto su propio taller.

—Serás el único que tenga su propio taller con solo veinticinco años, Sandro —se entusiasmaba Leonardo tomándose la frente ante lo increíble de la hazaña que motivaba su propia ambición.

—Tú también podrás tenerlo un día, Leo. Te mostraré cuán luminosa será la sala de pintura. Habrá una habitación apartada para trabajar con modelos y tendremos todos los nuevos materiales —le revelaba Sandro en un susurro como quien devela un íntimo secreto.

Por cada parsimoniosa zancada de Sandro, que siempre parecía

sumido en su mundo, Leonardo daba varios pasos saltarines. Era un joven delgado, atlético y bellísimo. Sus ojos parecían mirarlo todo, todo el tiempo, y pasar más allá de las cosas. Sandro a veces trataba de seguirlos para ver en qué fijaba su interés. Pero era un intento inútil porque el muchacho que había llegado de Vinci cambiaba el foco de su mirada con la agudeza de un águila. Si debían definir a Sandro por sus ojos, sabrían que eran su firma, porque había innovado logrando la mirada al espectador del cuadro con autorretratos escondidos en distintas obras. Su mirada no era intrépida, pero era profunda y parecía revelar un misterio desde el lánguido silencio de sus párpados entornados.

—Dudo que vaya a tener un estudio tan rápido. Ahora mismo debo pintar un ángel para un cuadro del bautismo de Jesús, pero no estoy de acuerdo con lo que me ha dicho el maestro Verrocchio y...

—¡Leonardo! Debes dejarte enseñar. Todos comenzamos copiando, imitando, aprendiendo estilos y en las obras de colaboración es importante que no se noten las diferentes manos. ¡Haz lo que te dice el maestro!

—Sí, lo haré... —respondía resignado Leonardo, pero sin resignarse del todo—. Igual pensé hacerle unos rizos que parezcan salirse del cuadro y una cara de admiración que haga seguir sus ojos para observar a Cristo por su sola expresión.

Sandro estalló en carcajadas antes de decirle que por sus grabados no tenía dudas de que iba a lograr lo que se proponía.

—Pero ten piedad del pobre maestro Verrocchio que por fin ha osado pintar, dejando sus esculturas en suspenso y por lo que veo terminará superado por su aprendiz. Ya imagino tu ángel llamando la atención como tú.

Los dos rieron con complicidad mientras se abría ante sus ojos la plaza de Ognissanti, que debían cruzar antes de enfilar hacia la *Via Nuova Borg* donde esperaba la casa cuya ala más nueva Sandro destinaría a su propio taller, con permiso de su padre. Hijo de un próspero curtidor, enfermizo de niño, e inestable en sus aprendizajes de infancia, el joven pintor ahora era el orgullo de la familia. Elegido por los Medici como protegido había comenzado a recibir interesantes comisiones.

Mientras disfrutaba de las vivaces ocurrencias de Leonardo notó que prácticamente todos los que estaban en la calle caminaban con una dirección única. Se dio vuelta y comprobó lo que pensaba. Era la hora de la misa en la iglesia y sus puertas estaban atestadas. Hubiera entrado, pero difícilmente Leonardo tendría la paciencia para seguir la ceremonia, con lo cual aprovecharía lo que quedaba de luz para

mostrarle unos bocetos que guardaba sobre la Adoración de los Reyes Magos, un motivo que lo apasionaba. Ahí fue cuando en sus elucubraciones lo sorprendió ella.

Recién comprometida, a Simonetta ya le permitían ir a la misa en la parroquia de los Vespucio que era precisamente la que presidía el distrito. No había sido su cara, cubierta con un velo, sino sus rizos escapando de la capa de terciopelo azul los que la habían descubierto en su escondite. Sandro la vio con la madre de su prometido. Marco Vespucio había debido viajar de nuevo por encomiendas de los Medici. Pero volvería para participar del torneo planificado por Lorenzo para celebrar sus veinte años. Antes, Marco y Simonetta se desposarían en el palacio de los Medici donde ella pasaba sus últimos días de soltera.

—Sandro... ¿has visto un fantasma?

—Sí... No, en realidad no.

—¡Estás pálido! ¡El fantasma eres tú, *mamma mia*!

Leonardo sí había podido seguir la mirada suspendida de su amigo y no temió hacerle un gesto de preocupación que no requería mayores explicaciones. Pero Sandro no podía percibir ni esa elocuencia. Tampoco podía saber que Simonetta lo había visto y que un temblor íntimo la había sacudido al pasar a su lado. A ella, paradójicamente, la calmaba saber que él no podía descubrirla tras el velo, aunque hubiera jurado que sí por la inquietud que la embargaba.

Los días de Simonetta Cattáneo antes de convertirse en Simonetta Vespucio eran extraños. La casa de los Medici la acogía como una princesa o como la pieza preciada de alguna de sus colecciones de arte. Pero ella sabía que eso era una transición hacia lo desconocido. Entre los miembros de la familia Vespucio había entablado una cálida amistad con el joven Américo que le confiaba sus sueños de navegar. Ella, que venía de las escarpadas costas de Génova, que sabía del estallido de las olas sobre las piedras, que había nacido en el recóndito Puerto Venus, compartía con el jovencito el amor por el mar del que se sabía hija. Pensar en ese mar lejano del que venía, era su único refugio en esa ciudad tan temible como cautivante.

V



2023
Florencia

Helena estaba en las oficinas administrativas de la Galleria degli Uffizi esperando que llegara la guía del museo que había encontrado su cartera. No entendía por qué la mujer no la había dejado directamente a su nombre sin molestarse personalmente, pero tampoco era lo que le preocupaba. En su interior la recorría una especie de pulsión eléctrica, la tentación de ir corriendo a buscar el cuadro de la Venus de Botticelli para constatar si le pasaba lo mismo que aquel día. Había tenido sueños extraños desde entonces. Aunque no lo hubiera admitido frente a su amigo Domenico, sentía que se había abierto una puerta en su mente. Como si uno descubriera una habitación que no conocía hasta ese momento, en su propia casa, y necesitara saber qué secretos esconde o cómo no la había visto antes. Darle cabida a esta sensación, difícil de explicar en términos lógicos, le generaba algo vergonzante. Nunca había sido supersticiosa o con inclinación a lo esotérico y todo esto era absolutamente irracional. Se había dejado tentar buscando información sobre el cuadro, llamado con exactitud *El nacimiento de Venus*, pero la única vez que lo había buscado en Google, había sentido terror. Eso también la angustiaba. El episodio le había disparado un estado de ansiedad que jamás había experimentado. ¿Qué le daba pánico? ¿La rareza de su experiencia o comprobar que había sido cierta y tener que buscar qué podía haber detrás de todo eso? ¿Se había vuelto loca? Probablemente era el estrés o esa aceleración en el pensamiento que provoca la ansiedad. Varias veces había intentado evocar el episodio y considerarlo un problema visual o alucinatorio, pero repasaba lo sucedido, como si pudiera

pasar cuadro por cuadro una película, y no era una cuestión visual ni de creación fantasiosa. Ella veía perfectamente bien y sabía lo que era verse en un espejo. Y se había visto en un espejo: el espejo había sido el cuadro. Por momentos, el desconcierto la agotaba.

La sala en la que esperaba podía ser la antesala de un consultorio médico o de un banco. Era totalmente impersonal y pulcra. Apenas había dos catálogos del museo en tapa dura color blanco, con el año grabado en números romanos dorados, apoyados sobre una mesa ratona de grueso vidrio junto a una orquídea blanca ubicada con precisión en el centro. Cuando estaba concentrada en esa armónica composición escuchó una voz estridente que le resultó conocida. Al levantar la cabeza se encontró a aquella mujer de la que había buscado alejarse ese día en el museo por su verba imparable. Esta vez su sonrisa amigable, y saber que la había asistido en tan difícil circunstancia, le cambió la disposición. Josefina la vio y no ocultó su entusiasmo.

—Querida niña, qué bueno verte bien.

—Muchas gracias, señora...

—Josefina, me llamo Josefina.

—Josefina... Gracias por su ayuda aquel día.

—Por favor, no me agradezcas. Cuando vi que te desvanecías y luego quedabas ahí tendida en el piso me desesperé.

Josefina decía lo correcto para la circunstancia. Le faltaba agregar el asombro que había sentido entonces y volvía a sentir ahora al notar el increíble parecido de Helena con la Venus del cuadro, o sea con Simonetta Vespucio, la musa inmortal de Botticelli. Pero ¿cómo podía lograr inducir a la joven a contarle qué le había pasado exactamente? Estaba segura de que había algo extraño en aquel suceso. Pero debía ser cuidadosa. Intentaba mirarla en detalle sin que se diera cuenta. Inventariando rasgos y características gestuales. Como si fuera un cuadro. “Dios mío, es como ver a la Venus en persona”, se decía. Tenía que darle conversación.

—Gracias por ayudarme y por guardar mi bolso, Josefina.

—Lo tengo en la sala de guías. ¿Me quieres acompañar?

—¡Ah! ¿No lo trajo?

—Es que entré directamente desde un tour con muy poco tiempo para volver a la oficina y no quería demorarme. ¿Quieres esperar aquí? No... Mejor acompáñame. Y te mostraré las puertas secretas del museo.

Josefina no podía creer lo que acababa de hacer. No había puertas tan secretas en el museo. Solo unas entradas disimuladas que no tenían ninguna importancia. Pero ella necesitaba hablar con esa chica.

Helena vestía un pantalón beige amplio con una camisa blanca de corte masculino. Pero su pelo ondulado hasta la cintura y esos ojos que parecían una copa desbordante, se bastaban a sí mismos para transmitir su delicadeza femenina.

—La gente suele experimentar emociones muy profundas en un museo, hija. Generalmente vienen desprevenidos y los toma por asalto la belleza. Ni hablar con los cuadros de Botticelli...

—*Certo?* ¿En serio? ¿Qué cosas pasan con los cuadros de Botticelli?

Josefina le sugería algo que podía tener que ver con lo que había vivido. O no. Pero a Helena le generaba absoluto interés saber qué pasaba con los cuadros de Botticelli. La guía era una mujer regordeta, y más abrigada de lo que hubiera hecho falta. Vestía un sweater anaranjado, pantalones marrones y unas botas muy cómodas para caminatas todoterreno. Llevaba en su mano el pequeño estandarte que levantaba para que la encontraran fácilmente quienes iban en su contingente. Era un bastón parecido a una vieja antena de radio que tenía en la punta un gastado y simpático hipopótamo de trapo. La guía se lo daba a los niños que iban en los contingentes para que oficiaran de improvisados ayudantes, y de paso, no molestaran a sus padres. Josefina era una mujer hábil para ganar confianza.

—Ja... Los cuadros de Botticelli son algo extraordinario, hija. Sabes que cuando yo llegué aquí, era muy joven, y me impactaron. Y hubo algo que me abrió los ojos. Ya entonces me cautivó un crítico interesantísimo, de esos que rompen el molde de las cosas, el gran Aby Warburg, que dedicó mucho de su vida a Botticelli. Él analizaba la vida interior de los cuadros, su alma. Intentaba volver a la vida lo antiguo que escondían. Su memoria emotiva... Y ¿sabes qué aprendí? Que cada persona puede conectar su propia historia con el alma de una pintura. Una pintura contiene un tiempo entero, en todas sus dimensiones, allí, a disposición. Y un hombre que cifró mensajes en sus pinturas, como lo fue Botticelli es aún más especial.

—¿Mensajes? ¿Qué mensajes cifrados dejó Botticelli?

—Nunca lo sabremos del todo, Helena. ¿Helena, verdad? Qué nombre tienes. Helena de Troya.

—Mi madre me decía Helena de Troya cuando hacía algún lío de niña. Yo no lo entendía. De grande entendí quién era.

—Pobre Helena. Le cargaron una guerra en las espaldas. Por irse con el muchacho que quería. Bueno. No importa. Sin Helena no hubiera existido Roma. Pero no nos vayamos por las ramas.

Ambas mujeres caminaban por un hall interno del museo hacia un pequeño gabinete de reunión donde funcionaba una sala de descanso para las guías oficiales de la Galleria degli Uffizi. Helena no llegaba a

percatarse de que Josefina le estaba haciendo una verdadera radiografía, un estudio iconográfico, de sus gestos, de sus cabellos —algo clave en la obra de Sandro Botticelli—, de sus ojos, de su andar. Para la joven, la primera impresión sobre esa mujer intensa, de voz aflautada, había cambiado. Lo que le estaba contando le fascinaba. Además, intentaba encontrar respuestas a lo que le había pasado y ella le estaba ofreciendo inapreciables pistas.

—Entonces, ¿usted cree, Josefina, que las personas conectan de una forma única con los cuadros?

—Sí, hija. Cualquier cosa puede pasar en un museo. He visto hijos correr a reconciliarse con sus madres luego de ver *La Pietà* de Miguel Ángel en San Pedro. Allí hice una temporada como guía y pasaba seis veces por día por la Capilla Sixtina, pero siempre veía diferentes tipos de asombro en la cara de las personas. Ningún asombro era igual. Cada persona tenía su diálogo personal con ese firmamento de pintura. Vi gente llorar, quedarse por horas ante un cuadro, volver a visitarlo como un santo, rezarle.

—Desmayarse...

Un brillo imperceptible destelló algo similar al acero reluciente en las pupilas de Josefina ante esa palabra. “Desmayarse”. Esa era la llave. Había llegado.

—Hija, temía preguntarte por eso. ¿Te desmayaste por el cuadro?

Helena se detuvo. Se había quedado de pronto sin poder hablar. Había guardado tanto para sí lo ocurrido que temía sacarlo de ese cofre de su secreto. Nada de lo que le había mencionado Josefina se parecía ni remotamente a lo que ella había vivido. Aunque quién sabe. El que lloraba o rezaba ante un cuadro tal vez tenía también una vivencia profunda. Josefina entendió las turbulencias por las que pasaba el pensamiento de Helena en ese momento y sutilmente siguió andando como quien no quiere forzar nada de nada. Pero deliberadamente en ese aparente desinterés le dijo al pasar.

—Helena, estoy shockeada por tu parecido con Simonetta.

Helena empezó a temblar y volvió a detenerse. Pero esta vez se le llenaron los ojos de lágrimas. No tenía que preguntar quién era Simonetta para suponerlo. Y Josefina, que había calculado su abordaje, también estaba de pronto angustiada. Sobre todo, porque una cosa era indagar por un parecido, suponer algo con curiosidad, como una trivialidad, como una anécdota. Otra cosa era esa criatura de Botticelli ante ella, quinientos años después, viva y respirando sin saber que lo era. Así de categórica era la conclusión de Josefina. Helena, a su pesar, lo viera o no el resto del mundo, hubiera razones o no, era una musa de Botticelli. Si la naturaleza copia al arte o el arte a

la naturaleza. Si Dios tomó la mano del pintor y lo hizo cómplice de su creación. Si ella estaba loca por ver cuadros todos los días de su vida. No importaba. Eso sentía, eso pensaba. ¿Qué hacer ahora para manejar ese momento? Helena estaba acongojada. Unos gemidos apenas perceptibles le salían por toda voz. Y una lágrima pesada se deslizó por su cara antes de que pudiera decir.

—Me vi como en un espejo en ella... Estoy asustada.

—¡Oh, hija! Ven conmigo.

La mujer le tomó la mano a la joven y la llevó a la sala de reunión donde también estaban los armarios personales. En uno de esos cofres con candado Josefina había guardado el pequeño bolso de Helena. Lo sacó rápidamente mientras pensaba cómo seguir. A ella le interesaba el caso, pero también le importaba esa niña. “Lo sabía. Sabía que algo extraño le había ocurrido”, se decía. Las dos salieron en silencio y la mujer la llevó sin decirle a la cafetería del museo. Estaban bordeando las salas por pasadizos que el público no conoce y cuando por fin estuvieron sentadas frente a frente la guía le habló sin titubeos.

—No vuelvas a ver el cuadro hoy.

Helena la miró estupefacta y antes de que expresara por qué, la guía continuó.

—No pretendo que me cuentes a mí. Sería incluso inconveniente. Es información tuya. Información interior. El arte es una de las dimensiones más trascendentes del espíritu, Helena. No es snobismo, ni banalidad. Y esa información tuya personal puede haber tomado forma ante un simple cuadro. Hija, conozco un profesor que puede ayudarte si quieres saber algo más.

—No sé si quiero saber algo más, Josefina. Se lo juro. Pero desde que me pasó esto estoy muy sensible. Frágil, diría. O sea, no sé si quiero saber, pero quizás necesito saber.

—Lo que él investiga puede o no tener que ver con lo que te pasó, pero el método puede servirte.

—¿Es un psicoanalista?

—Mira, trabajo como guía desde que era una joven estudiante de Historia del Arte aquí en esta ciudad. Ya te había dicho esto. Vine desde Valencia pensando que iba a volver a España para dedicarme al arte de Gaudí en Barcelona, pero me enamoré aquí, me casé y me quedé para siempre. Ahora hablo mejor italiano que español. Y han pasado decenas de personas interesantes por Uffizi, imagínate…

—Y conoció al profesor...

Josefina impacientaba a Helena repitiendo detalles. Pero ahora se había quedado mirándola absorta. Y solo le sumaba ansiedad a la joven que ya se sentía extraña por haber apenas enunciado lo que le

pasaba.

—*Mamma mia,* eres la mujer de ese cuadro, Helena —rompió el silencio Josefina, exaltándola esta vez con su comentario—. Perdona. Iré al grano. Lo sé, hablo demasiado. Hay un profesor de Bologna, doctor en Antropología, que viene haciendo estudios sobre vivencias parecidas a las que tuviste. Y viene a la Galería frecuentemente, por sus investigaciones. Lo conocí por un caso que investigaba, porque me preguntó algo en una de mis recorridas y desde que te ayudé ese día tengo la tentación de llamarlo, pero no quise pasar sobre ti.

—Y por eso no me dejó la cartera en recepción y prefirió dármela en persona.

—Sí, hija, no voy a ocultarte eso.

Helena tomó su bolso. De pronto se había sentido aturdida. O descubierta. O insegura de avanzar. No es que sospechara. Pero avanzar hacia dónde. Tal vez volvía ante el cuadro y no pasaba nada.

—Lo pensaré.

—No es un chamán ni un astrólogo, Helena. Es un antropólogo y sus estudios en vidas pasadas son serios.

—¿Vidas pasadas?

Josefina sintió que había cometido un error. La cara de inquietud de Helena y la forma en que había retrocedido con su cuerpo le informaban que se había sentido intimidada. No iba a lograr que ella confiara dándole semejante enunciado. Muchos creen que investigar vidas pasadas es una superchería o simplemente una moda.

—Piénsalo y cualquier cosa me avisas, Helena.

—Gracias, Josefina.

Helena se volvió enérgica hacia la luminosa puerta que cortaba abruptamente la penumbra de ese corredor gris que le hacía de bambalina a las obras de arte. Mientras sus pasos largos se apresuraban sintió de nuevo la tentación de entrar a ver su cuadro. Así lo pensó, como “su cuadro”. Esa familiaridad volvió a inquietarla. Por momentos quería volver para comprobar que no pasaba nada y por momentos no quería volver para guardar ese otro momento intacto. Era lo más extraordinario que le había pasado en la vida.

¿Qué mensajes escondería Sandro Botticelli para ella? ¿Quién era ella?

VI



1469
Palazzo Medici, Florencia

*L*os pesados bloques de piedra rústica que amurallaban la base del palacio eran los de una fortaleza. La gracia del patio al que se ingresaba por el arco único que daba a la *Via Larga* era la de un templo. Un templo sin dioses, pero con el David de Donatello en el centro de ese universo: el universo de los Medici.

Aquel patio interno que era el corazón de la residencia estaba envuelto por arcadas sostenidas en columnas y bañado por una luz gentil que solo estallaba en el bronce del sensual joven que la mano del escultor había osado tallar sin ropas. Simonetta se había apoyado en una de las columnas dando la espalda a la entrada y lo contemplaba ensimismada cuando su soledad fue interrumpida por Lorenzo de Medici.

—Cuando mi abuelo se lo encargó a su amado Donatello no esperaba que el escultor hiciera algo tan grandioso... y atrevido —le confió carismático sin saludarla siquiera.

—¡*Signore* Lorenzo! —se sobresaltó Simonetta en un susurro que acompañó con una delicada reverencia.

Él estalló en risas al descubrir que la había asustado. Esa joven era delicada como una flor y quizás más bella. Decidido, él avanzó hacia el centro del patio y empezó a rodear la estatua del David que apoyado sutilmente en su pierna derecha pisaba con la izquierda la cabeza del gigante Goliat. Ella lo miró avanzar abriendo el aire a su paso. Lorenzo emanaba poder. El poder lo buscaba a él y no al revés como pasaba con el resto de los mortales. El poder era su capa y su espada. Mientras lo miraba desplegarse, ella dio un paso hacia atrás

algo intimidada, aunque no demasiado. De pie detrás de la escultura, él la miró y luego miró de nuevo al David.

—Lo esculpió desnudo. Nunca desde la Antigüedad alguien había osado hacer algo así, *signorina*. Y todos creían que mi abuelo Cosimo iba a ordenar su destrucción, pero eso era no conocerlo.

Simonetta no podía dejar de mirar a Lorenzo. Sus palabras tenían la capacidad de capturar la atención de quien lo escuchara. Se permitió avanzar dos pasos hacia el centro y volvió a levantar los ojos ante ese joven de bronce, esbelto y bello, apenas adornado por un sombrero parecido al de Mercurio y unas sandalias. Tenía el pelo enrulado, una mano en la cintura y la otra empuñando aún la espada, la espada ya calma, ya sin sed. Una corriente erótica enloquecía entre el bronce bello del David y la cara bella de Simonetta. La sed que no era ya de la espada, era de Lorenzo.

—Donatello, que había elegido vivir como un pordiosero, esculpió su David en la abundancia del deseo. ¿Puede creer que no le interesaba el dinero? Compartía lo que ganaba con otros artistas dejándolo en una canastilla en el taller. Mi abuelo le ordenaba cuantiosas comisiones, pero a él no le importaban los florines que ganaba. ¿Puede sentirlo, *signorina*?

—¿Sentir, *signore*?

—El deseo. Donatello no deseó dinero, pero deseó belleza. La libertad que tenía de las cosas materiales tal vez le permitió elevarse sobre ellas, como si él fuera inocente incluso de la carne que rige en esta obra desde la más pura belleza. Mi abuelo decía que Donatello lo comprendía. Decía que había que volver a mirar lo antiguo y que en esa belleza encontraríamos virtud y felicidad. Y aquí está un joven desnudo, espada en mano, entre usted y yo.

Tras una nueva risa, la voz amigable de Lorenzo y su envolvente personalidad acompañaron el círculo ágil que dibujó con su capa para casi abalanzarse hacia Simonetta, que esta vez se mantuvo inmóvil como una flor de lis en el fango. Se acercó primero impetuoso y preciso como un gato. Pero luego se quedó contemplándola como si fuera incapaz de avanzar. Con la cara exterior de la mano se atrevió a recorrer la mejilla de ella mientras veía humedecer sus ojos. La miró como una obra de arte. Como una obra de arte que un poco le pertenecía.

Los Medici eran los primeros coleccionistas de arte de la historia. De arte y de artistas. Los banqueros se habían convertido en los dueños de la belleza. Si la paz traía prosperidad porque era propicia al comercio, esta paz debía ser enaltecida con arte. Él era un joven lleno de deseos, ávido de belleza. Ella también estaba a su disposición para

ser contemplada, ubicada en el lugar exacto, disponible. Era un deseo más sublime, pero era un deseo. Diferente a la voracidad sexual de su hermano Giuliano, en cuya mente todo se reconvertía en competencia. Giuliano buscaba el banquete de la carne, tan emparentado al de la vanidad. Y de paso se jactaba de la osadía que lo diferenciaba de la severidad de su hermano. Giuliano buscaba servirse del banquete. Hacerlo bacanal. Mientras Lorenzo lo elevaba en un altar platónico.

Había visto la contemplación en su abuelo Cósimo, y luego en su padre Piero. Se quedaban horas ante un volumen antiguo o ante una pintura. Rodeaban como un hallazgo esas esculturas que llegaban de lugares recónditos, recuperadas de tiempos antiquísimos, como si fueran mensajeros. Y un día, él había descubierto que llevaba esa contemplación en sí mismo, como una capacidad para hacerse uno con las cosas que lo regocijaban. Como el David de Donatello. Como esa mujer ante él. Así los encontró el hambriento Giuliano que directamente se entrometió entre ellos por la espalda tomándoles a ambos una mano para quedar en el medio y empezar a ensayar unos pasos de baile. Todos rieron. Aunque la risa en Simonetta contenía también la agitación del vértigo y cierta incomodidad.

En ese instante se sintió una ninfa cualquiera de las historias de Ovidio, el poeta romano. Una ninfa perseguida por dos dioses en ese patio. Se sintió parecida a esa escultura sonriente y triunfal. Un objeto de deseo en el patio. La escultura era más libre que ella.

—¡No seas impertinente, Giuliano! —exclamó Lorenzo soltándole la mano de la de la joven.

—Hermano, tu impertinencia solo está disimulada por tu erudición, pero es igual a la mía —le susurró Giuliano desafiante y emprendió la retirada dedicándole una leve reverencia a la dama.

Simonetta se sentía en alerta ante la presencia de Giuliano. Siempre parecía a punto de enfadarse. Ahora que se había ido, ella sentía alivio. Pero una nueva intimidad la unía con Lorenzo.

—¿Cómo ha pasado estos días en Florencia, *signorina*?

—Estoy agradecida con su casa, *signore*, y con la casa de Marco, mi prometido.

—Es extraño escuchar su voz. La he visto desde lejos, sonriéndole a cuanto extraño se ha acercado a usted, con la mayor gentileza, como si ofrendara agradecimiento y lo debiera por doquier. Pero sin decir palabra. ¿Qué agradece? ¿Tiene miedo?

A ella la sorprendió la pregunta. Simonetta se sabía una sobreviviente. Ella era consciente de cuán imperioso resultaba saber administrar su más alto poder. El poder de su belleza, que simbolizaba mucho más que ella misma. Pero que también la ponía en peligro.

—No tengo miedo, *signore*. Me siento protegida en su casa. Pero he tenido miedo antes, se lo aseguro.

—Yo también —respondió él cortante—. Pero usted y yo —le advirtió mirándola como un águila— no tenemos derecho al miedo, *signorina*. En Florencia, tener miedo es perder el tiempo en lo obvio. El peligro es lo obvio. La belleza, lo excepcional. Las cosas son como son. Y usted es bella. Debe vivir con ese destino —la conminó.

Con un suspiro había dicho su última frase para perderse en un corredor tras besarle la mano. Simonetta quedó sola en el patio, ante el David. Se sintió desnuda como él que sonreía ante ella, con su libertad flagrante y contagiosa. Lo vio vencedor y provocativo como una invitación. Como vio a Lorenzo.

VII



2023
Teatro Romano, Fiesole, Florencia

En la arena del antiguo Teatro Romano de Fiesole construido en el siglo I antes de Cristo, esta vez no había en escena ni una ópera, ni una sinfonía. Era un ballet contemporáneo el que intercalaba coreografías pop con textos e imágenes proyectados en una pantalla cinematográfica, que se confundía con el atardecer rojizo en la alta colina. Fiesole era el mejor palco hacia la ciudad de Florencia.

Hubo un tiempo en que el hombre volvió a mirarse a sí mismo. Un tiempo convulsionado, cómo no, en que un artista, en el anonimato de un taller, donde todo puede ser o no ser, luchando con el bronce una partida pendiente desde hacía siglos, escuchando el clamor de sus cinceles, pero sin saber el tamaño inconmensurable de su empresa, le quitó las ropas al triunfante David, al héroe del coraje y la sensatez, al enemigo de la indigna fuerza bruta, y en su momento más triunfal, lo talló desnudo, bello y sin vergüenzas. Ese día volvió a crearse el mundo. Sin saberlo, todos dejamos de estar desde entonces, en la oscuridad. La Edad Media termina con un hombre que se desata de la sospecha del pecado y celebra la belleza de la creación. En el mismo momento en que el bronce sintió dolor y gozo inexplicablemente, el hombre retornó al paraíso. Se encontró consigo mismo y vio que era bueno y que esa seguía siendo la obra de Dios. Lo bello y lo bueno en una antigua alianza que siempre había estado ahí. Ya no más el hombre demediado entre su

carne y su alma. Ya no más la enemistad con la materia. La belleza no era un impostor sino la metáfora de la idea. ¿O acaso el bien no era bello? Era tiempo de poner fin a la oscuridad. Era tiempo de renacer.

Mientras en la pantalla aparecía el David de Donatello con todo su esplendor, un inesperado estruendo de cadenas rotas acompañaba la aparición de jóvenes atléticos vestidos de negro con el torso desnudo y sombreros parecidos al del David. La música sonaba increíblemente en la acústica del antiguo anfiteatro. Pero a Helena la sorprendió un repentino malestar y le avisó a Domenico que necesitaba salir por un momento. Algo la había emocionado. No sabía bien qué. Al acercarse al bar para comprar una botella de agua, la vio.

—¡Josefina!

—¡Niña, qué haces aquí! Bueno, qué estúpida soy, haces lo que todos. Venir al teatro. Yo espero unos turistas que traje.

—Le debo una respuesta, Josefina. Siento mucho no haberla llamado. Fueron días muy...

—No tienes obligación conmigo, Helena. Solo la tienes contigo en lo que sientas y como lo sientas.

—Estoy bastante sensible estos días y quiero estar más entera para pensar. Recién un texto me hizo llorar. Inexplicable.

—¿Un texto? ¿Sobre qué?

—Donatello... el escultor. Bueno, en realidad sobre una escultura de...

—El David...

—¡Sí! El David de Donatello. No sabía que había un David que no fuera el de Miguel Ángel.

—Hay muchos, pero ese es especial.

—Sí... la primera escultura desnuda desde la Antigüedad. Escuché que eso decían...

—Donatello fue el favorito de Cósimo de Medici y Sandro Botticelli fue el favorito de su hijo Piero. Ese David estaba en el patio del palacio de la familia. Solo cuando perdieron el poder fue arrancado de allí.

—Sabe tanto usted, Josefina...

—¿Lo ves?

—¿Qué?

—Helena, otra vez te conmueve algo de ese tiempo. Y por si quieres agregarle señales, me encuentras aquí, de espantapájaros.

—¡Usted no es un espantapájaros, Josefina! —exclamó Helena antecedida por una copiosa carcajada.

—Pues así me siento cada vez que espero las dos horas de una obra

para luego seguir con los turistas a otra parte.

Helena miró a Josefina. Solía ocurrir al revés. Pero la observó con admiración por ese temple, esa energía y esa generosidad. Era una mujer de más de 60 años, rubia, con rasgos fuertes y ojos azules oscuros, muy inquietos, que parecían querer escudriñarlo todo. Y parecía incansable.

—No desconfío de usted, Josefina... Solo que...

Un silencio fugaz pareció establecer un pacto entre las dos mujeres. Entre la incredulidad y la exploración, entre la curiosidad y la impaciencia. La extrovertida personalidad de la guía multiplicaba la ansiedad de Helena. Pero al mismo tiempo sentía algo protector en ella. También intentaba leer la causalidad de cruzarse por azar al salir del teatro. Helena había cambiado su semblante y ahora su rostro denotaba interés.

—¿Quién es su amigo? El profesor...

—¡Ah! Me sorprendes, hija. Eres una caja de sorpresas —rio la mujer—. El profesor Stefano Di Nunzio... Es un académico genial. Ligó estudios pitagóricos con los hallazgos recientes sobre vidas pasadas y reprodujo el método de las regresiones, agregando elementos culturales muy interesantes.

—Regresiones... por un cuadro de Botticelli. Dios mío...

—Mira, Helena… con los años que llevo en Uffizi como guía, he aprendido que los cuadros no son “pasado”, son “presente” —remarcó —. El arte es siempre presente y misterio. Y en esa convulsión con el pasado hay cosas que no pueden explicarse ni con teorías ni con mitología y que se esconden en el mismo lugar que produjo las obras de arte, y ese lugar es la psique humana.

Al ver que Helena había cambiado su actitud por la de alguien que espera seguir escuchando con ansias lo que dice el otro, Josefina prosiguió.

—No voy a preguntarte qué sentiste. No quiero ser quien tire del ovillo. Pero veo todos los días la Venus de Botticelli y créeme que juraría que eres tú. El parecido es extraordinario. Puedo llamar al profesor si quieres...

—Viajo a Sicilia por un trabajo. Volveré en dos semanas para la semana de la moda.

—¿En qué trabajas, si no es mucho preguntarte? Pensé que eras estudiante de arte, no sé por qué.

—Soy modelo…

Josefina hizo un gesto de asombro inocultable, pero reprimió lo que iba a decir.

—Ya sé que muchos creen que lo que hago es banal... —quiso

justificar Helena.

—No. No es banal. Simonetta fue la modelo de Botticelli.

Esta vez quien se quedó sin palabras fue Helena. Pero eligió no involucrarse más de lo que estaba con esta derivación esotérica de lo que había pasado. Con el pretexto de que se le hacía tarde, miró la hora en su celular y se disculpó.

—Debo regresar al teatro, Josefina.

VIII



2023
Teatro Romano, Fiesole, Florencia

El vino daba vueltas en su cabeza y a la vez que le quitaba lucidez para algunas cosas le daba clarividencia para otras. Le había pedido a Domenico quedarse sola por un rato en el teatro vacío. A Helena le costaba muchísimo llorar. Pero ahí estaba, sollozando. "¿Qué es una escultura para mí? Nada. Por qué esta tristeza. Es como un nudo. Necesito desatarlo. Tengo una intuición desde que todo esto empezó y no puedo... No puedo sacarla. ¿Y si estoy loca? En realidad, no. Esto está ocurriendo y no puedo negarlo. Eso no sé si sería una locura, pero sería estúpido. Aunque podría no ponerlo en el foco de lo que me interesa. Como cuando tomo fotos... Lo que pasa es que así no desataría nunca ese nudo...". Helena hundió la cabeza entre las manos buscando algo de sosiego en la admisión de lo que estaba pasando. Había una contradicción a la que no podía escapar: la contradicción entre lo que pensaba y lo que sentía, y que era una realidad intangible que ya no podía negar. Era una confusión entre la información interna de su ser, del suceso a nivel interno y su mente que se esmeraba por evadirse hacia un plano totalmente racional.

"No voy a seguir con esto. Me anula".

Tambaleando, se puso de pie. Tomó su celular y buscó una dirección de correo.

Caro Antonio,

Mi nombre es Helena De Benedetti. Soy modelo, pero mi sueño es la fotografía urbana. Sé que usted acepta alumnos como asistentes para

formarlos y nada me haría más feliz. Vi su trabajo sobre el Duomo de Florencia y sobre el Duomo de Milán. La serie en blanco y negro es mi favorita. Cuento con un mes de vacaciones y puedo quedarme en Florencia ese tiempo si usted me acepta como aprendiz.

Helena firmó el mail y adjuntó sus datos de contacto. Solo enviar ese correo le había quitado un enorme peso de encima. Se sentía desahogada. Se sentía superando la angustia da hacía solo minutos. Esa era la solución: ir hacia adelante. Que el pasado no le pidiera a ella pagar sus deudas.

IX



1469
Palazzo Medici, Florencia

La mujer que muchos llamaban la Reina Madre de Florencia había ido personalmente a buscar a Simonetta cuando la joven terminaba sus oraciones. Lucrezia Tornabuoni, acababa de regresar de un largo viaje cuya misión era secreta para la mayoría, y recién llegada, en vez de descansar, ya estaba abocada a las cuestiones que el banco de los Medici demandaba resolver. Con su marido, Piero, atado a la cama por sus enfermedades, ella cumplía con sus obligaciones y con muchas de las de él. Había viajado a Roma como emisaria de las negociaciones para acordar el matrimonio de Lorenzo que, luego de dos años, por fin habían concluido. El pueblo debería asimilar que la futura esposa de su hijo no era una florentina, pero el caso de Simonetta daba motivos para ser optimistas. La joven de a poco se había convertido en un pequeño suceso por su natural calidez. En pocos días su boda tendría lugar allí mismo, en el palacio de los Medici y Lucrezia ansiaba que esa unión preparara el camino para las nupcias de su primogénito. Por eso se esmeraría en la ceremonia que enlazaría a la joven con Marco Vespucio. Su ansiedad y vocación por la precisión le dictaban no perder tiempo. Tenía que ejercitarse en convertir las diferencias en cuestiones insignificantes y lograr la aceptación popular de estas mujeres que venían de lejos.

—Hija, pronto te irás de mi casa y ya me apena. Ven, acompáñame...

—*Signora* Lucrezia —le respondió Simonetta mientras caminaba tras ella—, creo que ni en mi tierra me he sentido más en mi casa que aquí en la suya.

—Oh, Simonetta, espero que a la prometida de mi hijo le pase lo mismo.

Simonetta admiraba a esa mujer. Su madre siempre había sido un tanto indiferente con ella o con lo que realmente le pasara. Le importaban más sus hermanos varones que disputaban el poder y proveían seguridad. El asesinato de su hermano Pietro, siendo *doge* de Génova había sido un golpe para ella y un desafío de supervivencia. El destino solo le había dado una opción: el rigor. Cuando le avisó que debía casarse, ni siquiera le había explicado quién era su prometido. Por suerte, ese primer matrimonio que le habían planeado no se había llegado a concretar. Esta vez, su futuro marido era más joven, aunque daba lo mismo lo que ella pensara. No era algo que Simonetta se cuestionara. Pero su madre Caterina Cattocchia Spinola di Obizzo era una mujer dura, y ni su más piadoso sentido del deber como hija parecía valer. Era simplemente lo que correspondía.

La *signora* Lucrezia combinaba la estirpe con un poder y una formación inusual para una mujer. Sobre todo, por sus dotes para gerenciar el banco, las finanzas de la familia, y cumplir con misiones diplomáticas que la llevaban a la mesa del Papa o de cualquier noble, como emisaria autorizada. Su familia, asociada en varias empresas a la de su marido, había aportado una dote invaluable en su matrimonio con Piero de Medici. Pero su más alto aporte era ella misma: una mujer capaz de ejercer el poder de los Medici, a veces mejor que ellos.

Simonetta caminaba con ella hacia un ala del palacio que no conocía. Al cruzar el jardín que era casi inmediato al patio principal, sus ojos sintieron el abrupto apagón que provoca en las pupilas el trance entre la penumbra y el sol. También podía ver más claramente a su anfitriona que le llevaba la delantera con paso enérgico. Tenía un perfil armónico y vestía de oscuro con una cofia clara apenas ornamentada por una cinta de terciopelo negro. Cubría su cabeza en forma impecable. Sus ojos bien abiertos y siempre concentrados denotaban determinación. Su mirada era la de alguien que está tomando múltiples decisiones al mismo tiempo. Al volverse por un segundo hacia su acompañante, descubrió que la joven la estudiaba cuidadosamente y le devolvió un gesto algo intimidante. Simonetta se sintió obligada a decir algo para llenar ese incómodo silencio.

—Espero que su viaje haya sido fructífero, *signora*.

—Con Roma nunca se sabe si algo es fructífero —le dijo Lucrezia Tornabuoni con tono de complicidad y a sabiendas de que le hacía una revelación.

—Gracias por ofrecer su casa para mi boda en medio de tantas tareas, *signora*.

—Me sirve para ensayar la de Lorenzo —contestó la mujer con una risa que también era en ella una expresión medida—. ¿Sabes? Clarisa Orsini ya es por poderes la mujer de mi hijo, pero la boda será en unos meses. Tú ya estarás casada para entonces, muchacha —agregó dejando ver esta vez apenas la mueca de una sonrisa.

Simonetta se ruborizó y bajó la cabeza levemente. Su pelo ocultó la incertidumbre que se había dibujado en su cara. También pensó en Lorenzo. No sabía que iba a casarse, y por su charla de hacía solo días, hubiera jurado que él tampoco lo sabía. Considerando que la madre del joven apenas había llegado de su viaje, era probable que fuera una de las primeras en enterarse del trámite del matrimonio por poderes. Ahora cruzaban unas galerías que daban a los apartamentos traseros en la planta baja y, tras una ventana abierta, lo vio. Como si su presencia lo llamara, él giró la cabeza y la encontró, quedando con su pincel pintando el aire con la mano suspendida.

—Aquí estás, querido hijo, siempre pintando —exclamó Lucrezia con una notable simpatía hacia Sandro Botticelli que sorprendió a Simonetta.

—*Signora*, me honra con su presencia.

—Es que quiero ver cómo vas con *La Fortaleza*. Eres de los pocos que puede con mi propia templanza para esperar —agregó la mujer fisgoneando entre los lienzos mientras notaba las miradas cruzadas entre el pintor y la joven—. Seguro la pintarás a ella también. No hay una belleza así en Florencia. Pero no lo permitiré antes de que completes mi encargo.

Esta vez el rubor corría en las mejillas de Sandro que no pudo evitar imaginar su pincel buscando ese rostro que se le aparecía en sueños desde la primera vez y que había logrado memorizar como si su mente ya hubiera hecho un boceto.

La Fortaleza era uno de varios paneles representando las virtudes, que estaban destinados al Hall del Tribunal de la Mercancía. *La Justicia, La Fe, La Caridad* y *La Templanza* serían pintadas por el joven Antonio Pollaiolo. Pero los Medici habían conseguido que a su protegido Botticelli le fuera encomendada esa otra virtud, *La Fortaleza*, tan particular para ellos, y que además sería un tributo a Piero, el jefe de la familia y esposo de Lucrezia.

—Quiero darle la noticia del avance de la pintura cuando vaya a ver a mi marido, Sandro. ¿Sabes cómo ha estado?

—Muy dolorido, *signora*. Hay noches en que no ha podido ni unirse a la cena —le confió el joven que a menudo mantenía largas charlas sobre arte y filosofía con su patrón.

—Menos mal que estás tú, hijo —le dijo con voz cálida.

Mientras el joven se perdía en una trastienda para buscar el lienzo en proceso, la mujer volvió cerca de Simonetta aunque reflejando la preocupación inocultable que le provocaba pensar en la salud de su marido, aquejado cada vez más de crueles dolores por la gota que padecía desde muy joven. No lo decía, porque consideraba que la debilidad no se muestra, pero sabía que su deterioro era una mala señal. En esa pintura de *La Fortaleza* encontraba también la expresión de un deseo. Que esa virtud que anidaba en el carácter de su marido, impregnara también su salud. Que esa virtud que su suegro Cósimo había ubicado junto a la Prudencia y la Templanza, en el blasón familiar, también escudara a su Piero de tanto padecimiento.

Ella podía llevar los asuntos de la familia sin titubeos y a la perfección, pero eso no le menguaba la devoción por su marido y el dolor cubierto de estoicismo por verlo casi postrado. Por eso la desvelaba encarrilar a Lorenzo. No quería ni pensarlo, pero su hijo debía estar preparado para la sucesión. Y ella para sostenerlo en todo lo que no conociera por su juventud e inexperiencia.

Llevaba una carta de su hermano Francesco Tornabuoni en su equipaje. En la misiva, el tío que residía en Roma, le decía al joven que Clarisa Orsini, su prometida, era "la mujer más perfecta de Italia". Lucrezia sabía que eso era una total exageración. Había analizado hasta los pechos de la chica. Armoniosa, con una cara aceptable, sí, pero cómo competir con la liberal corte florentina de mujeres cautivantes. Roma podía ser el destino de todos los caminos, pero la belleza, la belleza era florentina.

—¡Por fin! Déjame ver… ¿Cuánto más hay que esperar? —preguntó en vano y al mismo tiempo que sus ojos descubrían una mujer imponente.

Vestida con una armadura que simboliza la fortaleza, la joven tiene un gesto grave y casi nostálgico, pero es más por la determinación para resistir, que por una débil tristeza. *La Forteza* está sentada y cruza su regazo un cetro. Quizás el cetro de quien comanda con su perseverancia a la espera del bien que la desvela. Aunque deba soportar las penas de esa espera.

Lucrezia sintió que el cuadro se le hacía carne. Luego de unos segundos de contemplación bajó bruscamente la cabeza para ocultar su emoción. Se había visto a sí misma. Ella no había tenido opción. Debía sostener su casa. La Casa de Medici. Ella era la *Forteza* de su esposo, de sus hijos, de sus leales, del pueblo que les respondía.

—Gracias, Sandro. Sabía que tú debías pintarlo.

La mujer huyó prácticamente. Huyó conmovida, dejando atrás al cuadro, al pintor y a la propia Simonetta que aún desconcertada por la

partida de la *signora*, volvió a mirar el cuadro y luego levantó los ojos hacia Sandro.

—¿Cómo sabe usted lo que siente esta mujer?

—No puede darse el lujo de sentir.

Ella lo miró. No respondió. Él siguió.

—Debe ser fuerte.

—¿Yo?

—Usted también, *signorina*.

Simonetta también huyó, antes de siquiera preguntarse cómo podía él saber. Sandro en realidad no sabía. Pero sentía. Y su pincel revelaba sus hallazgos. Como la soledad del que debe ser fuerte. Como la convicción que da el propósito. Y que la fortaleza es la armadura que el sentimiento necesita para resistir lo que la empresa imponga, lo que la suerte mande. Esas dos mujeres conocían íntimamente la Fortaleza. Por distintos motivos.

X



2023
Valle de los Templos, Agrigento, Sicilia

—Si quieren usar el teléfono, aprovechen ahora. La señal es mala allá donde armamos el set.

La voz de la jefa de producción —que movía los brazos como una azafata que da instrucciones antes del despegue— sobresaltó a Helena, que estaba midiéndose frente a un espejo los cambios de vestuario para el rodaje del comercial de un perfume. Envuelta en túnicas que puso a un costado, se percató de que no tenía su celular. Lo había perdido de vista y debió recorrer la espaciosa sala con la mirada dos veces para dar con él. Al tomarlo de una mesita perdida en un rincón y tapada con tules y vinchas con flores, notó que había recibido un mensaje de Josefina, la guía del museo. Decidió no abrirlo.

Se movió con rapidez para terminar la prueba y lo guardó en un pequeño bolso.

—Necesito unos alfileres por si esto se desprende en medio del parque —pidió a la vestuarista.

—Y yo un sostén para la corona de flores que se me cae —demandó otra modelo.

Nada como una producción en un lugar aislado para volverse inalcanzable. Pero ¿y si quería sacar fotografías? Era una tontería dejar el teléfono. Mejor lo llevaría. Si no había señal, era como no tenerlo después de todo. Al tomarlo para sumarlo a su mínimo equipaje, no pudo con la curiosidad de leer.

“Cara Helena, me he tomado el atrevimiento de contactar al profesor Di Nunzio sin darle demasiados detalles, ni información personal, y está dispuesto a recibirte”.

A Helena se le dibujó un gesto de preocupación en la cara. Un poco por culpa, pero también por lealtad a esa mujer que la había ayudado se dispuso a responder. Pero antes de que sus dedos hubieran llegado al teclado, desistió. Levantó los ojos sin mirar a ningún lado y pensó por unos segundos. La aturdía la mera idea de contestarle a Josefina. Había logrado olvidarse por unos días de lo ocurrido en el museo y no quería perder la chance de dejarlo definitivamente atrás. No iba a contestar el mensaje. Eso ya sería una señal de desinterés que la amable guía comprendería. Luego le escribiría cortésmente para que la mujer no tomara como un desaire su cambio de idea.

Dubitativa y provista de lo mínimo, con apenas una botella de agua en la mano y una bandolera ínfima cruzada sobre su remera blanca, la joven se subió al carrito que llevaría a los modelos al set. Ese valle en la cresta de las montañas, un tanto árido, sin mayores edificaciones, ni espectacularidad, se las arreglaba para transmitir sus misterios.

De la nada, a pocos kilómetros de la casa que había alquilado la producción, las ruinas griegas imponían su autoridad. El mayor sitio arqueológico griego fuera de ese país estaba allí en el sur de Sicilia. El convoy se dirigía a la locación a la mejor hora para las fotografías que era el atardecer, en el que se encendían de dorados y ocres los templos de la zona sagrada, recortados sobre el azul aturquesado del cielo italiano.

Cuando el Templo de la Concordia apareció ante sus ojos, Helena dejó caer el agua y se tomó de la pequeña baranda del vehículo que alcanzaba finalmente el promontorio de la escarpada colina.

La joven se bajó lentamente y no dudó. Aprovechó esa distancia para tomar unas fotos en perspectiva. Mientras el resto del contingente ordenaba lo necesario para iniciar la filmación, y las otras tres modelos se albergaban en una tienda de campaña, ella aprovecharía esos minutos. Caminó unos pasos hacia ese templo casi intacto, que conservaba hasta su pedimento y se erguía impávido al paso del tiempo a pesar de la irregular superficie donde se sostenía por buenas estrategias de construcción. “Es hermoso…”, pensó. Embargada por un sentimiento místico siguió avanzando entre las columnas como si supiera exactamente dónde ir.

—¡Helena! ¡No te alejes! ¡Ven a vestirte!

La voz de la asistente de rodaje no la había sacado del todo de su fascinación. Por unos minutos continuó tomando fotos. De abajo hacia arriba, de la textura, en gran angular o recortadas con excéntricas fugas usando esa perfecta geometría. Cuando miró alrededor se dio cuenta de cuánto había avanzado y observó un conmovedor campo regado de ruinas de lo que alguna vez habría sido un templo. Cilindros

de mármol de lo que habrían sido imponentes columnas, desperdigados aquí y allá, como los vestigios de un gigante derrotado.

—¡Helena! —escuchó a lo lejos.

Pero estaba en medio de un extraño trance. Sintió, sin saber cómo o por qué, que ya había estado allí. Se sentó sobre una de las ruinas para intentar comprender con qué relacionaba ese sitio. Ya no tenía tiempo. Se puso de pie en un solo impulso y emprendió el regreso. Al darse vuelta la persiguió por unos pasos la sensación de ser observada. Se volvió. Como si quisiera cazar a una sombra. De pronto, en su mente, el vestigio de un recuerdo se apareció veloz pero indefinido. Como una imagen en cámara rápida cuyas escenas y sonidos no pueden descifrarse. Aceleró el paso. “Otra vez...”, se dijo atribulada. Paró un segundo y suspiró con los ojos cerrados y algo de cansancio. “¿Qué es todo esto?” ¿Qué había sido esa hendija a recuerdos que no reconocía? “Basta”, se ordenó.

Apenas momentos después, ya estaba ataviada con una túnica blanca inmensa en la que el viento hacía su trabajo para que pareciera alada como una Victoria de Samotracia silvestre. Idénticas las cuatro modelos debían hacer poses sutiles entre los templos. Como si fueran ánimas, o una sobrenatural visión.

—¡Sonrían muy sutilmente! ¡Cándidas! ¡No! ¡Etéreas! —ordenó el director a los gritos mientras una cámara aérea las sobrevolaba.

Así vestida, con su pelo al viento, apenas sostenido por el arreglo de flores, Helena tuvo la absoluta certeza de que ya había posado así vestida. A su sensación se le sumó una rara memoria muscular. Se vio haciendo poses que ya conocía, exactamente como las había hecho alguna otra vez. Y en un segundo indudable de clarividencia se unieron por un momento todos los puntos. Se sintió una vez más la Venus de aquel cuadro. Se rememoró riéndose posando con túnica ante alguien que la pinta. Algo en su cabeza avanzaba como si se hubiera abierto un canal desconocido hasta ahora. Helena cerró los ojos. Los abrió y volvió a cerrarlos. Otra vez una visión fugaz y en ella la cara indescifrable de un hombre. Mantuvo los parpados apretados. Intentó, a pesar del susto, que ese rostro no escapara. Fue en vano.

Dicen que pasado, presente y futuro están en la misma línea y uno mediante la conciencia los puede hacer confluir. El *déjà vu* era ni más ni menos que el cruce de una línea de tiempo con otra donde se habían unido un pasado lleno de interrogantes y el presente que conocía. Ambos le pertenecían. Lo sabía.

Al llegar a la casa luego del extenuante rodaje, decidió responderle a Josefina.

XI



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

El encuentro con el antropólogo se produjo cuando casi había caído la noche. Sus clases en la Universidad de Bologna y su intensa agenda cuando iba a Florencia le habían impedido una cita en horarios más o menos normales. También era cierto que el profesor Stefano Di Nunzio prefería el clima onírico de las últimas horas del día. Le había llamado la atención el mensaje de aquella guía del museo a quien recordaba como una mujer atenta que en su momento había sido de mucha ayuda en una de sus investigaciones.

El pequeño estudio del profesor estaba en diagonal al Museo Bergello, la vieja prisión que hoy albergaba bellas obras renacentistas. Difícil imaginar que entre una heladería siempre rebosante de clientes y una librería de ejemplares antiguos se escondiera aquel gabinete. El bullicio de los que esperaban por un *gelato* daba paso a la solemnidad de los valiosos ejemplares.

Imperceptible, en medio de tan dispares atracciones, una pequeña puerta se abría hacia un hall amplio imposible de adivinar por la diminuta entrada. Ya en el interior, las paredes esfumadas de azul terminaban con ribetes de estrellas en los zócalos del cielo raso. Parecía el camarote de un barco, de no ser por la pesada puerta que se dibujaba severa en el centro de la sala. Josefina se dirigió confiada y oprimió un pequeño timbre. Segundos después, un hombre canoso, de cabellera tupida y bigotes, con rostro y expresión de bonhomía, aparecía del otro lado. Con aire de naturalidad, el profesor hizo un ademán para dejar pasar a sus visitantes. Ya dentro, el ambiente era totalmente distinto. Con las paredes cubiertas de madera y luces muy

tenues, apenas se distinguía las siluetas del mobiliario, que solo se hicieron más nítidas al acostumbrarse la vista a la oscuridad. A Helena le habría parecido un tanto lúgubre de no ser por el orden de los objetos, las flores en la mesa y un familiar olor a café que venía de la cocina. Una alfombra persa cubría los pisos de madera y una colección de tótems y figuras étnicas ocupaba armarios, mesadas y una biblioteca que cruzaba de punta a punta la pared. El espacio era alargado como un corredor y terminaba en un escritorio, que daba a su vez a un pequeño salón con un diván.

—Parece el consultorio del doctor Freud —dejó escapar Helena.

—Dice bien, *signorina*...

—Helena De Benedetti —agregó Josefina con un tono formal que denotaba cierta tensión.

—Puedo ofrecerles café o... jugo fresco de ananá —convidó hospitalario el académico mientras revisaba en un pequeño refrigerador. Por sus modos y rasgos parecía más que un intelectual, un inofensivo abuelo.

—Si les parece, prefiero que puedan hablar ustedes, profesor. Debo terminar algunos informes para el museo. Ya sabe cómo son de burocráticos. ¿Te parece bien, Helena?

—Sí, sí. *Grazie mille*, Josefina. Yo hablaré con el profesor.

—Cuéntale todo. Cuéntale que...

—Sí, le contaré, Josefina.

El estudioso hizo un gesto de aprobación y la comedida guía salió discretamente de la sala donde se sentía una molestia. El hombre se perdió hacia otro ambiente y volvió con dos vasos de jugo. Al regresar, posó la bandeja, que quedó inmediatamente en segundo plano, y miró fijo a Helena. Esa mirada repentinamente penetrante, quizás inquisidora, había cambiado el clima. El profesor sacó una libreta y comenzó a interrogarla. Luego de unas pocas preguntas de rutina sobre su edad, profesión y algunos antecedentes de su historia, la joven refirió lo más detalladamente que pudo la experiencia que había vivido frente al cuadro de Sandro Botticelli. También contó lo que había experimentado días pasados en Sicilia, y que eso la había convencido de verlo. Al tiempo que lo contaba, entre cierto pudor y no poco prejuicio, Helena buscaba, sin darse cuenta, minimizar lo ocurrido. Con evidente escepticismo, parecía querer sacarse de encima el relato y salir inmediatamente del lugar.

—Helena, está negando lo que le pasa —le dijo, sin vueltas.

—¿Cómo? —se inquietó ella.

—Usted no está obligada ni a contarme ni a pedirme ayuda, pero si quiere tener información que le sirva para estar en paz y entender, al

menos debe tratar de referir los hechos sin que falten elementos.

—Pero lo estoy haciendo —contestó en guardia por sentirse bajo sospecha.

—Lo sé, lo sé. No se trata de su honestidad. ¿Me deja ayudar?

—No. O sea, sí. Pero ¿puedo preguntarle algunas cosas antes, profesor? —le retrucó la joven incorporándose en la silla.

—Claro.

—¿Qué es una regresión?

—Es una buena pregunta, Helena. Regresión significa retroceder en el tiempo. Las regresiones son un método terapéutico para acceder por medio de la hipnosis a un estado de trance que permite eventualmente regresar al pasado. No necesariamente exploramos una vida anterior, sino también la infancia, el tiempo en el útero, o incluso la concepción: períodos no conscientes de la vida actual de la persona donde se pudo producir un trauma o shock.

”Usted se preguntará para qué sirve esta exploración. Además de la información que puede aportarnos, permite llegar a puntos donde quedó parte de nuestra energía anclada en el trauma, en el conflicto y que en un punto reclama solución, porque emerge en formas inquietantes.

—Entiendo, profesor. Sobre todo, eso último. Lo otro, no voy a mentirle, me parece difícil de creer.

El profesor no respondió. Y Helena siguió hablando.

—¿Es peligroso? ¿Me puede pasar algo si lo hago? —preguntó al fin rehuyendo la mirada.

—Es como una meditación profunda, Helena. Nada puede pasarle.

—Uno se pregunta si acaso se ha vuelto loco cuando le pasan estas cosas.

—No está loca, Helena. Conocernos a nosotros mismos es una tarea casi tan ardua como vivir. Y esta es una forma más de intentar entender lo que se manifiesta en nosotros. Cuando se produce la conexión con una experiencia del pasado es porque nuestra alma necesita resolver un suceso que está interfiriendo de algún modo en la vida actual o que reclama una reparación posterior. Son cierres inconclusos. Como algo pendiente que no se conoce y aparece con sus propias señales.

—¿Usted cree que es necesario hacerlo?

—Mire, Helena, hace mucho tiempo vino a mí un alumno con una historia que lo angustiaba. Tenía una marca de nacimiento en su tórax que a veces le dolía. Se había hecho estudios médicos y no era nada más que una marca. Lo que había empezado a inquietarlo es que soñaba en forma recurrente que lo herían en ese lugar. Y el miedo a

tener esa pesadilla lo hacía tener terror de dormir. Él sentía que moría al tener ese sueño. Y fue entonces cuando empecé a averiguar sobre regresiones. Como antropólogo, sentía que era mucho más que un sueño recurrente o una construcción ficticia. Su relato era el de un recuerdo, no el de un sueño. Con las sesiones de regresión que pude hacer junto a un colega que es psicoanalista llegamos precisamente a eso. Una muerte violenta en otra vida. Cuando él pudo referirla, curiosamente dejó de soñar. Y jamás recordó que había referido la experiencia bajo hipnosis. Yo respeté eso. Su bloqueo a lo liberado en el trance. Por otro lado, sentí que haber contado ese suceso, había generado el alivio de denunciar por haber sido asesinado sin justicia. Nunca dijo su nombre en esa otra vida, pero describía una prisión del siglo XVI a la perfección sin haber estado allí, y cómo lo habían ultimado con una especie de lanza.

—Pienso que tal vez no me pase más...

—Todos los que pasan situaciones similares tienden a pensar que será algo pasajero. Y a veces ocurre. Pero al mismo tiempo de querer que sea pasajero, tienen el deseo de saber. Y nada está mal.

—Es que me agota lo que no entiendo, me asusta a veces... Creo que con algo de empeño lograría olvidar esto. Pero también siento la curiosidad. En este momento de mi vida me siento transitando varios caminos a la vez. Lo que quiero yo, lo que quiere mi padre, lo que surge... Y en esta confusión que tengo con mis cosas, es que apareció todo esto. ¿Usted piensa que puede ser relevante lo que le conté?

—Helena, no puedo saber de antemano. Pero hay dos elementos muy llamativos. Tu parecido fenomenal y tu mímesis con la figura de esa mujer, generándote un colapso, un desmayo. Para decírtelo en otras palabras. No sé si eres Simonetta Vespucio, pero hay algo de ella que moviliza un punto de tu historia, de la historia de Helena De Benedetti. Y eso sí es importante para ti.

—¿Y usted por qué lo hace, profesor?

—Es otra buena pregunta, Helena. Soy investigador y los que investigamos nunca damos nada por concluido. En el campo de las humanidades las posibilidades son aún más fascinantes. Los casos que he seguido con este abordaje no han sido muchos, pero han sido bastante sorprendentes. Quiero seguir acumulando evidencia y Josefina hizo bien en sugerirte llamarme. Pero hagamos algo. Vuelve a pensarlo y a mi regreso hablamos.

—No. Quiero hacerlo ahora.

XII



1469
Palazzo Medici, Florencia

El intruso ya tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad cuando abrió la puerta y se metió dentro de la habitación de invitados donde dormía Simonetta. Como un gato se deslizó hacia la cama. Desde arriba la miró. Sus rulos dibujando formas extraordinarias sobre la almohada de seda eran el pelaje de una criatura irresistible. Ella apenas se movió cuando él se sentó a su lado y acarició con cuidado uno de sus rizos. Pero su sueño era profundo y no despertó. Tanto que siguió sin reacción cuando él quitó la sábana y la descubrió suavemente. Solo asomaban unos pocos centímetros de su piel en la abertura del camisón que escondía su cuerpo por completo. El discreto fuego en un costado de la habitación devolvía apenas una mancha de luz anaranjada que no terminaba de romper la penumbra. En esa negrura no se vio caer la capa que lo envolvía antes de que se recostara al lado de la joven que en pocos días se desposaría con Marco Vespucio. El olor de su respiración lo inquietó. Mezclado con el perfume ya tenue de rosas que emanaba su pelo, hizo despertar su deseo. Su excitación contradecía la prudencia que lo mantenía allí mirándola. Ella iba a despertar en cualquier momento. Prefería despertarla él. Le rodeó la cintura por detrás y casi instantáneamente tapó su boca de la que escapó un gemido cortado al descubrirse en sus brazos y en el intento de mirarlo.

—Shhhh —le ordenó mientras notaba su respiración acelerarse y que lo reconocía.

La dejó darse vuelta a sabiendas de que ella haría silencio al descubrirlo. La vio incorporarse y encogerse hasta el respaldar de la

cama que era el límite hasta el que podía replegarse. Vio una lágrima pesada perderse en las sombras que delataban su cara. Le extendió la mano lentamente sin dejar de mirarla. Simonetta cerró los ojos y se acercó. Él la tomó contra su pecho y la sintió llorar. No lloraba por él. Ni por ella. Eligió pensar que lloraba por los dos.

Estar al límite de un destino concertado por otros era algo para lo que cualquier mujer noble estaba preparada. Esa era una de las grandes mentiras que justificaban el sacrificio, que escondían tras el deber, las humillaciones de la sumisión y el inevitable rechazo del cuerpo a lo que da asco y repugnancia. Ella no podía hacer nada. Eso sí lo sabía. Y sabía que estaba en esa casa porque el trato mayor era en deber y lealtad a los Medici.

Ante un destino que ya estaba escrito de todas maneras, aceptó ese momento de prohibida humanidad, de inútil rebeldía. Para lo que venía no había vuelta atrás. Aunque volver atrás no fuera nada. Simonetta hacía una ofrenda de sí misma en cada momento. Y de esa manera se sentía dentro de la existencia. Considerada por ella misma, como no pasaba en casi nada de su vida. No era ignorante, sin embargo, de que lo que iba a ofrendar esa noche, se perdía para siempre. Él pudo leerlo todo en su mirada y prosiguió.

Abrió sus ropas de dormir como si desprendiera un collar detrás del delgado cuello. El escote era lo suficientemente amplio como para dejar sus hombros descubiertos al dejarlo caer. La blancura de su piel brillaba en la noche de esa recámara. Sus ojos del color de la luz se escondían tras un tumulto de pestañas. Ella no podía mirarlo esta vez. Él tomó sus senos redondos y tibios, y sintió sus pezones exaltarse en la palma de su mano. Con su otro brazo la rodeo por detrás y tomó su vientre. Mientras bajaba con su mano besó su cuello. La sintió suave y temblorosa. Por momentos la recorría un espasmo exaltado. Por momentos su cuerpo se tensaba hasta rendirse. Al volverla contra él, la vio extender los brazos hacia su cuello para esconderse en su pecho. Ahí fue que decidió recostarla y acariciar su cara. Acercó una vela encendida que resistía sobre la chimenea. Ella vio con la luz intermitente del fuego su cara inconstante apareciendo y desapareciendo. Pero sintió cada una de las caricias de sus manos. Y lo miró fijo cuando, imponente, se inclinó para cubrirla y tomar su cuerpo virgen. Un quejido contenido primero, dio paso a un estado de convulsión luego, al que sobrevino la entrega obediente pero también una inocultable excitación que no conocía de sí misma. Él fue delicado como si la mujer que tenía entre sus brazos fuera una diosa de las mitologías que habitaba en su pasión por el arte.

El intruso permaneció a su lado hasta que Simonetta se durmió

rendida. La vio asentir ante lo que él le decía. La liberó de dar una respuesta.

Simonetta sabía que ella misma era parte de la dote que había ofrecido su familia. Esa era otra de las cosas que nadie decía. En la transacción matrimonial, la joven a ser desposada era un bien más en el inventario. Y no necesariamente el más importante.

Ella lo escuchó marcharse sin despertarse del todo y volvió a dormirse profundamente vencida por el agotamiento. Exhausta se soñó en las costas de Génova. Se soñó desnuda mirando estallar las olas en las rocas. Se soñó sintiendo en su boca el sabor salado del océano. Se soñó sola. Se daba vuelta y no había camino de regreso. Solo el mar por delante. El mar y ella.

Al despertar no había rastros del hombre. La sirvienta vio una mancha de sangre en la cama y retiró la sábana. No sería la primera vez que eso pasaba en la vida de una mujer en edad fértil. Si alguien lo había visto entrar, Simonetta no podía saberlo. Rogaba que no. Sus palabras, su boca en la de ella, sus manos en su cuerpo aún eran más fuertes que su propio pensamiento. Sintió el filo del miedo. Pero eso tampoco era nuevo. Su vida era lo que le quedaba en los márgenes de ese gran plan que la incluía. Lo que había pasado esa noche era curiosamente parte de las dos dimensiones. Pero no por eso dejó de sentirse abrumada. Esa mañana pasó horas rezando en la capilla del palacio.

XIII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—*D*ime dónde estás ahora, Helena.

—En un lugar oscuro.

—Y cuál es tu nombre en ese lugar.

—Mi nombre... No sé...

— ¿Algo te preocupa?

—Lorenzo... Lorenzo me dice que los dos estamos a punto de dar un paso para el que no habrá vuelta atrás. Que luego todo lo que hagamos tendrá consecuencias. Que él y yo somos iguales. Que no pertenecemos a nosotros mismos. Que la memoria será más piadosa conmigo. Lorenzo siente que su carga será bestial... que... será... ah...

—¿Quién es Lorenzo?

—A la familia que me dio como dote solo le importa Lorenzo. Dicen que él será el heredero. Yo sé que ante todo debo servir en esta casa. Y eso contentará a la casa de mi prometido.

—¿Y qué es servirlos?

—Servirlos es... Servirlos es...

—Tranquila. No sigas si no quieres.

—Lorenzo acaba de poseerme. Ha sido bueno. Ha sido bueno lo juro, lo juro, lo juro...

El profesor Di Nunzio le tomó la mano a Helena que estaba vivenciando un trauma en tiempo real. Al hacerlo ella volvió de su trance como si saltara en el tiempo para regresar y cayera desde otro espacio. La joven se sentó de golpe en el diván y buscó saber dónde estaba. El antropólogo la miró con calma y esperó que reaccionara para saber si ella lograba situarse en tiempo y espacio.

—Profesor, estoy muy cansada. ¿Podemos seguir otro día?

—Sí, claro, Helena. Solo déjame preguntarte algo.

—Sí —respondió ella en un suspiro.

—¿Recuerdas lo que me contaste mientras hacíamos la regresión?

Helena se quedó por un momento mirando el vacío. Luego lo miró al profesor que temía que por el trauma vivido no fuera capaz de recordar.

—¿Quién es Lorenzo, profesor?

—No lo sabemos aún —mintió el profesor.

Cuando la joven se fue, Di Nunzio contactó a Josefina, a quien la chica había autorizado a saber lo que ocurriera en las sesiones, como garante y salvaguarda.

—Qué extraño, Stefano. Hubiera jurado que Simonetta había sido la amante del joven Giuliano de Medici, pero no de Lorenzo. Creo que esto no podemos resolverlo solos.

—Helena no sabe quién es Lorenzo. Y tampoco ha dicho si es Simonetta. Eso lo estás suponiendo tú, Josefina.

—Oh, claro que lo es, Stefano...

—Déjame investigar a mi manera. Aún ella no ha dicho que es Simonetta. Pero si lo que necesita denunciar se refiere a Lorenzo el Magnífico, estamos ante una buena pista. ¿Quién podía discutirle el poder?

—Lorenzo no necesitaba abusar de una niña. Era el dueño de Florencia. Necesitamos hablar con alguien más, que nos provea de la información histórica.

—Mira. Nuestro objetivo no es juzgar a Lorenzo ni eventualmente a Simonetta. Solo desentrañar lo que angustia a Helena.

—Lo sé. Lo sé, Stefano. Pero aquí hay historia grande involucrada.

XIV



2023
Galleria degli Uffizi, Sala de Guías, Florencia

Cara Josefina,
Qué bonito saber de ti. Y qué curiosidad me despierta tu pregunta. Para llegar a mí, debes estar en busca de versiones no autorizadas de la historia. Perdóname la ironía.
Mira, hay un misterio que tiene que ver con cuál es la razón de la trascendencia de Simonetta. Ella era famosa como una actriz podría serlo hoy porque aparece en el cine y en las publicidades, pero no hay muchas explicaciones para aquella fama en un mundo como aquel. ¿Cómo se convirtió en el ícono de una época? El propio Lorenzo el Magnífico le escribió los primeros sonetos que salieron de su pluma. Es muy notable y provocativo que la misma modelo haya sido la Madonna y la Venus, es decir, que sea la virgen y al mismo tiempo la diosa que representa el amor y el deseo en tantos cuadros. Y que haya sido pintada como Venus casi diez años después de su muerte como si estuviera viva o fuera recordada de esa manera. Todo habla de un culto en torno a Simonetta. Busca los sonetos de Lorenzo. Créeme que son los de un hombre enamorado. Estoy tentada a pensar que el rumor que ha perdurado a través de los siglos sobre que, en realidad, ella era la amante de su hermano, fue solo una cobertura. Lorenzo era el Estado, el poder, la estabilidad. Giuliano era la licencia. Aún hoy, en Florencia, Lorenzo es sagrado. Pero fue un hombre que lloró por la muerte de una

mujer en su ciudad y le escribió poemas como si la amara.

Mira, excede a mí el saber por qué una joven que murió a tan corta edad terminó representando una era. Fue musa para varios de los artistas más notables de la época, incluido Leonardo. Es imposible que no haya sido especial para trascender como lo hizo. Pero alguien, o muchos, buscaron que todo quedara oculto. No sé cuál es la verdad histórica o profunda del personaje, su personalidad y temperamento. No tenemos más que leyendas o dichos, prácticamente. Es muy impresionante lo que dice de ella el propio Lorenzo el Magnífico. Porque la trata a la altura de una deidad olímpica. Pero también exalta sus virtudes humanas, algo que uno se pregunta por qué lo haría el más poderoso de Florencia si no fuera más que una chica bonita y con gracia. Lorenzo dice que era una persona con un carisma, una dulzura, que hacía que las personas tratadas por ella se sintieran queridas, pero que al mismo tiempo de provocar deseo y atracción y veneración y endiosamiento por parte de los hombres, no generaba ningún tipo de envidia ni de sentimiento negativo por parte de las mujeres. Por momentos la figura de Simonetta, su figura histórica, tiene algo cercano a la santidad estética. Ella era una especie de obra de arte viviente. Tan corta vida. Y tan eterna. Pero no solo soy yo. Es la conclusión de varios críticos: que la existencia de un culto sobre Simonetta llevó a Botticelli a pintarla años después como la Primavera y como Venus. Pero siempre puede haber algo más, que no conocemos.

Abrazos, Cara Josefina, y lo que sea, estoy a disposición.

Giovanna Regazzoni

La carta de la historiadora dejó a Josefina llena de interrogantes. Lo primero que hizo fue buscar los sonetos de Lorenzo. Leerlos la dejó sin palabras. Era imposible que ese hombre no amara a Simonetta, con las cosas que había escrito sobre ella.

XV



1469
Distrito de Ognissanti, Florencia

La Florencia del *Quattrocento* pendulaba entre sus penitencias ascetas heredadas de Dante Alighieri y su irresistible pulsión por alcanzar la belleza donde quiera que esté, y aparearse con ella. Lo hacía con la fuerza, ambición y deseo con que Marte persigue a Venus en las andanzas de los dioses. Se había calmado con visible austeridad, solo por un tiempo después de las admoniciones infernales del poeta en su *Divina Comedia*. Pero no podía rendir sus apetencias de darle su propia forma al paraíso. Ese atrevimiento a cambiar el mundo, ese irresistible llamado a la liberación ya no podía ser contenido. Nada podía frenar lo que estaba destinado a renacer. Ese había sido el plan de los Medici: hacer renacer la Antigüedad, aunque sin saber lo lejos que llegaría tal empresa y cuánto lo cambiaría todo para siempre, cuando su poder fuera ya solo un recuerdo.

Cosimo, el abuelo de Lorenzo, se había convertido casi al mismo tiempo en el líder del banco más próspero de Europa y en un referente humanista. Su interés por la Antigüedad Clásica había derivado en la insaciable avidez del coleccionista. Y su dominio en el mundo de las finanzas incluía, para los Medici, ser los banqueros del Papa y también los gestores de las transacciones en todo el continente con la pionera moneda florentina. El mercado de las confecciones de lana había abierto las puertas a las Artes del Cambio que aseguraban las operaciones comerciales, pero también a otra maestría que reinaba discretamente sobre ellas: el Arte de la política.

El abuelo Cosimo había sido dueño de una implacable capacidad para establecer relaciones y también para romperlas. Para mantenerse

en el poder, no siendo los Medici una familia de linaje puramente noble, se nutría de los sectores más dinámicos de la sociedad que veían en su operatoria una oportunidad para sus talentos. Así, los clanes más nobles que guardaban la tradición y los blasones fundadores de la ciudad, veían con desconfianza y distancia el crecimiento de su poder. Tenían razón en hacerlo. Cosimo no dudaría en aplastarlos. En medio de resortes de poder formal y sangrientas conspiraciones transcurría una guerra larvada donde imperaban consensos y traiciones a la vez, fagocitándose unos a otros. Había que asegurar la paz para el comercio, pero esa paz no era el fin de la guerra sino el poder de asegurar su contención o de usar su amenaza.

Pero en el ascenso al máximo poder, las apetencias intelectuales que regocijaban a Cosimo de Medici, serían más trascendentes de lo que jamás había imaginado cuando empezó a colectar lo que se convertiría en la mayor biblioteca abierta de ejemplares y códices de la Antigüedad jamás conocida.

Una impensada consecuencia del Concilio de Florencia donde se habían encontrado las iglesias Católica Romana y Ortodoxa para firmar la paz, había sido la llegada a la ciudad de un personaje que dejaría una huella imborrable. Entre varios renombrados académicos griegos, las conferencias de Gemistos Plethon sobre Platón, que Cosimo escuchó pletórico, lo llevaron a fundar la Academia Platónica en 1459. Allí, otro de sus protegidos, Marsilio Ficino, protagonizaría un hecho capital de lo que algunos ya llamaban *Rinascimento*: la traducción de los diálogos de Platón del griego al latín y de varias otras obras imprescindibles.

Como Donatello con la escultura, Marsilio Ficino con la filosofía y la escritura estaba abriendo paso a toda una era. Ambos habían sido impulsados por el mecenazgo visionario de Cosimo de Medici.

Y la Florencia que surgía de esa semilla era la que veía como natural el liderazgo del hijo de Cosimo, Piero, y la consiguiente sucesión de su primogénito, Lorenzo, aunque esta dinastía contradijera las formalidades de la república confundiéndola con los menesteres de un linaje monárquico.

Dinámica y vanguardista, por las influencias de tal revolución económica y cultural, la sociedad florentina era protagonista y no solo testigo de un tiempo de cambios donde la belleza era otro ideal que se multiplicaba como las estatuas griegas y romanas que se recuperaban de parajes remotos o se mandaban a restaurar o reproducir.

Como a una deidad griega vieron esa tarde a la joven llegada de Génova, al desposarse con Marco Vespucio.

El Catastro de Florencia había registrado en el libro de 1469-70 la

presencia de “Marco di Piero di Giuliano Vespucci; Simonetta di messer Guasparri Catani sua donna”. “Su esposa”. Tenían 16 años.

Simonetta parecía la reencarnación de Venus. El cortejo que la había llevado a la ceremonia luego de recorrer la ciudad había ofrecido un primer bosquejo. Pero los comentarios que llegaban desde la Villa en Careggi, en las afueras de la ciudad donde los Medici habían agasajado a la pareja, describían el impacto que había tenido su presencia.

—Cuéntanos, Sandro… Tú fuiste invitado.

—¿Es cierto que al levantar su velo los presentes dejaron escuchar una exclamación al unísono?

—¿Es verdad que los novios ni se hablaban?

—¿Es cierto que el joven Giuliano ya busca conquistarla cuando aún no ha calentado las sábanas de su marido?

Carcajadas, murmullos y preguntas incesantes de un enjambre de curiosos asediaba hasta la asfixia al joven pintor que salía de la casa de su padre, justo al lado de la residencia de la flamante pareja, en el distrito de Ognissanti. Claro que Sandro había asistido a la boda. Nunca imaginó tan claramente cómo podía sentirse el filo de un puñal clavado en el pecho. Se sintió de hecho más mezquino de su belleza que el flamante *sposo*. Y al escuchar los comentarios de los otros artistas invitados, se revolvió por dentro, violentado por el deseo que intuyó en todos ellos de hacerla su musa. Como quien sabe que algo le pertenece y no quiere que se descubra, sufrió el ultraje a su secreto por parte de esos ladrones. No le hubiera molestado compartir a otra modelo, pero no a ella, no Simonetta.

Como una boda era de esas ocasiones semipúblicas donde podía verse bailar a las mujeres, aún retenía su imagen elevándose en el *saltarello* en manos de su esposo y ya *maritata*. Su pelo era el oleaje del mar flotando en el aire. Sus ojos, el lucero buscado por un marino solitario.

—¿Qué dices, Sandro? Mi nueva prima es un suceso. Mira, la ha buscado para bailar Lorenzo —la interrupción del joven Américo Vespucio, lo había sacado de la momentánea y tensa suspensión.

—Y ahí espera Giuliano —le respondió simulando desinterés.

Las decenas de parejas con espléndidas ropas no opacaban a la ninfa vestida con el color de las perlas, con una sutil corona de flores blancas como todo adorno en su pelo. La ocasión permitía ver a las espléndidas mujeres florentinas como casi nunca. Joyas de sus casas, dueñas de famoso refinamiento, ofrenda visual a las cortes extranjeras, se exhibían cercanas y distantes. El baile permitía quizás un roce, un atisbo de piel, el perfume de un cuello o el jadeo involuntario. Ya

todos habían dejado las carpas bajo las que el banquete de manjares había sido un convite para reyes. Ahora el convite eran las mujeres. Y la corte era la corte de los deseos.

—Mira eso, por favor. Doña Lucrezia Donatti está hirviendo de celos. Debe pensar que peligra su corona como reina de la belleza en los próximos Juegos para celebrar el compromiso de Lorenzo —agregó desde atrás la voz del joven Leonardo Da Vinci.

—No seas indiscreto, Leo —lo reprimió Sandro haciéndole un gesto de advertencia por la presencia de Américo Vespucio—. ¿Conoces a Américo? Es primo del novio, de Marco.

Leonardo hizo un jocoso saludo mientras levantaba su capa de seda prestada para la ocasión, y, entendiendo el mensaje, se volvió hacia Sandro. Reconoció en él una súbita nostalgia en los ojos que no podía disimular. Ni remotamente se animaría a decirle que había estado haciendo unos dibujos de los rulos de la novia. Vio en Sandro ese otro temible candor, el del amor. Él había aprendido a reconocerlo con sus jóvenes años. El deseo se veía en los ojos, bestial. El amor se veía desnudo. A Leonardo le fascinaba pasar horas dibujando el cabello enrulado de cualquier modelo. Como le fascinaba dibujar las alas de los pájaros o los remolinos caudalosos de agua. A Sandro le fascinaba Simonetta.

—Ven, Sandro. Acompáñame que quiero invitarla yo también a bailar —le pidió Américo.

Entre el deber y la tentación, Sandro lo siguió mientras Leonardo se tomaba la cabeza ante la incómoda escena que se quedó mirando de lejos. Las ropas coloradas de Sandro se abrían paso entre los dignatarios, embajadores, nobles, cardenales y damas que hacían un anillo en torno de los danzantes. La galería rodeada de columnas y jardines con fuentes y flores, de pronto se había reducido a ese encuentro. A Sandro se le había borrado todo sonido con excepción del de su respiración y los latidos de su corazón. Y toda otra presencia que no fuera la de la mujer que se dejaba saludar por cada uno sin cansarse. Su vestido era de una sola pieza con varias cintas que ceñían su figura desde debajo de los senos medianos y turgentes, pasando por la cintura y la cadera. Los pliegues de la seda que sobresalían entre cada lazo le daban un movimiento hipnótico a sus meneos. Cuando ella vio acercarse a Américo sonrió. Era la persona con la que más en confianza se sentía. De toda la familia era quien le había mostrado instantánea simpatía, sin falsa solemnidad, sin nada que ocultar. Él era básicamente un par, casi tan joven como ella. Américo era apenas menor y sus quince años tenían los bríos de sueños de grandeza. Lo que sorprendió a Simonetta, sin embargo, fue ver con él a Sandro.

—Queremos bailar contigo, *signora* Vespucio —lanzó el joven Américo para espanto de su acompañante que inmediatamente le hizo sentir su equivocación de un codazo que llevó a Simonetta a no ocultar la risa.

—El *signore* Sandro seguro está ocupado observándolo todo, querido primo —lo salvó ella, con piadosa naturalidad.

Sandro bajó la cabeza, como quien se percibe descubierto, y se mantuvo a la distancia viendo al jovencito ensayar reverencias y pasos largos fuera de toda sincronía que sin embargo la joven esposa le ayudaba a disimular. Él veía en ella la belleza, pero también la bondad. Lo que lo asustaba es que el día de su boda, sin que la propia Simonetta lo supiera, ella había entrado a ese firmamento implícito que era como un olimpo imaginario para esa sociedad que soñaba con Grecia por las noches y guerreaba como Roma por las mañanas. La atracción por su belleza —no tenía dudas— era la anticipación de algo mucho más grande que había comenzado él mismo y que estaba decidido a retratar.

Lo que pasaba con esos vecinos que se le habían venido encima ahora, era una confirmación de su intuición. Simonetta estaba en su destino y en el de Florencia. Aunque no supiera bien cómo. Guardaba aún en el doblez del puño de su camisa, una de las perlas que había caído del vestido de ella luego del baile que no le pudo otorgar a él.

XVI



2023
Milán

Cuando cae la noche en Milán y las tiendas de lujo de la exclusiva *Via Montenapoleone* cierran sus puertas al público, despierta un submundo fascinante que pocos conocen: el del diseño de las vidrieras. Se trata de un verdadero arte que combina criterios estéticos, publicitarios y hasta escenográficos. Las principales marcas compiten entre sí para atraer a los compradores de todo el mundo con montajes que cuestan millones y que buscan cautivar ese sentido inapelable que es el deseo. Pero la sorpresa se teje en las penumbras de la madrugada para deslumbrar en la mañana como si hubiera sido un pase de magia.

Esa noche, tras las bambalinas donde los diseñadores unían las piezas de un mundo fantástico para los escaparates, Helena decidió contarle a su amigo Domenico que había hecho una sesión de regresión. Acababan de hacer una prueba de vestuario para un desfile de Prada, cuando ella lo llevó a un costado y tras los carpinteros que daban el toque final a un decorado, le reveló su experiencia y qué la había llevado hasta ahí. Domenico la escuchó con esfuerzo al superponerse el rugido de los taladros, martillos y serruchos de última hora. Ella vio cómo su cara iba despojándose de gestos. Lejos de toda frivolidad, el modelo expresaba interés y cierta preocupación. De a poco la fue empujando hasta la punta del inmenso loft para tener un poco más de privacidad. Cuando le tocó responder, respiró hondo y se quedó paralizado por un instante, hasta que se lo dijo.

—Helena... Yo no quiero entrometerme, pero... debes seguir esto hasta el final...

—Ay, Domenico —a Helena se le hizo un nudo en la garganta—, a veces se me hace muy difícil. Yo quiero saber…

—Es que si no intentas saber no te lo perdonarás nunca…

—Pero hay momentos donde quisiera escapar muy lejos. Es demasiado irracional todo…

—Es que ahí te equivocas… no lo midas por lo racional, solo sigue el camino hasta el fin.

—¿Sabes qué me hace continuar con esto? Una especie de lealtad con esa joven, con Simonetta.

—¿Pero sentiste ser ella?

—No. Es extraño. No sentí ser ella. Pero siento que la conozco como si fuera yo misma. Esto no se los dije, ni al antropólogo ni a Josefina. Y siento que ella me necesita.

—¿Qué te necesita en qué…?

—No lo sé. Es como una pena muy profunda.

—Yo no había prestado atención pero volví a ver el cuadro después de que hablamos en el *Camparino* y… eres igual a ella. Es impresionante…

A Helena la hacía sentir asediada el tema del parecido con Simonetta, porque eso sí escapaba de toda posibilidad de duda. Al menos el argumento de la irracionalidad le daba la chance de que todo fuera solo un momento místico o una anécdota.

—Eso no puede ser una casualidad, Domenico.

—Pero si a la casualidad le sumas tu sensación de espejo con la imagen y lo que acaba de pasarte… De hecho, no me dijiste si funcionó, o qué apareció en la sesión… si apareció algo…

—Apareció un hombre. Pero no quiero hablar de eso. ¿Sabes qué quiero?

—¿Qué?

—Le escribí a un fotógrafo que admiro muchísimo para que me acepte de aprendiz durante mi mes de descanso. No contestó a mis correos aún, pero decidí ir a su estudio y presentarme. También está en Florencia.

Helena se sonrió al decirlo porque leía lo que su amigo estaba pensando: que todo la llevaba a Florencia. Pero no se trataba de buscar una manera de escapar a lo que le pasaba. Realmente la ilusionaba poder desarrollar su vocación por la fotografía. Sentía que tenía talento natural y que la apasionaba. Y ese entusiasmo contrarrestaba lo abrumada que se sentía a veces por la rara experiencia que estaba atravesando. No podía mentirse a sí misma. A veces se sentía segura de lo que estaba haciendo y a veces tenía el impulso de terminar con todo. Pero en su interior sabía que, si no

agotaba su búsqueda, eso quedaría siempre como una espina. Mientras tanto, insistiría con el fotógrafo. Le parecía raro que no le contestara.

—¿Y te aparecerás en su puerta diciendo “Hola, quiero ser tu aprendiz”? —le preguntó Domenico con cierto descreimiento.

—Ya veré —le respondió ella con aire desafiante—. Le tiraré la puerta si no abre —se rio a carcajadas.

—Y así lograrás convencerlo, tirándole la puerta.

—Ahí le diré —agregó Helena haciendo una reverencia teatral—: “*Signore* Antonio Agresti, fotógrafo de Florencia, me envía Sandro Botticelli desde el pasado”.

Los dos rieron y al darse cuenta de que habían quedado solos con los últimos asistentes de producción que ya limpiaban el espacio donde habían trabajado los carpinteros, caminaron rápido hacia la puerta. Al pasar por el frente del local, el escaparate brillaba de un verde refulgente que no estaba solo tres horas antes. En el centro de ese espacio inmaculado se lucía como un objeto de culto, sostenida por hilos luminosos, como si levitara ajena a la gravedad, la cartera icónica de la temporada.

XVII



1469
Palacio Medici, Florencia

"El tiempo vuelve": esa leyenda se leía en el estandarte del joven Lorenzo de Medici. Esas tres palabras contenían todo el tiempo, todo el pasado y todo el futuro. Porque si el tiempo volvía, si volvía el pasado antiquísimo, un día en el futuro lejano, también volvería el presente.

El estandarte estaba expuesto en la entrada del palacio familiar donde el heredero de la familia recibía salutaciones luego de su día más triunfal. Lo había pintado el artista Andrea Verrocchio y mostraba una ninfa enlazando las hojas de una corona de laurel, antiguo atributo de los victoriosos. Ellos no sabían que esa leyenda —"El tiempo vuelve"— anticiparía el nombre de una era: el Renacimiento. La frase, que también se leía en la capa de seda de Lorenzo bordada con perlas, aludía al tiempo antiguo que esta familia se había propuesto revivir y resignificar pero que terminaría llegando mucho más lejos para convertirse en una nueva frontera en la historia.

No era un secreto que la musa que había inspirado la imagen femenina del estandarte, era Lucrezia Donatti, amante de Lorenzo. Y dedicarle a ella el triunfo en los fastuosos torneos por sus veinte años, no aplacaría el impacto en la dama por su futura boda. Cuando pasaran los saludos de ocasión por el gran evento, la noticia del matrimonio de Lorenzo con Clarisa Orsini, sería comunicada oficialmente. En esa clave leía Lorenzo la ausencia de Lucrezia, a quien no calmaban sus promesas de no abandonarla. Ella estaba casada con un prominente miembro del Consejo. Pero eso no disminuía el sentido de posesión que tenía por el joven que caía rendido a sus encantos. Y la inquietud que él sentía por este conflicto

en ciernes resultaba indisimulable para quienes lo conocían. La tensión le impedía entregarse a los goces de la vanidad por lo que simbólicamente había sido el ascenso de un príncipe para los florentinos y para las ilustres visitas que habían llegado a la ciudad. En medio de su propia incomodidad fue que Lorenzo vio a alguien a quien parecía pasarle lo mismo que a él.

Simonetta no había perdido su aura de ángel después de casada. Su esposo Marco Vespucio era invisible a su lado. Y se sabía insignificante. Era un hombre mediocre, sin virtudes que lo enaltecieran. Su influencia era más proyección familiar que mérito. Y a esa medianía se le sumaba la estrella de su excelsa mujer. En uno de esos momentos en que le hacía el vacío a su esposa hablando con otras mujeres, fue que Lorenzo se acercó.

—Hay días en que aún espero encontrarla cuando cruzo el patio.

—*Signore* Lorenzo, felicitaciones por su triunfo en los juegos.

—Yo también voy a casarme. Se sabrá en las próximas horas.

—Su señoría merece toda la dicha.

—¿Eres dichosa?

A Simonetta se le cortó la respiración por un momento. ¿Qué debía decirle a Lorenzo? ¿Acaso que se había sentido más humana entre sus brazos en una noche robada al destino que en la indiferencia de su esposo? ¿Que Marco la odiaba por lo mismo que los demás la amaban? ¿Que su marido la despreciaba? ¿Que esperaba que su suerte al casarse no fuera la de ella? ¿Qué decirle al príncipe de Florencia?

—Estoy muy agradecida con la familia Vespucio por elegirme y con su familia, *signore* Lorenzo, por albergarme desde que llegué a esta ciudad.

—Usted me hace sentir fuerte, *signora* Vespucio.

—¿Yo?

—Sí... Su belleza no se rinde. Perdón... La belleza de su alma no se rinde, a pesar de todo a lo que no podemos escapar.

—¿Qué le preocupa, *signore*? ¿Puedo ayudarlo?

—Quisiera que volvieran los días anteriores al torneo.

—Volverán, *signore*.

—¿Cómo sabe?

—El tiempo vuelve, *signore*.

Lorenzo sonrió. Lo conmovió el esfuerzo de Simonetta para mejorar las circunstancias. Él sabía que más pronto que tarde recaería en sus espaldas el destino de la familia Medici. Su padre estaba muy enfermo y él no tendría tiempo de convertirse en un sucesor experimentado. Además, se desposaría con una mujer elegida por otros, mientras su corazón le pedía el fuego de la irrestricta juventud. Para él, la

juventud no era irrestricta. Percibir a Simonetta, inclaudicable, a pesar de su evidente soledad, lo ponía en su lugar. Si ella podía responder al yugo de sus deberes, él no tenía derecho a la más mínima duda.

La vio hacer una reverencia ante él, mientras era tomada toscamente del brazo por su marido Marco Vespucio, que había fingido no verlo. Ella disimuló como un ángel la torpeza de su abrupta interrupción.

Si el tiempo volviera ese mismo día, él, Lorenzo de Medici, la elegiría. Pero los planes eran otros. Y él sabía anticipadamente lo que un tal Maquiavelo diría en un futuro cercano: “El que niega lo que es por lo que desearía que sea, más pronto que tarde provoca su ruina y no su preservación”. Por eso era pragmático, con la total convicción de serlo.

XVIII



2023
Florencia

Antonio Agresti se movía con cuidado en la oscuridad del cuarto de revelado de su estudio que era un verdadero laboratorio. Había colgado una lámina a la que, una vez lista, trataría con ciertos químicos para lograr un coloreado especial y hasta cierto relieve por la corrosión del material y el endurecimiento del líquido que actuaría en él. Quería provocar una superficie esculpida en forma artesanal y con un efecto lacrimógeno, con gotas que parecieran surgir de la estructura de los edificios. Él lo llamaba un experimento físico, en oposición a los métodos digitales que no conocían imposibles, y eso mismo, a su criterio, les bajaba el precio. Al salir de ese cubículo oscuro, volvió a encontrarse en el espacio inmaculado de su atelier donde se exhibían obras a la venta en lo que alguna vez había sido el salón de un palacio, ahora seccionado en varias propiedades, a pocos metros de la Academia de Miguel Ángel.

Antonio era un hombre de cuarenta y ocho años, con el pelo pintando ya algunas canas, y una cara angulosa y expresiva. Sus rasgos marcados, con severos ojos azules y una mandíbula cuadrada que le daba porte olímpico, podía tener un aire intimidante. Alto y de fuerte contextura, se especializaba en fotografía arquitectónica y panorámica. Eso lo hacía moverse como un francotirador por los tejados, azoteas, torres y cúpulas, en busca de ángulos y luces. También lo hacía experto en la topografía que rodeaba la ciudad y un conocedor de los colores de las distintas horas del día. Además, hacía trabajos en estudio, aunque en menor cantidad y solo para los encargos que le generaban un desafío personal o muy buenos ingresos.

Tenía un amplio atelier de trabajo donde habían pasado figuras disímiles. Su última campaña fotográfica había tenido como protagonista a la modelo Carla Bruni, en una producción para la semana de la moda en Florencia. La había fotografiado en blanco y negro con excepción de su collar de esmeraldas. El producto final, comisionado por una marca de joyas de primera línea, mostraba a las piedras preciosas en 3D, como si estuvieran al alcance de quien deseara tomarlas, como si delataran el perfume de la modelo, y las agitaciones de su respiración, exaltada por ese verde estridente.

Pero no era para este tipo de campaña que necesitaba aprendices, sino para las que lo hacían un gato en los techos florentinos. Su ambicioso plan era configurar un mapa de posiciones para las obras y edificios más icónicos y de percepciones lumínicas, que mediante algoritmos le permitiera instalar puestos fotográficos perfectos cuando lo necesitara. Con la tecnología podía lograr un boceto de ese mapa pero necesitaba calibrarlo con su ojo y con la topografía del terreno.

Esa búsqueda de locaciones le fascinaba, pero era trabajosa y requería del instinto de los buenos fotógrafos. Era un trabajo que para los que recién se iniciaban significaba experiencia con un fotógrafo de firma y una verdadera aventura.

Antonio era nómade en las aficiones del amor y más bien las adaptaba a sus tiempos artísticos. Como le pasaba con las alturas de la ciudad, no se quedaba en ninguna cúpula, y prefería vagar por todas. No era una cuestión de veleidad con las mujeres, sino los avatares de una personalidad inquieta y ensimismada en su vocación.

Le molestó escuchar el timbre mientras dejaba caer pequeñas gotas de ácido sobre otra lámina extendida en una mesa de madera. A esa hora no esperaba a nadie. Decidió no responder la puerta. Quien fuera podía contactarlo por las vías correspondientes. Ya medía la distancia desde la que soltaría una quirúrgica cantidad de otro líquido viscoso cuando volvió a sobresaltarlo el chillido de la puerta.

Fastidiado dejó con sumo cuidado los materiales sobre una mesada, se quitó la máscara transparente que cubría su cara y uno de sus guantes. Cubierto aún con un delantal de cuero bastante gastado caminó hacia la empinada y angosta escalera que bajaba hacia la puerta de entrada. Tras los gruesos cristales azulados no podía distinguir quién estaba del otro lado. Al abrir la puerta, sin una mínima mueca de calidez la vio. No dijo nada. Solo esperó que la joven hablara, con total ausencia de cortesía.

—*Buonasera!* —exclamó simpática, Helena.

—¿Qué necesitas? —le respondió seco.

—Me llamo Helena De Benedetti. Te escribí varias...

—¿Qué necesitas? —reiteró.

—Te lo estoy diciendo, pero no me escuchas... —se rebeló Helena con voz firme, logrando que el fotógrafo prestara atención—. Soy modelo y te escribí varias veces para ver si podía trabajar contigo como aprendiz.

—La modelo... Sí, sí. Leí...

—Pero no respondiste.

—Mira, esto no es para una modelo. Es trabajo de campo en lugares bastante...

—No me subestimes, Antonio.

—Pero esto no le sirve a una modelo, eso quiero decir. Esto es para alguien que haga fotografía.

—Hago fotografía. Como *amateur,* pero muy seriamente. Quiero ser fotógrafa. Te lo había escrito en mis mails... Conozco todos tus trabajos: la colección del Duomo de Milán, la del Duomo de Florencia, las series de Toscana en invierno, las Cúpulas Ocultas de Roma, los Miradores Florentinos, que me pareció un hallazgo.

En la improvisada enumeración el fotógrafo empezó a prestarle atención a lo que decía y también a ella. Le parecía una cara familiar. Tal vez la había visto en algún desfile o en una de tantas campañas que pasaban por sus manos. Lo sorprendía que la joven supiera tanto de su trabajo y lo sorprendía el contraste entre esa avidez por la fotografía y su belleza etérea. Se preguntó cómo hacía una persona para desapegarse de una hermosura tan sobrenatural. Pensó en el encierro que podía significar la belleza. A él le daría claustrofobia. De hecho, había juzgado a esa joven por ser bella. Una estupidez. Ella conocía sus trabajos mejor que él mismo. Él, que tenía el ejercicio de la observación, prestó atención a los detalles del cuadro que tenía ante sí. Para un fotógrafo la vida se ofrece en cuadros, en planos, en focos, en puntos de fuga. Observó sus ondas, el pelo dorado interminable intercalado con hilos cobrizos, la figura estilizada, los ojos color amarillo brillante, la languidez o melancolía en la expresión. Cuando tuvo la sensación de haberla fotografiado alguna vez, descubrió a quién le hacía acordar.

—¿De qué te ríes? Acabo de enumerar tus obras y a ti te da gracia...

—No, no, perdona, es que me haces acordar a alguien y acabo de descubrir a quién, pero no tiene importancia. Mira, gracias por apreciar mi trabajo, perdona mi fastidio... Estoy trabajando y tengo poca paciencia cuando me interrumpen.

—Es que no respondías mis mails y me animé a venir...

—Es un trabajo de subir a techos, torres, cúpulas y no lo vi para

una modelo.

—No me veas como una modelo.

—No, sí, claro. No te veo... como una modelo.

—Gracias.

—¿Quieres subir a tomar un café y te cuento más?

—Si no interrumpo...

—Puedes empezar ahora si quieres... —la desafió.

XIX



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—¿Lorenzo el Magnífico? ¿Lorenzo de Medici? Dios mío, profesor...

—Espera. Antes me importa saber cómo estás, Helena...

—Siento alivio por buscar, y siento una especie de tristeza también. No sé por qué. Pero, ante todo, siento una especie de lealtad con esta mujer.

—Tú no crees ser ella...

—No puedo responderlo, profesor. No puedo...

—Tranquila. Estamos buscando las respuestas. ¿Y sobre Lorenzo?

—Aún puedo sentir su presencia. Es muy extraño. ¿Pero usted cree que es ese Lorenzo?

El antropólogo le pasó varias fotografías de cuadros que habían retratado a Lorenzo de Medici en vida y Helena las expulsó sobre la mesa con pavura como si hubiera visto una aparición. El profesor Di Nunzio le preguntó qué le pasaba al verlas.

—Es él... Exactamente él. ¡Dios mío!

—Bien. Tenemos una respuesta.

—O más preguntas.

—¿Quieres avanzar?

—Sí...

—¿Seguro?

Helena asintió. El profesor la acompañó hasta el diván y le pidió que se recostara, cerrara sus ojos y respirara profundo. En medio de ese proceso de relajación le preguntó qué marco natural prefería. Ella respondió como la primera vez.

—Un bosque.

—Estás en ese bosque, Helena. Inhala profundamente y exhala lentamente. Conéctate con tu interior. Desconéctate por un momento de tu cuerpo y de tus sentidos. Inténtalo.

Helena volvió a sentir que podía lograr esa “desconexión”. Como si algo en ella lo anhelara, incluso. El antropólogo la fue guiando por el espacio que ella iba describiendo mientras él hacía interrupciones con un conteo hipnótico de tres en tres para ayudarla a producir una mayor relajación.

—Respira profundo ahora... 3, 2, 1... Estás dejando atrás el bosque y te acercas a la puerta de un templo. 3, 2, 1...

A la joven la tomaba esa sensación de ingravidez, ese abismo sin peligros que dependía de su cabeza, de lo que se animara a permitir que ocurra, de lo que surgiera. Eso había descubierto en la primera sesión, que podía soltarse en el viaje que surgiera de su pensamiento. Pero era clave que ella no pusiera condicionamientos a lo que aparecía.

—En ese gran templo de piedra hay una puerta de madera que se alcanza tras subir tres escalones. Voy a contar de tres a uno y se abrirá la puerta.

El profesor Di Nunzio siguió el proceso exactamente como la primera vez, y cuando la invitó a cruzar el umbral hacia atrás en el tiempo, se sorprendió. Volvió al mismo lugar que en aquella primera sesión. Era un hall con paredes amuralladas y ventanas alargadas que daban al mirador de una torre. Allí se detuvo su mirada hasta que ya en trance escuchó la pregunta del antropólogo.

—¿Dónde estás ahora?

—En la torre.

—¿Quieres bajar de la torre?

—Sí.

—Hazlo. Yo te acompañaré. ¿Todo está igual? ¿Hay alguien contigo?

—No. La puerta del otro día está cerrada.

—¿Y qué harás?

—Hay otra puerta.

Por unos minutos, Helena pareció incluso agitarse como si estuviera haciendo el esfuerzo de bajar. Le describió las dificultades de la falta de luz, hasta que llegó a otra puerta y entró. Allí se le escapó un quejido desgarrador.

—¿Estás bien?

—No —respondió mientras rompía en llanto.

—¿Quién eres?

—Mi marido me lastima —volvió a responder desesperada mientras su voz iba convirtiéndose en un susurro—. Recién dos meses después de nuestra boda me tomó. Lo hizo con fuerza. Me acusa, me acusa, me acusa de… —agregó agitada hasta el ahogo casi quedándose sin aire.

—¿Él está ahí ahora?

—Marco, no es así. Marco juro que no es así. ¡Marco, no! ¡No!

El antropólogo no necesitaba preguntar para entender que Marco era el esposo de Simonetta pero debía hacerlo.

—¿Quién es Marco?

—¡Mi esposo! —gritó desencajada la joven.

—¿Quién eres tú?

—La *signora* Vespucio… —dijo en un lamento casi inaudible.

—¿Qué pasa ahora?

—Ayúdeme, ayúdeme, por favor. Ayúdela… ¡Ayúdela, profesor! —gritó Helena mientras abría sus ojos y se incorporaba casi de un salto sin poder contener las lágrimas.

Al profesor Di Nunzio le preocupaba no poder hacer un regreso escalonado. Y que volviera abruptamente. Lo impresionaba la conexión de Helena con ese otro tiempo. Era tal que llegaba al momento preciso de lo que buscaba. Como si hubiera un cordón umbilical con ese otro tiempo. Esa era la impresión que él había tenido. La de una línea de vida. Un hilo que cruzaba las dos épocas y las enlazaba. Helena era un puente de información.

Y lo que más lo impresionaba ahora, era lo que aportaba sobre Simonetta. Si su matrimonio había fracasado desde el comienzo, su vida debió haber sido un espanto. Tenía solo dieciséis años al momento de la boda. Y nunca llegó siquiera a tener hijos con Marco Vespucio. Cuando todos estos pensamientos tomaban forma en la mente del antropólogo, vio a la joven recostarse de nuevo como si no hubiera regresado. Él se había equivocado. Se movió con cuidado hacia su silla y volvió a seguirla. Ella se acomodó en posición fetal como quien se protege. Parecía agotada. La escuchó comenzar a balbucear sin decir nada claro hasta que sí produjo palabras más inteligibles.

—Marco me desprecia. Le dice a su padre que soy una mujer usada —agregó sollozando hasta de pronto exaltarse—. Gritan. No quiero escuchar —se tapó los oídos—. Retumban los pisos y corren muebles. Don Piero grita. Le dice que se conforme con sus amantes. Que las esposas son para hacer acuerdos y tener hijos —continuó, cubriéndose la cabeza como si estuviera bajo un bombardeo—. Él le dice que no tendrá hijos conmigo, que prefiere bastardos —exclamó con voz de

enojo e impotencia.

El antropólogo decidió que ya era suficiente. Debía hacerla volver. Debía contenerla en el trauma que estaba reviviendo. Pero necesitaba convalidar algo antes.

—Todo estará bien. ¿Puedes decirme quién eres?

Un silencio largo fue la única respuesta de Helena cuyo gesto de sufrimiento era una información más que elocuente del momento al que había regresado. El profesor se acercó y comenzó a hablarle para regresar. Al abrir los ojos la vio agotada. Al sentarse en el diván y poner las piernas hacia el costado, Helena bajó la cabeza con preocupación.

—Ella sufrió demasiado, profesor.

—Es lo que estamos descubriendo, Helena. ¿Eres consciente de eso?

—Sí…

XX



1469
Villa di Careggi, Florencia

La Villa di Careggi, en las colinas de Florencia, era la residencia favorita de Lorenzo. Allí había trasladado los festejos anticipatorios de su matrimonio con Clarisa Orsini.

En los bosques aledaños a los jardines, las mujeres esperaban a los hombres haciendo labores de costura o bordado, entretenidas por músicos que tocaban la lira y artistas que pintaban las escenas campestres. Los jóvenes, en tanto, se medían en el *calcio,* que era un juego de pelota, o hacían carreras con sus caballos.

Simonetta estaba junto a Bianca, la hermana de Lorenzo, aguardando a su esposo Marco, cuando vio aparecer a Lorenzo que se acercaba con su imponente caballo. El Morello di Vento, su caballo negro y lustroso, parecía tener su personalidad. El altivo animal y su dueño se entendían a la perfección. Al llegar, acalorado por la cabalgata, él se soltó el cuello alto de la chaqueta negra mientras la capa de seda colorada y blanca con la insignia de los Medici flameaba en su espalda.

Al llegar y saludar a las damas, Morello, viendo que su amo había detenido la marcha, relinchó y estampó las patas cuadrándose como un soldado. Todos rieron junto a Lorenzo que miró al semental como a un compañero de andanzas y le dijo: "Así se marca presencia, amigo. Que todos sepan quiénes somos". La audiencia seguía festejando el deleite y la presencia del joven heredero ya había concitado el regreso de los otros hombres cuyas siluetas empezaban a verse a lo lejos. Lorenzo se acercó a su madre luego de dejar a su caballo, buscando, como correspondía, su bendición, y luego se arrimó al caballete de

Sandro quien parecía sumido en sus propias ensoñaciones. Al llegar notó los trazos de un rostro femenino y supo al instante de quién se trataba. Simonetta, que no había detectado a Botticelli, se sintió abrumada al ver juntos a los dos hombres que se acercaban a ella. Lorenzo llevaba al pintor del brazo, como si este se hubiera negado a acompañarlo, y allí se encontraron los tres. Antes de que los saludos de rigor comenzaran siquiera, una voz inoportuna se elevó tras ellos.

—¡Qué sorpresa encontrarte con mi esposa, Lorenzo! Quizás le estás contando de la tuya que pronto llegará. *Certo?*

La ironía no lograba disfrazar su antipatía y su sola presencia crispó hasta lo indecible a Simonetta. Mientras Sandro notaba su nerviosismo y trataba de calmarla con la mirada, Lorenzo se encargó de ponerlo en su lugar con suma indiferencia y redoblando su apuesta.

—Querido Marco, acabo de pedirle algo a Sandro Botticelli —le dijo señalando al artista vestido como siempre con su capa y su gorra rojas—. Lo conoces, ¿verdad? No hay otro como él. ¿No te parece una gran idea tener un cuadro de Simonetta? Eso acabo de pedirle a Sandro… Un retrato, de esos que él pinta como nadie.

Absorto, Marco Vespucio miró primero a su mujer, con inocultable furia en las pupilas. Sabía que no podía bajo ningún punto de vista negarse a esa petición. Es más, debía festejarla. Pero comprobaba por sí mismo sus sospechas. Lorenzo de Medici tenía como amante a su mujer. Marco no podía saber que esa relación había sido flor de una sola noche. Que Lorenzo mismo no podía permitírsela. Lo que quizás no entendía era hasta qué punto su mujer era una atracción por sí misma y casi un ícono.

Simpático, como era, Lorenzo tomó del hombro a Marco y se lo llevó con él hablando de las bondades del cuadro y también de negocios marítimos que quería encargarle al joven. Con su naturalidad y notable inteligencia envolvía a cualquiera, aunque en este caso, ningún carisma alcanzaría para el orgullo herido de Vespucio, que era el menos destacado de su familia. Mientras ellos hablaban, Simonetta y Sandro habían quedado solos.

—No he tenido el honor de verla desde su boda, *signora*. Espero que se encuentre bien.

La voz de Sandro la calmaba. Siempre se sentía a salvo con él. Los unía la secreta comprensión de algo que no podían definir. No pudo contestar cómo se encontraba, y él notó su tristeza.

—¿Hay algo en que pueda serle útil? No tiene que seguir adelante con el cuadro que propone Lorenzo si no lo desea.

—No. No es eso, Sandro —le respondió con una voz irresistible mientras bajaba los ojos tristes.

—Imagino que extraña su tierra.

—Imagina bien.

Era en parte cierto, pero en realidad esa respuesta funcionaba como una buena forma de confirmar su tristeza. Simonetta se sentía presa, aborrecida. Presa de su propio esposo y aborrecida por su propio esposo. Sandro no podía evitar estudiarla con la mirada al tiempo que intentaba descifrar esa pena que llenaba de oscilaciones lumínicas sus ojos amarillos.

—¿De dónde viene exactamente? ¿Génova, verdad?

—Mi último hogar antes de Florencia fue Piombino, pero no era mi cuna. Debimos exiliarnos allí luego de dejar Génova. Aunque tampoco esa ciudad es mi cuna.

—¡Cuánto misterio!

A Simonetta se le escapó la primera sonrisa. Sandro hacía de los momentos un tierno refugio. Era cuidadoso y la cuidaba. La tenía en cuenta. No recordaba hacía cuánto nadie le preguntaba cómo estaba o de dónde venía. Ella misma se sentía a veces sin origen hasta que volvía a su recuerdo la costa inconfundible de su tierra, donde solía pararse de niña sin saber qué esperaba entre las olas.

—¿Y qué pintará? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Lorenzo quiere que la pinte a usted, pero debo confesarle algo. Me vio haciendo unos garabatos y supo que eran de su cara. No hay una mujer que exprese belleza y bondad como usted en esta tierra. Si tuviéramos que ponerle un rostro a este sueño bello y bueno del arte, que nos embelesa y nos hace querer reformar el mundo para darle otro paisaje a los ojos de todos, usted sería la síntesis. Lo he sabido desde el día de su boda.

—Pero cómo... Si soy una extraña en esta tierra.

—Los dioses que convocamos tampoco nos pertenecen. Los tomamos prestados al Olimpo para completar la explicación de las cosas. Imagine nuestra filosofía. Si Platón no era florentino, pero aquí tiene su escuela después de siglos. Y el gran maestro Marsilio Ficino se lo enseña a los hijos de las grandes familias. Esta es una ciudad que hace propio lo bello y lo bueno. No importa de dónde o de cuándo venga. Quizás por eso usted está entre nosotros, *signora*.

—Yo vengo de Puerto Venus —reveló ante un asombrado Botticelli.

—No puede ser.

—Por qué no —respondió ella desafiante y con una sonrisa que iluminaba su cara.

—Sí, sí, puede ser. Claro que puede ser —corrigió él.

El regreso de Marco que se aproximaba los hizo cambiar inmediatamente la actitud. Simonetta bajó la mirada mientras su

marido se dirigía a Sandro con desconfianza.

—¿Puede pintarla en nuestra casa?

—Sería más propicio en mi estudio, *signore* Vespucio. Pero se encuentra justo al lado de su casa.

—Bien. Lo haré llamar —agregó seco y caminó sin prestar atención a su esposa que lo siguió tres pasos por detrás e hizo una fugaz reverencia al pintor antes de partir.

Él la vio oscurecerse otra vez. Ese hombre la envolvía entre penumbras. Una intuición sombría lo invadió al verla partir. La sintió en peligro. Sandro había quedado extasiado por la revelación de su origen. *Porto Venere*, el Puerto de Venus. No podía ser más exacto el lugar de nacimiento para esa mujer que parecía la mismísima encarnación de Venus. Dudó que Marco fuera a llamarlo, para combinar las condiciones para pintarla, y en esas tribulaciones lo encontró Giuliano de Medici que venía de cacería, cansado y hambriento a reunirse a la fiesta.

—¿Qué hablabas con la bella Simonetta?

—Nada importante. Lorenzo quiere que la pinte.

—Mi hermano y yo queremos esa pintura.

Giuliano le palmeó el hombro y se fue raudo emulado por el séquito que llevaba sus armas y sus presas. Como una presa de esos hermanos imaginó a Simonetta. Lorenzo lo tenía todo. Giuliano quería todo lo que tenía Lorenzo. Pero en esa carrera desmedida una cosa jamás tendría: ser el primogénito. Todo lo otro lo codiciaba. Amaba y odiaba a su hermano. Y todos amaban a Simonetta, incluso él que no era nadie. Solo un artesano. Ella era todo el deseo.

XXI



2023

Catedral de Santa Maria del Fiore, Florencia

Helena hubiera preferido que ese día tan esperado para ella la encontrara de mejor ánimo. Sentía una tristeza enorme, pero también la absoluta certeza de que esa pena no le pertenecía. Era la tristeza de Simonetta. A Helena le costaba permitirse la hipótesis de haber sido Simonetta. Ubicaba esa angustia en las vivencias de su regresión, pero no como algo provocado por la hipnosis, sino como un hallazgo que primero se había presentado con la forma de lo sobrenatural pero que ahora adquiría sentido y razones.

Helena se sentía una intérprete de Simonetta. Alguien que tenía la misión de comprenderla, por algún motivo que, estaba segura, más tarde o más temprano iba a revelarse al fin. La humillación y la soledad de Simonetta, pensaba, eran heridas que ella había aceptado estoica, como dotes tortuosas de su deber como esposa. ¿Qué podía hacer? Lo que hacía. Abrazar su destino. Aunque su esposo la despreciara y cargara en sus hombros las cuentas de su propia frustración.

Era extraño. Ni todo el pesar que le provocaba la búsqueda que había emprendido en su interior, la acobardaba a la hora de seguir adelante. Estaba convencida de seguir indagando. No sabía si se trataba de un misterio que la excedía, o solo de una manera indirecta de comprenderse a sí misma. Pero debía aprender a separar esos dos compartimentos de su vida hasta que fuera capaz de alguna síntesis. No podía vivir solo por Simonetta. Helena también debía vivir por Helena. Y había insistido tanto para trabajar con ese hombre que ahora no podía permitirse perder el foco.

Cerró los ojos mientras tomaba una ducha y puso la cara bajo el agua. Siempre lo hacía para relajar los músculos del rostro. Al salir del baño caminó desnuda hacia el armario. Lo hizo mecánicamente. Había traído su equipo de fotografía. Ese pantalón color beige con bolsillos enormes hasta en las rodillas para guardar equipamiento y un chaleco verde oliva de las mismas características. Se preguntó si a Antonio le parecería petulante verla vestida de profesional siendo apenas una aprendiz. Que pensara lo que quisiera, se dijo. Al cruzar con la ropa en la mano frente a un espejo, algo rompió esa rutina de saber qué ponerse. La inquietó la percepción de su propia imagen como si fuera otra la que se movía sigilosamente tras el cristal y no ella. Sintió ese nudo en el estómago que le provocaba la extrañeza, a la que de a poco comenzaba a habituarse, y se detuvo. Se dio vuelta hacia el óvalo espejado como si fuera a encontrar a alguien más. Volvió la mirada con cuidado, lentamente, sin saber a quién iba a enfrentar. Pero no. No encontró a nadie. Solo estaba ella. Se quedó allí, mirándose, examinándose, y redobló la apuesta de sus miedos. Empezó a buscar a Simonetta en su propia imagen. Como un juego inverso al que le había propuesto la imagen del cuadro. “Basta”, se rescató del trance. Debía vivir su vida. No solo la de Simonetta. Si no, sería, de verdad, nada más que un fantasma.

Cuando se lanzó a la calle, sintió la ansiedad de llegar al Duomo donde se encontraría con Antonio. Lo vio parado, fumando un cigarrillo, apoyado en un poste de la vereda, del lado donde se entraba para subir a la cúpula de esa iglesia fulgurante de encastres verdes y rosas. Los colores de Santa Maria del Fiore. El fotógrafo se veía imponente. Había algo intimidante en ese hombre que sin embargo no la intimidaba. El campo de atracción que él irradiaba le resultaba una sorpresa.

—Con tu pelo atado pareces una niña. Bueno, lo eres —la recibió.

—Creo que doblas mi edad. Pero no soy una niña —lo desafió.

—Hay veces en que me siento un niño y veces en que me siento mi abuelo.

—¿Cómo te sientes hoy?

—¿Hoy? —le preguntó él y estalló en carcajadas—. Hoy me siento como Filippo Brunelleschi, que hizo este *Duomo* venciendo a la envidia, a la estupidez y a la ignorancia.

—Nunca subí —le respondió ella algo avergonzada.

—Este *Duomo* respira. Cuando subamos, verás que la escalera parece conducir por las bambalinas de un teatro. Ese teatro es la cúpula, envuelta por otra cúpula. Ese fue su gran secreto. Dos cúpulas que se van alivianando hacia arriba y que permiten que el agua de la

lluvia no la dañe y que el viento no la desestabilice. Pero, además, que exhale… pecados, rezos, cantos y rumores —rio mirando la expresión de ella—. ¿Crees que estoy loco?

—No. Creo que debo leer un poco más.

—Esta obra fue un antes y un después por sus dimensiones y por hacer el Duomo sin sostenes. Filippo Brunelleschi escondió su secreto hasta el fin para hacer valer su idea. Y nosotros los fotógrafos le debemos algo muy importante.

—"Nosotros"… Gracias por incluirme.

—Los principios de la perspectiva. Eso redescubrió *il mio amico Brunelleschi*. Para hacer de un espacio plano la ilusión de las tres dimensiones y los gloriosos puntos de fuga —siguió él arrasador hasta que la mirada de ella lo hizo detenerse—. Te estoy abrumando.

—Sí —respondió ella.

Siguieron caminando en silencio con el ritmo de la fila de visitantes. La iglesia de Santa Maria del Fiore tenía en ese *Duomo* una de las proezas de la arquitectura renacentista. Filippo Brunelleschi había tardado dieciséis años en completarlo, pero eran mil años de prejuicios los que había vencido.

La noche del 25 de marzo de 1436 cuando fue inaugurada, se dice que los espectadores lloraban como si atestiguaran un milagro. Y que el propio Papa caminó en procesión de inmaculado blanco por la pasarela de madera coronada con flores y terciopelo escarlata hasta ingresar a la nave que tendría en el *duomo* un firmamento celestial. Pero para que eso fuerza posible, el temperamental arquitecto debió haber jugado con cuidado las piezas del secreto, casi tan bien como las poleas de las máquinas que le permitieron cargar el peso que normalmente llevaban seis bueyes con solo uno. La ingeniería para la construcción de la cúpula había sido arquitectónica y política.

—Bueno, ahora que ya pasamos el control de seguridad, sacaré algo que se les perdió de vista —la sorprendió Antonio.

Cuando Helena lo vio sacar un huevo de su bolso, se escandalizó y empezó a mirar a los costados mientras reía a carcajadas. Él le contó la historia a metros del altar de la Catedral, a pasos de iniciar el ascenso por la empinada escalera.

Cuatrocientos catorce escalones esperaban por ellos cuando él refirió la anécdota. "¿Sabes cómo lograr que un huevo se mantenga firme cuando lo pones sobre la mesa?". "Olvídalo, no sé ni hacer huevos en el desayuno". "Lo rompes aquí mismo y se queda quietito". Ella volvió a reír intentando no elevar la voz. "Limpia eso. Es un banco de la iglesia. Estás loco. Y así yo también hubiera podido dejarlo quieto". "Lo mismo dijo Brunelleschi: si les decía cómo hacerlo

todos hubieran dicho que era fácil, pero la idea le pertenecía. Escucha, niña —la conminó—, lo más sencillo es lo más sofisticado". Ella lo miró con cara de fascinación. Él irradiaba una fuerza irresistible.

Helena siguió a Antonio y juntos se montaron en la interminable escalera. Cuando llegaron al balcón que daba a los frescos ella intentó quedarse para observar, pero él no la dejó. Se iba angostando el camino hacia la cúpula y su linterna, así llamada la entrada de luz que se abría en el centro del *Duomo*, por la que se derramaban los rayos dorados de la tarde florentina. De ese orificio central se abrían ocho lados que parecían ocho gajos de naranja.

—Me parece haber estado aquí antes. Qué locura —dijo ella despertando las suspicacias de él.

Antonio la miró y tomó nota de esa melancolía particular. Cuando pasaban por una de las pequeñas ventanitas camino a la cúpula, la cara de ella combinaba la luz con la oscuridad. "Quédate ahí", le ordenó. Y le tomó una foto. Al posar ella había introducido su mano en un pequeño orificio de esos que sostenían la construcción, pero también servían de desagüe y "respiración", como él decía. Y en un instante su rostro se convirtió en inquietud. Ella sacó la mano cubierta con un polvo ceniciento, antiquísimo. Antonio notó su incomodidad, pero no le dijo nada.

—¿Quieres cenar mañana?

Helena tenía su mano, cerca de la nariz, intentando retener los vestigios de algún aroma perdido en esas cenizas y sin poder saber por qué suponía que eso era importante. La invitación la tomó por sorpresa, pero le gustó.

XXII



1469
Distrito de Ognissanti, Florencia

Marco Vespucio ya no soportaba los celos que le provocaba su esposa. No solo lo enfurecía la sospecha de que hubiera pasado por las manos de Lorenzo de Medici antes de ser su mujer. A su lado él se había vuelto intrascendente mientras ella era cada vez más popular. La joven ostentaba, además de su belleza, una capacidad que él no entendía y privadamente llamaba “su demoníaco talento para poner a todos de su lado”. Su padre Piero, camaleónico en los asuntos políticos, insistía en que debía aprovechar esa fama para lograr favores de todo tipo y le parecía una gran idea que Sandro Botticelli la pintara a pedido del joven Medici cuyo poder no dejaba de crecer como heredero de su enfermo padre. Pero en Marco, que se sentía apenas un apéndice de las decisiones de su clan, crecía el recelo por la inesperada celebridad de Simonetta, que él intentaba explicar como parte de un complot de los hermanos Medici, “porque siempre tienen algún secreto interés”.

Por momentos, Marco tampoco podía escapar a sus encantos y a su esmerada sumisión, pero su propio sentimiento de inferioridad podía más que todo. Marco se retorcía en la contradicción de tener la mujer que todos deseaban, desearla él también, y comenzar a detestarla en el mismo minuto en que empezaba a entregarse al privilegio inmerecido de poseerla. Porque sabía, en realidad, que también se la debía a los Medici, a sus intereses, a su predominio, a su sofocante supremacía. Enceguecido por su resentimiento, no lograba advertir que no había ningún complot, ni de los Medici, ni de nadie. No lograba ver lo evidente: que los florentinos habían aprendido a amar la belleza y que

la avidez por redescubrir el mundo antiguo los empezaba a redefinir a ellos mismos en sus aspiraciones. Que eso representaba su esposa y que a eso se agregaban los atributos humanos que él era incapaz de valorar en ella. Y que la hacían encarnar un ideal, más allá de sus propósitos. Que, en una ciudad de cincuenta mil personas, la fama se esparcía imparable. Que no podría luchar contra esa pública bendición.

La dulzura y la gentileza que Simonetta ofrendaba desde su propia necesidad de afecto y aceptación en esa sociedad donde era una extraña pero que la había acogido como una hija dilecta, eran perfectamente naturales. Florencia y Simonetta eran la una para la otra. Por eso la amaba en secreto Lorenzo, como si fuera uno de sus cuadros. Por eso la deseaba su hermano Giuliano. Por eso la amaban todos y en especial Sandro, que además de ser el que mejor lo miraba todo por sus ojos de pintor, sentía en el caso de ella que podía ver su interior.

La situación le imponía a Marco una tensión constante. Se veía obligado a esconder el desprecio que sentía por ella, y la represión de sus verdaderos impulsos lo llevaba a buscar relaciones con otras mujeres como forma de venganza. Una venganza que nunca terminaba de satisfacerlo. Mil amantes no harían un solo cabello de Simonetta. Por eso se esforzaba en multiplicar sus viajes como representante comercial de la familia Vespucio y pasaba horas fuera de la casa donde había decidido exacerbar los controles sobre su mujer. Y Simonetta lo había notado. Advertía la vigilancia de las sirvientas y que raramente podía quedarse sola. Ni siquiera para ir a la iglesia con su rostro cubierto por un velo. Solo había dos cosas que podían romper ese cerrojo. Una invitación de cualquiera de las nobles casas de la ciudad o relacionarse con el resto de la familia Vespucio. Entre todos ellos había una persona que había ganado su corazón. Américo Vespucio tenía casi su misma edad y era el único que conocía su sufrimiento. Aunque no supiera todos los detalles, porque ella jamás le haría saber cosas que lo pusieran definitivamente contra su primo, él era para la joven, un refugio.

—Ven, acompáñame, Simonetta.

—¿Dónde? ¡No puedo!

—¡Deja de bordar y vamos, prima! —le dijo extendiéndole la mano como si fuera a llevarla por la fuerza.

—Cállate, Américo... Que no te escuchen, por favor... —le rogó en voz baja con ojos suplicantes.

—Pero solo vamos a la Piazza, donde hay una mascarada bellísima ahora mismo —le susurró inocente.

—Escúchame bien esto, primo: Maddalena, la joven esclava del *signore* degli Strozzi, tiene más libertad que tu prima, Américo —le dijo sin mayor exaltación, pero con una pena insondable que él nunca había visto en los ojos de una persona.

El único lugar donde la libertad se iba a abrir paso para Simonetta, era el estudio de Sandro Botticelli a solo pasos de su casa.

XXIII



1470
Estudio de Sandro Botticelli, Florencia

Américo Vespucio entró con Simonetta por la puerta delantera del flamante estudio de Sandro Botticelli y se fue por la puerta de atrás, dejándola sola con el pintor, que era un amigo de la familia.

Allí en la *Via Nuova*, donde estaba la propiedad que su padre don Mariano Filipepi había comprado en 1464, el joven artesano había dado un paso contundente: tener su propio taller. Eso era muy poco común para los artistas de la época. Pero las numerosas comisiones que iba recibiendo sustentaban su independencia y lo convertían en uno de los favoritos de su tiempo.

Marco, el esposo de Simonetta a quien también consideraba un amigo, aunque mucho más hermético y distante, había demorado lo más posible su permiso para que comenzara a pintarla a pedido de Lorenzo de Medici, pero la situación había cambiado dramáticamente.

Los cinco banquetes por las bodas de Lorenzo con Clarisa Orsini habían sido la última dádiva de la fortuna antes de que el destino le pasara la cuenta completa al joven heredero. La temprana muerte de su padre había hecho recaer en sus espaldas el presente y el futuro de la Casa de Medici.

"Acepté sin entusiasmo el lugar de mi padre. Pero solo tú puedes saberlo, Clarisa. Nuestros enemigos solo ven en su muerte la oportunidad de ponernos de rodillas. Y mi madre no debe verme titubear. Es demasiado lo que depende de nosotros. Hasta nuestros amigos nos dejarían si no soy quien asegura su situación", le había confesado Lorenzo a su esposa. En ella la fidelidad no era una opción, pero más allá del sacramento que la obligaba, Clarisa, piadosa y

abnegada a Dios, entendía que sostener a su marido también era la tarea que el Gran Creador le encomendaba. De las exequias de su padre, Lorenzo había salido con el rostro de un hombre. El joven risueño y aventurado había quedado atrás.

"Esposo mío, los miembros de la Señoría, y los más importantes ciudadanos te han conferido su confianza rogándote que cuides a Florencia como lo han hecho tu padre y tu abuelo. Cientos de personas aclamaron a nuestra familia en el convento San Antonio. Hay misas en toda Europa por los Medici. Recibe esa fuerza". Lorenzo miró con dulzura a su mujer y supo que era la compañera adecuada para su vida por la bondad de su corazón. Pero también fue duro en su respuesta. "Mujer, eres buena. Hoy, aún somos la familia más poderosa de Europa. Pero no lo dudes ni un minuto: todo ese apoyo se disolvería como las nubes que pasan si no les garantizo protección, paz y prosperidad a los florentinos. Debo demostrarles a nuestros aliados que soy el hombre adecuado a pesar de mi juventud. Si no es así, Milán, Nápoles y Roma, no tardarán en pactar con nuestros traidores, si no lo están haciendo ya".

Lorenzo y Clarisa habían quedado solos en la Sagrestia Vecchia, la antigua sacristía de la Basílica de San Lorenzo, que era en los hechos el mausoleo de los Medici. El conjuro geométrico del espacio, diseñado por el arquitecto Filippo Brunelleschi, pendía gravemente sobre ellos. Cubo y esfera se conjugaban en las formas logrando la unión insondable. Insondable como la encrucijada que el destino ponía en las manos del heredero. Le costaba dejar la sepultura de su padre. Con una mano se posaba en uno de los extremos del cofre mortuorio y en la otra sentía la mano reclamante de su mujer. Por una de las puertas laterales de bronce, talladas por la mano de Donatello, entró la sombría figura de uno de los guardias. *"La sua madre, donna Lucrezia, sta aspettando"*. Lorenzo levantó la cara y el querubín de terracota de la cornisa donde se montaba la cúpula, le pareció vívido y alerta. Juntos, con Clarisa, se perdieron por el corredor interno que los llevaba a una salida segura.

Por todos estos sucesos, las prioridades habían cambiado tanto que ahora la comisión del cuadro de Simonetta era un encargo de la familia de su esposo, la familia Vespucio. Habían pensado en una pintura alargada, rectangular, para ser cabecera en la habitación de la pareja. Pero esa era la excusa formal. El plan de Piero Vespucio era esperar que reviviera en Lorenzo el deseo por la pintura, y ser él quien lo satisficiera. Marco ya no tenía manera de frenar las visitas de su esposa al taller de Sandro.

La idea de Américo, de simular ser el acompañante de su prima

para dejarla a solas con Sandro, era arriesgada. Pero el joven, compadecido por el virtual cautiverio de Simonetta, lo había calibrado todo. Si un día alguien descubría que él no estaba, pondría algún pretexto. Hasta que eso pasara, ella tendría al menos unos pocos momentos de paz y libertad.

Sandro no había dormido la noche anterior. Ahora veía fugarse a Américo y quedaba solo con ella. Su mirada quieta lo paralizaba. Acaso era el sueño de sus desvelos que había persistido en aparecer en plena luz del día. Pero no. Era ella real como el dolor.

Sandro extendió los brazos y le indicó hacia dónde ir al tiempo que le daba la bienvenida. Sus movimientos cuidadosos y reverentes la hicieron sonreír. Sintió que la trataba como a una flor, pero no se lo dijo. Su delicadeza contrastaba con todo lo que vivía puertas adentro de su casa. Caminó hacia donde él le indicaba. Al pasar, vio una tabla perfecta lista en un caballete.

El primer paso del proceso de una pintura consistía en la preparación del panel de madera que en este caso era de álamo. Luego del trabajo de selección y ensamble —que incluía unir por detrás con herrería tablas separadas de la madera elegida y cementar sus junturas —, venía el delicado acondicionamiento de la superficie. Era una fase de extrema importancia y la realizaban generalmente aprendices. En este caso, el propio Sandro se había encargado de alisar, cubrir las imperfecciones, y barnizar la tabla, agregando un cobertor de lino final e imperceptible, para que fuera la base sin mácula que necesitaba. Los pinceles debían correr como el pensamiento, sin interrupciones, en ese espacio que, para él, era el espacio del universo.

Junto a la tabla se había dispuesto también un lienzo. ¿Usaría el *canvas* o la madera para pintarla? Usaría los dos. Ese era su secreto. Pero no el único. Había boceteado la cara y el cuerpo de Simonetta en diferentes eventos públicos, y también había corrido a dibujarla de memoria luego de verla. Ahora, la cercanía sería tanto como la intimidad. Conocía su alma, conocía su figura, ahora conocería el límite entre ambas: la primera pintura, la de Dios, la de su piel.

Intuitivamente ella caminó hasta un banco alargado que parecía más bien un camastro cubierto por telas color crudo y se sentó. Él abrió la densa cortina color púrpura y solo un paño de lino blanco quedó filtrando la entrada de luz en el enorme ventanal, difundiéndola con suavidad en el ambiente.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella, simpática y lúdica.

—Gracias por estar aquí —le dijo él permitiéndose una sonrisa que buscó no delatar su regocijo.

Simonetta hubiera querido decirle que era ella quien le agradecía.

Que no sentía esa levedad en la existencia desde hacía demasiado tiempo. La soltura de no estar bajo vigilancia de la que no se salvaba ni en la soledad de su hogar, lo era todo. Allí vivía bajo el tormento de la sospecha y la cruz del desprecio. Por momentos sentía que no respiraba. Pero no se lo dijo. Simuló que la libertad era habitual. La realidad era que solo podía recordar libertad en la villa de Génova donde se había criado, acunada por la melodía o el rugido de las olas, perfumada por la brisa del mar. Volvió. Volvió a sus ojos y notó el rubor en la cara de Sandro. Pero también su seguridad.

—Quiero mostrarle algo, *signora*...

—Llámame Simonetta, Sandro.

—Simonetta, *io voglio mostrarti qualcosa*.

Ella se puso de pie y caminó hacia un cuarto aledaño que se escondía tras una cortina. En una mesa enorme vio distintos lienzos extendidos. En todos estaba su cara. De perfil. De frente. Sonriendo. Seria. Con los ojos cerrados...

—¿Qué es esto?

—Esto... qué es esto. Son bocetos que he realizado todo este tiempo —explicó él entusiasta, casi quedándose sin aire de la agitación que le producía revelarle sus borradores.

A Simonetta primero la inquietó, pero en un instante, nada más, se apoderó de ella otra cosa. Se sintió conmovida. El contraste entre los látigos del desamor y la mirada fiel de ese hombre, era abrumador. Sintió su amor.

—Desde que te vi de cerca, la primera vez, allí en la iglesia, pensé en la *Madonna*, en la virgen, pero al verte partir delante de mí pensé en Venus. Y ahora...

—¿Ahora qué? —le preguntó ella con tono de provocación, pero en el fondo intentando repeler con ironía lo que le había producido el elogio—. ¿Ahora soy Medusa?

—¡No! —respondió Sandro airado para luego bajar la cabeza y mirándola desde allí, agregar—. He vuelto a pensar en la virgen y en Venus.

Simonetta ocultó la mirada con sus rizos que supieron asistirla cubriendo sus mejillas sonrojadas. Él empezó a recitar de memoria un párrafo del *Libro della Pittura* de León Battista Alberti.

—Tus cabellos "se enroscan y forman rizos, se esparcen por el aire como la llama..."

—¿Qué dices?

—Eres el ideal de los movimientos que describen los maestros.

—¿Solo por eso me quieres pintar?

—Tu alma es igual que tú, pero mis maestros no la conocen.

Simonetta se puso de pie. Escuchaba su corazón latir y podría haber jurado que él veía su pecho hincharse al respirar casi sin aire por la emoción que la embargaba. Pero no. Sandro solo intentaba saber cómo sus palabras se animaban más que él mismo a saltar hacia el abismo.

—Mira —le dijo señalando uno de los bocetos donde ella vestía una túnica con incontables pliegues de una gasa tan fina que dejaba traslucir su desnudez.

—¿Esa soy yo?

—Eres tú y Pomona, la diosa de las frutas.

Ella pasó la mano por el borrador como si quisiera sentir también sus latidos. Luego se incorporó y giró hacia él que la miraba. Dio dos pasos para acercarse y tomó su mano.

—Conoce las líneas que has dibujado y déjame saber que no he muerto —le dijo pasando su mano por su pecho.

Él la dejó hacerlo. Notó la redondez del seno mediano como lo imaginaba, bajó a la cintura delgada y a la tenue curva de la cadera. Y dio un súbito paso atrás. Ella no lo dejó alejarse y se hundió entre sus brazos que la rodearon cálidos. Simonetta rompió en llanto y su hondo desconsuelo se confesó con lágrimas mientras él la sostenía. La llevó de nuevo al camastro donde ambos se sentaron.

—No llores, mi modelo. No quiero pintar tu cara triste.

—Perdón —le respondió Simonetta enjugándose las lágrimas que habían iluminado sus ojos con los colores de un mar verde y turquesa a la vez.

—Déjame dibujarte... —le pidió al tiempo que daba un salto, tomaba una flor de la mesa, y se la daba para que la sostuviera.

Ya tras el lienzo el carboncillo volaba en su mano al tiempo que la miraba, mientras con la otra mano le ordenaba quedarse quieta. Al cabo de unos minutos dejó el trozo de carbón en la mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo?

—Sí.

Él corrió su pelo hacia atrás y desató su corset. Sus pechos aparecieron turgentes sin la tensión del vestido. Ella, sin dejar de mirarlo, bajó del todo su ropa hasta quedar con el torso desnudo. Él tomó en serio su disposición profesional. Fue su propio trato con lo indebido. Y retrocedió de nuevo caminando hacia atrás hasta el lienzo. Sin parar, la dibujó. Miraba, y trazaba, una sombra aquí, una línea allá, un punto, otra sombra, otro punto. Ella se sentía el papel. Él sentía su piel. Algo ardía al mismo tiempo en los dos cuando el pequeño carbón la copiaba o la creaba. Él se detuvo. La observó de

nuevo, pero de otra forma. Volvió a acercarse. Se inclinó hacia ella que entreabrió su boca. Pero no la besó. La cubrió. Prendió su vestido. La puso de pie. Buscó su capa y otra que guardaba. La envolvió. Le cubrió la cabeza e hizo lo propio.

—Ven —estiró la mano y la llevó hacia la puerta trasera.

—Sandro, qué haces.

—Vamos a un lugar aquí cerca. Iremos por un atajo. Aún nos quedan dos horas.

Los dos se lanzaron furtivos en medio del frío de la tarde que ya palidecía. Ella miraba solo el piso y sus propios pasos. Por una ruta zigzagueante con estrechos callejones donde se acumulaba basura, y alguna diminuta ventana arrojaba luz amarillenta, llegaron a un espacio abierto donde el viento se colaba en remolinos. Cuando Simonetta levantó los ojos, se encontró ante el majestuoso Duomo de Santa Maria del Fiore.

—Tengo las llaves por un cuadro que estoy pintando allí —le explicó bajo la capucha que tapaba su cara.

Al cerrarse tras ellos la pesada puerta de entrada, él la guió hasta la escalera que casi nadie conocía excepto los artistas. Y los dos empezaron el ascenso hacia la cúpula impulsados por la valentía de los locos o de los amantes.

En una de las paradas cuesta arriba, los dos agitados de cansancio, comenzaron a reír a carcajadas, en plena y gozosa complicidad. Entonces sí la besó. Como si una extraña ebriedad se hubiera apoderado de sus escrúpulos y hubiera anestesiado hasta el miedo. Es que sentía que no había nadie más que ellos en el mundo. Sus bocas abiertas se calmaban la sed, se prodigaban respiración, se confesaban. Cuando volvieron a reconocerse, eran otros, o quizás eran ellos.

Simonetta miró a su alrededor. Estaban detenidos en un espacio ínfimo, donde comenzaba otra empinada escalera hacia la linterna de la cúpula. Allí ella descubrió un orificio extraño, cuadrado, y metió su mano.

—Es la salida de aire... —explicó él y la vio meter la rosa que tenía aún en la mano en la ranura.

—Que sus cenizas recuerden que estuvimos aquí —le susurró.

Volvieron corriendo, por el mismo estrecho callejón que los había llevado hasta el *Duomo*. Llegaron a tiempo para que Américo no supiera de la fuga temeraria que habían protagonizado. Al entrar, el joven no notó ninguna situación anormal.

—Demoraste, primo —reclamó Simonetta.

—Perdona, prima. Despedí a Marco en las afueras de la ciudad. No volverá por varias semanas —reveló, a sabiendas del alivio que eso

significaba para ella.

Cuando los dos partieron, Sandro quedó absorto. Se sentía en un sueño del que no quería despertar. Cerró los ojos y aún se olía su perfume en el aire. Se tocó los labios y aún sintió su boca. Con paso firme buscó el lienzo, y pintó hasta el día siguiente como si durante todo ese tiempo le hubiera hecho el amor.

XXIV



2023
Florencia

—Nunca acepté una cita con alguien más de veinte años mayor.

—*Aspetta.* Todavía puedes arrepentirte.

—*Ma cosa stai dicendo*. No me arrepiento —le aseguró Helena a Antonio mirándolo provocativamente a los ojos—. ¿Tú te arrepientes?

—Sabes que no.

Pocos metros después, ambos se metían tras una puerta insignificante que, escalera mediante, llevaba a uno de tantos restaurantes escondidos en subsuelos en la ciudad de Florencia. Estaba atestado de gente y el ajetreo bullicioso de los mozos era una pista de sonido aparte dentro del jolgorio general. Los platos de pasta eran platos voladores que surcaban el espacio por la velocidad de los *camerieri* que hacían el servicio en las mesas. Helena y Antonio compartieron una enorme *bistecca fiorentina* y una botella de vino Chianti, mientras ella lo atosigaba con preguntas sobre fotografía.

—Has copado mi cita con preguntas sobre fotografía —simuló quejarse él.

—Perdón —dijo ella mirando el mantel y jugando con unas migas de pan, algo intimidada.

—Me gusta —le respondió él dejando la frase incompleta en un largo silencio.

—¿Te gusta? *Cosa ti piace?*

—Tu pasión por la fotografía. Muchas de tus preguntas muestran un gran sentido de la intuición.

—Gracias —dijo Helena, con la cara iluminada por el inesperado elogio.

—¿Tomamos algo por ahí?

—Si quieres, puedes venir a mi pequeño nuevo hogar en Florencia y abrimos otro vino.

—*Ma che ardimento!* ¡Pero qué atrevimiento! Conste que tú eres la de la propuesta indecente.

De camino, Antonio se sintió en confianza para contarle de su fugaz matrimonio y casi inmediata separación, cuando tenía unos treinta años. También le dijo que al leer sus correos había tenido prejuicios por ser ella una modelo. Que los primeros días de trabajo había testeado su voluntad y su concentración y que debía pedirle disculpas. Que admiraba su vocación, por la que estaba asumiendo riesgos.

—Yo admiro tu talento —le devolvió ella.

—Es que lo habitual es que alguien que disfruta estar delante de las cámaras no se esmere por estar detrás —continuó él, evadiendo el elogio—. Y mira que el que sabe estar delante de las cámaras en cierta forma también es un gran fotógrafo.

—Es que no sé si disfruto estar delante de las cámaras —lo sorprendió.

—¿Qué? ¿Pero entonces por qué diablos eres modelo?

—Porque me sale bien, supongo. Pero no sé bien por qué tampoco. Es raro. Bueno, me da muy buen dinero. Es eso —agregó riendo.

Ya habían llegado al antiguo edificio cerca de la Basílica di Santa Croce. Era una construcción hexagonal de ladrillo que se levantaba sobre un extraño portal empotrado con dos columnas y tenía cinco pisos y un departamento pequeño en cada nivel. Si había setenta metros cuadrados en el espacio era mucho, pero el interior era cómodo y a mejor precio que el hotel donde había parado costeada por la marca de la última campaña.

—No es grande, pero es bonito —le dijo al abrir la puerta.

Era un solo espacio muy amplio con una cocina pequeña y un baño. Una cama enorme y un living se integraban en el mismo salón y la ventana miraba de costado a la Basílica.

—¿Me ayudas con el vino? —le pidió y se metió rauda a la cocina.

Antonio la notó acelerada, quizás nerviosa. No lograba definir a esa chica. Su interés por la fotografía, su inteligencia natural, su increíble belleza de la que parecía renegar, su desconcertante profundidad. Le parecía difícil incluso situarla en su edad.

Él había abierto el vino y ella había acomodado las copas cuando algo le llamó la atención al fotógrafo. En una mesa esquinera había un pequeño cuadro apoyado sobre la pared. Él lo miró y la miró. Ella lo vio mirando el cuadro y mirándola. Se miraron. Estaba claro qué

compartían en esa mirada.

—Eres igual a...

Helena enmudeció. Antonio notó su mano temblar mientras subía la copa para probar el vino.

—Espera. ¿No brindamos?

—¡Oh, sí! Perdona —se disculpó ella.

—No tiene nada de malo que seas parecida. El día que te conocí lo pensé, ¿sabes?

—¿Qué cosa?

—Que eres igual a la Venus de Botticelli— admitió riéndose de sí mismo por haberlo callado—. Es que no quise decírtelo, pero ahora es incuestionable —agregó riendo aún más y tomando la réplica de *El nacimiento de Venus* que Helena tenía encuadrada.

Helena soltó un suspiro contenido en el que denotaba algo de cansancio o incomodidad. Hasta ese momento solo había compartido lo que le pasaba con su amigo Domenico y Antonio Agresti era una persona nueva en su vida. Había aceptado su invitación no solo porque le fascinaba la fotografía sino porque le había parecido atractiva su personalidad. Ahora se sentía descubierta por él en algo que guardaba con celo. Pero lo que más la interpelaba en ese momento era la confianza que Antonio le inspiraba y su propia necesidad de referirle la extraña historia que la obsesionaba. No sabía si llamarla una exploración psíquica o qué, porque todavía guardaba recursos de incredulidad para atravesar de manera crítica lo que le ocurría. Había algo más. Con el paso de los días, ya no era miedo sino pasión por saber de Simonetta, por entenderla, por descifrarla, lo que la iba ganando. Incluso con el costo de las alteraciones en su ánimo o con la falta de utilidad práctica de todo lo que estaba atravesando.

—¿Y por qué quieres seguir adelante? —le preguntó él luego de escucharla con mucho respeto.

—Porque siento que hay una revelación detrás de lo que me pasa y quiero saber. Quiero saber, Antonio. Porque es saber de mí. Eso siento.

—Escucha. Hay algo evidente. Eres igual a esa mujer. Y no es que arrastrabas una obsesión desde antes. Esto te tomó por sorpresa. Puede haberles ocurrido a otros el verte parecida como te vi yo. Pero eso sería una mera coincidencia si no tuvieras este impulso que nació en un momento extraño como el que me cuentas, frente al cuadro...

—¿Tú qué harías? —le preguntó ella.

—Es que me parece una maravillosa aventura. Imagínate que el otro día pasamos horas hablando de un tipo al que llegaron a llamarlo *“loco”* por la calle y que les demostró tener razón levantando un

duomo que rompió todos los parámetros arquitectónicos de su época.

—Me estás diciendo loca… —le dijo Helena, en broma y en serio.

—Sabes que no. La mayor parte del universo es materia oscura como para dejar de hacernos preguntas.

—Seguiré hasta que no quiera seguir. Y ya.

Helena había pasado de la crispación a la mansedumbre. Le dio un buen trago al vino y volvió a mirarlo. Ese hombre le daba confianza. Ella no vestía esta vez uno de sus atuendos impersonales que la ocultaban. Llevaba un vestido negro de lana largo y al cuerpo que delineaba sus formas. Al sentarse había quitado sus zapatos y sintió que en ese silencio estaba cambiando el tema de conversación entre ellos. En ese intercambio de miradas en que se enfrentaban la joven se le acercó y él la acompañó en el movimiento. Quedaron sentados cara a cara en dos sillones diferentes. Él miró sus ojos Y disimuló para que ella no supiera que vencían su resistencia. Luego miró sus labios entreabiertos.

—Creo que debo irme.

—Creo que debes irte.

XXV



1470
Taller de Sandro Botticelli, Florencia

Sandro pasaba noches enteras sin dormir. Despierto evocaba una y otra vez el momento en que su mano había rozado el pecho de Simonetta. Buscaba el agotamiento con desesperación para que el cansancio lo llevara al sueño y le permitiera vencer ese deseo que le ardía en la sangre. Pero cuando llegaba el sueño salvador, buscaba despertar porque la soñaba.

Preso de recordarla o de soñarla, preso de no tenerla, despertaba con una energía que lo desbordaba y exhausto por su propio fuego, tomaba el pincel y decidía hacer lo único que podía para poseerla: pintarla. La pintaba desnuda como se le presentaba en el recuerdo o en el sueño. La pintaba como Venus. La pintaba de tamaño real para encontrarla. Sus manos volaban. Sentía que estaba confrontando con Dios. Porque allí la veía. Sus trazos la habían hecho presente. Quería creer que era ella. Quería tocarla y que respondiera. Quería que saliera del lienzo hacia sus brazos. Repudiaba la maldición de ser tan mal imitador de Dios que podía hacer en figura lo que no podía hacer en presencia. Saldría corriendo a buscarla.

Sabía que jamás podría pintar otra cosa desde el centro de su alma como la pintaba a ella. Nada más saldría de sus entrañas. Serían quizás obras estudiadas, laboriosas, alegóricas, o lo que sea, pero ninguna maestría sería igual a pintarla desesperado de amor. Nada sería igual a querer vivir o querer morir con ella.

XXVI



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—Tres, dos, uno... Se abren las puertas del templo y al entrar te recibe el guardián. ¿Lo conoces?

—Es mi abuelo, o es muy parecido a mi abuelo, es conocido y es extraño.

—¿Te da confianza?

—Sí.

—Cuéntame qué hacen...

—Entramos a un patio que da a distintas habitaciones.

—¿Entrarán a alguna de esas habitaciones?

—Sí... la de la puerta blanca que se abre...

—Ese es el espacio entre vidas, Helena. Ya pasaste por ahí. Dime hacia dónde te lleva.

—Oh, no...

—¿Qué ocurre, Helena?

—Estoy en la casa.

—¿En qué casa?

—En mi casa...

—¿Y qué ocurre allí?

—Marco... está enfurecido.

—¿Sabes por qué está enfurecido?

—No, no lo sé —respondió sollozando—. Pero viene hacia mí. Y... Y... Ahhhh.

—¿Qué pasó, Helena?

Solo un llanto desconsolado surgió como respuesta y Helena comenzó a cubrirse una de las mejillas como si hubiera recibido un

golpe.

—Marco me golpeó —gimió.

—¿Quién eres?

—Su esposa.

—¿Quién eres?

La joven inhaló profundamente mientras su cara dibujaba dolor y angustia. Y cuando llegó al límite de su capacidad pulmonar soltó la respuesta.

—Soy… Simonetta Cattáneo Vespucio —concluyó en una exhalación.

El profesor Di Nunzio cerró los ojos y se tomó la cabeza mientras la miraba. Era la primera vez que Helena reconocía ser Simonetta. Cuando la ayudó a volver de su trance la vio paradójicamente más relajada. Se la veía exhausta.

—¿Cómo te encuentras, Helena?

—Profesor —le dijo mirándolo con ojos lánguidos—, Simonetta y yo… —agregó sin poder terminar.

—Lo sé —la tranquilizó el profesor.

Helena le dijo luego lo importante que le resultaba seguir esa búsqueda y que ahora comprendía por qué la angustia de Simonetta era su angustia. Le confesó que vivía la tristeza de la joven como algo propio pero que en la última regresión había comprobado que era algo propio. El profesor la escuchaba en calma y se preguntaba si convenía seguir. Pero las palabras de ella sin mediar una pregunta suya evacuaron sus dudas.

—Profesor, hay algo que debemos descubrir. No sé qué es. Pero sabremos cuándo detenernos.

Era curioso: Helena era quien lideraba ahora la pesquisa. Ya no era Josefina o él mismo. Era Helena. O Simonetta. Había que seguir. Por lo pronto, resultaba sugestivo el vínculo de Simonetta con Lorenzo y con el propio Sandro.

XXVII



1470
Distrito de Ognissanti, Florencia

Maddalena no es su nombre verdadero. Viene de muy lejos pero ya no intenta explicar de dónde, porque no entenderían el idioma que le enseñaron sus padres, y ella misma no lo recuerda bien.

Era una niña de poco más de diez años cuando la compraron en un mercado de esclavos de Venecia en aquel puerto ajetreado donde la depositó el barco tumultuoso del que descendió mareada, tambaleando y exhausta. La arrancaron de la mano de su hermano que fue separado con los otros hombres que iban en el contingente. El rechinar de la jaula donde los traían hacinados no se le iba del oído, como si fuera un zumbido en su pensamiento. Lo que más temía entonces era terminar sirviendo en uno de esos galeones donde no había mujer que saliera con vida. Por ser una niña debilucha no la llevaron. Recordaba los rostros aterrados de mujeres que eran entregadas a las manos de corsarios. El aventurero que la traficó sabía que ella podía ser muy bien vendida en Florencia y así ocurrió.

"La Circasia", le decían recién llegada a la ciudad, pero cuando ese señor distinguido la compró por diez florines, le dijo sin que comprendiera una palabra: "*ti chiamerai Maddalena*". Y cada vez que esa palabra se repetía cuando la llamaban, supo que ese era su nombre.

Maddalena era esbelta y más alta que el promedio de las mujeres florentinas. Pero lo que más la distinguía eran sus ojos inmensos, capaces de hacer bajar la mirada de quien osara sostener indagar el gris azulino de sus pupilas. Eran la síntesis de un carácter bravío al que no dominaría ni el destino de la esclavitud con que la probaba la

fortuna.

Desde adolescente supo que debía servir a su amo en todo lo que necesitara. Todo era todo. Y a su lado había aprendido todo lo que sabía. Pero su vida en una lujosa casa, buena comida, delicados vestidos, no valían nada sin libertad. Ella lo había intuido, porque en su naturaleza estaba la libertad. Guardaba en la memoria imágenes borrosas del Cáucaso. Montañas tapizadas de verde en fértiles valles, la vida tribal al lado del río, los viajes en caravana y los cuentos del Mar Negro. Las danzas de su madre y sus hermanas. Un dialecto olvidado. Todo, hasta esa expedición de cazadores de esclavos que la robó, y le robó la vida como la conocía.

Esa tarde, había irrumpido por sorpresa en la casa de los Vespucio. A esa hora, solo estaban las sirvientas, los esclavos que atendían las tareas domésticas y Simonetta.

La joven señora Vespucio simuló no escuchar los cuchicheos exaltados de las sirvientas que habían recibido sorprendidas a esa extraña. Había llegado sola. Al pasar a la casa, quitó su velo y la luz dejó ver su rostro aventurado. Esos ojos sin restricciones hablaban de epopeyas.

—He comprado mi libertad —exclamó triunfal.

—Pero ¿cómo, Maddalena? ¡Qué alegría! *Che gioia!*

—¿Tu amo lo ha permitido? ¿Pero cómo?

—La he comprado con mi fidelidad. Con mi servicio, y aquí está el decreto —agregó sacando un documento de entre sus ropas.

—Dinos qué dice...

—*Ma dicci cosa dice.*

—Dice que Don Enrico degli Strozzi *concedimi la mia libertà*... ¡Ah!

Las mujeres se abrazaron en un círculo, saltando y bailando. Maddalena, con desbordada excitación les contaba sus planes de abrir un comercio, con ayuda de su antiguo amo. Simonetta no pudo evitar asomarse para ver con sus propios ojos el jolgorio que escuchaba. Y ahí fue que vio en Maddalena todo lo que no tenía.

—Ya no seré Maddalena —sorprendió la joven.

—¿Pero cómo? —contestó una de las sirvientas de la casa.

—Sono Natasha. Sí, soy Natasha. Como me llamaba mi madre, *la mia madre*.

—¡Natasha!

—¡Qué bonito nombre!

En medio de la algarabía, Natasha descubrió que la señora de la casa miraba. Instantáneamente hizo una reverencia que fue emulada por las otras mujeres. Simonetta hizo un gesto de aprobación ínfimo y se retiró. Pero mientras las mujeres seguían hablando de todo y nada,

de nada y todo, la esposa de Marco Vespucio se apoyó en la pared como quien necesita sostén. Ella ni siquiera podía fantasear con obtener un decreto para su libertad.

XXVIII



2023
Tren de Florencia a Milán

El vaivén del tren la había dormido. Con su cabeza apoyada cerca de la ventanilla, sus ojos cerrados ni siquiera eran sensibles a los cambios de luz. Fue Domenico, su amigo modelo, quien la tocó suavemente en el hombro para avisarle que estaban cerca.

—Helena, Hele... ya casi llegamos.

Como pesadas cortinas sus párpados apenas se levantaban para volver a caer, colapsados por la somnolencia. El cansancio mental de Helena se combinaba con días que habían sido inolvidables junto a Antonio. Aún no le había contado a su amigo, pero adoraba estar con ese hombre.

El poder del sueño la había hecho escaparse por un momento de tiempo y espacio. Cuando finalmente abrió los ojos la encandiló la luz del sol que caía directamente sobre la cabina donde iban sentados y estallaba en el cristal a centímetros de su cara. Cuando Helena entrecerró los ojos para soportar semejante brillo, fue otra figura la que apareció ante ella. Eso la hizo incorporarse de un salto como quien se pone alerta ante un peligro.

—Ey, nena, ¿estás bien? ¿Qué soñabas?

Helena tardó en contestar y eligió no contarle a su amigo lo que le había pasado. Quién era ese hombre ante sus ojos. Lo conocía. Lo conocía. Se quedó rumiando en sus pensamientos mientras sonreía aún adormecida a su amigo.

—No sé qué soñaba. Una pesadilla seguramente, Dome.

Los carteles al paso del tren ya anunciaban el inminente arribo. Mientras su amigo bajaba el equipaje, Helena volvió a cerrar los ojos

ante el sol, para comprobar si volvía a verlo en el encandilamiento. Había descubierto que en su mente existían hendijas de tiempo que actuaban como los lapsus, o como el inconsciente, y que ofrecían señales e información. Se había vuelto sensible a eso. Pero nada. La imagen no regresaba. En el intento ya veía a Domenico reclamarle que se apurara. Y al darse vuelta impetuosamente para tomar el bolso que casi dejaba en el asiento, volvió a verlo en una especie de flashback. "Dios mío, es Lorenzo. Y su cara es de preocupación. Me siento una loca al pensar esto como real".

—¿Piensas demorar aún más, querida? ¿Seguro no tomaste demasiado anoche?

—Sí. Terrible resaca.

Helena le mintió a Domenico mientras ambos arrastraban el equipaje hacia la enorme estación de trenes, que era en sí misma una obra de la grandilocuencia. Bajo los impresionantes arcos de acero ella iba sumida en algo que se le había revelado. Era la primera vez que sentía integradas sus dos dimensiones: la de su vida y la de su ¿otra vida? "¿Qué le pasará a Lorenzo?", se preguntó.

XXIX



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—Querida Josefina, profesora Regazzoni, las he llamado porque solo ustedes saben del caso de Helena y necesito sus aportes para construir una hipótesis.

—Oh, profesor, en este tiempo no he querido interferir, pero créame que no deja de estar en mi pensamiento todo lo que está viviendo Helena —confió Josefina, interesada en la propuesta.

—Ya sabe que nada me atrae más que estos escondrijos de la historia, querido amigo —agregó la excéntrica historiadora Giovanna Regazzoni.

Los tres estaban sentados en la mesa de trabajo del acogedor estudio de Stefano Di Nunzio en Florencia. Él había desplegado varias fotos delante de ellas con las personas reconocibles que se habían aparecido en las regresiones de Helena: Lorenzo de Medici, Sandro Botticelli, Marco Vespucio, Piero Vespucio y, por supuesto, Simonetta Cattáneo Vespucio. Con las imágenes ante ellos y una foto de Helena entre esos rostros que parecía una segunda fotografía de Simonetta, les expuso lo que pensaba.

—Si cualquiera de nosotros, sin la inquietud de haber vivido otra vida, intenta una regresión, puede que logremos escenas recortadas, de momentos más o menos inteligibles. También puede ser que en el ínterin nos ganen las dudas y desistamos del proceso. O puede ocurrir que, habiendo llegado a un umbral, no encontremos sentido en el esfuerzo psíquico y forcemos el regreso, o caigamos en imprecisiones o sinsentido, y la sesión se frustre. Todo esto me ha pasado con quienes solo abordan una regresión por mera curiosidad, pero no por una

señal que los lleva a buscar en el pasado. Eso es lo que hace la diferencia. He podido establecer allí lo que llamo un conector, que es a la vez el impulso para buscar y el portal para ese viaje. Y lo que hace a Helena un caso serio, es que ella tiene ese llamado en forma física, psíquica, emocional e incluso en un registro onírico. Entonces ha podido volver varias veces al mismo tiempo. Pero la pregunta que me hago, delante de ustedes, es, por qué. ¿Qué necesita resolver?

—¿Tiene alguna pista en ese sentido? —preguntó la historiadora.

—Bueno, ella ha tomado la decisión de seguir esta búsqueda. Sabe por algún motivo que busca algo y me ha llamado desde Milán contándome que incluso ha podido integrar las dos dimensiones por una imagen que se le apareció. Es la primera vez que me habla graciosamente de sus dos vidas. Ella lo ve casi como un juego ahora. Pero lo más fascinante es que sabe que tiene un sentido.

—Para mí es Sandro, profesores... —ensayó con voz tenue la guía del museo.

—¿Sandro? ¿A ver? —preguntó el profesor, intrigado.

—Él la llamó, desde el cuadro donde la pintó. Allí se conectaron. Como si fuera el punto que los unió. Él la vio desnuda, amigos. No pudo saber de los detalles de su cuerpo a lo largo de tantas obras donde ella aparece. Hasta de la forma de sus dedos del pie. O de la redondez mediana de sus senos. Ay, perdonen, pero yo que veo día a día estas pinturas, las miro y veo en las formas muchas respuestas.

—A mí me parece un misterio de los más exquisitos del Renacimiento el mito de Simonetta. Una mujer que alcanzó la estatura mítica pero cuya historia parece haber sido borrada a propósito. Y los poemas de Lorenzo. Por favor. ¿Sus primeros sonetos para una mujer intrascendente? Oh, no...

El profesor unió las fotos de Lorenzo y Sandro. Y se quedó mirándolos.

—Aquí falta Giuliano de Medici. Para muchos, es el verdadero amante de Simonetta.

—Creo que nadie la deseó más ardientemente que Giuliano, pero eso me hace preguntar si realmente la poseyó. Creo que muchos poseyeron a Simonetta, y no me refiero a lo físico o sexual. Aunque una mujer así en esa corte, y tan sola, es imposible que no haya debido responder con obediencia a hombres muy poderosos. Estamos en un terreno especulativo. Tampoco sirve. Sirve lo que vaya surgiendo de Helena y ahí establecer conexiones con lo que sabemos.

Los tres siguieron departiendo hasta tarde y cuando ya se acercaba la hora de la cena salieron juntos a una antigua *trattoria* para comer unas pastas. De camino, pasaron por el antiguo palacio que era

residencia de los Medici y sin decir nada se miraron. Ahora se llamaba Palazzo Medici Riccardi, pero transitaba el tiempo desde el célebre Quattrocento, como se le decía a los años del siglo XV. En 1444 había sido levantado bajo los designios de Cósimo de Medici, el abuelo de Lorenzo.

—¿Creen que Helena debería venir? —arriesgó en un murmullo la historiadora.

—No quiero que se confunda —respondió con certeza el profesor.

—Pienso igual. Para qué inducir lo que es mejor cuando aparece prístino. ¿Qué misterio nos traerá esta niña, amigos?

—Sea lo que sea, debe servirle a ella misma. Lo otro ya es historia —selló el profesor.

Los tres se perdieron en la noche cerrada del invierno florentino. Pronto un dulce aroma a tomate fresco los recibiría en el pequeño restaurante familiar escondido escalones abajo en uno de tantos subsuelos de Florencia.

XXX



1471
Palazzo de la Signoria, Florencia

Lorenzo observó el escudo de la familia como nunca lo había hecho. Esas esferas rojas que lo representaban junto a la flor de lis de Francia que el propio rey Luis XI, necesitado de sus servicios financieros, los había autorizado a llevar. Él era el portador del escudo ahora. ¿Eran esas bolas marcas del ataque de un feroz soldado al más antiguo de sus ancestros? ¿Eran frascos de ensayo para pócimas médicas de los antiguos Medici? ¿Eran monedas de dorados florines de la próspera casa bancaria que alimentaba los cofres de Europa? Prosperidad: esa era la palabra clave. Y la mejor aliada de la prosperidad era la paz. Por eso "el Magnífico" dedicaba sus horas, día y noche a asegurarla. Aunque eso significara concentrar el poder al máximo hasta prácticamente sofocar toda oposición. Eso buscaba lograr con las reformas en el Consejo de los Cien para que a la Signoria solo llegaran, en lo posible, partidarios de los Medici. Nada era entonces una ingeniería más sofisticada que la paz en medio de amenazas y ambiciones feroces. Él ya había dado muestra de carácter, pero nunca alcanzaba. Menos con una situación financiera bastante comprometida para el banco que antes de costear otra guerra necesitaba fortalecerse.

Lorenzo, con sus facciones angulares, su mirada vivaz, su mente estratega, seguía siendo solo un joven, pero su verdadera edad era la edad de un poder dinástico descomunal que lo obligaba desde la historia y a la que no podía rehuir.

La paz constante requería a veces guerra constante, aunque la guerra fuera subrepticia, poblada de intrigas, de traiciones y de crueldad. Por suerte también estaban los placenteros oficios de la

diplomacia.

Desde una de las ventanas de la Signoria, Lorenzo veía avanzar al cortejo despampanante de uno de sus más importantes aliados y clientes: el duque de Milán, Galeazzo Maria Sforza. Los soles gentiles de otoño ya preanunciaban la primavera y los dos mil corceles montados por distinguidos caballeros imponían en su entrada a la ciudad la arrogante presencia de su señor, conocido tanto por su perspicacia como por su malicia. Las fiestas que se sucederían por varios días tenían como marco el acercamiento a Francia que Milán buscaba a través de los Medici.

En esa recepción espléndida fue que Lorenzo volvió a ver a Simonetta. Ella estaba entre las damas de la corte, pero no la acompañaba Marco. No había sido él quien la había descubierto en el gran hall de la *Signoria*. La mirada fija de Ludovico, el conde de Mortara y hermano de Galeazzo, era la mirada de un cazador sobre su presa. Lorenzo, ágil, no tardó en entretenerlo para escabullirse después entre el jolgorio y acercarse a Simonetta. Al oído, le habló desde atrás, sin que ella se percatara de su llegada. Exaltada por su presencia, Simonetta solo obedeció. Caminó tras él a prudente distancia y cuando lo vio entrar en un cuarto dejando la puerta entreabierta supo lo que debía hacer.

—Puede que estés en peligro si no te quedas aquí el tiempo suficiente —le dijo por todo recibimiento.

Los Sforza tenían fama de incontables perversiones. En su faceta más cruel se reportaban torturas y abusos a las mujeres de sus enemigos. Pero en su fase más privada, ese sadismo insaciable tampoco tenía contención.

Esa noche, Lorenzo no hubiera podido negarles nada. Menos, una mujer de su corte, que estaba sola.

Simonetta se veía aún más bella que la primera vez. Se tomó un minuto para contemplarla lentamente y reconocerla. Ella lo supo y se ofreció en silencio a esa contemplación. Lorenzo rememoraba en esa mujer la frontera entre sus años más libertinos y el peso del poder. Pero había algo de ella que no estaba atado al tiempo, que no perdía vigencia. Era como una fuente de la que siempre se quería beber.

—¿No va a decir nada, *signora* Vespucio?

—Gracias por protegerme, *signore* Lorenzo —respondió ella con voz dulce sin moverse de donde estaba.

Ataviada con un vestido de seda azul sujeto por varias delgadas fajas que la ceñían, adquiría una enérgica apariencia que no disminuía su quietud de ese momento. Más bien parecía que estaba por dar el primer paso de una danza. Entre las fajas que contorneaban su figura,

surgían gráciles pliegues de seda y la falda terminaba en un festón bordado de plata que cerca del suelo la hacía ver como flotando sobre la superficie. Su pelo caía como la luz hasta el fin de la espalda. Y seguía mirando con la misma subyugante bondad, si es que acaso la bondad puede subyugar.

—¿De dónde sacas esa paz, mujer? —inquirió él.

—La busco, señor. Es la paz que no tengo la que usted nota.

—¿Qué la preocupa? ¿Por qué ha venido sola?

Simonetta bajó la cabeza y sus gestos dibujaron amargura. Acaso la melancolía de sus ojos era una encubierta tristeza. Lorenzo no pudo soportarlo y se acercó. Primero se paró frente a ella y tomó su cara con las dos manos. La besó. Largamente. Al soltarla vio que ese manantial no se le oponía.

—Por qué —le preguntó.

—¿Por qué? —retrucó ella sin levantar la cara.

—Por qué siento que eres la criatura más sola de este mundo, si cada uno de los que te mira pasar desearía que le pertenecieras.

Como si fueran las lágrimas de una pintura, el llanto corrió por sus mejillas sin que ella pusiera un solo gesto de angustia. Lorenzo volvió a abrazarla y la apretó contra su pecho. La levantó en brazos y la llevó a un cuarto contiguo. Había pasado más de una hora cuando ella salió por la puerta del gabinete de mapas.

Escondido tras la penumbra de una columna, Giuliano, el hermano de Lorenzo los había visto entrar y la había visto salir. La deseaba con desesperación. Amaba a su hermano, y había aceptado desde niño lo que significaba que él fuera el primogénito. Pero esa noche lo odiaba. Sabía en secreto que su hermano tenía devoción por Simonetta. Y el deseo propio más el del magnífico Lorenzo, hacían arder su sangre en una hoguera que ya no podía soportar.

XXXI



1471
Taller de Sandro Botticelli, Florencia

Tantas noches se había quedado mirándola, osando decirle palabras de amor. Había sido capaz de acercarse como si tuviera la gravedad de la presencia, ese dibujo nacido de sus manos. Había buscado el latido de su corazón en el pecho de lienzo y tempera, había buscado la piel suave en el rostro ilusorio, había besado con sus labios los labios del *canvas*. Soñando que fuera ella, su Simonetta. Y ahora la veía frente a él, real, bella, desnuda. Como si fuera el mítico rey Pigmalión, a quien Venus le concede el deseo de darle vida a su amada escultura, a su mujer de marfil, a su perfecta Galatea.

La confianza entre ambos para ese pacto de arte, no había apagado su timidez ni su deseo. Ella sabía que su estudio era el lugar de la libertad. Y él también. Nunca había sido tan libre. Nunca, su creación, lo había creado tanto a él mismo.

Por momentos se quedaba mirándola. Su perfección lo impulsaba a cerciorarse de que no se había vuelto de marfil, al revés que Galatea. Se preguntó si Venus atendería de verdad los deseos de corazones mendigos como el suyo. Ya usaba los matices de un color durazno y un leve amarillo para las sombras de sus senos. Ya agregaba un rosa traslúcido para sus mejillas. Ya un ocre para su pelo. Pensó en Donatello, solo con su David, anhelando que despertara y le contara cómo había matado a Goliat. Él en cambio, que podía preguntárselo todo a su ninfa, temía siquiera romper el silencio, en el que ella se entregaba. Un aura de luz parecía rodearla. Osó pedirle algo.

—¿Te pondrías de pie?

—¿Así, desnuda? —respondió ella sin romper la pose.

—Puedes dejar de posar, mi *signora*.

—¡Ah! ¿Puedo ver?

—Aún no.

—De pie, entonces… ¿cómo?

—Cubre tu pecho con tu pelo y cubre tu… No, mejor no. Perdona. Me estoy excediendo. Es que… Perdona. No quiero propasarme. Tú eres un ángel. *Sei un angelo su questa terra*.

Simonetta lo presintió culpable y preocupado. Y volvió a emocionarse con su dulzura. Él miraba hacia un costado para darle tiempo a cubrirse como si todo el tiempo en que la había mirado desnuda hubiera estado bajo una licencia donde no existía la vergüenza. Y ahora, de repente, como Adán y Eva al salir del paraíso, la desnudez estuviera, de pronto, mal.

—Marco vuelve pasado mañana y no se irá por un largo tiempo —le confió ella con la voz cortada.

Él la miró sin poder ocultar su angustia.

—¿Sabes, Sandro? —siguió Simonetta—. A veces llegan cartas de mi madre que respondo diciendo que todo está bien y que Marco le envía saludos. Le digo que me gusta la alegría de las fiestas florentinas y bailar y reír, como si la vida fuera todo el tiempo así para mí. Pero cuando salgo de aquí y entro a mi casa… —se le entrecortó la voz—, siento miedo —agregó con un gemido que la dejó sin aire— y mucha tristeza…

Lo vio dar un paso hacia ella y estiró el brazo abriendo su palma indicándole que no avanzara. Él fue incapaz de no llorar por su tristeza. Ella siguió.

—Y vengo aquí, y tú me pintas, y hablamos de tantas cosas, y me tratas con tanto cuidado, y me preparas de comer, y pasa el tiempo como si nada de lo otro existiera y, y me… —rompió en llanto— y me amas… —soltó entre lágrimas, lanzándose a sus brazos.

Como si intuyera que iba a desvanecerse, Sandro se abalanzó y la abrazó en su total desnudez. La del cuerpo y la de un corazón lastimado. Podía sentir su soledad y su desamparo al envolverla con sus brazos. Hubiera escapado de allí con ella. Sintió el impulso ciego y alocado. Pero no habrían llegado muy lejos. No podía sumarle a su tormento el deshonor.

Unidos en ese abrazo, los dos sintieron que algo mucho más grande se sobreponía a la desesperación. Como si revivieran. Como si volviera a suspenderse lo inevitable. Ella buscó su camisa y desató el lazo que la cerraba. El terminó de quitársela y ella metió las manos en el pelo tupido del pintor. Él buscó el secreto de su cuello, besó sus senos y rodeó su cintura. Luego se puso de rodillas frente a ella y le juró.

—A nadie más amará este corazón. Aunque el mundo no entienda, se sellará con su dueña.

Ella temblaba y las manos de él bajaban por sus piernas hasta quedar él todo a sus pies. Lanzándose hacia el suelo ella no soportó su rendición y lo buscó. Ambos quedaron arrodillados, entrelazados, unidos. Y allí entre abrazos y lágrimas, con la urgencia de la existencia, que no posterga la salida del sol, que no posterga el giro de la tierra, que no posterga ni la vida ni la muerte, que no posterga el amor, se tomaron. Se tomaron urgentes. Siendo nada más que lo que eran en ese taller. Ella, su creación y él, su creador. Ambos recreados por el amor. Claro que él la amaba. Y no importaba a cuántos hombres ella hubiera tenido que responder con obediencia, Sandro sabía que a él lo amaba. Lo que había jurado esa noche, estaba grabado a fuego en su destino. No habría otra en su vida. Ese amor era su gran obra de arte.

—Escúchame —le dijo en medio del frenesí, tomando su cara—. Un día, *amore mio*, el arte nos liberará. No sé cómo. Pero te lo prometo.

L'arte ci renderà liberi...

XXXII



2023
Estudio del fotógrafo Antonio Agresti, Florencia

—Tienes que posar para mí...

—¿Qué dices? Te busqué para estar detrás de cámaras, no delante...

—No. No entiendes. Tenemos que reproducir la escena de la Venus de Botticelli.

—¿Qué?

Antonio y Helena habían compartido otra jornada de trabajo y juntos revisaban material en el taller de él. Ahí fue que tuvo la repentina ocurrencia. Reproducir las condiciones de la escena del cuadro en el que Helena había experimentado un espejo podía provocarle reminiscencias si es que había vivido algo igual. "Replicar la situación, indefectiblemente traerá evocaciones", le dijo.

—Tienes razón. Pero...

—Entiendo que puedas sentirte incómoda.

—No. Bueno. Sí. En realidad, es dar un paso físico. Hasta ahora todo lo que hice fue una búsqueda psíquica. Pero mi primera experiencia con el cuadro fue fisiológica. Me desmayé.

—Por eso. Creo que puede ser un gran disparador. Pero, además, déjame decirte que también puede ser una obra de arte. Y, créeme, me parece que por eso tú y yo nos encontramos...

—¿Qué dices?

—Helena, jamás se me hubiera ocurrido indagar sobre Botticelli, pero ahí estás tú, y siento que debo ponerme en sus ojos. Que su obra ha venido a mí.

—Yo siento lo mismo, Antonio, que su obra ha venido a mí.

—Entonces no hay más que decir. Prepararé todo.

—Es que...

—Qué...

—Siento que puede ser un paso sin retorno en cuanto a mí misma y ese punto de un pasado que no me pertenece pero que me ha buscado.

—No lo veas así. Solo sigue tu búsqueda. No es un punto de no retorno, es un punto de partida. Y yo no seré Botticelli, pero te cuidaré.

—El hecho de que hayas pensado esto es ya una forma de no estar sola, de no sentirme loca.

—¿Loca? Pasé años hablando a solas con Brunelleschi sobre su duomo. El único loco aquí soy yo.

—¿Y Brunelleschi te respondía?

Antonio sonrió ante su pregunta y avanzó hacia ella. La contempló como a un cuadro y acarició su mejilla. Helena sintió que su corazón se aceleraba.

—No tengas miedo. Te cuidaré —le prometió él.

Algo en ellos cambiaba para siempre con la decisión de compartir una experiencia de arte que podía ser trascendente. Era, para Helena, la forma de ser Simonetta, más de quinientos años después. Y era para Antonio la oportunidad de ponerse en la mirada de esos artistas que admiraba. Si había algo que uniera esos puntos, esas existencias, esas pasiones, confluiría como una memoria.

Helena cerró los ojos y se permitió sentir su mano rústica, marcada, certera, en la mejilla. Y la tomó con la suya, blanca, suave, de dedos largos. Él lo sintió como una invitación y la besó largamente sin percibir resistencia.

XXXIII



1471
Florencia

Giuliano de Medici era un hombre espléndido. Su energía, irrefrenable. Todos los límites que el poder imponía a su hermano, él no los conocía. Como un espejo invertido de Lorenzo, él representaba la libertad, la rienda suelta al apetito, el desborde. Sin embargo, en una sola cosa era absolutamente dependiente. Y era que vivía referenciándose en ese a quien amaba y de quien renegaba. Ese por quien daría su vida y que tantas veces solo anhelaba vencer. Si algo quería Lorenzo, él lo quería primero. Si algo probaba el coraje de ambos, él quería probar más coraje. Por eso su andar era jactancioso y desafiante. Necesitaba llamar la atención que naturalmente recibía el otro, y que él debía ganar con temperamento. En aquel cuadro pintado por Sandro Botticelli cuando eran niños, Giuliano aparecía contemplando hipnóticamente a su hermano, mientras Lorenzo controlaba la escena con la mirada que sin disimulo se dirigía a su madre.

Pero Giuliano era el príncipe bello, el de la jovialidad y el atrevimiento, el que brillaba por sí solo. Y así ocurría en cada reunión social. Su figura apabullaba mientras la de Lorenzo regía.

Esa tarde, se celebraba un gran acontecimiento en el palacio de la familia Medici. Marsilio Ficino, el gran tutor de la familia desde tiempos del abuelo Cosimo, había completado su traducción al latín de los escritos griegos conocidos como *Corpus Hermeticum*, y Lorenzo había organizado un banquete en su honor. Aprovecharía para invitar a dignatarios y hombres de confianza del nuevo Papa Sixto IV. Era alta diplomacia considerando que resultaba imperioso seguir siendo los

banqueros pontificios y asegurar el monopolio del alumbre. Giuliano se había ahogado de risa al saber que incluso planeaban pedir para él la dignidad cardenalicia. Pero provocativo como siempre, estaba dispuesto a escenificar cualquier papel, por un rato. Y así entró, despampanante, al gran salón. Vestido de negro, un poco atrasado, caminaba entre los nobles que ya se desesperaban por un saludo de Lorenzo y de su madre. Pero otra cosa frenó su camino. Una de las pocas cosas con las que podía medirse directamente con su hermano, aunque no fuera eso lo que lo detuvo.

Simonetta era una estrella en este mundo. La miró sin denotar un resquicio de emoción. Casi mirándola por lo bajo. En secreto pensó que él podía darle todo lo que Lorenzo jamás podría. Cuando ambos supieron de su llegada a Florencia, Lorenzo pensó en poseer Piombino por ella. Giuliano solo pensó en poseerla a ella. Marco, su esposo, era un instrumento de ocasión. Como todo para los Medici.

No había olvidado cómo su hermano la había llevado al gabinete de mapas la última vez. Lo había atestiguado todo. Lo que habían tardado allí dentro.

Ella hablaba animadamente con otras damas. Vestía de amarillo y como único adorno, un broche de oro rosado, topacios y perlas, le sostenían un manojo de rizos de un costado.

—*Signora*, quiero hablar con usted. Sígame —le ordenó.

Simonetta —sorprendida por su abordaje y a sabiendas de que pronto llegaría su marido, Marco— lo atendió de inmediato. Lo siguió diligente, a paso rápido mientras se preguntaba si pasaba algo con Lorenzo o con Sandro. Le llamó la atención que la llevara a la misma sala que su hermano un tiempo atrás. Al entrar, lo vio cerrar la puerta con una traba y simuló que ninguna agitación la invadía.

—En qué puedo ayudarlo, *signore* —se anticipó.

—La he visto esconderse aquí con mi hermano. Dígame, antes de que muera en la próxima guerra, que no tiene nada que ver con él. Y que puedo amarla —le dijo intimidante y sabiéndose un hombre codiciado.

—*Signore*… —respondió Simonetta tan desconcertada como sincera —, no se muera, por favor. Su hermano solo me protegió.

Fue como si lo hubiera apuñalado. Giuliano sintió esa defensa cándida de Lorenzo como uno de los ardides que tan hábilmente ejecutaba Lorenzo. ¿Cómo hacía el maldito para convertir todo en un acto altruista si era el más ambicioso de todos? Pero lo que más lo enfureció fue la indiferencia de ella a los sentimientos que acababa de expresarle.

—¿Protegerla? —vociferó incrédulo.

—Me expresó preocupación por un tal *signore* Ludovico Sforza, pero por favor no diga nada de esto, *signore*— confió ella, casi en un susurro, acercándose, como si el peligro fuera presente.

—Ah, maldito… Sí, tal vez sí —rumió él—. Pero… yo no quiero hablarle de mi hermano, Simonetta.

La joven ya había notado que estaban solos en el gabinete. Y había empezado a temer alguna reacción intempestiva del impulsivo príncipe, cuando la puerta sonó con violencia y una voz del otro lado se explicó por sí misma.

—¿Quién está ahí? ¡Abran la puerta!

El tono estridente de Lorenzo cuando levantaba la voz, la aterró. Qué pensaría de ella al verla sola con su hermano. Notó el deleite en la cara de Giuliano al abrirle la puerta enrostrándole que estaba con ella.

Lorenzo, que era alto e imponente de facciones duras, se paró firme ante los dos. La miró, sin saludarla, de arriba abajo, como si controlara el orden de su vestimenta, y su cabello. Ella se inclinó en una reverencia y bajó la mirada ruborizada. En un segundo, Lorenzo supo dos cosas: que no había pasado nada entre la joven y Giuliano y que Giuliano estaba tras ella. Pero no podía dedicar ni un segundo a esas nimiedades.

—¡Váyase, *signora* Vespucio! Debo hablar con mi hermano —le dijo sin mirarla.

Cuando Simonetta huyó como una mariposa brillante de la sala de cartografía, Lorenzo le habló con preocupación.

—El Papa quiere comprar Imola. Acaban de pedirme el dinero. Son 40 mil florines. No podemos darle ese crédito ni permitir esa compra.

—Buscaré a mis hombres ya mismo y anticiparé nuestra expedición a Imola.

—No. Espera. Ha surgido otro problema. Los Pazzi.

—¿Qué?

—Los Pazzi le habrían prometido financiación si nosotros no se la concedemos.

—*Maledetti traditori!* —maldijo Giuliano.

—Sí, son unos malditos traidores… pero debemos ser cautos. Podrían quedarse con la cuenta pontificia.

Ambos hermanos trazaron un plan inmediato para obtener información entre quienes participaban de la fiesta y salieron airados de la sala. Desde tiempos de su padre, sabían que ese pequeño estado fronterizo a Toscana era vital para su defensa, pero ahora se sumaban otras cuestiones. La ciudad en disputa quedaba en el paso entre Bologna y Forlì y también era uno de los puntos directos hacia la costa

adriática de Rimini en el nordeste. El territorio pertenecía ahora a los Sforza de Milán. El Papa buscaba desposar a Catalina Sforza con uno de sus sobrinos.

—Quiere casarla con el repugnante Girolamo Riario —le confió Lorenzo mientras caminaban hacia el salón.

—¡Pero dicen que ese es su bastardo...!

—Justamente, Giuliano. Ahora entiendes. Y Riario ya controla la zona de la Romagna. Podrían aislar nuestro paso hacia el este.

—Pero los Pazzi estarían haciendo algo contra los intereses de Florencia si ceden a ese préstamo.

—No les importa Florencia. Les importa recuperar el poder en Florencia. No olvides que para ellos nuestra familia es arribista y la verdadera nobleza es la de su casa.

—Déjame a mí —lo incitó tomando su espada que llevaba al costado.

—No. Lo haremos a mi manera.

—Oh, Lorenzo, tu manera puede ser demasiado lenta para un peligro urgente.

El diálogo encendido entre ambos, donde una vez más primaba el criterio político de Lorenzo sobre el impulsivo carácter de su hermano menor, se redujo a total silencio cuando ambos la vieron. Simonetta, rodeada de otras mujeres, les hablaba con dulzura, entre sonrisas.

—Es un ángel —se le escapó a Giuliano.

—Deja de molestarla.

—¿Para que la tomes tú? Yo al menos le ofrezco algo digno —lo desafió, provocando su ira.

Lorenzo tomó el brazo de su hermano y le habló al oído. "La próxima vez que ofendas a esa joven sugiriendo una blasfemia seré yo el que cobre la cuenta". Giuliano, sorprendido y molesto se soltó sin poder creer las palabras de su hermano, pero redoblando la apuesta.

—Te vi entrar con ella a la sala de mapas y quedarte durante más de una hora. ¿Crees que no sé que es tu amante?

—No sabes nada, Giuliano —le respondió con mirada grave Lorenzo.

Nunca lo había visto así. En otro momento hubiera reído y hubiera contado sus aventuras sexuales. Giuliano interpretó algo más preocupante de la actitud de Lorenzo. Él también amaba a esa mujer. Mientras ambos seguían mirándola, Lorenzo agregó:

—La escondí de Ludovico Sforza. Ella es nuestra prenda en la alianza para dominar Piombino.

—Y tú no quieres tenerla. Es solo política, ¿verdad? —le retrucó resentido.

Por detrás de ambos, su madre, Lucrezia Tornabuoni, había descifrado la escena. Había notado perfectamente que ambos miraban a Simonetta y que la joven era el motivo de la discordia en los ojos de sus hijos.

—Esa joven es un ángel que ustedes no merecen. Guarden para los Pazzi y el Papa sus instintos de cacería —los conminó.

—¿Ya lo sabes? —le preguntó Lorenzo a su madre, perplejo por la información que ya manejaba.

—Síganme —les ordenó a ambos la reina madre de Florencia.

XXXIV



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—*H*elena, escúchame...

—Me... falta... el aire... —se ahogaba Helena con los ojos cerrados en medio de una nueva regresión—. No puedo respirar —lograba expresar con mucha dificultad al tiempo que se tomaba el cuello con una mano y el pecho con la otra.

El profesor Di Nunzio estaba sorprendido porque ella no tenía ningún problema respiratorio. La estaba viendo con sus propios ojos respirar perfectamente. Pero era claro que lo que recordaba la hacía experimentarlo. No quería que sufriera una sensación tan angustiante. Podía sumar un nuevo trauma.

Contaba con segundos para ver si algo más ocurría. *"¡Hace mucho frío!"*, la escuchó decir mientras movía la cabeza en señal de negación como si quisiera evitar algo a lo que se veía forzada. Fue allí cuando al girar ella la cabeza le descubrió esas marcas en el cuello.

—Helena, estás volviendo... tres, dos, uno... Ya ves la puerta hacia la torre y caminas hacia ahí. Tres, dos, uno...

En pocos minutos más una exhausta Helena despertaba de una de sus hipnosis más profundas. Tenía ganas de toser, pero al toser no había tos. Le había quedado esa reminiscencia. El profesor sabía lo que le pasaba, pero eligió no decirle nada para cuidarla de cualquier sugestión. Cuando la vio sonreír, se sintió más tranquilo. Le ofreció, como era habitual, un té con miel tibio. Ella lo tomó sin decir una palabra. Siempre quedaba un poco desconcertada. Como intentando ubicarse en el tiempo. Lo más curioso de esta sesión había sido que solo había rememorado ese estado similar al de alguna condición

respiratoria. Pero las marcas que tenía exactamente al lado de la arteria yugular le parecieron al profesor un hallazgo a tener en cuenta. Aunque no sabía bien por qué. En realidad, sí sabía. Las marcas podían ser registros ancestrales. Y él lo había comprobado con al menos tres casos.

—¿Recuerdas qué provocó que no pudieras respirar?

—No, en absoluto. Lo que sí me pareció curioso es que me sentí enferma. Sin distinguir si era el pasado, o dónde eso ocurría. Yo —remarcó apoyando la palma de la mano en el pecho— me sentí enferma.

—Me llamaron la atención tus marcas en el cuello.

—¡Ah! ¡Sí! De chica mis compañeras de la escuela me decían que me había mordido un vampiro —contó Helena riéndose.

—Menos mal que no es así —bromeó el profesor para volver a ponerse serio—. ¿Alguna vez te molestaron?

—Nunca. De hecho, olvido que están ahí.

—¿Son de nacimiento? ¿Crecieron con el tiempo?

—Exacto. Son de nacimiento. Crecieron conmigo, pero no como esos lunares que crecen.

—¿De qué parte de Italia eres, Helena?

—Nací en Cinque Terre, en la Liguria.

—Qué curioso… No puedo creerlo —agregó intrigante el profesor.

—¿Qué? Dígalo, profesor, dígalo…

—Claro que sí. Mira, Helena, sé que yo mismo te he pedido que no busques información sobre Simonetta, pero ¿sabes que es muy cerca de Génova, donde nació ella?

Helena se quedó mirando, con ojos enormes, al profesor Di Nunzio, mientras pensaba si iba a preguntarle algo más. No quiso mostrarle cuánto la conmovía la coincidencia, ni explayarse sobre la espantosa sensación de no poder respirar, que había experimentado. Temía poner en peligro las sesiones. No quiso decirle tampoco lo que iban a probar con Antonio, reviviendo el cuadro. Ese ejercicio iba a ser de ellos, sin interferencias. Pero profundamente sabía que estaban llegando a algo más.

—Profesor… ¿puedo decirle algo? Hay cosas sobre mí misma que he empezado a encauzar gracias a esta búsqueda sobre Simonetta. Es como si me hubiera obligado a buscar mis propias definiciones.

—Eso es bueno, Helena. En gran parte, es el objetivo de estas terapias. Aquí lo único que importa es lo que tú descubras. Es más, si no quieres seguir porque sientes que…

—Quiero seguir, profesor. Más que nunca —respondió determinada.

Los dos sabían que cada uno guardaba sus cartas. Pero la confianza que habían construido les permitía ese juego de reservas, misterio y *timing* con el proceso que estaban atravesando. Sobre todo, porque era Helena quien debía tener una especie de corredor espiritual y mental despejado a su experiencia. A ella, sin embargo, a veces, la doblegaba la tentación de saber más y más sobre Simonetta. Cada vez le resultaba más costoso no ceder a realizar su propia investigación sobre ella, o volver al museo.

XXXV



1474
Taller de Sandro Botticelli, Florencia

El estruendo de la puerta hizo saltar a Simonetta que, de pie, mantenía su incómoda pose como si la quietud no le costara. En un solo movimiento había tomado una manta para cubrirse y esconderse tras un biombo en la habitación contigua al estudio. Con Sandro, tenían mentalmente ensayado qué hacer si alguien los descubría. Pero ahora que eso estaba a punto de ocurrir, el tiempo era mucho menos que el imaginado. Con la misma prisa, el pintor había cubierto su lienzo y salido inmediatamente del salón de pintura trabando su puerta para que el acceso no fuera sencillo y le diera tiempo a la joven de meterse dentro de uno de los armarios.

Un exaltado Giuliano de Medici avanzaba irrefrenable hacia allí de no haberlo cruzado antes.

Sandro sintió la combustión del sudor bajo sus ropas y una bullente adrenalina. Sabía el riesgo que significaba que Simonetta fuera descubierta, especialmente por Giuliano, pero, además, necesitaba que se fuera rápidamente. Las cosas solo podían agravarse si en ese momento alguien de la casa de los Vespucio irrumpía o el mismísimo Américo, que como siempre los había dejado solos. Ante el ímpetu del joven Medici, Botticelli concentró toda su energía, en mostrar la más absoluta normalidad y una falsa prisa.

—¡Giuliano! ¡Qué sorpresa! ¿A qué debo el honor de tu visita? —lo recibió con el tono más fraternal del que era capaz.

—¡Ey, Caro Sandro! Déjame ver a quién estás pintando —le respondió avanzando hacia la puerta del estudio.

—Hoy no tienes suerte, *fratello.* Además, estaba justo por salir... —

respondió Sandro sin siquiera voltearse, sabiendo que en esa actitud se jugaba toda la credibilidad.

—Mejor, entonces —devolvió Giuliano dando un paso hacia atrás que alivió profundamente a Sandro—. Seré breve —agregó con una misteriosa mueca.

Atrás y de nuevo hacia adelante, para vértigo de Sandro, Giuliano volvió a abalanzarse hacia su amigo. Lo tomó de los hombros, lo miró fijo con una sonrisa que ocupaba toda su cara y mientras lo sacudía le reveló qué idea lo llevaba hasta ahí.

—El año que viene haré mi propia *giostra*, amigo... Lorenzo me lo acaba de confirmar. Será para conmemorar su acuerdo diplomático con Milán y Venecia ¡y por mis veintiún años! Escúchame bien —le confió mientras lo zarandeaba—, quiero que tú, tú —continuó clavándole esta vez el dedo índice en el centro del pecho—, quiero que tú pintes mi estandarte.

—¡Oh, Giuliano, me honras con tu elección!

—Quiero que pintes en mi estandarte a... ¡Simonetta Vespucio! —reveló cerrando de pronto los ojos y extendiendo sus brazos hacia el cielo como si cayera sobre él alguna divina bendición—. Ella será mi reina del torneo.

Dentro del armario donde se escondía, Simonetta quedó petrificada. ¿Cómo que Giuliano de Medici estaba pidiendo que ella fuera el rostro de su estandarte? Por su cabeza pasaron desde la furia de su esposo hasta la furia de Lorenzo. La provocación permanente de Giuliano la abrumaba. Temerosa, siguió escuchando sin poder evitar que la aterraran las consecuencias de semejante exhibición.

—Estos juegos serán aún más grandiosos que los de mi hermano, ya verás —se entusiasmaba Giuliano.

—Deberías pedir la autorización de Marco Vespucio, Giuliano —aconsejó Sandro con gravedad para alivio de Simonetta.

—Marco es un inútil. Se lo pediré a su padre, que es un maldito cínico —desafió Giuliano, que entendía el siempre especulativo juego de Piero Vespucio.

—Será un placer pintar a la *signora* Vespucio, entonces —concluyó Sandro con solemnidad y dándole un abrazo a su amigo, ansioso por verlo partir.

—¿Sabes que es muy posible que Piero Vespucio sea un traidor? —agregó Giuliano desconcertando a Botticelli.

—¿Un traidor? —se asombró Sandro.

—Quizás está jugando con los Pazzi el maldito— confió Giuliano, para reírse inesperadamente a carcajadas—. Para simular que no es un maldito traidor aceptará que pintes a su nuera... ¡Lo verás!

—¿Aunque sea para uno de los Medici? —dudó preocupado Sandro.

—Precisamente, porque es para uno de los Medici, creerá que puede ocultar el puñal que esconde.

Una vez que Giuliano se marchó, Sandro volvió al estudio sabiendo que Simonetta había escuchado todo. A él le preocupaba lo mismo que a ella.

—Sandro, si mi suegro está en contra de los Medici, corro peligro. Hasta ahora, sus esfuerzos por agradar a los Medici me protegían.

Sandro se acercó a ella en silencio y la abrazó con esa capacidad de darle certezas que la transportaba a otro mundo. Él también se sentía fuerte porque ella existía. Una guerra entre las familias Medici y Pazzi no podía traer buenas nuevas. Una ominosa sensación le oprimió el pecho. Pero no le confesó tal inquietud a la mujer que amaba. ¿Qué sería de ellos?, se preguntó. *“Cosa ne sarà di noi?”*

XXXVI



1474

Banco de la Familia Pazzi, Florencia

Tras una mesa atiborrada de pesados libros de cuentas, desordenados expedientes y folios de contratos apilados en revisión, escondido por la sombra polvorienta del lúgubre despacho, Jacopo Pazzi se preparaba para vivir un momento anhelado durante años. Había sido su familia y no la de los Medici la que había protagonizado realmente la fundación de Florencia. Y sin embargo esos que consideraba arribistas y manipuladores habían torcido el ánimo social a su favor, cautivando al *popolo minuto*, al pueblo llano. Pazzi no estaba dispuesto a adjudicarle a la habilidad política de sus adversarios, la capacidad para tejer desde los gremios de la lana y el cambio, para ganar poder. Eran dos sectores que parecían disímiles, pero no lo eran. Uno representaba un producto vital y el otro la capacidad de transarlo dentro y fuera de Florencia. Pero ahora, años de humillación habían llegado a su fin. No tenía dudas de que muy pronto todo el poder volvería a sus manos. Lo que acababa de lograr era lapidario.

El ajetreo del banco ya se había acallado cuando vio traspasando el pesado cortinado de un azul coagulado a Lorenzo de Medici. Le repugnaba su altivez, aun en las presentes circunstancias. Ni siquiera corría sangre verdaderamente noble por sus venas y tenía la actitud de alguien vencedor. La insolencia se le iba a acabar en segundos, pensó, comenzando a regodearse.

—¡Muchacho, qué sorpresa! —le mintió—. Creí que no te atreverías a venir —lo provocó.

—Jacopo, no vengo por mí —respondió el joven, seguro.

—Ah, ¿no? —respondió con vaguedad Pazzi.

—Vengo por Florencia —proclamó Lorenzo, solemne y cortante.

La risa de Jacopo Pazzi cruzó los muros del antiguo banco como para hacer temblar los florines de sus bóvedas. Lorenzo vio cómo el antiguo ladero de su padre se burlaba de él riéndose en su cara y en abierta provocación. Lo dejó reír, a carcajadas, por unos segundos. No dijo una palabra, mientras el hombre de porte fornido, con rostro demacrado por el desvelo y las recientes negociaciones, tomaba una pequeña campana para llamar a alguien más. El incordio del repiqueteo inundó la sala. Recién cuando se vació ese aire ya viciado del tintineo insoportable, el joven Medici prosiguió.

—El Papa no ha dejado nuestro banco para tomarlos como banqueros a ustedes, para beneficiarte a ti, sino para dividir a Florencia, Jacopo. Y tú no puedes ignorarlo. Vengo por Florencia a pedirte unidad.

Incrédulo ante la osadía diplomática del muchacho que tanto detestaba, y sabiendo que no estaba del todo equivocado en lo que decía, Pazzi, que era corpulento e intimidante en sus modos, se puso de pie y caminó hasta Lorenzo con pasos pesados.

—Florencia ya está dividida y sometida por el control de los Medici. Quizás su Santidad nos abra el camino para liberarnos de tu sucia familia.

Lorenzo siguió mirándolo con firmeza, como si no hubiera escuchado sus ofensas, aunque sabía que jamás las olvidaría. Y mientras veía a su oponente cada vez más ansioso por no tener una reacción desbocada, siguió hablando con naturalidad, caminando por la sala y dejándolo ahí parado ante el aire.

—¡Oh, Jacopo, tú sabes que a esta jugada del Vaticano, le seguirá la toma de territorios! ¿Quién de Florencia te apoyará si siente que los has entregado! ¿Para qué crees que Roma quiere Imola? ¡Para entrar aquí! ¿Tú crees que yo le negué un préstamo a su Santidad por naderías? ¡Ya ha designado a su sobrino como cardenal en Pisa! ¡Seremos un dominio romano en menos de lo que tú puedas contar tus dividendos por tener la cuenta del Papa!

—Sabía que te dolería. Sabes que es el fin. Y sabes que ningún peligro —agregó poniéndose de nuevo frente a él y mirándolo con la ferocidad de una bestia—. ¡Ningún peligro valdrá más que el placer de verte de rodillas! —concluyó a los gritos hablando tan cerca que su saliva regó el rostro de Lorenzo al compás de sus insultos.

—Es mi última advertencia, Jacopo— le respondió con frialdad Lorenzo mientras limpiaba su cara—. Lucharé contra ti y contra el Papa —lo conminó, sin ninguna expresión en su rostro.

Allí entró al despacho con un par de enormes libros, Francesco, el

sobrino de Pazzi, amigo de la infancia de Lorenzo, y también víctima frecuente de la brutalidad de su tío.

Viudo y sin hijos, el viejo Pazzi, de todas las emociones, solo se encomendaba a la venganza. Su sobrino apoyó los libros sin levantar la cabeza. Y sin escuchar a Lorenzo.

—Hermano, dile a tu tío que se equivoca —le susurró el joven Medici.

—No soy tu hermano —deslizó Francesco, contagiado de un desprecio que era superior a la amistad.

Fue su respuesta más que la normal iracundia de Jacopo lo que convenció a Lorenzo de que había en ciernes una guerra total. Cuando revoleó su capa para retirarse, mientras bajo el manto tomaba su cuchillo por precaución, escuchó la última amenaza.

—En estos libros de cuentas del Vaticano empecé a sepultarte —lanzó Jacopo Pazzi mientras daba una pequeña palmada sobre los ejemplares de cuero con el sello pontificio grabado en oro.

Lorenzo había reconocido los libros. Y ni siquiera se había detenido al escuchar la amenaza a sabiendas de que su falta de reacción enfurecería más a Jacopo. Cuando se alejaba por la galería, escuchó el puño clavarse sobre la mesa, y terminó de comprobarlo.

XXXVII



1474
Residencia de la familia Vespucio,
distrito de Ognissanti, Florencia

*Y*a no soportaba escucharlo. Su padre siempre había tenido una influencia infecciosa en él, al punto de orquestarlo todo en su vida. Pero había momentos en los que algo muy profundo se rebelaba en Marco. Aunque era menos rebeldía en los hechos que implosión en su resistencia. La implosión de llegar al límite de lo tolerable. Envenenado. Así se sentía Marco: envenenado por la permanente presión de su padre para que tuviera descendencia. Llevaba cinco años casado y no tenía hijos. Agotado por su viaje y agotado mentalmente por el intenso recibimiento, miró al hombre con una mezcla de furia e impotencia, entrecerró los ojos como espiándolo por una hendija, se tomó la cabeza y, abrumado, se atrevió a hacer algo a lo que nunca se atrevía: gritarle.

—¡Déjame en paz! ¡Acabo de llegar de viaje! ¡Ya tendrás tu maldito heredero! —exclamó dejando el salón intempestivamente.

El impulso ciego y sin control lo llevó en forma inmediata a otro acto de atropello. Luego de meses sin pasar por sus aposentos, Marco abrió violentamente la puerta e irrumpió en la habitación donde, a esa hora de la noche, Simonetta ya cepillaba su pelo en ropas de dormir.

Vio su gesto de temor en el reflejo que le devolvía el espejo y eso le dio cierto placer en la amargura de su propia miseria.

Alertada por su impetuosa aparición, había dejado el peine sobre la cómoda y no osaba moverse. Cuando ya Marco estaba inmediatamente detrás de ella sintió que con una mano le tomaba el cabello y tiraba de él torciendo con fuerza su cabeza mientras con la otra apretaba su

delgado cuello. Con terror intentaba seguir respirando. Él parecía decidido a estrangularla. Cuando temía lo peor, la soltó. La soltó abruptamente. Ella se tomó el pecho con las dos manos mientras daba bocanadas de aire.

—¡Cállate! —le ordenó él al escuchar sus gemidos—. ¡Cállate y ven aquí! —le ordenó.

No es que Simonetta se negara a cumplir con sus deberes como esposa. En los hechos él casi nunca los reclamaba. Habían pasado cinco años de matrimonio y seguían siendo extraños. Él acababa de llegar de viaje y así como estaba la empujó de espaldas contra la pared y la tomó sin quitarse ni la capa. Al soltarla luego de rebotar contra su cuerpo delicado con intencional brutalidad, ella cayó de rodillas, temblando sin control, en total estado de shock. Solo cuando escuchó la puerta golpear en seco tras la salida de su marido, se permitió entre sollozos cortados por la agitación, liberar el llanto. Lloraba por un dolor peor que el dolor físico: el dolor del ultraje y la humillación. Al ponerse de pie, con mucha dificultad, mientras se tomaba de las paredes, de los muebles, de las cortinas, vio cómo su camisón de inmaculado blanco iba manchándose de sangre. La había herido. Era un hombre, pero parecía un puñal el que la había atravesado.

Durante tres noches seguidas repetiría el saqueo dejando tierra arrasada. A la cuarta noche, ya sin resistencia ante el ultraje sistemático de su propio esposo, ella cayó desmayada, ardiendo de fiebre. Él la vio tendida en el piso boca abajo, y con un pie la dio vuelta para ver si respiraba, y salió del cuarto llamando a gritos a la sirvienta.

¿Cuánto iba a tardar el cuerpo lastimado de Simonetta en responder a un dolor más grande que ella misma? Bastante había soportado.

A pocos metros de la casa, su ausencia en el taller de Sandro Botticelli ya sumaba dos semanas.

Al pintor no lo habían convencido las explicaciones de Américo. Él sentía que algo terrible pasaba. Quizás era su miedo el que agigantaba los peligros. Había visto llegar a Marco de su viaje. Y también lo había observado saliendo de la casa en varias oportunidades. Pero ninguna con ella. Su vida licenciosa continuaba porque regresaba a cualquier hora. Y Sandro sabía porque se había vuelto un guardián desesperado de todo movimiento en la residencia de al lado, donde vivía o sobrevivía la mujer que amaba. ¿Qué pensamientos no tuvo en esos días de vigilia angustiosa el joven pintor?

XXXVIII



1474
Residencia de la familia Vespucio,
distrito de Ognissanti, Florencia

Piero Vespucio vio llegar a su hijo al filo del amanecer. Todos los días se levantaba a rezar antes de que aclarara. Y supo que la noche no había terminado para Marco cuando lo vio cruzar como una sombra por el vestíbulo. No dudó en levantar la voz, que, en medio del silencio de la casa, cruzaría los muros hasta el corredor.

—Hijo, no saludaste a tu padre —le reclamó desde el oratorio que era un pequeño cuarto conectado a su estudio.

Esperó el tiempo justo en alerta y su intuición no lo defraudó. En menos de dos minutos escuchó la voz de su hijo que no se atrevía a asomarse a la sala de oraciones. Su apariencia desvelada y su rostro ojeroso informarían en un segundo a su padre, de una noche de excesos.

—No alcancé a verte al pasar, padre —le dijo con la voz ronca, desde afuera.

Fue Marco quien vio aparecer al anciano severo, con su Biblia abrazada al pecho y el rostro inquisidor que desde pequeño lo dejaba petrificado con un gesto.

—Ve a reponerte, hijo. Recuéstate y en un par de horas hablamos.

—¿De qué quieres hablar, padre? —replicó sin poder ocultar la ansiedad.

El estudio de Piero Vespucio contaba con dos ambientes. El oratorio se escondía tras una apertura sin puerta que dejaba ver un vitraux por donde a esa hora se filtraban coloreados rayos de luz. En el espacio principal, con paredes tapizadas de color púrpura y muebles

oscuros de madera había poco mobiliario y un aire señorial, pero sin pompa. Un escritorio amplio de roble oscuro sostenido por cuatro Venus esculpidas en madera, era el mueble principal. Encima había un libro abierto y otros dos pesados ejemplares cerrados a su lado. Marco buscó acercarse a una silla para adelantar la conversación, pero con apenas la indicación de su padre de que saliera de la habitación supo que debía esperar.

—Estoy aguardando un mensajero, hijo. Te avisaré cuando sea el momento —agregó incrementando el misterio.

Cuando Marco se alejó, el anciano caminó hacia la ventana y corrió los pesados cortinados para mirar si en la quietud de la calle aparecía la persona que esperaba. Un inesperado alboroto en la parte trasera de la casa volvió a llamar su atención. No eran los ruidos habituales de los primeros movimientos de la mañana. Pronto, una sirvienta apareció asustada y agitada en su estudio.

—Un jinete, señor, lo busca por la entrada de atrás. Se niega a decir su nombre. Los guardias lo frenaron. Iba a entrar a la casa.

—Guíalo hasta aquí —agregó escueto para desconcierto de la mujer.

El hombre, de porte esbelto, completamente vestido de negro, con una capa que cubría su cabeza, pronto estuvo delante suyo cerrando la puerta tras de sí. No desconocía la casa donde había ingresado.

—Francesco Pazzi, siempre te las arreglas para hacerte notar, muchacho.

—No pensé que estuvieran despiertas las sirvientas.

—Ha estado enferma Simonetta y cuidan de ella.

—¿Sabe Marco lo que haremos? Su esposa es muy cercana a los Medici.

—Marco sabrá lo necesario.

—Esta es nuestra propuesta y está firmada también en Roma. No creo que quieras rechazarla. Es mucho más que las limosnas de los Medici, Piero.

Al retirarse Francesco Pazzi, Piero no tuvo dudas. Luego de revisar los contratos que guardó cuidadosamente en un gabinete con llave del mueble que servía de biblioteca y de archivo y que se extendía en una de las paredes laterales, sintió que había entendido todo lo que necesitaba entender. Un cambio de era se aproximaba y él dejaría a su familia estratégicamente posicionada.

Si los Pazzi manejaban las cuentas del Vaticano y Roma tomaba el control de Imola, el corrimiento final del poder era solo cuestión de tiempo. Tiempo e influencia. Pero no podía compartir esto con el resto de la familia. La alianza de los Vespucio con los Medici era de antigua

data y hasta el matrimonio de su hijo con Simonetta se había concertado para contentarlos. Pero no era momento aún de probar lealtades. Si las cosas salían como esperaba, los suyos le agradecerían su visionaria gestión.

La casa ya estaba en pleno ajetreo cuando finalmente mandó a llamar a su hijo. Marco, tal como imaginaba, veía como una reivindicación de su propio honor el intento de derrocar a los Medici. Pero también se estremecía de miedo de solo pensar en la terrible *vendetta* que los alcanzaría si fallaran en el intento. Por eso, su padre había hecho bien en no contarle el plan en detalle. Sabía perfectamente que el regocijo de una revancha sin los menesteres de la valentía para lograrla era un néctar demasiado embriagador como para obtener la anuencia de su vástago.

—Quiero ver a esos malditos impostores de rodillas —le respondió Marco, con la mirada perdida en el rencor.

—Eso ocurrirá, hijo. Pero más que nunca, no deben notar nada sospechoso. Y tú debes encargarte de eso.

Marco saltó de su silla al escuchar el encargo de su padre. Él ya no podía fingir más. Había soportado que Lorenzo de Medici tuviera antes a su mujer. Veía cómo la protegía y cómo ella le tenía más respeto a él que a su propio esposo. ¿Cómo pretendía su padre que jugara un papel aún más servil del que ya tenía? Su padre también quería humillarlo. Su padre era el culpable de su boda con una mujer que no le respondía y que lo hacía sentir inferior. Era inaceptable.

—*È inaccettabile!* ¡Es inaceptable, Padre!

—Hijo —lo conminó su padre, apoyando los puños en el escritorio y balanceándose hacia adelante buscando su rostro del otro lado de la mesa—, serénate.

—No me puedes pedir esto. Hace cinco años que soporto esta humillación.

—Es solo un tiempo. Necesito que te muestres más amigo que nunca para no generar sospechas. Para...

—¡Los detesto! ¡Detesto a los Medici! —comenzó a vociferar a los gritos mientras se movía en círculos en el estudio—. Su superioridad, sus trampas, su maldito aire de filósofos cuando solo son ratas... ¡Ratas!

En ese frenesí fue que se abrió la puerta y como Marco estaba de espaldas no pudo ver que quien ingresaba intempestivamente era Giuliano de Médici.

—¿“Ratas”? ¡Amigo Marco! —exclamó entre risas—. Muero por saber en quién recaerá esta furia. ¡Si necesitas ayuda me avisas!

Con solo ver la cara transformada de su padre que pasaba de la

absoluta severidad a la aliviada complacencia entendió todo. Piero no dejó que se notara su alivio al ver que el joven Medici había escuchado apenas las últimas palabras de Marco. ¿O había escuchado más? Fuera como fuera debía mostrar normalidad, y la normalidad era el total beneplácito de tener un Medici en su casa.

—¿Qué te trae por aquí, hijo mío? —preguntó Piero Vespucio.

—Debo consultárselo a Marco —le respondió pícaro Giuliano y se paró frente al marido de Simonetta poniéndole una mano en el hombro.

Piero miraba a su hijo y miraba a Giuliano. Miraba a Giuliano y miraba a su hijo. Los ojos de uno y los ojos del otro. La simpatía de Giuliano y la ira contenida en Marco. El desparpajo del joven Medici y la amargura de su hijo. Hasta que uno de los dos rompió el tenso silencio.

—*Voglio che tua moglie sia la Regina della mia Giostra*. ¡Quiero que tu mujer sea la Reina de los Juegos que hará Lorenzo en mi honor! —le hizo saber Giuliano, con la seguridad de que eso sería un honor para cualquier mujer de Florencia.

Los ojos de Marco se desviaron como flechas a los de su padre avisándoles de su furia, y en ellos percibió la orden degradante que no pudo rehusar. Pero la voz no le salía.

—¡Di algo, maldito! —insistió Giuliano jocoso, creyendo que lo había embargado la emoción.

Su padre salvó ese silencio abismal que hubiera delatado lo inconfesable. Piero rodeó el escritorio y caminó hacia la figura imponente de Giuliano, el segundo príncipe de los Medici. Lo tomó del hombro por el costado, y con aire solemne, buscando disimular la respuesta vacía de su hijo, le expresó con la debida cortesía:

—Nos honras, hijo, nos honras.

—Quiero que Sandro Botticelli pinte mi estandarte con su imagen —agregó imperativo Giuliano como si derramara una magnánima bendición.

Marco sabía perfectamente cómo funcionaban los hermanos Medici. Giuliano también cortejaba a su mujer. Quería tomar, como siempre, una porción del banquete que se le servía entero a su hermano. Era bello, atlético, gran cazador y temible soldado. Su espalda no cargaba con las obligaciones del Estado y aún soltero, era el hombre que todas las mujeres codiciaban. Nada se le negaba. “Malditos Medici”, masculló, cuando su padre lo abrazó junto al visitante, casi ocultándolo, para evitar un momento incómodo.

—¿Está la *signora* Simonetta? —demandó Giuliano para mayor escarnio de Marco.

—Mi esposa... —atinó a decir sin poder completar la frase.

—La bella Simonetta ha estado un poco enferma, pero si quiere su señoría, podrá visitarla mañana por la tarde para darle esta noticia.

Giuliano sonrió con un deseo inocultable de encontrar a la dama de su *Giostra*. Serían unos torneos que nadie olvidaría. Y ella, la mujer como no había otra igual, la diosa de los juegos. El joven abrazó a Piero y abrazó a Marco, sin registrar demasiado sus verdaderos sentimientos, y salió exultante del estudio, raudo como había entrado.

—Estuviste a punto de arruinarlo todo —recriminó Piero a su hijo.

A Marco le hervía la sangre de odio. Y aún no podía decir palabra.

—Piensa en el momento de la revancha, hijo. Pronto los Medici estarán acabados —lo alentó Piero, para quien la esposa de su hijo había sido siempre una moneda de cambio.

En las habitaciones, una doncella vestía a Simonetta Vespucio, que había amanecido más repuesta, aunque sin poder pegar los ojos. No había sido tanto la fiebre como la inquietud lo que había desvelado su sueño.

Por la ventana, la joven vio partir el corcel de Giuliano de Medici. Imaginaba la razón de su presencia. Hubiera corrido a los brazos de Sandro en ese mismo momento. Temía la reacción de su marido. Ahora, Marco se cuidaría por un tiempo, pero tarde o temprano se cobraría con ella esta nueva humillación. Ya sola, un nuevo alboroto la hizo regresar hacia el balcón de sus aposentos. Un grupo de cazadores se abría paso a puro bullicio. Iban armados, pertrechados, festivos. Lucían hambrientos y ansiosos. Se disputarían sin contemplaciones el trofeo de alguna criatura que ahora mismo era incapaz de percibir el acecho en la armonía del bosque.

Simonetta se alejó de la ventana y se acercó al espejo. Se miró. Pasó su mano por el cuello, sintió sus pezones tensos, como los músculos de su abdomen. Se supo en alerta. Estaba allí, quieta, pero se imaginó huyendo despavorida, entre malezas y arbustos en la cerrazón de árboles. Ella era la presa de otra cacería. Sería la Reina de la Belleza en la *Giostra* de Giuliano. El estandarte llevaría su semblante con el porte de alguna olímpica deidad. Su cuerpo era el terreno de otra guerra, su conquista, el trofeo. La lanza abriría su carne para el festín del vencedor. Curioso dolor para una divinidad.

XXXIX



2023
Estudio del fotógrafo Antonio Agresti, Florencia

Antonio golpeaba la puerta del baño con insistencia. Estaban por empezar la sesión de fotos con Helena cuando ella repentinamente huyó. Él había extendido un lienzo tamaño natural que reproducía a la perfección el cuadro de *El nacimiento de Venus* pintado por Botticelli hacía más de quinientos años. Al paisaje etéreo del arribo de la diosa a la isla de Chipre flotando en una concha marina solo le faltaba una cosa. Su figura animada, completando el cuadro. La mujer idéntica a la bella Simonetta Vespucio. Cuando Helena avanzó apenas cubierta por un kimono rosa con flores color durazno, todo tenía la sustancia de una sesión de fotos más. Pero cuando lanzó la bata al suelo con total normalidad y empezó a caminar los pocos pasos desde la tarima al centro de la escena, sintió lo inesperado para una modelo acostumbrada a estas situaciones: sintió como aquel día en el museo, su propia desnudez. Y también presintió a Simonetta.

Por un lado, estar desnuda frente a Antonio la había vuelto sorprendentemente frágil. Por otro, y en forma más esencial e íntima, también estaba desnuda ante sí misma. Poniendo a prueba sus sentimientos, su psique, por si estos eran capaces de arrojar una verdad velada por el tiempo o las conspiraciones. Sentía que era todo un delirio, pero al mismo tiempo una necesidad. La contradicción estaba ahí delante de ella. Pero había algo más. Helena sintió por primera vez, que ese paso que estaba dando era asumir la posibilidad de otra vida: ponerse en la piel, peor, en la carne, de una mujer cuyos secretos parecían gritar pidiendo ayuda desde lo recóndito. ¿Podía ella cargar con ese peso?

—¡Helena! ¡Helena! ¡Dime que estás bien!

—Estoy bien —respondió con voz esforzada.

La joven estaba sentada en el suelo abrazando sus rodillas con la mirada perdida en los blancos azulejos, cuando Antonio decidió no esperar. El golpe a la puerta y la violenta irrupción en ese momento de ensimismamiento la tomaron por sorpresa. Helena lo miró con confusión en los ojos, sin moverse ni un centímetro. El fotógrafo respiró aliviado al verla simplemente pensativa. Sintió ternura y cierto arrepentimiento por su impetuosidad. Se acercó a ella y se agachó hasta quedar a su altura. Su pelo se derramaba por sobre el blanco de esa sala de baño como un torrente indómito. Él tomó uno de sus rizos.

—Entendería perfectamente el amor de Botticelli —se atrevió a decirle.

De un salto Helena se puso de pie, desconcertada por esa frase intimista que la había puesto a la defensiva. Aunque eso no era lo que más le preocupaba. Lo que más le preocupaba es que ella también sentía una especie de comprensión relacionada con el amor de Botticelli. Antonio se maldijo a sí mismo.

—Perdón. Perdón. Perdón, Helena. Soy un estúpido.

—No te preocupes. Ja. Todo esto es una gran confusión.

—Si quieres no lo hacemos —le dijo mirándola aún desde abajo.

—No es eso —respondió ella, que estaba de pie y de espaldas a él, envuelta por una bata suya.

—Ven —le dijo incorporándose y tomándola de la mano—. Hablemos.

La llevó a una pequeña sala de estar contigua al taller, donde solía descansar o recibir gente, y que estaba entre el estudio y el laboratorio de imágenes.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Antonio regresó con una taza de café, se sentó frente a ella, y esperó que diera un sorbo para inclinarse hacia adelante. Él también había pensado mucho en lo que iban a hacer. De alguna manera lo sentía una obra de arte, aunque pareciera increíble. Viendo su angustia, pensó que quizás hablar un poco les iba a clarificar las ideas a los dos. Ella lo observó respirar profundo, hacerse hacia atrás su cabello tupido y entrecano, con la mano abierta como un rastrillo, y suspirar.

—No estamos volviendo al pasado, Helena —la interpretó a la perfección—. Nadie puede repetir el pasado. Somos nosotros. Eres tú, Helena, explorando sensaciones, volviendo al mismo lugar pictórico que te conmocionó en el museo. Pero siendo tú, tú sola. Es más. Lo

interesante es lo que despierte en ti este doble encuentro.

—¿Doble encuentro? —Helena recibía esta vez sus palabras como un calmante.

—Es un encuentro con tu vivencia personal, íntima, de toda esta situación sorprendente, extraña pero fascinante. Es como una fusión. Y además es un encuentro con un mito que como todos los mitos nos pertenece a todos.

—Sentí terror al verme desnuda ante ti. *Ero terrorizzata a vederme nuda davanti a te.*

—*Ma perché? Sono così brutto?* ¿Soy tan feo? —le dijo bromeando.

—No seas bobo —se ruborizó ella—. He estado desnuda mil veces ante fotógrafos. Pero... me sentí mirada por la historia —afirmó sonriendo con timidez por si sus palabras sonaban como una exageración.

—Te sentiste un cuadro, entonces. Quizás eso siente la Gioconda. Que la mira la historia. Por qué no. Ya me parece un hallazgo la idea —exclamó entusiasta y poniéndose de pie—. ¿Puedes ver que es un hallazgo?

—Bueno, sí —admitió ella mientras lo observaba ir de un lado a otro en la pequeña sala.

—Ya sé qué haremos.

—¿Qué?

Él salió por un momento para volver unos minutos después con un libro.

—Mira, este será el método.

—¿Qué traes ahí? —preguntó ella todavía con desapego, pero insinuando interés.

—Hablemos de Venus. No de Simonetta ni de Helena, de Venus o Afrodita. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—O sea, veamos qué instancia del mito de Venus representa este cuadro. Hay que ir antes que Zeus o Júpiter para entender esto. Hay que ir a la primera unión mitológica que es la del Padre Cielo con la Madre Tierra. Son Urano y Gaia en la mitología griega —continuó mostrándole una genealogía mitológica—. Observa, Venus o Afrodita, nace directamente de él, de Urano. ¿Cómo? Urano y Gaia entran en conflicto y ella instiga a sus hijos, la primera generación de Titanes, a castrar a su padre usando una hoz de su propia creación —siguió con ojos de asombro.

—Oye, basta. Es demasiado. No entiendo a dónde apuntas —se puso ella de pie dejándolo con el libro abierto entre las manos.

—De los testículos castrados de Urano, el dios de los cielos, que

caen al mar, nace Venus y emerge en las aguas hasta llegar a la isla de Chipre que es nuestra escena, preciosamente reproducida en un lienzo basado en la delicada imaginación de Sandro Botticelli —concluyó, asertivo, y volviendo a ganar su atención.

—Bueno, debo reconocer que no lo sabía. Igualmente, no entiendo cómo juega esto en lo que nosotros estamos...

—¡Juega, claro que juega! Venus es la fuerza creadora de los cielos al caer al mar, es el amor, es la victoria. Eso es lo que debe estar en el centro de tu personificación del cuadro. Sé la modelo de Venus, no de ti misma, ni de Simonetta.

Helena miró callada a Antonio. Lo miró con fascinación. Él había reconvertido el sentido de lo que hacían. Pero tenía razón. Simonetta misma, si alguna vez había posado para Sandro como Venus, no estaba pensando en sí misma, sino fusionándose en su pose con la interpretación de él. La Venus del cuadro era producto de esa conjunción. Era una especie de salvoconducto para ella. Posar como Venus, "la fuerza creadora de los cielos", la desligaba de la idea de ver la sesión como otra forma de regresión y probablemente era más genuino como experiencia para acercarse a todo lo otro.

—¿Me dejas pensarlo? —le rogó acercándose más a él y poniendo su mano larga y fina sobre la mejilla del fotógrafo. A Antonio, su ternura lo desarmó y prácticamente dejó caer el libro sobre el sofá para abrazarla suavemente.

—Percibo, como si me ocurriera a mí, el remolino emocional que toma esta cabecita.

—Sé que lo percibes. *So che lo percepisci...*

—¿Cómo lo sabes? *Come fai a sapere?*

—Porque si no estuvieras realmente involucrado en lo que me pasa, jamás se te hubiera ocurrido esta idea, que, en realidad, es como tú dices, un hallazgo de esta cabeza de artista que tienes —le dijo metiendo sus finos dedos en su pelo para bajar al pecho—. O, mejor dicho, de este corazón de artista que tienes.

Antonio no pudo esperar más y la besó. La besó largamente. Claro que la esperaría. Esperaría sus tiempos para intentar la fotografía de *El nacimiento de Venus*. Pero, por momentos, eso también se volvía lo menos importante. Estremecido por el deseo y la conmoción que le provocaba esa mujer, la levantó en brazos y la llevó a su cama.

XL



1474
Taller de Sandro Botticelli,
distrito de Ognissanti, Florencia

El encargo de Giuliano de Medici había sido una bendición para los encuentros de Sandro y Simonetta. Ya no dependían de los momentos azarosos en que Américo podía cubrirlos. El joven era perfectamente consciente de lo que pasaba entre ellos, pero su fidelidad por la bella esposa de su primo superaba la que él mismo le inspiraba. Ella irradiaba esa capacidad de ganar el corazón de quien la conociera.

La soltura con la que ahora se encontraban convertía al estudio en una fiesta. Para nadie era un secreto que ella se encontraba allí y aunque al principio iba con alguna dama de compañía, en ausencia de Américo, pronto se había aventurado a cruzar sola a la propiedad contigua. En Simonetta, esa inesperada libertad había reanimado su salud y recompuesto sus energías como el mejor de los remedios. Su esposo Marco y su padre estaban demasiado abocados a asuntos que los distraían por completo de las cuestiones domésticas o familiares. Ella entendía que el solaz de ese momento tenía una causa todopoderosa: la voluntad de los Medici.

Cuando, sentada sobre la tarima en que descansaba de sus poses vio entrar a Giuliano, sintió como un sobresalto su abrumadora presencia. Él con ojos hambrientos se abalanzó sobre ella, que vestía una túnica dorada. No se detuvo ante sus ojos de ninfa indefensa y recorrió con su mano enorme desde su cuello hasta su pecho sin que ella atinara a decir nada. La entrada de Sandro rompió la secuencia de su poderío sobre la mujer que deseaba y que ahora vería corporizada en la diosa de los torneos que llevarían su nombre.

—Vete, Sandro —le ordenó, para su sorpresa.

—Quería mostrarte los adelantos en el estandarte de la reina de la belleza.

—Es el estandarte de Simonetta, que es más que la belleza —lo corrigió, mirándola a ella como una posesión, absorto en su cara donde estallaban los reflejos dorados de la tela de su túnica en la que se refractaba el sol.

—Por eso, necesito que lo veas —insistió Sandro que sabía perfectamente lo que Giuliano era capaz de hacer cuando sentía deseos por algo.

—¡Maldito! *Dannato!* Siempre te sales con la tuya. Mi madre suele decirlo de tus cuadros —agregó fraternal y dejando a Simonetta, que respiró aliviada, como una ninfa que ve al sátiro partir del remanso donde la ha descubierto.

La relación entre los hermanos Medici y Sandro era una relación de hermanos. Con Lorenzo, el pintor mantenía un vínculo profundo, poblado por charlas filosóficas y reflexiones sobre arte, los temas que hacían bullir de éxtasis el corazón de el Magnífico. Allí se refugiaba de las crueles cuestiones de Estado como si en él convivieran un ser etéreo y olímpico con un descarnado general y un sagaz estadista. “Eres el verdadero hombre neoplatónico, Lorenzo. Tu abuelo vería en ti su mejor obra de arte”, le decía Sandro. “Gracias, hermano. Me hace bien que lo recuerdes.”, respondía emocionado.

Con Giuliano, en cambio, la fraternidad posible llevaba las reglas de Giuliano. El bello príncipe era impetuoso, avasallante y poco reflexivo. Tenía un espíritu guerrero y competitivo, con una enorme intuición durante las campañas bélicas, que su hermano aprovechaba. Pero mantenía en las cuestiones de la vida la voracidad de los soldados que saquean sin miramientos. Y era un Medici, algo que en ese momento podía bien ser el sinónimo de un semidiós.

Su cara siempre alerta se iluminó al ver el estandarte. La diosa Palas Atenea hubiera palidecido al verse en el rostro de Simonetta. Deidad de la guerra, la sabiduría y la razón, estaba allí, en total esplendor. Vestida con una túnica del color del oro y del sol, llevaba un escudo y una lanza. Y esa luz dorada que la envolvía no encandilaba su mirada que se dirigía altiva al pequeño Cupido, que atado al tronco de un olivo con su arco y una flecha rota a sus pies, la observaba hechizado. Qué atrevida contradicción la que había esbozado Sandro. Cupido vencido. Como si los poderes de Venus no pudieran esta vez mitigar al poderoso Marte, aliado a la diosa de la guerra. El que estaba vencido era Giuliano. Él no había escapado de la flecha embrujada de Venus. Y al ver a su Simonetta vestida como la

victoria que anhelaba para sí, exclamó:

—Un día será mía. El idiota de Marco no puede ser su marido. Ya lo verás, Sandro. Y tú sabes que consigo todo lo que me propongo —agregó con tono de advertencia.

—Será un torneo sin par el que lleve tu nombre, hermano —cambió de tema Sandro.

—Y será un estandarte sin par el que lo represente, Sandro. Porque no hay otra igual a ella. Eso debe decir abajo: “Sans Par”. Escríbelo —le ordenó, dejándolo solo y volviendo a donde estaba Simonetta envuelta ahora por una sábana que él quitó sin mayores cuidados.

—No quiero otra más que tú. Lucharé por ti en estos juegos. Y haré todo para que seas mía.

Simonetta lo miró ocultando en la llamarada de sus pupilas amarillas el abismo que se abría en su interior ante semejante declaración. Pensó en Lorenzo. De alguna manera ella amaba a Lorenzo. Pensó en Sandro, a quien amaba de todas las maneras y con quien por momentos habitaban la misma alma. Pensó en Marco, resentido y despiadado. Con la presencia de Giuliano en ese sutil equilibrio de contradicciones en el que vivía, todo se convertía en un peligroso e inestable torbellino.

—Le encargué al gran Poliziano un poema para esta *Giostra*. Mi torneo, mi *Giostra,* debe ser recordado por todos los tiempos —exclamó volviéndose a Sandro, que secretamente anheló ese poema, que hablaría de ella, todo para él.

XLI



2023

Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

Al lado de la puerta de entrada, la pequeña valija dejada al pasar, denotaba la prisa del meticuloso profesor. Cruzando la penumbra, en la diminuta cocina, una pizza de la que no había probado bocado, yacía fría sobre la mesa bajo una luz amarilla. La copa de vino había sido lo único que había llevado a su sala de estudios donde se estrenaba un nuevo mobiliario. Eran cerca de las dos de la madrugada y el académico seguía explorando con una poderosa lupa la reproducción de un cuadro que se apoyaba en el caballete. Sobre el escritorio, un antiguo grabador donde el investigador solía dejar registros de voz era su aliado en las conclusiones más inmediatas de la inspección ocular, y su único testigo.

Como en una metodológica coreografía una y otra vez volvía a tomar distancia del cuadro para analizarlo en perspectiva después de indagar en algún detalle. En la última mirada panorámica había suspirado tan satisfecho como exhausto. Tenía ante sí una pieza cifrada de misterios.

Había conseguido la reproducción del cuadro gracias a un amigo con contactos en el Museo Condé del Castillo de Chantilly en Francia. Tenía ante sus ojos un retrato de perfil pintado por Piero di Cosimo en 1490 aproximadamente. Antes había sido atribuido a Antonio Pollaiolo y a Sandro Botticelli. No era difícil entender por qué. Se desplegaba para su escrutinio, el *Retrato de una mujer identificada como Simonetta Vespucio*. Eso se leía en el antiguo marco de la pintura en latín, además de otra palabra. Simonetta Ianuensis Vespucio. El término *Ianuensis* podía referirse al dios romano Jano, el dios de las

puertas, de los comienzos y finales. No importaba si esa era una inscripción tardía.

El profesor no podía evitar conectar la leyenda con el prólogo de los estremecedores sonetos que le había dedicado el propio Lorenzo de Medici a Simonetta luego de su temprana muerte. Siempre lo había inquietado que Lorenzo escribiera sus primeros sonetos de amor por Simonetta Vespucio y no por su mujer o por su histórica amante, Lucrezia Donatti. Esos sonetos, por sí solos, desafiaban la noción de un romance entre Simonetta y su hermano Giuliano. Lo mismo opinaba la historiadora Regazzoni y remarcaba, con tino, que parecía haber un acuerdo en ignorar esos sonetos y términos emocionales y que eso era lo más sospechoso. Pero ahora, esta coincidencia le parecía indicio de muchas más cosas.

El cuadro estaba repleto de simbología sobre el renacer. Y la mención de Jano en ese cuadro se conectaba con los sonetos de Lorenzo.

Buscó en sus carpetas y encontró lo que necesitaba. No quería que su memoria le indujera una voluntarista sugestión. En su momento había hecho una lectura superficial de esos versos. Debía chequear en esa impresión que había apartado si estaba en lo cierto. Abrió el folio, encendió una luz y leyó. Para su perplejidad, ya en el argumento de los poemas estaba todo lo que había pensado. "¡Dios mío!", se dijo y volvió a leer los tramos que le parecían cruciales esta vez en voz alta, para registro del grabador.

Escribe Lorenzo de Medici: "… los cuatro primeros sonetos los compuse yo para la muerte de una mujer, la cual no solo me arrancó estos sonetos, sino que universalmente sacó lágrimas de los ojos de todos los hombres y mujeres que de ella supieron alguna noticia. Y, sin embargo, a pesar de que parece una cosa muy absurda partir de la muerte, me parece un principio muy conveniente, por las razones que explicaré a continuación.

"Los buenos filósofos declaran que la corrupción de una cosa es la creación de otra, y siendo la forma y la especie inmortales, necesariamente debe moverse siempre sobre la materia; y de este movimiento perpetuo surge una generación continua de cosas nuevas. Es necesario confesar que el fin de una cosa es principio de otra; y, según Aristóteles, la privación es el principio de las cosas creadas. Y por esto se concluye en las cosas humanas que el fin y el principio son la misma cosa: no quiero decir el fin y el principio de la misma cosa, sino que lo que es el fin de una cosa es el comienzo inmediato de otra. Y si es así, muy convenientemente la muerte es el principio de estos sonetos. Y tanto más porque quien examine con más sutileza hallará el

principio de la vida amorosa que procede de la muerte, porque quien vive de amor muere primero a las demás cosas; y si el amor tiene en sí mismo esa perfección que ya hemos dicho, es imposible llegar a tal perfección si no se muere primero en cuanto a las cosas más imperfectas.

”El comienzo de la vida verdadera es la muerte de la vida falsa”.

El profesor Di Nunzio terminó de grabar con la voz temblorosa. Y agregó en el registro su impresión de lo leído: “Lorenzo ya invocaba a Jano, el dios de los principios y finales en este texto, al menos en forma implícita. Pero además estaba decretando el renacimiento de Simonetta de otras maneras, ante el fin de su vida, ante su insoportable muerte. Lorenzo la amaba y pergeñó, al menos poéticamente, su renacimiento. Buscó un argumento perfecto para que el fin de su vida física fuera el comienzo de la vida verdadera en el ideal del amor”, concluyó el antropólogo. Luego limpió una inesperada lágrima antes de releer una frase y volver a grabarla:

“El principio de la vida amorosa que procede de la muerte, porque quien vive de amor muere primero a las demás cosas; y si el amor tiene en sí mismo esa perfección que ya hemos dicho, es imposible llegar a tal perfección si no se muere primero en cuanto a las cosas más imperfectas.

”El comienzo de la vida verdadera es la muerte de la vida falsa”.

Le parecía un texto conmovedor. Lorenzo contenía el dolor con una mirada trascendente, por momentos filosófica y por momentos esotérica. Era imposible no pensar que su dolor lo llevara a ordenar que Simonetta fuera recreada desde el arte una y mil veces. Pero el cuadro que tenía ante sí, era especial por otras razones.

“Este cuadro está pintado poco antes de la muerte del propio Lorenzo y más de veinte años después de la muerte de Simonetta —siguió grabando—. Mi pregunta es si lleva encriptado un decreto. Si el sufrimiento por su pérdida derivó en una especia de pedido trascendente para que ella volviera a renacer”, concluyó, y dejó el grabador en la mesa.

No era un retrato más. No solo porque remitía a los camafeos, esos óvalos o medallas colgantes con la esfinge de una persona, pintados o tallados de perfil, en marfil o madera. Simonetta estaba personificada como Cleopatra o como Eva. De hecho, esas eran las acepciones hipotéticas oficiales del cuadro.

En algún momento el crítico Giorgio Vasari había mencionado un cuadro de Cleopatra, por Piero di Cosimo, aunque en esta pintura había una contradicción. Las serpientes que envolvían el torso desnudo de la joven no mordían su pecho como debería haber

ocurrido ante una representación de Cleopatra y el rostro no era compatible con el de la reina egipcia sino con el de la bella genovesa, desposada por Marco Vespucio y amada por tantos. De la misma manera, la forma de sus senos, el color de su pelo y su piel, se correspondían con los de Simonetta.

¿Y si la picadura de la serpiente eran las marcas en el cuello de Helena? El profesor acababa de ver algo muy extraño en la copia. Dos marcas, que bien podían ser del lienzo, o producto del paso del tiempo pero que aparecían en el punto exacto en que Helena tenía dos marcas. "No, no, no", se reprochó. "No puedo apurar conclusiones", se dijo, e hizo algo fuera de toda razonable recomendación. Siendo las 3 a.m., llamó por teléfono a la profesora Regazzoni.

—Profesor, si yo no fuera un ave nocturna y excéntrica, no le hubiera perdonado este llamado. Afortunadamente mi día acabó pasada la medianoche y solo ha cortado dos horas de mi sueño. Permítame ir a mis archivos y volver a usted en unos minutos —lo conminó, cortando la comunicación sin esperar su respuesta.

—Ciertamente excéntrica —dijo el profesor mirando el teléfono y volvió al cuadro.

Observó las nubes oscuras alrededor, un símbolo probable de su muerte temprana. También su tocado con perlas y piedras parecidas al rubí. "¿Cómo podía sobrevivir el culto a esta mujer más de dos décadas después?", se preguntó. "Solo por un gran amor", se respondió. Allí volvió a sonar el teléfono.

—Profesor, esta pintura pende aún del misterio. Se han hecho muchas consideraciones contradictorias entre sí. Que en esa época no se dibujaba retratos de mujeres con el torso desnudo. Usted me dirá que a Simonetta ya la habían pintado desnuda pocos años antes. Algunos relacionan esta pintura con Eva por ejemplo, famosamente relacionada con otra serpiente. Hay tantas interpretaciones que uno podría elegir la que mejor le convenga. Fíjese que lo que le llamó la atención fue la palabra *ianuensis*, que usted bien relacionó con el dios Jano pero también puede referirse a que Simonetta era genovesa, *januensis*. Y al mismo tiempo puede significar las dos cosas. La propia serpiente puede ser la que significa la reencarnación o la que, como no se muerde la cola, solo significa la muerte, o por qué no, la que alude a la sabiduría. Ahora bien, hemos hablado de Cleopatra, de Eva, y no hemos hablado de otra figura mitológica que puede estar ligada a estos símbolos y que es Proserpina quien vuelve del inframundo la mitad de cada año, y entonces las cosechas crecen, los árboles dan frutos y las plantas flores. Es más, para los paganos, Proserpina es la esperanza de resurrección...

—Espere, profesora… ¿Dijo resurrección?

—Lo dije, pero entiéndame, Stefano, todo puede ser y no ser. Y aquí es donde radica algo vital. Las alegorías son tan encriptadas, que no tengo dudas de que este cuadro fue pintado con mensajes secretos. Que quizás no tienen una única lectura, pero que usted puede leer a la luz de sus propias preguntas. ¿Me dijo que Helena tiene dos marcas en el mismo lugar donde el lienzo muestra dos rasguños o cicatrices? Y que de hecho tiene dos marcas como si la hubiera mordido algo…

—Son dos lunares con relieve, como cicatrices…

—Profesor, lo que usted busca nunca tendrá prueba científica, pero solo un tonto no conectaría las marcas del lienzo, los lunares y la serpiente. Mi consejo es que arme una lista con los indicios que encuentra en esta pintura y establezca una hipótesis.

—Lo he hecho…

—¡Ah! —exclamó y prosiguió riendo—. ¡Muy bien! *Molto bene!* Estamos pensando parecido, entonces… ¿Y cuál es su conclusión?

—Giovanna, la familia Vespucio se quedó con este cuadro. Eso valida quizás la identidad de la mujer del retrato. Pero, además, puede encerrar la explicación del regreso de Simonetta, que es nuestra hipótesis, la hipótesis de las regresiones que lleva adelante Helena. Lo digo de otra manera: hay un cuadro pintado en tiempo de los Medici que sugiere un renacer de Simonetta con símbolos trascendentes. Y nosotros estamos investigando si Simonetta regresó en Helena. Y Helena intentando volver atrás en el tiempo. ¿Es este cuadro el eslabón que anticipó todo? No lo sé, pero existe. Y debo decírselo a Helena.

—Por si lo relaciona con la marca o con algo más. ¡Oh, profesor! Usted ha dado con algo realmente interesante. La vivencia de Helena nos resignifica este cuadro.

—Las veo como conjunciones de energía, Giovanna. ¿Para qué volvió o por qué volvió Simonetta si es que ante eso estamos? Por lo pronto, nos confirmó la relación con Lorenzo, denunció la opresión marital, reveló el amor con Sandro, y ahora la marca del renacer por ese cuadro.

El silencio de la profesora del otro lado de la línea fue suficiente para que el profesor Di Nunzio se supiera comprendido.

—Profesor, gracias por despertarme —le contestó como sutil elogio de su hallazgo.

XLII



2023
Iglesia de Ognissanti, Florencia

No podía detenerse. Si Helena frenaba un solo segundo, daría marcha atrás. Si se detenía, pensaría en su promesa al profesor Di Nunzio de no investigar por su cuenta. Pero si ya había llegado a la Iglesia de Ognissanti, era cuestión de pasos. Estaba demasiado cerca, y necesitaba hacer lo que iba a hacer.

No había tiempo para dejarse llevar por el vértigo que inspiraban los frescos del techo pintados con técnicas para generar ilusión de realidad. Tampoco había tiempo para la abundante decoración o los sucesivos altares. Ni para dejarse encandilar por los filetes dorados o los rostros que parecían llamarla desde los severos cuadros.

Al entrar le había hecho la pregunta precisa a un joven sacerdote que era casi la única persona a esa hora de la mañana. Bien guiada, cruzó apresuradamente la nave, y sus cuatro altares de cada lado, antes de llegar al transepto, donde se abría otra nave transversal que replicaba la traza de la cruz como en todas las iglesias. Y allí donde el altar principal se levantaba bajo otro fresco con trampaojos que hacían adivinar un domo con balcones y ángeles donde no los había, allí se detuvo. Primero miró la cruz, que se levantaba delante de otro mural que sumaba profundidad y perspectiva con el fondo de un cielo gris y un templo silente con imponentes columnas. Luego enfiló hacia la derecha.

En uno de esos brazos, en los que se ensanchaba la *chiesa*, y donde la decoración se volvía un poco más austera, tenía que buscar, mirando el suelo, el gran mosaico con siete avispas en el centro. Era la lápida de la familia Vespucio. Y exactamente donde debía estar, tras

una pequeña valla de columnas, la vio. Era una gran baldosa de mármol blanco gastado por el tiempo, con un escudo de un rojo oxidado cruzado por una banda azul donde se dibujaba el vuelo de siete *vespas* blancas. *Vespa*, como avispa, como Vespucio. Delante vio un diminuto atril que lo confirmó todo. De toda la familia Vespucio solo se mencionaba un nombre: Simonetta. Simonetta era una de las avispas de ese escudo. Allí estaba enterrada.

Helena, impactada, se llevó la mano a la boca y luego inmediatamente al pecho donde su corazón se aceleraba. Había llegado allí, a ese lugar último, como una amiga que busca ser escuchada por la única persona que puede entenderla. No llegaba a dejar una plegaria por un muerto. Llegaba por la comprensión de una vida, con la intimidad de haberse encontrado las dos en un raro andarivel de la existencia donde pasado y presente habían confluido. Llegaba con la duda y con la confusión sobre su propia identidad, intentando desdibujar límites, romper tabúes, descifrar verdades. Esas que no quería pensar sola. Si solo pudiera preguntarle a Simonetta cómo seguir. Ella que no había vuelto a verla en la inmortalidad que le había dado el pincel de Sandro, volvía a encontrarla allí, en la finitud.

Como si visitara a un ser querido que ha partido, Helena se apoyó en una rodilla y puso su palma abierta sobre el piso. Como si auscultara el mármol. Cerró los ojos y sintió una repentina paz. Había algo importante en ese lugar. Informaba que Simonetta había sido real. Allí descansaba una joven de apenas veintitrés años. Helena tenía todo el futuro que a Simonetta le había sido arrancado. No podía dejarla sola. Ese pensamiento apareció nítido en su mente y la hizo poner de pie para partir.

Lo que Helena no esperaba era lo que iba a dejarla en shock al salir hacia la derecha y caminar unos pasos más. Reconoció al joven del retrato apoyado en un pequeño caballete. Vio las flores frescas dejadas en ramitos, cartas especialmente dedicadas y cuidadas rosas en un jarrón con agua nueva. Primero se negó a siquiera pensarlo. Pero luego se acercó a comprobar lo innombrable. Se volvió a mirar la tumba de Simonetta. A solo pasos. Y entrevió esa otra lápida circular:

Sepulcrum.Mariani.Filipepi.Filiorum.1510

El sepulcro de Sandro Botticelli, cuyo verdadero nombre era Mariano Filipepi, hijo del homónimo y fallecido en 1510, estaba ahí. Más allá de la vida, descansaba cerca de su amada Simonetta.

Helena no resistió y cayó de rodillas, sin poder contener las

lágrimas, con una congoja indescriptible, como si llorara también por ella o entendiera de pronto el inmenso amor que significaba esa cercanía, y que ella intuía en el fondo de su corazón. Con mano temblorosa, se animó a tomar una de las cartas, y leyó: "*Caro Sandro, che l'amore della tua amata Simonetta sia con te per tutta l'eternità*".

La dedicatoria se sintió como fuego en sus manos, y dejó caer la carta con la aprehensión del asombro, mientras continuaba llorando desconsoladamente.

Era la hora en que los turistas comenzaban a recorrer la iglesia y a solo metros de ella, un joven observaba atónito la escena. Era la musa de Botticelli, arrodillada en su tumba y llorando por él. ¿Sería un fantasma? Claro que no. Si veía las pesadas lágrimas manchar el antiguo mármol. Si sus rizos destellaban oro tras los rasantes rayos de luz que cruzaban la penumbrosa *chiesa*. El muchacho, que como tantos peregrinaba con devoción por Sandro Botticelli, hasta su tumba, no dudó en grabar la escena y subirla a sus redes sociales:

@Botticellifan No puedo decir palabra. Apenas sostengo mi cámara. La musa de Botticelli llora en su tumba. Su belleza en una mujer real conmociona aún más.
#SandroESimonetta

XLIII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

*H*elena se sentó a regañadientes en la mesa de la cocina frente a un vaso de agua. Estaba indignada. Su cara aún brillaba de sudor luego de haber corrido desde la iglesia hasta el estudio del profesor Di Nunzio. Pero en sus ojos había furia. Los golpes en la puerta y el dedo clavado en el timbre asustaron al académico que primero pensó en una emergencia y luego comenzó a comprender lo que pasaba ante la batería de recriminaciones de la joven.

Ella le reclamaba por los datos —a su juicio, vitales— que él no debía haberle ocultado. Él veía más que enojo, conmoción, emoción a flor de piel. Y quería llegar al fondo de esos hallazgos que habían derivado en un momento de tanta exaltación. Helena nunca se había mostrado así. Era más bien una joven racional, prudente y metódica que había soportado las contradicciones y la incertidumbre del proceso de regresiones que había aceptado emprender. Este pico emocional resultaba más que interesante para el antropólogo. Sin analizar nada de eso, ella permanecía allí, mascullando, mirando fijo a la mesa, apretando el vaso con fuerza, con sus manos entrelazadas, como si fuera a romperlo, y sin beber el agua. Repitiendo como una letanía desordenada las dudas que había traído de la Iglesia de Ognissanti. Se sentía engañada. Esa era la verdad.

—¿Por qué no me dijo antes que Simonetta y Sandro estaban enterrados en el mismo lugar? ¿Cómo no voy a saber eso, por Dios?

”Cómo no voy a saber que hay millones de personas que dan por sentado su amor. Yo acepté no investigar por mi cuenta, pero son cosas demasiado importantes —elevó la voz—. ¡Hubiera sido mucho

más fácil para mí saber de estas cuestiones básicas que andar a tientas! Con miedos, midiendo cada pequeña reacción, intentando definir sentimientos por personas y caras que aparecen como sombras, como recuerdos extraños que a veces me pertenecen y a veces no —siguió ante la mirada calma del profesor y escaló aún más poniéndose de pie, para afirmar, terminante—. Me hubiera simplificado mucho todo, me hubiera reducido el tiempo y la angustia de este proceso en el que todo lo que tengo claro es que ¡Sandro es la única persona que realmente me amó! —gritó, sin darse cuenta inmediatamente de lo que acababa de decir.

“Sandro es la única persona que realmente me amó”. Al profesor se le cayeron los lentes. Y la miró boquiabierto. Ella recapituló y se desconcertó. Se dio cuenta de lo que había dicho, como si ella fuera Simonetta. Nunca había pasado algo así fuera de las regresiones. Era como si se hubieran unido las líneas de tiempo que enlazaban a las dos mujeres. El lapsus, si eso era, había sido una información ancestral atravesando la conciencia.

—Helena, deberíamos tener una sesión ahora. Siento que hay un canal de información que se abrió con tu visita a la *chiesa* de Ognissanti. Discúlpame por no darte esa información. Para mí también es un camino a tientas y solo apliqué mi limitada metodología.

Helena lo miró. Tenía bonhomía y sinceridad en los ojos. Lo que decía era razonable. Y ella, ella estaba de acuerdo con él. Aún no podía explicar su frase, en primera persona. “Sandro es la única persona que realmente me amó”.

—Todos me amaban. Pero solo él me amaba. Ese día en que el estandarte decía “La Sin Par”, caían sobre mí pétalos de rosa. Pero solo yo en mi corazón sabía los dolores que me lastimaban. Mi suegro me usaba como una mercancía. Mi esposo me odiaba. A veces me amaba, pero se odiaba por amarme. Por sentir que no estaba a la altura de toda esa gloria que me envolvía. Giuliano me miraba como miran los leones a sus presas. Y Lorenzo, Lorenzo me cuidaba como a una de sus obras de arte. Él me amaba pero no podía amarme. Su amor era el de un emperador. Que debe amarse primero a sí mismo. Porque él es el imperio. El único, el único que no me trató como si fuera de mármol o de bronce, fue él. El que me hizo sentir real fue Sandro. El que aparecía al lado de mi ventana para ver si no estaba enferma. El que les preguntaba a las criadas por mi fiebre. El que me entendió hasta hacerme inmortal con su pincel. El que no pude despedir. El que lloraba por mis lágrimas. Jamás, jamás podíamos haber estado juntos más tiempo que el que supimos robar. Pero me fui de la vida con su amor vivo. Si alguien es esta Simonetta, esta joven

que llegó de las olas, es la que mi Sandro dibujó en lienzos en los que siempre habrá Primavera. Él me amó para siempre. Él me amó después de la vida. Mi alma rota puede revivir porque él me sostuvo.

Las palabras de Simonetta, recuperadas por Helena, habían abierto un portal de paz. Para Simonetta, para Helena y para el profesor. Vio dormir a la joven luego de la regresión y no osó despertarla. Poco después, él también se había dormido. Ese descanso era la señal de una tarea cumplida, la señal del hallazgo.

XLIV



1475, 28 de enero
Piazza di Santa Croce, Florencia

Poliziano, el nuevo poeta favorito de los Medici, había llegado a la ciudad el mismo año que Simonetta, en 1469. Ambos iban a alcanzar su máxima estrella en la celebración sin par que reunía a toda Florencia. "La Sin Par", decía el estandarte victorioso, con el rostro de Simonetta, pintado por Botticelli y que esperaba para ser levantado por el triunfador de los torneos o *giostra* en honor de Giuliano de Medici.

Los juegos estaban a punto de comenzar en la colmada Piazza di Santa Croce con su imponente Basílica de fondo. Pero Sandro no era el único que había encontrado inspiración para su arte en la bella esposa de Marco Vespucio. El poema *Stanza per la Giostra* iba a convertirse en una de las obras más celebradas de la literatura italiana. Angelo Ambrogini, que era el verdadero nombre del talentoso Poliziano, había interrumpido su ambiciosa traducción de *La Ilíada* al latín, para comenzar a escribir esta pieza poética vernácula en la que narraba el amor de Giuliano por Simonetta como alegoría de la glorificación de la belleza. "¿Qué criatura no obedece mi ley?", se preguntaba Cupido en ese texto que, entre transfiguraciones mitológicas, no escapaba del todo a la verdad. Giuliano deseaba a Simonetta con desesperación.

—"La flecha de Cupido no ha comenzado a silbar a través del aire cuando ya la he sentido en mi corazón" —le susurró Giuliano a Simonetta apareciéndose por detrás antes de montar en su caballo.

—¿Qué dice? —respondió ella sorprendida, fingiendo no entender, mientras caminaba con su esposo Mario hacia el palco principal.

—Le he dicho solo una línea de las que el maestro Poliziano le ha

dedicado a su belleza —le anticipó Giuliano, seductor.

Lejos de cualquier halago, Simonetta tomó la novedad con espanto. Un espanto que intentó disimular mientras la mano de su marido empujaba su espalda obligándola a apurar el paso. Le clavaba la punta de los dedos denotando disgusto por el asedio del joven Medici. Como si la culpable fuera ella. Como si su padre Piero no hubiera autorizado y alentado la nominación de su nuera como Reina de la Belleza. Ni esas razones apaciguarían el reclamo de Marco luego de los susurros de Giuliano, que —estaba segura— él tomaría como una ofensa personal. Como si todo fuera poco, le preocupaba la letra de ese poema de Poliziano. ¿Y si la nombraba? ¿Y si mencionaba escenas inventadas que pudieran despertar la furia de su marido? Nadie leería ese poema como una invención. Con el tiempo, lo leerían como evidencia si ella era el objeto de amor del codiciado Giuliano de Medici. ¿Cómo pelear contra una evidencia convertida en *ottava rima* en un poema memorable escrito por el preceptor de la Casa Medici y secretario privado de Lorenzo?

Camino al palco principal, y bajo una lluvia de flores que caía a su paso, disimuló su honda inquietud. Había algo de sí misma que ya no le pertenecía. Pero no podía explicarlo. Para todos, era "la Reina de la Belleza", *"La Sans Par"* del estandarte, y le daban la bienvenida. Simonetta sonreía sin esfuerzo y con natural dulzura, robando suspiros de los hombres y ganando el cariño de las mujeres. La llamaban *"la bella di Firenze"*. ¿Quién podría pensar que la belleza en persona no estaba exenta de sufrimiento?

Entregada sin vanidad, casi como una ofrenda de sí misma, a ese destino tan glorioso como solitario, avanzaba disociada entre el poder de esa ovación pública y el pesar íntimo de una mujer que se sentía en peligro. Un peligro que iba más allá de lo que podía imaginar.

Simonetta no tenía idea de las conspiraciones que la rodeaban: que los Vespucio habían cambiado de bando y que complotaban contra los Medici. Mucho menos que ella era ahora también un instrumento de sus enemigos. Su dote había servido para acercar a los Medici a las explotaciones de las minas de hierro de Elba. Ahora ella serviría para que Marco Vespucio, su esposo, pudiera obtener información. Y la oportunidad no iba a tardar.

Apenas habían pisado las gradas decoradas con cortinados purpuras de terciopelo bordados con perlas, vieron la señal de Lorenzo de Medici para reunirse a su lado. Simonetta observó que Clarisa, su esposa, tampoco estaba particularmente cómoda. Ambas eran extranjeras en Florencia. Decidió buscar su compañía para eludir la perturbadora cercanía de Lorenzo. Marco, que llevaba precisas

instrucciones de su padre, planeaba lo contrario. Mostrando falso beneplácito, se acomodó junto al Magnífico mientras Simonetta, ya sin chance de elección, era recibida por Lucrezia de Medici con un cálido abrazo. Por suerte el entretenimiento estaba por comenzar.

La *giostra* evocaba peleas medievales reales y deleitaba a los asistentes que revivían viejas glorias de caballería y los ensueños del amor cortés por el que se batían los caballeros. Y así fue como, de pronto, el murmullo de la expectante multitud se convirtió en un mismo instante en un profundo silencio y en una colectiva exclamación de asombro. El desfile de presentación de los participantes era deslumbrante. Solo en espléndidos trajes, confeccionados para la ocasión sumaban un costo de más de ocho mil florines. Las destrezas arrancaban gritos de aliento y risas de emoción. Los choques de las lanzas con los escudos o la colisión del acero de las espadas completaban la sinfonía de antiguas hazañas.

—Será más imponente que tu propia *giostra*, querido Lorenzo. ¿Estás preparado para algo así? —preguntó provocador su cuñado Rinaldo Orsini.

—Es la evolución de la familia, querido Rinaldo. ¿Estás tú preparado para ser el nuevo obispo de Florencia? —lo sorprendió Lorenzo levantando su copa por la valiosa designación que le acababa de revelar al hermano de su esposa.

Marco escuchó y registró el mensaje estratégico de Lorenzo a su cuñado. Había muerto el sobrino del Papa Sixto IV y los Medici ya eran buitres de ese asiento de Arzobispo. Pero no era lo más grave que iba a escuchar, ya que, después de todo, esa designación resultaba imposible sin le anuencia de la Curia. También había una traición en ciernes.

—Enviaré seis mil hombres a Città di Castello —le reveló Lorenzo a su cuñado.

—¿Qué? ¿Te enfrentarás al Papa, Lorenzo?

—No, lo tomaré por sorpresa.

—Pero ya has acordado el Arzobispado de Florencia. Lo verá como una traición.

—Él ha traicionado primero al robarse el Arzobispado de Pisa para dárselo a un conspirador.

Los hombres más poderosos de Florencia estaban en ese palco. Pero no la familia Pazzi. La información que acababa de escuchar Marco Vespucio significaba que Lorenzo se ponía al borde de la guerra con Roma. Desde la puja por Imola la tensión con el Papa no había dejado de crecer y había desgastado a los Medici que ahora miraban con preocupación el avance de Roma sobre sus fronteras más inmediatas.

El conflicto se concentraba esta vez en Città di Castello donde Su Santidad, había logrado destronar a un hombre de los Medici. Ese era un dominio que había ganado su abuelo Cósimo. Lorenzo no iba a ser quien lo perdiera. Città di Castello y Pisa. Era inaceptable.

Marco había dejado de prestar atención al torneo por escuchar lo que hablaban y de pronto notó que su esposa había desaparecido. Miró confundido y ansioso de un lado a otro entre la multitud de asistentes, pero fue un ensordecedor aplauso el que lo hizo ubicarla. Al paso del caballo triunfador de Giuliano de Medici, Simonetta caminaba por una tarima para ser coronada. Al llegar a la cabecera donde esperaba el victorioso jinete que había sido el propio Giuliano, fue ella quien posó sobre su cabeza el casco victorioso que había diseñado el propio Andrea Verrocchio y una corona de laureles, para recibir un beso en sus manos y también en la mejilla cerca de la boca. La sensualidad de Giuliano enloquecía al público. Y enardecía a Marco. El esposo de Simonetta debía optar entre seguir escuchando a Lorenzo u observar a su esposa en cada paso que luego recriminaría. Mientras él dudaba, la vio subir al podio donde iban a coronarla como Reina de la Belleza. Vestía una túnica púrpura con un cinturón dorado ajustado sobre sus finas caderas y una capa blanca, en alusión a los colores de los Medici. Parecía la reencarnación de Palas Atenea con sus rizos infinitos convertidos en rayos de sol. Nunca se había escuchado un rugido de devoción como el que esa muchacha etérea despertaba en Florencia. Hasta Lorenzo había dejado sus negociaciones para mirarla. “Ella no es de este mundo”, pensó Lorenzo, el Magnífico, embelesado como cada florentino, excepto Marco.

Simonetta justificaba por sí misma y no solo por su promotor, Giuliano, el estandarte que se elevaba triunfal con su rostro. Sandro la había pintado y solo él sabía lo que ella realmente sentía en ese momento. Sandro la integraba, salvándola de su angustiante duplicidad.

XLV



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

—*N*o quiero parar. Sigamos, profesor.

—Pero estás exhausta, Helena. Ha sido un día muy intenso.

—Estos minutos de sueño me han recompuesto.

—Niña, ¡dormiste dos horas!

—Quiero seguir, profesor. Por favor —le rogó.

No solo para la joven modelo, sino también para el antropólogo, estaban navegando por aguas desconocidas. En sus experiencias con terapias de regresión, Stefano Di Nunzio jamás había llegado tan lejos, en intensidad y en propósito. Como si fuera poco, se abrían inesperadas pinceladas de la historia, revelándose como secretos impacientes por romper el silencio del tiempo.

Ya habían cruzado el umbral una vez más para llegar a la torre que Helena conocía muy bien, cuando la vio caer de nuevo en un sueño profundo. Pero no pasivo. Helena había comenzado a llorar.

Desconsoladamente. Y a toser. Tosía profusamente. "No podemos escapar. Nos matarían", respondía, con nerviosismo, como si hablara con alguien más. "Todo el mundo nos está mirando, Sandro. No me detengas más. Debo volver a ese palco", exclamó incorporándose en el diván, pero aún dormida mientras movía de un lado a otro la cabeza en señal de negación. "¿Cómo que tienes todo listo? ¿Qué tienes listo? Nos matarían. Tú lo sabes. Sandro, hay algo más que debes saber", agregó volviendo a recostarse y sin despertar.

"Mi marido cree que lo engaño con Giuliano de Medici. Las familias están al borde de una guerra. Acabo de escucharlo en el palco. Y esto lo empeoraría todo. Sandro... ¡Sandro! Sandro, *caro mío*,

no te vayas sin decirme que me entiendes. Por favor". "¡Sandro!", gritó y abrió los ojos para sollozar otra vez.

XLVI



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio
y calles de Florencia

*H*elena sentía que había vivido cientos de años ese mismo día. Le resultaba muy difícil aún poder metabolizar la duplicidad que había sentido entre ser ella y ser Simonetta. Pero no era eso lo que la sorprendía y la exaltaba. Lo que aceleraba su pulso y agitaba su respiración era la integración que por momentos había sentido con esa joven mujer que nació y vivió tan pocos años hacía más de cinco siglos.

En ese mismo día, entre la tumba y las dos regresiones casi continuas que había experimentado, por momentos había sido Simonetta. Y Simonetta había sido Helena. Habían alcanzado una íntima comprensión. Pero el ensamble había llegado a tal punto que lo vivido al volver atrás en el tiempo le había aparecido como un recuerdo. No había quedado solo en el registro grabado del académico que usualmente le permitía escucharse, porque había datos que bajo hipnosis se perdían como se pierden los sueños al despertar.

La noche comenzaba a caer en Florencia cuando se lanzó a las calles dejando perplejo al profesor Di Nunzio con su urgencia y su energía. Pero también, lleno de entusiasmo por los hallazgos que habían compartido.

—Ve a descansar, hija.

—Debo hacer algo antes.

—Sí, debes comer —le dijo paternal.

—Algo más... —replicó ella con picardía dándose vuelta y saludándolo con un abrazo.

—No vayas a ningún otro lugar histórico si es que puedo pedirte eso —le dijo antes de cerrar la puerta mientras la veía cruzar el vestíbulo.

—¡Prometo que no lo haré! —replicó ella sonriente, y levantando la mano con la palma abierta en señal de juramento.

Le daba paz verla así. Había cambiado la angustia inicial por el entusiasmo del descubrimiento. Se había borrado la transferencia del miedo irracional y había dado lugar a una aceptación emocional que se mezclaba con la satisfacción de hallar respuestas más allá del tenor de esas respuestas. El sí estaba cansado. Pero de igual modo, agregó las anotaciones de la doble sesión de una jornada extenuante. Le puso por título: “Proceso a Fase de Integración”. Y agregó:

“Comienza a liberarse la energía traumática. Posible hallazgo del suceso que debe resolverse. El mismo día que Helena siente el impulso de ir a la tumba de Simonetta y descubre que allí está enterrado Sandro, logra sin necesidad de una regresión, expresar su amor por él y hacer justicia en cuanto a la valoración de Simonetta sobre el amor de Sandro. La paciente afirma en primera persona, en forma consciente y en tiempo presente, ‘Sandro es la única persona que realmente me amó’. ¿Estamos ante el mensaje que Simonetta necesitaba expresar? ¿El viaje de Helena hacia este tiempo y de regreso fue para hacer justicia a este amor?”.

XLVII



2023
Estudio del fotógrafo Antonio Agresti, Florencia

Envuelta en una certeza que la urgía, Helena corrió decidida de una punta a la otra de la ciudad hasta llegar al estudio de Antonio. Agitada y aún con la inercia de la carrera, se detuvo de golpe, apoyó una mano sobre la pared mientras buscaba recuperar oxígeno y con la otra buscó presurosa el timbre.

No podía escapar a una obvia sensación de *déjà vu*. Hacía solo veinticuatro horas había estado allí por la misma razón. Pero esta vez no iba a huir. Ya no la turbaba ninguna confusión interior. Había pasado apenas un día, pero se sentía como quien vuelve de un largo viaje. La diferencia entre ambas ocasiones podía describirse con una palabra: claridad.

La lucidez que no había tenido el día anterior, la mantenía ahora firme en la puerta, esperando que él apareciera por la cámara del portero eléctrico, como la primera vez.

No podía dejar de conectar todo lo que había pasado en las últimas horas. Es que nada estaba desconectado. Más bien parecía una secuencia. ¿Y si el mero hecho de haber intentado reproducir una situación vivida por Sandro y Simonetta había sido eso mismo? ¿Si había sido el punto de conexión que había activado en ella la necesidad de ir a la tumba de la joven? Sin querer, y sin saber, había ido al lugar donde Sandro y Simonetta estaban juntos para siempre. Algo de lo que Helena no tenía ni idea. “Sandro y Simonetta sepultados en el mismo lugar...”, se repetía perpleja. Pero más que por el efecto de la revelación, porque eso le había aportado una secreta comprensión. De hecho, no sentía ni angustia ni temor. Lejos de la

idea de la muerte, la cercanía final de ambos, la habían acercado a la idea de la vida, de lo que había unido en vida y aún después, desde el arte, y más allá de lo comprensible, a esas dos personas: el amor.

—¿Estás bien? —lo escuchó preguntarle sorprendido de verla allí a esas horas de la noche.

—Estoy bien, Antonio. Subo y te cuento todo lo que pasó —contestó con inocultable ansiedad.

Al abrirle la puerta, él se quedó en silencio. Le generaba emoción verla. Había pensado mucho en ella. Tenía miedo de haber cometido un error. No sabía si saludarla o disculparse. Incluso dudaba sobre haberle ofrecido reproducir el cuadro de Botticelli. ¿Y si eso la había puesto en crisis? Ella resolvió todos los interrogantes de Antonio con un espontáneo abrazo. Un abrazo del que ninguno de los dos se soltó por casi un minuto.

—*"Sandro è l'unica persona che mi ha amato veramente"*: esa frase me salió —le reveló aún sorprendida sobre su conversación con el antropólogo.

—¿En forma consciente, dices? Como si tú fueras... —empezó a interpretar Antonio.

—... Simonetta. Sí. Como si yo fuera Simonetta. Y cuando me di cuenta, gracias al profesor, supe, supimos, que estábamos ante un hallazgo. Que era como una llave...

Luego de referirle todo el episodio le confió por qué había regresado a buscarlo sin aviso previo. Y allí sentados en la cálida sala de estar como la noche anterior le dijo con tono confiado:

—Hagámoslo.

—¿Hacer qué? —preguntó él, sin entender bien a qué se refería, aunque en un segundo más, lo dilucidó—. ¿Ahora? ¿Después del día que tuviste?

—Es que siento esta conexión. No quiero que se corte. Quiero usarla. Por favor... —le rogó posando sus manos en las rodillas de él.

—Toma un baño. Yo preparo todo —le contestó él, diligente, poniéndose de pie y tomando impulso para poner manos a la obra.

—Espera —le contestó ella tomándolo del brazo—. Gracias —le dijo mirándolo a los ojos, todavía sentada, y con una dulzura que él no había conocido en la mirada de una mujer.

—Eres...

Helena no lo dejó terminar. Se paró ella esta vez, y tomando su rostro con ambas manos, cerró los ojos y apoyó sus labios en la boca de él. Allí suspiró. Y lo besó con la levedad de un pétalo. Antonio no lo soportó y se fue. Ella entendió.

Pocos minutos después, la joven modelo vestía de nuevo el kimono

rosa con flores durazno, pero esta vez se entregaba emocionalmente a ese hombre que iba a ayudarla a buscar respuestas de sí misma. Él la sostuvo con delicadeza para que ella se quitara la bata. Ella no sintió pudor en esta ocasión. Además, tenía una certeza que no dejaba de afirmarse en su mente y en su corazón: el amor irresuelto entre Sandro y Simonetta era lo que había dejado un dolor vivo, en la carne viva del tiempo. ¿Acaso podían repararlo juntos?

Esta vez, Antonio sí pudo desplegar todos los recursos que había planeado y que eran superiores a lo que ella había osado imaginar. Había configurado una especie de escenario tridimensional, con telas en movimiento, un juego de luces, y proyecciones que generaban el efecto del viento y de las flores suspendidas en el aire del cuadro verdadero. También los sonidos del mar rompiendo sobre la costa y el soplido del viento que erizaba las olas.

—No pienses en Simonetta —le pidió—. Piensa en Venus como pudo haber pensado ella alguna vez ante Sandro. Él vio su pose. Eso no lo inventó. Estoy seguro. Conocía su figura. Solo que esperó años para atreverse a recrearla. ¡A revivirla a ella! ¿Te imaginas? Si la amaba debió dolerle insoportablemente volver a pintarla sin que ella estuviera ya en este mundo.

Helena lo escuchó. Él supo que ella entraba en esa frecuencia que le proponía. Estaba cubierta por una mínima enagua cuando avanzó de nuevo hacia donde debía pararse. Él estaba chequeando la luz y la distancia en el momento en que ella se despojó con naturalidad de esa última prenda y simplemente se posó como le salía, espontáneamente, a la espera de que Antonio tuviera todo listo.

Cuando el fotógrafo levantó la cabeza, y la vio ante sí, se quedó inmóvil. Un silencio solo poblado por los ecos del mar, ocupó el espacio. Helena había adquirido un brillo impensado aún por su ojo de fotógrafo. No sabía si ella lograría creerse Venus, pero sí sabía que para él, definitivamente lo era. Pudo sintetizar algo más al mirarla: Helena no tenía edad. Tenía la juventud perenne de los ideales. Él no lo había imaginado. Nunca. Nunca, al proponerle una experiencia de réplica, había pensando en lo que le pasaría al verla. Y no lo podía creer. De pronto, también se sentía parte del enigma.

Helena era el cuadro vivo de Botticelli. Helena era Simonetta. Ella no podía saberlo, pero estaba haciendo naturalmente, sin posar, la pose de la musa. La tensión en sus piernas al hacer equilibrio sobre la cóncava concha marina de utilería, generaba la misma posición capturada para siempre en la pintura. No dudó en pensar que Sandro Botticelli aunque la hubiera pintado años después, había tenido a esa mujer de modelo delante suyo. Se lo decían la tensión de los

músculos, la forma en que el cabello caía, el eje posicional y los sutiles reflejos del pudor. Lo comprobó cuando la vio, cubriendo su pubis con su pelo interminable.

Antonio estaba emocionado. Pero intentaba ocultarlo. Durante casi dos horas ambos trabajaron concentrados en lo que cada uno debía hacer. Helena se sintió atravesada por sus dos identidades. Como si las reunificara. Pero cedió a Venus para poder entremezclarse con las dos mujeres que de alguna manera habitaba.

Su cabeza levemente ladeada hacia la izquierda, la misma dirección hacia la que los dioses del viento y la brisa, elevaban sus rizos. Su brazo derecho cubriendo apenas sus senos y su tobillo izquierdo estilizado hacia el costado, cayendo como todo apoyo en su pie derecho, soltándose a la flotación de un mar que la hacia emerger como su hija dilecta. Así se posó, sin esfuerzo, a pesar de la compleja composición corporal. Y él la siguió con su ojo, en cada mínimo estremecimiento de emoción, en cada atisbo de natural belleza, en cada hallazgo devenido de la búsqueda de esa divina posición: la corporización de la diosa del amor.

Cuando él sintió que ya tenía el material, se quedó simplemente de pie. Apoyó el peso en su pierna derecha, descansó la cámara de mano y se alejó del trípode para cerrar por un momento los ojos y apretarlos levemente con sus dedos, como conteniendo todo lo que habían mirado. Todo lo que habían sentido. Y en ese desahogo luego de la tarea realizada, repentinamente cayó de cuclillas, puso la máquina en el piso, y sostuvo su cabeza con el brazo apoyado en la rodilla.

Ella lo vio y desarmó la pose. Él adivinó por su sombra que se acercaba y tímidamente la miró sin mirarla en sublime desnudez.

—Eres hermosa. Eres ella —le dijo sensibilizado por la imagen que había capturado.

XLVIII



1475
Palacio Medici, Florencia

Todos esperaban a Simonetta en la fiesta posterior a la *Giostra* de Giuliano. Era el gran acontecimiento social pasados los juegos. Pero la llegada de su esposo Marco, sin ella, pobló el señorial patio de rumores y especulaciones desde el mismo momento en que el joven Vespucio, con gesto adusto y notoria incomodidad, puso un pie entre los invitados. En la entrada, el estandarte con el rostro venerado de su esposa, junto al casco triunfal de Giuliano daban la bienvenida a los presentes. Cómo podía ser posible que él hubiera acudido sin la Reina de la Belleza del torneo.

Al verlo entrar, Giuliano cambió el ánimo festivo por un ceño fruncido.

—¿No has venido con tu esposa, querido Marco?

—Simonetta ha estado enferma —contestó parco el joven Vespucio.

—¿Enferma? ¿De qué? Si estaba rebosante de vida en los juegos —preguntó Giuliano con desconfianza.

—Aquel día tampoco se sentía muy bien pero...

—Por lo que más quieras —prosiguió Giuliano acercando su cara a pocos centímetros de la de Marco y apretando uno de sus hombros hasta provocarle dolor— no se te ocurra impedirle venir a esta casa...

Marco no pudo ocultar el miedo que le provocaba la furia en los ojos de Giuliano de Medici que lo soltó violentamente dejándolo con muecas de malestar, tomándose el brazo y una visible transpiración en la cara. Pero esta vez no había sido una treta suya la que había retenido a Simonetta en su casa. A la joven no le bajaba la fiebre desde la noche que había seguido a la *Giostra*. Se había debilitado

tanto que llevaba dos días en la cama sin poder respirar bien. Los médicos le habían advertido sobre una incipiente tuberculosis que se agravaba más de la cuenta.

—¿Tuberculosis? —exclamó incrédulo Giuliano, al tiempo que su hermano Lorenzo se sumaba a la discusión.

Lorenzo se había percatado desde lejos de la tensa conversación entre su hermano y Marco Vespucio. No le hacía falta saber qué, o mejor dicho quién, propiciaba sin quererlo la rivalidad entre esos hombres. Simonetta se había convertido en una obsesión para su hermano. Soltero, había llegado a pedirle, a sabiendas de que Lorenzo tenía caros sentimientos por la joven, y de que políticamente era imposible, que lo ayudara a negociar un divorcio tomando en cuenta que no había tenido hijos con Marco.

Lorenzo, siempre calculador, pensaba aplacar esa obcecada pasión arreglando un matrimonio para su hermano con la sobrina de Simonetta, Semiramide Appiani, hija de Jacopo III Appiani, Señor de Piombino, que había provisto la dote para el matrimonio de la joven con Marco Vespucio. Pero hasta que Giuliano pudiera asimilar esa información, Lorenzo debía contener sus impulsos y desmesuras.

En esa misma fiesta, de hecho, Poliziano leería nuevos fragmentos de su poema en el que Giuliano conquistaba el amor de su ninfa Simonetta. Era fácil entender que Marco quisiera evitarse una humillación pública. Pero que hubiera asistido él solo, ostentando la ausencia de su reclamada mujer, no era prudente en absoluto, y resultaba definitivamente provocador.

—Pero si Simonetta está enferma, ¿qué haces tú aquí, Marco? —preguntó con simpleza Lorenzo.

Marco no podía responder que lo movía la mano de su padre, que lo usaba como un informante para el juego a dos puntas que ahora incluía una alianza conspirativa con los Pazzi.

—Vine a avisarles que ella no podría venir —respondió Marco acorralado, pero logrando salir del paso.

Incrédulo, Giuliano volvió a montar en cólera, pero Lorenzo, anticipando su reacción, le impidió esta vez irse encima de Vespucio que los miraba pálido a ambos, y temía no poder salir con vida del palacio. De hecho, no dejó de contener la respiración hasta que vio cómo el Magnífico se llevaba del brazo a su hermano menor, intentando calmarlo.

La corte estaba plagada de relaciones prohibidas pero un código no escrito mandaba que debían llevarse adelante con discreción. Si incluían la exhibición del engaño podían tornarse conflictos sangrientos, dar pie al peor de los rencores y ser una inmediata

palanca de la traición.

Un joven impetuoso, bello y sobre todo poderoso como Giuliano siempre estaba a un paso de abusar de su poder. Lorenzo no podía permitir que su familia fuera vista de esa manera. Como si se sirviera incluso de las alcobas de sus aliados en nombre de su poderío. Había que preservar las alianzas hasta de los deseos más íntimos. Él mismo cuidaba con celo las formas en su vínculo de larga data con Lucrezia Donatti cuyo marido era ni más ni menos que un aliado.

Pero Lorenzo también entendía secretamente a su hermano en el fuego que lo consumía. Era un fuego que no desconocía. Él siempre había amado a Simonetta. En ese mismo patio la había contemplado tantas veces. Y cada vez había sentido lo mismo que al verla en el torneo, coronando a Giuliano: que Simonetta no era de este mundo.

—Yo tampoco le creo que ella esté enferma, Giuliano. ¿Pero no crees que él sospecha de tus intenciones? Ya debe estar adivinando que la quieres para ti.

—¡Sabes que la quiero para mí! —le reclamó.

—Ahora lo importante es saber qué pasa realmente con ella. Todo a su tiempo —lo calmó Lorenzo mientras de reojo miraba a Marcos escabullirse entre las columnas del pórtico de salida.

XLIX



1475
Casa de la familia Vespucio,
distrito de Ognissanti, Florencia

Los hermanos Medici no habían sido los únicos en sospechar por la ausencia de Simonetta. El día del torneo, al recibirla en el palco, a Lucrezia de Medici le había extrañado sobremanera el temblor de sus manos, que además estaban heladas. Le había preguntado cómo estaba y la joven le había respondido que se sentía nerviosa por la responsabilidad de ser Reina de la Belleza. “Pero eso es algo para disfrutar, hija mía. El pueblo te venera”, recordaba haberle dicho. Su ausencia en la fiesta que también era en su honor le había parecido por demás extraña. Los celos de Marco no eran una razón suficiente para que una familia como la de Piero Vespucio hiciera semejante desplante.

Con doña Lucrezia de Medici en el vestíbulo, la casa de los Vespucio se había convertido en un revuelo. La sorpresiva presencia de la Reina Madre de Florencia era algo con lo que definitivamente no habían contado. Una cosa era usar los encantos de la chica para obtener información de los hermanos Medici, pero otra bien distinta era que ella misma se interesara por la joven. Piero no entendía cómo se había podido forjar esa relación y por eso temía que fuera otra estratagema de Lorenzo. “Ese maldito y astuto demonio”, *“Quel dannato demone astuto”*, maldecía. Temía que alguna torpeza de su hijo lo hubiera dejado en evidencia en un momento tan crítico de sus propios planes junto a los Pazzi. Tenía que hacer todo lo posible para no dejar resquicio de duda frente a la *signora* Lucrezia.

—¡Marco, dónde está Marco! —preguntaba a los gritos saliendo del

cuarto vacío de su hijo donde la cama totalmente armada denotaba que ni siquiera había pasado allí la noche.

Apremiado por la circunstancia, sin mucho tiempo para actuar, dio orden a uno de sus hombres para interceptar a Marco cuando llegara de manera que, si estaba en estado poco presentable se escondiera, y si no, apareciera preocupado en el cuarto donde indefectiblemente haría pasar a Lucrezia de Medici, porque ella así lo había exigido.

—Quiero ver a Simonetta, si a usted no le parece mal, Piero.

La mujer, acompañada por tres damas de compañía y una fuerte custodia, vestía de circunspecto negro con una cofia azul oscura con visos blancos y puños ínfimos de gaza que apenas asomaban. Un velo blanco cubría su cara.

—Tuberculosis, han dicho los médicos, *signora* —explicaba entre murmullos una de las sirvientas que hacía las veces de enfermera.

—¿Pero dice que ya estaba enferma durante el torneo?

—Sí, *signora*. No debió haber ido pero la *signorina* no quería decepcionar a todos los que esperaban por ella. Sabía que era muy importante para su familia, *signora*, y también para la suya.

—Dios mío —se angustió Lucrezia y apuró el paso.

Al abrirse la puerta, en esa cama inmensa, rodeada por un mar de sábanas blancas, pequeña y refulgente, no vio a la Reina de la Belleza que había robado suspiros en toda Florencia, vio a una virgen niña. Un gemido ahogado de la *signora* Medici, rompió el silencio de aquel cuarto sombrío. Impactada, Lucrezia no pudo contener las lágrimas ante lo que veía. El repentino ajetreo hizo que la joven abriera levemente los ojos y ni bien reconoció a la dama le devolvió una sonrisa débil. Su enfermedad, fuera lo que fuera, no apagaba su habitual ternura.

—No se acerque, *signora* —le susurró una de sus damas de compañía.

Lucrezia de Medici caminó unos pasos más y la propia Simonetta con sus pocas fuerzas elevó la mano pidiéndole que se detuviera. A las palabras que intentó decir se las llevó una tos esforzada que dibujó dolor en su rostro.

La madre de Lorenzo y Giuliano secó su llanto con un pañuelo y se arrodilló a rezar al pie de la cama, donde sus oraciones acunaron de nuevo el sueño de Simonetta. “Las flores no se marchitan en la cúspide de su belleza”, pensó.

La bondad de esa joven siempre la había conmovido, pero más aún la soledad en la que la había encontrado. Lucrezia sabía de la soledad del poder. Esa niña tenía un poder que no llegaba a dimensionar, pero incapaz de usarlo, era más bien su víctima. Simonetta podría haber

tenido al mismísimo Lorenzo en sus manos, pero no había maldad en ella. Solo luz. Esa niña estaba muy enferma, profundamente infeliz y totalmente desolada. Su tos y su dificultad para respirar no eran un buen presagio.

Media hora después, la mujer más poderosa de Florencia se retiraba casi sin decir palabra e invadida por una enorme desazón. Por todo saludo, antes de marcharse, le pidió algo a Piero Vespucio.

—Manténgame informada de su evolución. Y por favor cuídela —le ordenó.

Sin salir de la sorpresa, el padre de Marco Vespucio se encerró en su estudio aún preso de la conmoción por la presencia de Lucrezia de Medici y tratando de darle una interpretación política a algo que no comprendía del todo. ¿Estaría Simonetta en los planes de los Medici? ¿Tenía razón su hijo en sus delirantes hipótesis sobre Giuliano queriendo propiciar su ruptura matrimonial? Eso sí que sería una negociación que podría valer una fortuna. Pero su mente sin límites sabía que el problema principal era otro. No podía contar con Simonetta en el estado en que se encontraba. Debería esperar que mejorara para saber más del trasfondo de su vínculo con los Medici.

Por detrás de la casa, en la entrada de los sirvientes, Marco ingresaba como un intruso, aún tomado por la resaca de una noche de jolgorio y totalmente indiferente a la enfermedad de su esposa.

L



2023
Estudio del fotógrafo Antonio Agresti, Florencia

Toda la mañana había sonado en forma incesante el teléfono de Helena. Pero lo había dejado en su bolso desde antes de la sesión de fotos y ahora dormía profundamente junto a Antonio. Por primera vez habían pasado la noche juntos luego de la extenuante experiencia que los había transportado espiritualmente mucho más de lo que jamás habían imaginado.

Luego de semejante ejercicio artístico, pero sobre todo emocional, primero había sobrevenido el amor y luego, un enorme cansancio. Dormían como niños mientras se multiplicaban los llamados que la requerían.

Habían amanecido en la misma posición en que el cansancio los había desvanecido. Ella apoyaba su cabeza en el pecho de él y él la envolvía con un brazo por detrás de la cintura y con el otro cruzaba su pecho enredándose en la marea de sus cabellos.

Un punzante rayo de luz que era el único que se entrometía en el cuarto a una hora específica de la mañana esquivando el panel que bloqueaba la luz, impactó en el momento preciso sobre la cara de él y lo despertó. Al descubrir a Helena entre sus brazos supo que no había sido un sueño. Aunque la realidad parecía un sueño. Despertaba para seguir soñando con esa mujer que lo conmovía, dormida sobre su pecho. Fue ínfimo el movimiento de su torso, que cambió la posición de ella y también Helena comenzó a abrir los ojos. Con dificultad, empezó a volver del influjo del descanso.

Era el cansancio de siglos el que la había desplomado luego de las cuarenta y ocho horas más fascinantes de su vida y sabía que

despertaba a una realidad nueva. Primero confirmó que sentía el calor y la fortaleza de ese cuerpo de hombre, luego buscó sus ojos que la esperaban sonriendo. Y volvió a refugiarse en el abrazo que él le extendió como una ofrenda. Se quedaron allí por varios minutos hasta que Helena en un hilo de voz susurró:

—Tengo hambre.

La risa de Antonio hizo retemblar la cama y la risa de ella lo siguió con la misma energía.

—Te haré el desayuno.

—Creo que no como un bocado desde hace dos días —exageró ella.

—Anoche cenamos, pero entiendo que no lo recuerdes. Tengo ese poder con las mujeres —bromeó él.

Helena le arrojó un almohadón mientras él se ponía la camisa.

—No me busques porque no habrá desayuno y volveré a esa cama de la que te has adueñado.

—Hagamos las dos cosas —lo provocó ella y saltó de la cama para darle un abrazo y llevarlo de la mano a la cocina.

La casa estaba dada vuelta. Se miraban sin poder creer que ellos solos hubieran dejado semejante desorden.

—Muero por ver el material —admitió ella.

—Creo que debemos verlo por la noche. Créeme. Debemos metabolizar esto —sonrió él.

—Tienes razón —cedió ella mientras buscaba sus cosas en algún lugar del atelier.

Caminó por el estudio donde se habían descolgado las telas de la escenografía y el piso estaba esparcido de brillantina y cintas doradas. "Ya no sé qué hicimos con todo esto", se dijo mientras pateaba bolitas blancas y se cuidaba de no pisar algún cable. Descalza aún y de puntas de pie llegó al pequeño vestíbulo, pero su bolso no estaba allí. "¡Claro! En el vestidor donde llevé las cosas después de que habláramos", recordó. En el camino, el olor a café y a pan tostado la hizo asomarse a la cocina.

—No te intereso yo, ¿verdad? —la desafió él mostrándole un omelette en la sartén.

—Eres el demonio. Si no me esperas para comer, prometo consecuencias.

—*Ti aspetto per sempre, bella* —le devolvió él, seductor y regocijándose con el rubor de su cara.

Antonio ya tenía la mesa lista cuando escuchó su voz asustada desde algún lugar de la casa.

—¡Antonio! ¡Antonio! ¡No lo puedo creer!

Él corrió a buscarla y a mitad de camino entre la cocina y el

vestidor se encontraron justo en medio de la sala de exposiciones. Entre las fotografías enmarcadas, Helena sintió una leve descompensación y se tomó la frente. Estaba sin energía, pero los nervios habían hecho su parte luego de revisar su teléfono celular. Lo miró preocupada y se sostuvo del brazo de Antonio.

—Alguien me filmó en la iglesia cuando fui a la tumba —le contó apesadumbrada mostrándole la pantalla.

—¡Eres tú! Te arrodillaste en la tumba de Botticelli…

—No es que me arrodillé, o sea sí me arrodillé, pero no a rezar como dice ahí…

La foto en la portada de un diario sensacionalista decía *“Miracolo. La musa de Botticelli nella sua tomba”*. Alguien había posteado el video en las redes sociales y ella aparecía allí con los ojos llorosos, tomando las cartas y acomodando las flores. El usuario de Instagram era un tal @Botticellifan y su publicación se había viralizado. Solo allí tenía más de cuatro millones de vistas. Helena se sentía mareada y abrumada. En un punto se sentía descubierta. Antonio tomó el teléfono y vio toda la secuencia.

—Pero estabas llorando… —le describió, embelesado con la imagen.

—Claro que estaba llorando. No sabía que ellos estaban enterrados juntos, que la gente creía en su amor. Vi esas cartas. Vi las flores. Lo sentí como algo propio, pero jamás noté que alguien estaba grabando, Antonio… Te juro…

—Esto es imparable. No se detendrán hasta saber que no eres un fantasma… —concluyó él, sonriendo, pero compartiendo su inquietud —. Pero debes calmarte, no es nada malo. Nadie sabe lo que te pasa, Helena. No te preocupes. Fijate que no dejan de llegar mensajes, pero te felicitan.

—Creen que es una campaña —le contó ella tomándose la cabeza.

—Es una maldita gran idea de campaña, déjame decirte.

—¡Pero para mí no lo es! ¡No entiendes nada, Antonio! —se enojó Helena y lo dejó en la sala yendo en dirección del vestidor.

—¡Helena! Nadie te entiende mejor que yo, pero simplemente debes ser realista. Eres igual a Simonetta y aunque no te pasara nada de lo que te pasa, tarde o temprano alguien lo hubiera notado y te hubiera ofrecido esto.

—Antonio… —se volvió ella con ojos llorosos—. Mi agencia, en la que soy una modelo de segunda línea, me escribe de ofertas para publicidades como la Venus de Botticelli. Acaban de descubrir que existo porque me reconocieron en el video. Hasta ayer me ponían de suplente porque no soy el estilo de mujer que se busca ahora. Porque

me piden que me corte el pelo y no sé qué más... ¡Dios mío, si supieran! Debo llamar al profesor Di Nunzio.

—Espera —le pidió Antonio tomándola del brazo—. Llama al profesor, pero no mezcles las cosas. ¿Entiendes que hay algo mágico en que esto haya pasado? No le contestes a nadie. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—Qué... —le preguntó algo confundida—. Te dije tantas cosas.

—*"Sandro è l'unica persona che mi ha amato veramente".*

Helena entendió lo que Antonio quería decir y se lanzó a sus brazos para abrazarlo. Quizás tenía razón. Se había hecho justicia con Sandro en ese momento. El amor daba la última palabra en su historia secreta.

—Ven —le dijo él y la tomó de la mano—. Comamos algo y luego buscas al profesor. Parece un bonito guion. Vívelo así porque si alguien desde el más allá está escribiendo esto, créeme que es un maldito gran guionista.

Mientras lo seguía de regreso a la cocina, Helena leyó el mensaje de su amigo Domenico.

"Esto no es casualidad amiga. Esto lo logró la búsqueda de tu corazón. Soy testigo".

"No digas nada de todo eso, Dome. A nadie. *Per favore*".

"Claro que no. Pero tú lo sabes. Y cuando seas ella en una campaña, serás simplemente tú".

"Grazie mille, amico. Bacione".

Domenico ya creía que ella era la reencarnación de Simonetta. No tenía la menor intención de contradecirlo. Pero ella misma se preguntaba por el juego de espejos que le presentaba la vida.

LI



1476
Taller de Sandro Botticelli,
distrito de Ognissanti, Florencia

Sandro entró desesperado a su estudio. Ni siquiera cerró la puerta principal cuando se lanzó a la que conducía al salón de pintura. Allí divisó el caballete, dio dos pasos, y arrancó la manta que lo cubría. Ahí la vio, llena de vida. Y quiso abrazarla. Pero el lienzo no era ella. No podía ser verdad que estuviera muerta. “¡No, no, no!”, sollozó, tomándose la cabeza. Había entrado a su estudio como si pudiera revivirla en esa pintura. Pero cayó arrodillado con lágrimas en los ojos, y las manos vacías. Simonetta había muerto.

“Simonetta è morta. Ma non può essere. No puede ser”, se contradijo. No entendía. No quería entender. Quería morir. ¿Había alguien abrazándola ahora cuando dolía el frío de la muerte? ¿Quién custodiaba su rostro para que no lo dañara el viento? ¿Quién les daba calor a sus manos finas? ¿Quién peinaba sus rizos de sol? Se sentía responsable. Se sentía responsable porque ella le había clamado comprensión al decirle que no podía escapar junto a él. Pero él, que había derribado todas sus murallas para luchar por ella, no había resistido que le dijera que no. Y ahora entendía todo. Ella estaba enferma. No podía decirle que sí. Y él había perdido el tiempo que podían haber disfrutado por la ceguera de su orgullo herido. Supo, en la soledad total, qué era el mundo sin ella, que él, Sandro Botticelli, ya no viviría más que para esperar la muerte. Sería un ausente entre los vivos. No podía cometer el pecado de acabar con su vida, pero la partida de Simonetta ya era como morir.

Eran los designios de Dios y tal vez él merecía este castigo. Pero no

ella. ¿Por qué ella? ¿Por qué la arrancaba el destino de la vida y de sus brazos? La pena lo desgarraba por dentro. Y casi arrastrándose volvió a buscar la pintura de ella que estaba terminando. La tomó otra vez, como si pudiera abrazarla. El lienzo cayó con él. Y maldijo la pintura llena de la vida que ella ya no tenía. Su rostro vivo, estaba allí, como él lo había mirado. Sus ojos con la luz que él había conocido y que ya no tendrían, era todo lo que le quedaba. Era insoportable verla y saber que jamás volverían a estar juntos. Y era más insoportable aún sentir que la había dejado sola en su hora de mayor sufrimiento. *"Dio, quanto ti amo"* "Dios, cuánto te amo". "Mi vida, será de ahora en más, esperar la muerte para encontrarte." "*La mia vita sarà d'ora in poi in attesa che la morte ti trovi*".

LII



1476, 26 de abril
Residencia de la familia Vespucio,
distrito de Ognissanti, Florencia

Simonetta escuchaba voces a su alrededor. Eran palabras confusas para su capacidad de entendimiento nublada por la fiebre. Sentía que ya la vida iba convirtiéndose en un sueño. Fragmentos de sueños.

Entre las percepciones intermitentes del presente aparecían imágenes de recuerdos felices que la hacían sonreír. Antiguas risas que volvían. Junto a Sandro. Ella fisgoneando sus bocetos contra la voluntad de él que prefería guardar la sorpresa y el secreto. Los dos libres, en su escondite evidente. Las escapadas apañadas por el primo Américo. La rosa que había quedado en una ventana pequeña en la cúpula del Duomo. Todo eso que no dejaba de ocurrir, al mismo tiempo que se le escapaba entre las manos.

Afuera, tres hombres debatían en voz alta. “Es tuberculosis”. “Puede ser veneno”. “No. Es algo que no puedo definir”. “No podré pagarle sus servicios, maestro Stefano”. “Los paga Lorenzo de Medici. Despreocúpese.” Ella hacía un último esfuerzo por no escucharlos, por retener esos recuerdos de los que parecía volver el perfume de las flores que habían tenido que retirar de sus habitaciones, porque no podía perder ni una molécula de oxígeno.

Todavía veía la mano tendida de Sandro vestido con su capa de viaje, dispuesto a escapar con ella, luego de los torneos de Giuliano. Todavía intentaba explicarle de su deber con su familia, del peligro que él correría, de lo fugaz que sería el escape, en una Florencia donde los Medici eran los dueños de todo. Pero ahora, ¿qué es todo? Todo es borroso. Cansaba pensar. No se trataba de un laberinto sin

salida. Se trataba de algo peor: de ya no tener fuerzas para buscar la salida.

El parpadeo de una vela al lado de su cama entretenía su pupila. Se aferraba a esa luz. Sentía que la mantenía viva. Que más allá estaba la oscuridad. Jugaba con sus reflejos de distinto tono. Si sus pestañas se entremezclaban en el paso de la luz a sus pupilas el amarillo se volvía naranja. Ese color ocre era igual al de la capa de Sandro. La misma con la que la había envuelto la primera vez que ella le mostró su cuerpo y ambos tuvieron miedo.

Afuera, analizaban las causas del mal que la aquejaba. No podía decirles que era solo tristeza. “Quiero pensar en sus ojos”. Los ojos de Sandro le dieron confianza desde la primera vez que los vio en la capilla al lado de la Madonna. Sus ojos verdosos, cándidos, buenos y dueños de un fuego capaz de crear el amor, de reinventar los colores, de ver la belleza de la naturaleza por encima del pecado de los hombres, de reconciliarla con la virtud, de amarla a ella.

“Ti amo, Sandro”.

“En el último suspiro se fue con el nombre de Sandro”.

En una repentina, primera y última fidelidad salió corriendo del cuarto la sirvienta que la vigilaba, para avisarle al pintor.

LIII



2023
Casa de Josefina, la guía del museo, Florencia

Con el profesor Di Nunzio en Bologna, la ansiedad de Helena, por momentos, se volvía incontrolable. No había vuelto aún al trabajo y salía a la calle camuflada a la espera de que se calmara el efecto de la viralización. Esperaba que todo se olvidara pronto, pero sabía que en un punto resultaba imposible. Ella portaba su rostro, que era el aviso permanente de una conexión inexplicable con Simonetta Cattáneo de Vespucio. Y era ahí donde aparecía el cortocircuito. Se sentía descubierta.

Josefina, en cambio, estaba encantada con los últimos sucesos. Mientras servía con entusiasmo el café en el living de su casa, no se cansaba de contarle las repercusiones del hecho en las redes, en los medios, y en el museo.

—Ese mismo día, el curador del museo, que básicamente es una persona sin alma, apareció en mi puerta esperando que yo le dijera algo —contaba Josefina en forma divertida—. Porque él estaba el día que tú te desmayaste y le pasó lo mismo que a mí. Te vio igual a Simonetta pero se hizo el desentendido. ¡Oh, Dios mío! Yo me reía por dentro pero no iba a decirle una palabra. Lo vi quedarse ahí quieto, como una estatua de cera, por medio minuto, hasta que abrió la boca.

—¿Y qué dijo? —preguntó Helena con curiosidad y no pudiendo contener la risa por la forma en que Josefina le contaba la anécdota.

—Me dijo, con sus tonos espectrales: "Qué episodio sugerente el de la Iglesia de Ognissanti. Es la misma muchacha que se desmayó en la Sala Botticelli, ¿verdad?" —reprodujo achinando luego los ojos en señal de sospecha—. Él quería saber si yo seguía en contacto contigo.

Pero créeme, a pesar de ser un tecnócrata frente a los cuadros, aquel día él también quedó impactado por tu parecido.

A Helena le había hecho bien visitar a Josefina. Su naturalidad para abordar lo que le pasaba la sacaba de la esfera esotérica que a veces la atormentaba. Era un prejuicio sobre la experiencia que estaba teniendo. Sin embargo, lo que más la inquietaba ahora era encontrar una forma de convivir con lo que se había vuelto público, que era su parecido con la musa de Botticelli. Lo demás era algo que le daba terror que pudiera trascender.

—Hija, puedes estar tranquila. No diré nada. A mí me interesa lo que puedas descubrir y lo que podamos descubrir a fin de comprender más la historia emocional de este cuadro. ¿Sabes? Es tan extraño todo. Prácticamente están borrados los datos históricos sobre Simonetta. Es mínimo lo que existe. Y, sin embargo, ella representó una era. Sobre ella escribieron poemas desde Lorenzo de Medici hasta...

—No siga, Josefina. Aún no quiero saber. El profesor Di Nunzio me ha pedido no mezclar hasta que avancemos un poco más. Justamente estoy esperando que me llame.

—Tiene razón. Perdona. Hablo demasiado. Nunca te lo dije, pero hablo demasiado.

Helena sonrió porque que Josefina hablara demasiado no era algo que hubiera tenido que informarle. Lo sabía desde el día en que la había conocido. Pero en el fondo, se sentía muy agradecida con esa mujer. Hasta su más reciente experiencia, con el video que se había viralizado, se hubiera perdido en el vacío de lo superficial sin la búsqueda espiritual que se había permitido. Y mientras seguía conversando con ella fue que observó en la pantalla de su teléfono móvil que la llamaba el profesor Di Nunzio.

—Tranquila, Helena. Este episodio es muy singular porque conecta algo que te pasa en tu interior con una percepción absolutamente inocente que viene del afuera. De lo exterior. Y ¿sabes? A mí me tranquiliza. Porque de alguna extraña manera confirma y hasta valida tu búsqueda. No quiero teorizar, pero...

”¿Acaso no es la historia un continuum de formas en que el ser humano, se pregunta sobre sí mismo? ¿Quién soy? ¿Hay trascendencia? ¿Existe una conexión con el pasado? ¿Tuve otra vida? El psicoanálisis hurgó en la conciencia cuando ese espacio ni siquiera existía en el saber general. ¿Cuántos planos de nuestra conciencia quedan aún por descubrir? Si la conciencia, mediante la hipnosis o la evocación verbal de antiguos traumas, podía generar una catártica liberación, qué pasa con los pensamientos que llevan a otras épocas. De alguna manera, el trabajo en una regresión aborda esa expedición

a una dimensión aún desconocida y envuelta por el tabú. Y como te digo siempre, lo importante aquí no es la historia grande o lo que se descubra de personajes del pasado. Los hallazgos que buscamos son los que resuelvan tu angustia, tu búsqueda, tu enigma. Ese es el verdadero foco de nuestra terapia.

—Gracias, profesor, por sus palabras. Me enfocan, pero ¿qué hago con esto? ¿Cómo manejo la situación de ser parecida a Simonetta? ¿Cómo lo explico, a sabiendas de lo que me pasa?

—No expliques nada que no quieras exponer, Helena. Puedes decir que siempre te comentaron de tu parecido y que ese día te emocionó lo que leíste en las cartas. Y no estarías mintiendo. Yo mismo te conocí por alguien que se sorprendió ante tu parecido. Luego lo que resuelvas hacer con los descubrimientos que venimos haciendo, será algo tuyo, íntimo, personal. Que no tienes por qué compartir.

Helena suspiró aliviada luego de escuchar al profesor. Pero no podía negar que el inesperado ensamble de lo que buscaba internamente con este espejo azaroso que ofrecía la realidad, la había dejado muy conmovida. La suma de las coincidencias era un nuevo indicio. Sentía que aún había mucho por saber. Y no iba a cesar en hallar las respuestas. Ella no podía saber si esto cambiaba algo para Simonetta y Sandro. Pero no los defraudaría. ¿Acaso vivir no se trataba de ir a tientas? Y si es así, nadie puede creerse dueño de lo que las sombras representan.

—Los acontecimientos están asombrosamente encadenados, hija —insistió Josefina.

—Lo están —asintió Helena.

Por suerte el profesor volvería pronto a Florencia. Le había adelantado que creía tener algunos hallazgos que le develaría al verla.

LIV



1476
Palacio Medici, Florencia

Las extraordinarias piezas de arte, los libros incunables, las extrañas vasijas, las antigüedades, las joyas, las monedas, los misteriosos camafeos, los cofres, los exóticos tapices, los instrumentos musicales. Todo era nada. Lorenzo y Sandro se sentían ahogados en aquel gabinete de maravillas, que en otro momento hubiera sido la suma de los tesoros. Los dos tenían rostros cansados y gesto adusto.

—Envié al Maestro Stefano, mi médico personal, para que estuviera al servicio de los Vespucio para atenderla. Para él, Simonetta no tenía tuberculosis.

—¿Y entonces?

—El doctor Moise, el médico de los Vespucio, no estaba de acuerdo. Habían discutido con Stefano sobre las medicinas que debían administrarle. Y cuando se las dieron ya era tarde. Piero Vespucio me contó en una carta que tenía fiebre, falta de aire, vómitos, que ya no toleraba comer y que no dormía por las noches —agregó moviendo la cabeza de un lado a otro y cerrando los ojos con conmiseración ante semejante sufrimiento.

—Tenía solo veintitrés años, Lorenzo. Era demasiado frágil para... —Sandro no podía seguir hablando sin llorar.

Lorenzo y Sandro eran como hermanos. Ambos sabían que la habían amado. Ese secreto los contenía en el sufrimiento compartido. Aunque ni siquiera lo mencionaran.

—Quiero que veas la carta que recibí de mi asistente Sforza Betini. Quiero que sepas lo mismo que yo supe. Yo estaba en Careggi, regresando de Pisa, cuando este mensaje llegó a mis manos.

“*La benedetta anima della Simonetta se ne andò a Paradiso, come so harette inteso: puossi ben dire che sia stato il secondo Trionpho della morte, che veramente havendola voi vista così morta come la era, non vi saria parsa manco bella e vezzosa che si fusse in vita: requiescat in pace*”.

“El alma bendita de Simonetta se fue al Paraíso como ya sabrás: bien puedes decir que ha sido el segundo triunfo de la muerte. Porque si la hubieras visto muerta, hubieras notado que no era menos bella y encantadora que cuando estaba con vida. Que descanse en paz”.

Sandro leyó despacio. Como si pudiera retener su vida antes del anuncio de su muerte. No le extrañó que la muerte se intimidara ante su belleza. Le hubiera dicho tantas cosas a Lorenzo. Pero no podía. Apenas estaba en pie. Apenas le salían balbuceos. Ni siquiera había asistido a los funerales públicos.

—Y dicen que seguía bella como en la vida en los funerales —concluyó tras leer la misiva—. Ella no puede morir, Lorenzo.

—Ven, acompáñame al jardín —lo invitó Lorenzo.

Sandro lo siguió. Conocía a Lorenzo y nunca lo había visto así de conmovido. Ni durante la muerte de su padre. Mientras avanzaban por el pasillo que llevaba al jardín, le juró:

—La pintaré para que viva como ningún rostro ha vivido. Y vivirá por siempre. *Per sempre.*

Lorenzo se dio vuelta, desconsolado y lo abrazó. Los amigos se estrecharon en el secreto dolor de la desgracia común que los unía.

—Pienso en las lágrimas de los que acudían a verla. No solo tenían compasión sino también admiración.

—Ninguna mujer viva hubiera tenido su belleza aún muerta, Lorenzo. Lo sé. Era la belleza de su alma.

—Sé que lo sabes más que nadie, hermano —le dijo mirando al cielo para ocultar las lágrimas— Mira… —le indicó sorprendido, mostrándole una estrella—. No nos extrañemos de que el alma de aquella dulcísima o se ha transformado en esta nueva estrella o se ha unido a ella. Y, por tanto, como su hermosura fue, viva, de gran consuelo a nuestros ojos, consolémonos en el presente con la visión de esta clarísima luz.

Intempestivamente, Lorenzo dejó solo a Sandro y volvió al palacio sin despedirse. El pintor quedó parado allí, en ese jardín que daba a su

viejo estudio. Le pareció recordar la voz tímida de Simonetta, aquel día en que llegó junto a la *signora* Lucrezia. “¿Cómo podré despertar mañana, sin ella en este mundo?”, se preguntó. Y volvió a escuchar los pasos de Lorenzo de regreso.

—Escribiré un soneto sobre esa estrella.

—¿Y qué dirá…? —le preguntó casi sin fuerzas, Sandro.

—“O nueva estrella que adornas el cielo con tu esplendor…”

—Lorenzo, nunca habías escrito un soneto.

—La muerte es hoy tan tierna y tan hermosa, Sandro, que creo que los dioses querrán morir.

—Yo quiero morir, *signore*.

—No, Sandro —le ordenó Lorenzo acercándose a él y tomándolo de los hombros—. Tú debes vivir para recordarla, mantener el ojo fijo en ella, para que su imagen sea eterna.

LV



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

Helena había llegado tarde. Al unirse a la reunión lo primero que le llamó la atención fue el novedoso caballete que se destacaba en el centro de la sala. Apenas entró al estudio del profesor Di Nunzio se quedó inmóvil ante la reproducción del cuadro de Simonetta como Cleopatra de Piero di Cosimo. Antes de decir ni una palabra, el profesor Di Nunzio notó que la joven se tomaba el cuello y miró a la historiadora Regazzoni y a Josefina. Las mujeres se habían percatado de lo mismo y asintieron levemente con la cabeza. Helena les daba la espalda y analizaba la pintura.

—La mujer de este cuadro es Simonetta —le informó el profesor a Helena que seguía mirando embelesada.

—Lo sé —respondió ella, segura.

—¿Cómo lo sabes? —la interrogó Josefina, no pudiendo contener su pregunta.

—Porque lo sé —respondió la joven riendo, y revalidando que no le cabía duda, al tiempo que volvía a tomarse el cuello.

—¿Por qué te tomas el cuello? —inquirió la historiadora.

—¿El cuello? —devolvió Helena, notando recién por la pregunta que se tomaba el cuello.

—Esperen, un minuto —le ordenó el profesor a las mujeres que lo secundaban—. Helena, te diré la verdad. Creo que, en este cuadro, hay un decreto de renacimiento de Simonetta. Pero también creo que tus marcas en el cuello pueden responder a la serpiente y a esta pequeña marca en el cuello que aparece en el lienzo —fue al grano el profesor.

—¡Ah! —Una exclamación de sorpresa y cierta aprehensión fue lo

primero que le surgió a Helena ante la revelación—. ¿Decreto de renacimiento?

El profesor le explicó la simbología de la serpiente y cómo la conectaba con los sonetos de Lorenzo por la muerte de Simonetta.

—¿Lorenzo escribió sonetos para Simonetta? —preguntó sorprendida.

—Y son sonetos que evidencian muchas cosas. Su dolor por la muerte de Simonetta, su amor por ella, y su necesidad de encontrar una argumentación para pensar que la vida de la joven seguiría de alguna manera.

—¿Puedo verlos? —pidió, interesada, Helena.

—Claro... Son varias páginas que incluyen comentarios. El texto se llama *Comento de' miei sonetti* —respondió el profesor, mientras buscaba en su escritorio y le extendía una copia.

Todos los presentes, menos Helena, sabían lo que iba a encontrar allí: las palabras de un hombre enamorado. Y la miraron con atención mientras ella se tomaba el tiempo para leer. Fueron varios minutos en los que la vieron seguir esas líneas, por momentos conmovida, con gestos de sorpresa o intriga y hasta con cierto rubor en la cara. En un momento, se detuvo, los miró y comenzó a leerles en voz alta.

—"...porque habiéndose apoderado la dulcísima de mi corazón y una vez hecho suyo, entre todos los otros pensamientos, el pensamiento y recuerdo de ella estaba en medio de mi corazón..." —les leyó y se quedó mirándolos.

Todos hicieron silencio. Y Helena adivinó que era la única que no conocía ese texto.

—Lorenzo la amaba...

—Lorenzo la amaba, no tengo dudas —convalidó la historiadora.

—La amaba —agregó convencida Josefina.

—¿Sientes eso al leerlo o lo deduces? —inquirió el profesor.

Helena lo miró con un dejo de fastidio. El antropólogo estaba siempre a la caza de cualquier situación espontánea que pudiera aportar indicios. Un lapsus, una impresión, una reacción, cualquier vivencia no mediada por la conciencia que pudiera conectar las dos puntas de la historia que investigaba.

—Creo que lo siento y lo deduzco, profesor. Es un texto bastante claro. Pero si me pregunta qué sentí... una especie de conmoción, de emoción fuerte...

—Es entendible, Helena. Déjame preguntarte algo más... ¿Lo sentiste por ti o por Simonetta?

Helena, que aún miraba el texto, elevó los ojos hacia el profesor, esta vez sintiéndose descubierta. Pero no porque quisiera ocultar algo

sino porque esa pregunta la había ayudado a notar algo. Antes de contestarle a Di Nunzio inspeccionó las caras de las dos mujeres. Josefina se veía emocionada. La guía era probablemente la que creía en toda la historia casi desde una perspectiva romántica. La historiadora Regazzoni tenía una libreta en su mano y estaba a la espera de algún dato para sumar a sus apuntes.

—Lo sentí exactamente como Lorenzo describe: "en medio de mi corazón". Lo sentí por ella, pero también en mí. Físicamente fue, por momentos, leer algo propio... Ahora que lo pregunta, profesor, fue algo que me trajo alivio. Pero dígame usted... ¿cómo conecta este cuadro con estos sonetos?

—Helena, ante todo, entiendo que sientas que por momentos mis preguntas son intimidantes...

—Tranquilo, profesor. Luego, casi siempre, descubro la relevancia de sus preguntas.

—Gracias, muchas gracias, Helena —le dijo poniendo las manos juntas y moviéndose hacia el caballete con la pintura al tiempo que tomaba otra copia del texto.

—Este cuadro es el eslabón entre Simonetta y Helena. Eso pienso. En una de nuestras primeras regresiones apareció Lorenzo. Lorenzo escribió sus primeros sonetos de amor y dolor por Simonetta. En los comentarios de esos sonetos él plantea su sufrimiento por no poder ver más a Simonetta y plantea su necesidad de "mantener el ojo fijo en lo que más amaba". Dice que ese será su refugio ante la pérdida. La única manera de seguir mirándola era en una pintura. En estos sonetos él refiere el diálogo con un amigo con quien sufrían la "desgracia común". No tengo dudas de que se trata de Sandro. Pero también hace referencias a la idea de Jano, de los principios y finales, del renacer a partir de la muerte. Cita a Aristóteles planteando que el fin de una cosa es el principio de otra. Y habla del movimiento perpetuo de la forma y la especie sobre la materia para una permanente regeneración. Este cuadro tiene toda la simbología de ese renacer y fue pedido poco antes de la muerte de Lorenzo. Durante un tiempo se pensó que era una pintura de Botticelli pero surgió la autoría de Piero di Cosimo. Y la realidad es que para ese entonces probablemente Sandro no hubiera pintado a Simonetta por encargo porque su prioridad era otra, y menos con esta carga esotérica que para sorpresa de cualquiera la emparenta con Cleopatra o Eva.

—Es como si el dolor por la muerte de Simonetta hubiera sido tan grande que le hubiera inspirado a Lorenzo el Magnífico ponerse en el lugar de Dios... —divagó Helena.

—¡Exacto! —gritó la profesora Regazzoni—. Lorenzo no podía

aceptar su muerte. Buscó convertirla en estrella, en flor, invitó a los dioses a morir, pero solo quedaba ese dolor sin consuelo.

—¿Y para qué sirve todo esto? —preguntó angustiada Josefina.

—No sabemos, pero es como la pregunta pendiente, que estamos resolviendo quinientos años después.

—Necesito descansar... —dijo Helena en un suspiro—. ¿Puedo hablar a solas con usted, profesor?

—¡Claro!

Helena y el profesor Di Nunzio fueron hasta el otro ambiente disponible que era la cocina. La joven parecía suspendida en una superposición de dimensiones. Caminaba como si se despegaran sus pies del piso. Luego de servirse un vaso de agua le dijo al antropólogo:

—Siento una extraña paz.

—Helena... ¡Cuánto me alegra lo que dices!

—Pero no he dicho nada trascendente, profesor —aclaró, riendo.

—Esa paz es el indicador de que estamos avanzando. Ve a descansar, niña.

—¿Puedo quedarme con la copia de Lorenzo?

—Por supuesto. Eres tú quien lo conoce.

—Me gustaría contarle de una experiencia que viví con un fotógrafo. ¿Lo llamo en la semana?

—Estaré esperando ansioso, Helena.

Helena le sonrió. Los dos estaban cansados. Había en ese cansancio la calma que viene luego de las tormentas, el advenimiento del hallazgo que genera una sensación de satisfacción y relajamiento. Había piezas acomodándose en secreto. Helena partió excusándose de mayores explicaciones ante las mujeres que esperaban ansiosas. Al salir a la calle miró la noche estrellada y pensó que todo era menos agobiante, al saber que Simonetta había sido amada, llorada, e incluso invocada para volver a la vida. La soledad de Simonetta era lo que, de alguna manera, empezaba a repararse, cinco siglos después.

LVI



1478, 26 de abril
Estudio de Sandro Botticelli,
distrito de Ognissanti, Florencia

El maestro Andrea Verrocchio estaba dispuesto a tirar la puerta abajo si era necesario. Sandro no salía. Se había ausentado de todos los solemnes eventos de la semana, con la ciudad llena de ilustres visitantes, pero ya era demasiado para un pintor de la corte. *"Inaccettabile"*. Por momentos lo fastidiaban estas repentinas tristezas que aquejaban a Botticelli desde hacía ya un buen tiempo y no las podía entender. *"Cos'è questa nostalgia"*.

Mientras aguardaba una respuesta a sus sonoros llamados, miró boquiabierto el paso de la guardia que escoltaba al *condottiere* del Papa, Gian Battista da Montesecco. Sus oficios en la ciudad, por encargo del Papa, lo habían acercado a Lorenzo de Medici quien a su vez cultivaba la relación pensando en reconstruir sus vínculos diplomáticos con Sixto IV, aunque el daño en esa relación parecía insalvable desde el retiro de la cuenta vaticana en favor del banco de los Pazzi. La familia rival finalmente lo había financiado al Pontífice en su aventura para que su sobrino Girolamo Riario comprara Imola y se convirtiera en su señor.

—¡Por Dios, Sandro! ¡La ciudad reboza de visitas! Hay embajadores de todos los reinos y da misa el joven cardenal sobrino del Papa —gritaba Verrocchio mientras continuaba golpeando la puerta como si fuera una escultura reticente a su vehemente cincel.

Dentro del estudio, la noche no había terminado. Era una noche continua desde hacía exactamente dos años esa misma mañana. Dos años desde la muerte de Simonetta. Sandro estaba acostado mirando

el techo con los ojos desvelados, en la misma litera donde en alguna vida que le parecía un sueño, ella posaba ante él. ¿Quién era él? ¿Acaso un fantasma? A veces se enojaba con Dios por no llevárselo a él también. Y luego lo atormentaba su enojo.

¿Quién se acordaba hoy de Simonetta? ¿La recordaba Lorenzo que atendería con pompa a todas las casas reales que lo adulaban? ¿La recordaba Giuliano que seguía de fiesta en fiesta, de expedición en expedición y de cacería en cacería? Estaba seguro de que ellos, que se la disputaban, ni recordaban el aniversario de su muerte. Eso lo hizo incorporarse súbitamente. Se los diría. Pediría que en esa misa tan importante hubiera una oración por ella. De solo pensarlo, sintió cierta pena por sí mismo. Todos seguían adelante con la vida. Seguían en la vida. Había días en que Sandro renegaba tanto de la vida que no podía entrar del todo en ella.

—¡Voy, maestro! ¡Voy! ¡Va a tirar la maldita puerta! ¡Deje de golpear!

Afuera, Verrocchio se sonrió al obtener la contestación que esperaba. Tenía mucho afecto por Sandro como para dejarlo desvanecerse en sus brumosas tristezas. Estaba apoyado en la puerta cuando esta se abrió y casi cayó del lado de adentro. Sandro le había franqueado el paso y había vuelto a meterse dentro de la sala de pintura para terminar de vestirse. El viejo maestro se espantó de ver el caos que se esparcía en esas habitaciones.

—Muchacho, esto es una antesala del infierno... ¿Cómo puedes vivir así? En este desorden no podrás terminar una sola obra en forma decente.

—No me reproche nada, maestro. Estoy entregando todo a tiempo —respondía desde el otro cuarto Sandro.

Verrocchio, lejos de quedarse esperando, se había metido en el estudio y había comenzado a quitar los lienzos de los caballetes cuando un grito de Sandro lo conminó a no tocar una de las tablas.

—¡No toque esa pintura! —le ordenó apareciéndose como un hombre en armas y amenazándolo con su dedo índice que se movía velozmente remarcando la negativa—. ¡No, no, no! —insistió Sandro poniendo su cuerpo aún a medio vestir como escudo de esa misteriosa pintura.

—¡Hijo mío! ¡Espero que sea una obra que valga esta furia! —se resignó el maestro Verrocchio mientras Sandro terminaba de atarse la camisa y buscaba la manta escarlata típica de todo ciudadano florentino.

Cuando ambos salían de la casa, el maestro lo notó desenfocado. No lograba saber qué había cambiado tanto el ánimo de Sandro. En

otro momento hubiera seguido cada acontecimiento para sugerir pinturas o esperar órdenes de Lorenzo. Al menos había logrado convencerlo de asistir a la misa. Había embajadores de Nápoles, Venecia y Milán. Esos eran hombres clave para cualquier artista que se preciara de tal. Al ver la repentina energía que había envalentonado a Sandro, se sintió reconfortado. Ya avanzaban por la *Via Larga* cuando Botticelli detuvo el paso.

—Pasan un par de días y los enemigos son amigos —le dijo mirando hacia algún punto en la *Via Larga* camino a la Catedral.

—¿Qué dices?

—Francesco Pazzi abrazando a Giuliano de Medici. ¿No eran enemigos hasta hace media hora? Y Giuliano va a misa como si llegara de una noche de descontrol… ¡Míralo!

—No, Sandro —lo corrigió Andrea Verrocchio—. Camina así porque lo hirieron en una cacería. Pero tienes razón. Francesco volvió hace poco acusado por traición, por un ultimátum de Lorenzo. Tampoco entiendo esta repentina fraternidad.

—Los dolores duelen poco en Florencia, maestro —respondió Botticelli, mientras recordaba la insistencia de Giuliano para tener a Simonetta.

Pero era mejor no amargarse. La Catedral estaba a solo pasos, y podría decirles a los hermanos Medici en la cara que ni siquiera tenían la dignidad de recordar a aquella mujer sin par en el aniversario de su muerte.

LVII



1478, 26 de abril
Catedral de Santa Maria del Fiore, Florencia

*N*adie quería perderse la misa mayor ese domingo. Sería celebrada por el joven cardenal sobrino del Papa. Era todo un acontecimiento político. Una concurrida asistencia poblaba desde temprano la imponente nave de la Catedral de Santa Maria del Fiore. La habían despejado por completo para que pudieran caber y para facilitar el traslado de los presentes.

Raffaele Sansoni tenía solo 18 años, pero su tío abuelo era Sixto IV. La presencia del purpurado, de paso en Florencia, ocurría en medio de la tensa relación de los Medici con el Vaticano que les había quitado el manejo de sus cuentas para dárselas al banco rival de los Pazzi. Pero Lorenzo no desaprovechaba ninguna oportunidad diplomática. Por un día habría tregua entre las familias y con el Papa. Lo que se perdía, siempre se podía recuperar. No había prosperidad, sin paz.

Por lo pronto, Lorenzo aguardaba inquieto, de pie a la derecha del altar principal observando todas las puertas. No quería dar orden de comenzar el servicio antes de que llegara su hermano Giuliano. El propio Francesco Pazzi había tenido el buen gesto de ir a buscarlo.

Luego de la misa, todos partirían al banquete especialmente preparado en el palacio de la familia Medici en la *Via Larga*. Allí le había enseñado sus invaluables tesoros de colección al sobrino de su Santidad, a quien el propio Lorenzo había acompañado a la Catedral.

Ahora esperaba junto a varios amigos y a dos sacerdotes, frente al coro, a pasos nada más del altar. Por un instante, mientras aguardaba, sus ojos lo habían llevado a la linterna del Duomo. Desde niño buscaba esa entrada de luz en la magnífica cúpula. Siendo niños, con

su hermano jugaban para ver quién encontraba primero el punto exacto en que terminaba ese haz brillante. Pronto, en el solsticio de verano, un disco perfecto de luz se proyectaría directo en la capilla de la cruz al lado del altar. Ese día todos lo atestiguarían como un milagro gracias a un truco astronómico y a la posición del sol.

Lorenzo no había terminado de seguir el curso exacto del rayo luminoso cuando su amigo Poliziano tocó su hombro y señaló la puerta norte que daba a la *Via de' Servi*. Un desalineado Giuliano avanzaba con dificultad junto a Francesco Pazzi. Cuando vio a su hermano ya ubicado, caminó hasta el centro de la nave, como había acordado, miró hacia el altar mayor y le hizo una delicada reverencia al Cardenal Riario que, movedizo, se balanceaba de un lado a otro, subía y bajaba la cabeza, se tomaba las manos y las soltaba, y repetía la secuencia con creciente velocidad. Al distinguir la señal de Lorenzo, se puso firme, y con marcial obediencia pareció recuperar su debida solemnidad.

Una sobria satisfacción embargaba a Lorenzo, el hombre fuerte de Florencia. Había reunido en la aclamada Catedral de su ciudad a los más altos emisarios de Roma, Nápoles, Milán y Venecia, pero también a sus más acérrimos enemigos. El propio Francesco Pazzi le había hecho de repentino y generoso escolta a Giuliano. Sus cortesías con el *condottiere* del Papa Gian Battista de Montesecco no habían sido en vano. Al disponerse a volver a su posición se aseguró de verlo en las primeras filas y regresó a su lugar. También distinguió a su hermano tocándose la camisa y haciéndole un gesto de disculpas por no vestirse apropiadamente.

—*Tutto bene. Tutto bene* —le dijo a lo lejos moviendo los labios y gesticulando con pulgar en alto que no había problema.

Al ver que el Cardenal se posicionaba en el altar, en un segundo, el tenue murmullo de la multitud se hizo total silencio, y comenzó la misa.

El inicio de la ceremonia no le había impedido a Sandro Botticelli abrirse paso a los empujones entre los asistentes junto al maestro Andrea Verrocchio que intentaba detenerlo. Él estaba decidido a llegar lo más cerca posible de Lorenzo. Si lo lograba, iba a pedirle que hiciera una oración por Simonetta, cuya vida habían llorado los florentinos en las calles, hacía exactamente dos años, un 26 de abril de 1476.

El propio Lorenzo había escrito después de su muerte: "Y como fue llevada descubierta de la casa al lugar del entierro, muchas lágrimas corrieron de todos los que acudían a verla: en los que antes no habían tenido noticias de ella, además de compasión, surgía admiración. En la

muerte había superado esa belleza que, viva, parecía insuperable; en los que antes no lo sabían, nació un dolor y casi remordimiento de no haber conocido cosa tan hermosa antes de estar completamente privados de ella, y luego supieron que tenían perpetua pena por ello”.

Sandro estaba sentenciado a esa perpetua pena.

Obstinado, y acalorado por el esfuerzo de seguir adelante, fue necesario que Verrocchio tirara con fuerza de su capa para que Sandro se percatara de que debía detenerse porque ya todos bajaban la cabeza para la Eucaristía.

Pero fue en el mismo instante en que el maestro jalaba sus ropas, al tiempo que sonaba la campana de la sacristía, que se hubiera arrancado sus propios ojos por lo que estaba viendo.

Sandro había quedado en diagonal a la esquina norte donde vio cómo la camisa blanca de Giuliano se hacía una sola con su sangre. Cayendo con toda la fuerza de su daga, sobre su cabeza inclinada dispuesta para la oración, Bernardo Baroncelli le había asestado una puñalada mortal. Y cobardemente con el joven ya en el piso, Francesco Pazzi hundía su puñal una y otra vez como si quisiera matarlo cien veces. “¡Sacrilegio!” “¡Piedad!” “¡Traición!”, repetían en el aire voces desorbitadas.

Era una grieta del infierno la que se había abierto ante los ojos de Dios y en su propia casa. El tiempo y su orden acababan de colapsar en un abismo, allí, en el corazón de Florencia. Botticelli y Verrocchio estaban tomados de la mano, con caras de horror, intentando llegar al altar mientras una multitud enloquecida buscaba salir a los empujones en sentido opuesto. Gritos desesperados y alaridos terroríficos retumbaban en el duomo, cuya acústica tantas veces celestial, esta vez reproducía un rugido del averno. Ahí, arrinconados contra una columna por la marea humana, y en solo segundos que habían parecido eternos, Sandro logró divisar cómo huían por la puerta de la nueva sacristía Lorenzo y Poliziano. Lorenzo se tomaba el cuello y su ropa estaba manchada con sangre. Tenía la capa envuelta en el brazo como escudo, y la espada empuñada. En el tumulto de gente corriendo en dirección a la puerta más cercana vio también cómo un grupo encarnizado alcanzaba a dos sacerdotes y se lanzaba sobre ellos como una jauría de perros en una de las salidas de la catedral.

Los conjurados habían esperado, para desenfundar sus dagas, que los presentes inclinaran su cabeza en oración ante el inicio de la eucaristía. Ahora entendía Sandro los abrazos de Francesco Pazzi a Giuliano en la calle. Estaba palpando si llevaba su armadura. Iba desprotegido, con una herida en la pierna, y totalmente desarmado. A total y vil traición lo había asesinado. Su cuerpo mutilado yacía sin

vida exactamente en los mármoles de la capilla de la cruz, allí donde caería el disco perfecto de luz en el solsticio de verano. La luz del cielo y la linterna del duomo denunciarían para siempre la masacre.

La ignominia de Judas había caminado en la tierra santa de los florentinos: su santa y bella catedral. Un remolino de voces clamaba "¡Venganza! ¡Muerte! ¡Muerte a los traidores! ¡Muerte a los Pazzi!".

Sandro cayó al piso entre lágrimas al lado del cuerpo de Giuliano. De alguna manera habían sido hermanos. Había muerto el mismo día que Simonetta. Debían borrar los 26 de abril del calendario de la vida, pues eran días de muerte.

—La puerta de la sacristía está bloqueada. Nadie sabe si Lorenzo vive o ha muerto, Sandro —le informó el maestro Verrocchio apurado —. Debemos ponernos a salvo.

Sandro levantó la cabeza y al hacerlo, en una catedral que también parecía abandonada por Dios, atestiguó dos sombras salir de un escondite tras el coro. "¿Por qué son mis ojos los que deben ver esto?", se preguntó mientras observaba atónito. Era Piero Vespucio, ayudando a huir a alguien que estaba escondido en el interior de la estructura de madera construida para el coro. No era un inocente quien se iba de esa manera. "La traición del padre de tu esposo te hubiera dolido como la muerte, amada mía", dijo buscando el cielo con los ojos abiertos y encandilándolos con el rayo furtivo que atravesaba el duomo. Acaso la luz cegaría por un momento la infamia que habían visto.

LVIII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

*H*elena estaba terminando de hablar con el profesor Di Nunzio cuando se sumó a ellos Antonio Agresti. El fotógrafo había llegado tarde a la reunión pero ella había avanzado detalladamente en el relato de la experiencia que habían vivido juntos al reconstruir la escena de *El nacimiento de Venus*.

—Es un gusto conocerlo, Antonio.

—Un gusto, profesor —devolvió breve pero cálido Antonio.

El antropólogo tuvo una rara sensación mientras él procedía a contar su versión. Lo escuchó compenetrado con lo que le pasaba a Helena. Vio cómo de pronto cruzaba su brazo por detrás de los hombros de la joven. Lo observó besarle suavemente la cabeza. Y creyó entender la paz de la que ella le había hablado. No quiso anticiparse en sus pensamientos, pero no pudo evitarlo. Estaba seguro de que un círculo se había cerrado en ese vínculo. Helena había posado para el fotógrafo como Sandro hubiera querido que Simonetta posara para él cuando la pintó como Venus casi una década después de su muerte.

LIX



1478
Palacio de la Signoria, Florencia

Desde un ventanal del Palacio de la Signoria, Lorenzo miraba la ciudad que había pasado de la pompa a la guerra. Tenía los ojos enrojecidos. Y la mirada de la venganza. Se apoyaba la mano en el cuello donde la herida, para su fortuna, había sido superficial. Los dos sacerdotes sacrílegos encargados de apuñalarlo habían sido tan torpes en la ejecución que él mismo había reaccionado contra ambos con el tiempo suficiente para huir.

Dentro de la sacristía, que podía trabarse por dentro, uno de sus hombres le había succionado la herida con temor a que la punta del puñal hubiera estado envenenada. Aún no sabían entonces que Giuliano estaba muerto y que debían sofocar la toma del Palacio de la Signoria, donde habían quedado encerrados sus enemigos, por impericia, desconocimiento de las trabas internas del edificio, y el mayor de sus errores: creer que el pueblo iba a traicionar a los Medici.

Palle, Palle!, gritaba la multitud en las calles en respuesta a los traidores que decían luchar por la libertad de Florencia. *"Palle"* era cada una de las esferas que cubrían el blasón de los Medici.

Pero ni la bestial ejecución de Francesco Pazzi que fue arrancado de su casa por los vengadores y colgado del palacio, saciaba su sed de venganza. Como no la saciaba la misma sumaria condena para su tío Jacopo que había osado una embestida final a caballo con sus cien últimos hombres. Nada pagaba la vida de Giuliano. Esa sed de venganza ocuparía siempre su alma. Lorenzo necesitaba beber la sangre de sus traidores hasta la última gota. Había picas con cabezas de algunos de los complotados. Y los cuerpos de los principales

conjurados colgaban ahorcados de las ventanas de la Signoria. Por momentos, se asomaba a observar el espectáculo de su poder implacable, puesto a prueba por la conjura y la traición. Pero su sangre hervía aún más. Le quemaba en las venas. Movía su mano como en un acto reflejo hasta apretar una y otra vez la empuñadura de su espada. Sangre por sangre. Ese era el comercio que demandaba su honor.

El mismísimo Papa había estado detrás del complot contra su familia. Ahora entendía cada movimiento. La presencia del *condottiere* había sido la simulación de la diplomacia. Tras las cortesías de Estado, tramaban la matanza. No hubieran podido actuar sin la anuencia del Papa. El propio Cardenal de Pisa colgaba de una de las ventanas. Y el sobrino de Sixto IV estaba detenido bajo su poder. Tenía que decidir qué hacer con él. No entraba en su cabeza que el Vaticano hubiera complotado para una masacre en la Catedral y durante la eucaristía. Habían ido más allá del sacrilegio. Los encargados de asesinarlo a él ¡eran curas! *"Mio Dio, è l'omicidio de la conscienza. Sacrilegio"*. "Dios mío, es el homicidio de la conciencia. Sacrilegio."

Abajo, en explanada que se extendía al frente del Palacio de la Signoria, Sandro Botticelli cumplía con las órdenes de Lorenzo de Medici, de pintar la imagen de los ejecutados. Pero no lo hacía con gusto. No creía que el arte debiera usarse así. Contrariado y quebrado emocionalmente como todos los que habían atestiguado el horror, subió a ver a Lorenzo.

Manchado con pintura, con lastimaduras en la cara y los brazos por los forcejeos en la Catedral, con los ojos irritados por las lágrimas y la rabia, se presentó ante un irreconocible Lorenzo. Algo se había apagado para siempre en sus ojos vivaces. O era la sombra del odio que los hacía opacos. Avanzó sin poder expresar palabra. Lo miró sincero y buscó con los ojos al Lorenzo que conocía. Lorenzo quebró su dureza ante los ojos de Sandro y dos lágrimas cayeron pesadas en su cara tensa. Sandro no pudo evitar romper en llanto. Los dos sabían por qué lloraban. Habían crecido juntos y Sandro había sido un hermano para ellos.

—Vi cómo lo mató Baroncelli —sollozó— y esa escena se repite en mis ojos, aunque esté mirando otra cosa. Aunque te vea a ti ahora, Lorenzo —se desesperó Sandro—. ¡Perdón, Lorenzo, perdón! —exclamó lanzándose a sus brazos.

—Perdón por qué —volvió a endurecerse Lorenzo—. ¡Perdón por qué, Sandro! ¿Tú también?

—¡No! ¡No! ¡No! —le juró uniendo sus manos en gesto de oración—. Perdón porque vi caminando a Giuliano con Francesco y no

sospeché. Y debí haber sospechado que ese maldito…

—Nadie sospechó. Ni yo. Ni yo, Sandro. ¿Pero quién puede perdonarme a mí?

—Lorenzo, pintar a estos desgraciados ofende al arte… —intentó explicar.

—¡Pinta a esos malditos para que pueda verlos colgados cuando ya estén podridos! ¡Quiero verlos ejecutados aun cuando su polvo alimente a las ratas! —bramó, tomándose su cuello en el último esfuerzo por levantar la voz.

Fue ahí que la entrada de un mensajero interrumpió el dramático intercambio entre los amigos. Tras él, entró rauda y vestida de luto, su madre, Lucrezia Tornabuoni. Ella misma tomó al paso la carta que ofrecía el joven emisario con la mano extendida y lo dispensó de permanecer allí.

—Gracias, muchacho. Puedes irte —lo despidió al tiempo que se ponía de frente contra su hijo y descubría a Sandro—. ¡Ah, caro Sandro! Ha pasado un largo tiempo sin verte.

—*Signora*, mi dolor la acompaña en su pérdida —le dijo compungido sacándose la gorra que usaba para pintar.

—Este es un mensaje de Piero Vespucio detenido en la *carcere delle Stinche*. Es la tercera carta que envía. Pero aquí hay una amenaza. ¿Por qué está preso?

—Ayudó a escapar a uno de los conspiradores y él mismo…

Sandro lo había visto ese día en la catedral. Intentaba pensar rápidamente si el hecho de callar haberlo visto era también un acto de traición. Por qué él no lo había denunciado. Lo pensaba recién ahora. Pero era claro que estaba entre los traidores. Le venían a la memoria advertencias de Simonetta. La masacre había llevado un plan de largo tiempo. Traiciones intramuros. Todos eran sospechosos en Florencia. Eso pensó. Y los conjurados habían logrado todo lo contrario a lo que esperaban. No solo no habían asesinado a Lorenzo, sino que habían multiplicado su poder.

Lucrezia hablaba con total libertad delante suyo, pero no sabía, como sí sabía Lorenzo, que la familia Vespucio era muy importante para él.

—Léela. Y piensa qué haremos —le ordenó cortante la mujer, y salió del salón, no sin antes ofrecerle una cálida sonrisa a Sandro.

Vio el rostro de Lorenzo pasar de la apatía a la furia en un minuto mientras leía el mensaje.

—¿Qué dice, Lorenzo?

—Me extorsiona. Está dispuesto a seguir vendiendo a Simonetta aunque ella esté muerta. Vete, Sandro —le ordenó Lorenzo.

—Necesito saber, Lorenzo —le rogó.

—¡Vete, Sandro! —le gritó terminante.

Lorenzo se quedó leyendo solo la intimidante misiva de Piero Vespucio que tergiversaba varios hechos para mandar mensajes extorsivos. Y que, sobre todo, estaba dispuesto a manchar el honor de Lorenzo, de Giuliano y de Simonetta. Volvió a leer la carta:

Si no te he escrito antes es porque he estado tan derrotado y sacudido por la fortuna que hasta he dudado si me llamo Piero Vespucio. Sabiendo ahora de las buenas noticias y de la buena voluntad de Lorenzo, mi fortaleza ha comenzado a retornar...

Cuando el alma bendita de tu Giuliano solía visitar mi casa, muchas veces él me dijo en presencia de otros que era el más infeliz entre los jóvenes de toda Italia.

Tuve tanta compasión por Giuliano desde siempre que llegué a darle todos esos placeres y delicias que mi hijo Marco y yo pudiéramos ofrecerle, en tanto su bondad y honestidad pudieran darnos garantía. Giuliano nos compró ropas de Simonetta y me dejó sin el cuadro que teníamos de ella. Con Marco obtuvimos una gran ganancia de él.

¿Cómo puede ser entonces que yo esté ahora aquí en prisión, habiéndole revelado a Lorenzo muchos importantes secretos robados del escritorio del Señor de Piombino?

Lorenzo dejó la carta escondida dentro de un libro de su biblioteca y caminó lentamente hacia la ventana. Se veía el Duomo, resplandeciente bajo la luz del sol. Allí habían asesinado a su hermano de veintiún puñaladas. Él mismo las había contado antes de los funerales. No podía permitir que Vespucio lo difamara por esas pertenencias de Simonetta. Lorenzo sabía que Giuliano había llorado su muerte, como todos, pero, además, con el pesar de no haber podido tenerla. Varias veces se lo había reclamado a él. Pero no tenía idea de que había llegado a quedarse con un cuadro suyo, o con sus ropas.

En cuanto a la alianza con Piombino, Piero también podía hacer mucho daño si es que los inclinaba hacia las huestes del Papa. Sobre todo teniendo en cuenta que habían negociado un matrimonio entre Giuliano y Semiramide Appiani la sobrina de Simonetta. Un triángulo de relaciones de ese tipo sería una deshonra que los Appiani, señores de Piombino, no podrían dejar pasar sin romper la alianza con los Medici. Menos cuando si de algo estaba seguro Lorenzo, era de que

había una larga guerra en puerta con Roma.

Sandro había salido de allí sin saber el contenido de esa carta que hubiera roto una vez más su corazón, atormentándolo con la sospecha de un amor entre Simonetta y Giuliano. Al final, el único amor documentado de *la bella di Firenze*, iba a ser para la historia, el romance platónico, excelsamente escrito por Poliziano para aquellos gloriosos juegos y estas cartas de un conspirador. Por un momento recordó la *Giostra* de Giuliano, y afloró en su corazón todo el amor y todo el dolor por su hermano. A la par de las lágrimas en su poderosa cara, su puño cayó sobre la mesa con todo el anhelo de su venganza.

LX



2023
Piazza della Signoria, Florencia

Helena no podía creer lo que pasaba. Estaba haciendo una campaña publicitaria donde representaba a la Venus de Botticelli como embajadora de Italia para el mundo. Pero lejos de las contradicciones que la abrumaban, sentía que algo estaba en armonía. No se sentía una usurpadora de otra historia. No tenía culpa alguna. Sentía por lo contrario que ella ya había estado ahí. Que había algo triunfal en lo que pasaba, pero no lo podía explicar.

Cuando pensaba en el proceso que había atravesado, no tenía dudas. Helena sentía que cada regresión la curaba un poco. Que no solo se liberaban angustias y dolores de Simonetta, sino que ella en lo personal, recibía certezas. Que su preocupación sobre si era correcto encarar un proyecto comercial que se relacionara con su experiencia psíquica, era en el fondo prejuiciosa e injusta. Ella no había buscado nada de lo ocurrido. Al contrario, se había puesto en crisis para encontrar su verdad. Ambas cosas iban por carriles diferentes, aunque estuvieran conectadas en ella. Ese video viral nunca habría sido posible sin su proceso interior, sin ese día en que un impulso irrefrenable la había llevado a la tumba de Simonetta sin saber que iba a encontrar a solo metros la tumba de Sandro. Uniendo los puntos, sus regresiones, sus hallazgos, sus emociones habían logrado que muchas cosas se pusieran en orden. No. No podía responder si en ella había vuelto Simonetta a la vida. Prefería no formular esa respuesta.

Se miró por última vez al espejo en el camarín montado en una carpa, al lado del Palazzo Vecchio y se encontró con ella y con Simonetta.

Cuando salió al set, montado al lado de la fuente de Neptuno, escuchó una exclamación unánime: ¡Es Venus!

Era tiempo de renacer a Venus, se dijo. Y caminó triunfal como si el tiempo regresara quinientos años.

LXI



1478
Piazza della Signoria, Florencia

Al pintar esas escenas de hombres ahorcados, hombres que había conocido en vida, pero que quedarían eternizados en la perenne ejecución de su muerte, Sandro se sentía también él expulsado de la existencia. Penando en el territorio temido del fin. Se figuró el horror, el dolor, el hedor metálico de la sangre, la asfixia de la horca, la expiración del alma en la materia.

Hacía muy poco había pintado la Adoración de los Magos, donde tres generaciones de la familia Medici, se mezclaban con los Reyes que visitaban al niño Jesús. Allí, Giuliano aparecía lleno de vida. Cómo podía ser posible que él estuviera pintando ahora a su asesino, a quien había visto solo momentos antes de ultimarlo, dándole el abrazo de la traición.

Sandro había entrado a la muerte para pintar la muerte. La había habitado. En los gestos que se despiden abruptamente de la vida. En el terror que toma los tendones y los músculos. En los ojos desorbitados despegándose de la existencia concreta hacia lo desconocido. “Oh, Dios, Giuliano también era mi hermano”, se decía, atribulado mientras pasaba el pincel como una daga. Había hecho justicia con sus pinceles. Pero sentía asco. Náuseas de la muerte. De pintar la muerte. Sandro había pensado en la muerte antes. Su asidua visitante. Había pensado una y otra vez. Pero ahora él mismo se convertía en verdugo. Y sentía algo ominoso. El mundo se ha vaciado de amor desde que Simonetta no estaba en él. Y había sido el preanuncio de un apocalipsis en Florencia.

Con la última pincelada, su cuerpo cayó vencido al lado de

aquellos espectros de la venganza. El horror, el horror.

LXII



2023

Escuela de Historia del Arte, Florencia

La sala de proyecciones de la Escuela de Historia del Arte que dirigía la profesora Giovanna Regazzoni tenía la forma de un pequeño anfiteatro. El espacio donde cabían sentadas unas cien personas, se agrandaba con la presencia de apenas cuatro espectadores. En la pantalla, se observaban dos imágenes: la de un cuadro de Botticelli donde la modelo era una vez más Simonetta Vespucio y la de un camafeo de la colección de Lorenzo de Medici que curiosamente la joven lucía en la pintura.

—Esta era una de las gemas más preciadas de las colecciones de Lorenzo —explicaba la historiadora señalando el camafeo—. Se llama el *Sigillo di Nerone*, el sello de Nerón. Al inventariarse los bienes artísticos de Lorenzo en 1492 se estipuló su valor en mil florines de aquella época. Muestra la escena del desafío musical entre Apolo y el sátiro Marsyas y es una de las piezas más reproducidas en el Renacimiento. ¿Pero por qué Sandro Botticelli pinta a Simonetta Vespucio luciendo este preciado camafeo de Lorenzo? Como ustedes saben, Sandro Botticelli era un maestro de las alegorías y con ellas construía significado, enviaba mensajes crípticos y cargaba sus piezas de simbolismo. Entonces, ¿Quiere decir este camafeo en el cuello de Simonetta que ella era también una pieza preciada de la colección de arte de Lorenzo de Medici? ¿quiere decir que ella era una gema de Florencia? ¿Quiere decir que ella pertenecía a Lorenzo? O quiere decir que Lorenzo encargó este cuadro… todo puede ser.

—¿Cuándo fue pintado este cuadro profesora? —la interrumpió Helena.

—Buena pregunta, Helena. Este cuadro donde Simonetta aparece de perfil, idealizada como una ninfa, con un curioso tocado, fue realizado en 1480, cuatro años después de su muerte y dos años después de la muerte de Giuliano. Quiero agregar también que apenas fue asesinado Giuliano en la llamada Conspiración de los Pazzi, que era una familia rival de los Medici, Sandro pintó varios retratos de Giuliano. Habían sido dos terribles pérdidas en muy poco tiempo y la pintura era la forma de hacerlos renacer incluso más grandiosos.

—¿Por qué lo preguntaste, Helena? —agregó el profesor Di Nunzio, que siempre se concentraba en analizarla.

—Por su tristeza. Hay belleza en su cara, pero también cansancio y una mirada dura que no es... —se detuvo.

—¿Que no es qué? —insistió el profesor.

—Que no tiene vida o que lleva el dolor del duelo. No puedo saberlo.

—Bueno, hija —acotó Josefina—, es un cuadro demasiado cercano con aquella masacre y demasiado cercano con su muerte. Sandro debía cargar con la responsabilidad de resucitarlos. Ponerse en el lugar de Dios.

Todos quedaron atónitos por la interpretación de la guía. Ella creyó que había dicho algo incorrecto y miró culposa.

—Es maravilloso lo que dijiste, Josefina —la elogió la historiadora —. Creo que llegaste a un punto muy importante. Pienso que las vivencias de Helena expusieron una trama de dolor aún vivo entre los pliegues del tiempo. No tengo dudas de que confirma que Simonetta fue un amor de Lorenzo y de Botticelli y que ambos lo sabían en secreto. Una curiosa hermandad. Creo que Giuliano quedó como una pantalla en la historia. Creo que las angustias que afloraron en Helena e increíblemente la llevaron a protagonizar a Simonetta al ser registrada en la tumba de Sandro, pueden indicar ya una especie de reparación de esos dolores. No quiero abundar en el mundo inmanejable de lo sobrenatural, pero él volvió a producir su cuadro, de alguna manera.

Un ínfimo sollozo en el penumbroso auditorio les hizo notar a los académicos que Helena había comenzado a llorar. Josefina se acercó a su lado y la tomó por detrás de los hombros dándoles palmadas de contención. Ninguno se atrevió a decirle ni una palabra. Más bien, decidieron acompañar su repentina congoja o emoción.

—¿Es eso posible? —preguntó Helena entre sollozos—. ¿Es posible que él...? ¿Que tanto amor atraviese los siglos y…?

—Quizás la respuesta está en tus lágrimas, Helena. Y en eso que acabas de explicar: que el amor atravesó los siglos. Si tú lo sientes, tú

eres la evidencia.

En esa sala oscura había resplandecido una especie de luz. Había tantas preguntas surcando la mente de Helena. Había sido muy valiente en su peripecia emocional. Y todos sabían que habían empezado a cerrar un círculo de significado. En la pantalla, brillaba la pintura de Simonetta como una ninfa, con el camafeo de Lorenzo resaltando en su piel inmaculada y colgando de su cuello esbelto.

LXIII



1478
Taller de Sandro Botticelli,
distrito de Ognissanti, Florencia

*E*n la quietud de la noche, el sonido de la puerta sobresaltó a Sandro. Aunque estaba acostumbrado a recibir a otros artistas en horarios inesperados, no esperaba encontrar al eminente Giorgio Vespucio en la puerta de su taller. Con evidente apuro, su rostro grave y tenso anticipaba una necesidad. Vestido de negro y con una capa que cubría su cabeza, empujó la puerta hacia dentro para albergarse rápidamente del frío. Era una de esas noches de cielo límpido y estrellado que se derramaba luminosa sobre el río Arno, pero fría como todo el invierno.

—Adelante, *signore* Vespucio. Pase, pase.

—*Grazie, grazie*, Sandro. ¿Tienes algo de luz para mostrarte unos documentos?

—*Certamente*... —respondió presuroso el pintor.

Cuando Sandro acercó un candelabro a la mesa, se encontró con una carta sobre la que el índice de Giorgio Vespucio marcaba una firma: Marsilio Ficino. Si la firmaba el gran maestro Ficino que presidía la Academia Platónica y era el tutor de los hijos de Lorenzo de Medici debía ser importante.

Giorgio Antonio Vespucio era hermano de Piero, el padre de Marco, pero a diferencia de su pariente, caído en desgracia luego de la conspiración en la Catedral, gozaba de gran prestigio como intelectual y hombre de fe. Se había formado como refinado copista de textos en griego y en latín y era tutor de jóvenes de familias notables. Eso lo llevaba a esas horas de la noche al taller de Sandro.

Entre sus alumnos estaba Lorenzo di Pierfrancesco de Medici, primo segundo de Lorenzo el Magnífico. En la extensa misiva, que Ficino había copiado a dos hombres de su círculo áulico entre los que estaba Giorgio Vespucio, el filósofo le prometía un inmenso presente, un presente celestial: Venus. Pero no era la idea de Venus como diosa del deseo sino como la mismísima *Humanitas*, la Humanidad. Ese amor entre los seres humanos que da gracia y dignidad a la vida. La suprema virtud que deviene de Dios. Sandro escuchaba la lectura de la carta y la explicación por parte del maestro sin entender bien qué tenía que ver él con todo eso.

—¡Tienes que pintar a Venus, hijo! —le replicó a sus dudas con una aguda e imperativa voz.

Sandro prosiguió leyendo una línea en particular que el profesor le indicaba:

“Es mucho más fácil que la contemplación de la Belleza inspire amor, que explicarlo con palabras. Por lo tanto, si pudiéramos presentar a la maravillosa Virtud en sí misma a los ojos de los hombres, no habría ninguna necesidad de tener que persuadirlos”.

—¿Entonces? ¿Qué quiere decir esto? —insistió Sandro.

—Que debes pintar a Venus, que debes pintar la Belleza, que debes pintar a la Virtud. Para que el joven Lorenzo di Pierfrancesco pueda contemplarla cada día y recibir comprensión a cambio.

El joven Lorenzo di Pierfrancesco había adquirido Villa di Castello hacía poco tiempo, y sus reputados tutores querían vestir sus paredes con Venus como la Humanidad, y comisionarle la ejecución de las pinturas a Sandro Botticelli. Sandro sumaría el mecenazgo de otro Medici, y un desafío superior: sus pinturas de Venus mostrarían una nueva Venus. La que corporizaba la bondad, la belleza y la humanidad. No era el nacimiento de Venus lo que iba a pintar, sino el renacimiento de Venus. Y cuando Giorgio Vespucio se fue conforme por su aceptación del encargo, Sandro no dudó: Venus tendría el rostro de Simonetta.

Nadie como ella corporizaba la bondad y la belleza. Y él la haría inmortal, como tantas veces lo había soñado. Su vida no tenía otro sentido. Después de mucho tiempo se sintió él mismo renacido en el entusiasmo y se dispuso a hacer algo que había postergado durante años. Se dirigió a una de las paredes del taller, donde detrás de un falso fondo estaban escondidos los bocetos de Simonetta desnuda. Le temblaban las manos. No pudo evitar encandilarse al verla. Para él no eran trazos de sus carboncillos, era la presencia de ella guiando su mano. Al verla, le pareció recuperar su voz desde el pasado, y sentir su perfume. Sonrió y lloró en el mismo gesto de emoción. Caminó

hacia la litera donde ella posaba, donde se habían amado, miró queriendo hacer el milagro de verla aparecer con la voluntad de sus ojos, se sentó en el mismo lugar que ella, e imaginó el calor de su cuerpo, cuando tantas veces se habían abrazado.

El amor intacto, infinito, lo hizo tomar la decisión. Haría algo que jamás se había hecho: pintaría una mujer desnuda, en tamaño real, que fuera tan bella, que emocionara por siempre a la humanidad, sin que importara el tiempo o la muerte. Pintaría a su amada Simonetta.

LXIV



2023
A orillas del río Arno,
a la altura del Pontevecchio, Florencia

El profesor Stefano Di Nunzio caminaba en dirección a la Galleria degli Uffizi hablando por su teléfono móvil. Venía de encontrarse con Helena y habían realizado una nueva regresión. Los resultados lo habían dejado inquieto.

—Apareció algo que llamaría "una interferencia", Giovanna. Un dato que no esperaba. Quizás sea el cansancio. Tal vez. debemos dejar todo como está. Helena está muy bien. Aliviada, sin angustia. De hecho, le pedí esta regresión porque quería reconfirmar su equilibrio psíquico. Pero de pronto, ella se sintió atormentada y por algo absolutamente inconexo.

—¿Qué sería inconexo, profesor?

—¡Habló de la Segunda Guerra Mundial!

—Interesante...

—Sí, interesante, pero desconcertante, Giovanna. Habló de peligro, de encierro, de sal. Le pregunté quién era. Respondió que era Simonetta. No entiendo...

—Quizás necesita descanso, Stefano. O dejar todo como está.

—Eso le dije, Giovanna, pero le iba a pedir a usted que investigara si hay algo que permita unir los puntos.

—Claro, profesor. Lo haré.

LXV



1482

Villa di Castello, Florencia

En las colinas de Florencia, donde se encontraba el antiguo acueducto romano conocido como *castellum*, se levantaba la Villa di Castello. Lorenzo de Medici cruzaba sus imponentes jardines junto al anfitrión de tan excelsa residencia, el joven Lorenzo de Pierfrancesco de Medici, su homónimo y su primo. La conversación había sido tensa dejando a ambos parientes en un silencio incómodo.

Luego de atravesar bellas fuentes y en el laberíntico parque, el dueño de casa tomó la delantera con unos ágiles saltos y buscó una vez más, desafiar a quien llamaba en la intimidad un tirano. A sabiendas de cuánto significaban para él las obras de arte, lo llevó a contemplar las que más le daban orgullo.

—Ven, ven primo, sígueme. Tú quieres pagar lo que me debes con obras de arte, pero yo ya tengo obras de arte. Además, ¿cuánto haría falta para cubrir veintiún mil liras de oro? ¿Eh?

Lorenzo siguió al joven con paso cansino pero implacable. Ese chico debía visitar sus colecciones antes de mandarse la parte. Pero todo era valioso con tal de postergar los pagos del dinero prestado. Los briosos movimientos del muchacho no lo inquietaban. Pero lo que iba a ver en los muros de sus habitaciones lo conmocionó.

Lo conmocionó tanto que huyó raudo del lugar. Al salir, intempestivamente, dejó atónitos a los presentes por la urgente escapatoria. No había llegado ningún mensajero. No había motivo para abandonarlos antes de la cena. Lorenzo el menor, como le decían algunos a su primo, temió que se tratara de una de las estratagemas malignas de su tío para humillarlo.

—Tranquilízate, debe haber recordado algo importante que lo hizo retirarse imprevistamente —le dijo al oído el maestro Poliziano al notar su angustia—. De hecho, creo que lo impactó la obra que bien interpretó nuestro querido Sandro Botticelli.

Hacia el taller de Botticelli cabalgaba endemoniado el propio Lorenzo. Sin pensar en las molestias que le provocaba la gota, amarga herencia familiar, forzó en bajada a su caballo para irrumpir junto a dos guardianes en la puerta del estudio del pintor. En la puerta golpeó como si intentara derrumbarla con sus puños hasta que un sorprendido Sandro asomó asustado y con una actitud corporalmente defensiva.

—Lorenzo... —llegó a musitar paralizado.

—La pintaste... —le reclamó con la respiración entrecortada y se metió en la casa dejando fuera a sus guardias.

—Lorenzo, yo...

—La pintaste para alguien más como nunca la pintaste para mí —lo increpó tomándolo del cuello de la camisa con las dos manos—. La pintaste sin avisarme como si no supieras...

—Si no supiera qué, Lorenzo...

—¡Que Simonetta es de los Medici! —gritó sin poder evitar que una lágrima se mezclara con su furia—. Parecía estar con vida. Tuve el estúpido impulso de estirar la mano para acariciarla —se quejó ya resignado.

Sandro miró hacia la ventana para ocultar su propia emoción. Las lágrimas de Lorenzo le decían las cosas que ya suponía. Y entendía su presencia, pero también la pena que siempre habían sabido que compartían.

—Conocías su cuerpo, solo como Dios la debe haber conocido —le reclamó con un susurro temible.

—¿Dios o Lorenzo? —se atrevió Sandro.

—No soporté verla, Sandro —admitió bajando la mirada.

Sandro bajó la cabeza sin poder contener el llanto y se tomó los ojos como si quisiera contener las lágrimas. O no humillar al poderoso Lorenzo en una inimaginable debilidad. Esos dos hombres habían compartido el mismo secreto y lo habían disimulado. Pero ahora los delataba el dolor. Mirando al piso, Sandro se animó a balbucear.

—Una de las noches en que la pintaba, quise convencerme de que podía resucitarla. Quise ser Dios, Lorenzo. Perdóname...

—Sentí celos, Sandro... Sentí que era mía, como el camafeo de la pintura que te encargué. Pero ella será de todos, será del tiempo...

—Y nosotros sabremos que la vimos en esta tierra— le contestó emocionado.

—Confiésame que recordaste aquel día en que danzó como una de las Tres Gracias para la visita de Eleonora de Aragón. Y por eso la pintaste como una de las Gracias. Ese día ella se adueñó de Florencia —evocó con una sonrisa.

—Ella no fue dueña de nada, Lorenzo —lo contradijo Sandro.

—Pues será dueña de todo... —ordenó Lorenzo—. Y pintaste a mi hermano, como Mercurio, a quien ella... —siguió, para ser interrumpido por el pintor.

—A quien ella le da la espalda —completó Sandro rehuyendo la mirada acusadora de su interlocutor.

—¿Cómo pudiste soportar pintarla?

—No lo soporté, Lorenzo. No pude impedir pintarla. Ella sale de mis trazos. Vuelve en mis pinceles —le reveló.

—Admite. Admite que ella también es la Primavera, tomada por Céfiro en el mismo cuadro... Y que Céfiro soy...

—Sí, Lorenzo. Céfiro eres tú. Que la perseguiste sin que pudiera escapar porque nadie escapa a tu poder —lo desafió Sandro acercándose esta vez y punzándolo con una mirada quieta que podría haber valido su sentencia de muerte.

—Ella resplandecerá en tu Primavera —le dijo Lorenzo por toda respuesta y comenzó a sollozar—. Solo tú y yo podremos descifrar esa escena que nadie entenderá.

—Se hace falsa la muerte ante su Primavera eterna —agregó el pintor como si expresara un decreto.

Lorenzo sabía a qué se refería Sandro. Él mismo lo había escrito en los comentarios de sus sonetos dedicados a Simonetta: *“En la muerte había superado esa belleza que, viva, parecía insuperable”, “la bellezza che, così morta, forse più che mai alcuna viva mostraba”.*

—La hiciste renacer —dijo Lorenzo llorando de pronto desconsolado—. A veces me siento culpable por su muerte y por la muerte de Giuliano. ¿Seré yo?

—Tú no puedes rehuir a tu destino. Ni yo al mío, *signore*.

—¿Recuerdas mi soneto para ella? *“O chiara stella, che coi raggi tuoi togli alle tue vicine stelle il lume, perché splendi assai più che’l tuo costume? Perché con Phebo ancor contender vuoi?” “Oh, clara estrella, que con tus rayos robas la luz de otras estrellas, por qué brillas hoy más que lo acostumbrado”* —recitó entre lágrimas.

Sandro Botticelli y Lorenzo de Medici sellaron su secreto entre lágrimas con un abrazo. El hombre más poderoso de Florencia había llorado de amor. Nadie lo había visto flaquear. Ni ante el masacrado cuerpo de su hermano Giuliano. Solo Sandro, que había pintado a sus condenados a muerte, y que había pintado a su oculto amor. Pero era

distinto a su amor el que Lorenzo le profesaba a Simonetta. Él la amaba como se ama una obra de arte, el ideal de lo bello y lo bueno, la posesión de lo precioso. Sandro la amaba como una mujer.

LXVI



1482
Sacristía de la Catedral Santa Maria del Fiore,
Florencia

Sandro esperaba impaciente en el pequeño vestíbulo que daba a las oficinas del canónigo. Aún le resultaba extraño que Giorgio Vespucio se hubiera convertido en el Fra Giorgio. "Quiero ser religioso y ya he tomado los hábitos", había dejado asentado el renombrado tutor en el catastro de Florencia. El hombre que le había encargado los cuadros de Venus y la Primavera a Botticelli, ya no existía. Es decir, era el mismo, pero no era el mismo. Con esa sensación de extrañeza lo miró entrar el pintor.

—No me mires con tanto asombro, hijo. ¿Qué te trae con tanta urgencia aquí? —le dijo sonriente.

—Fra Giorgio —se dirigió a él con cierta dificultad—, me alegra verlo bien.

—Dime, qué te preocupa... ¿Estás avanzando en el estudio de la Divina Comedia que te pedí?

—Sí, claro... Es por otra comisión que vengo. Por las piezas para el joven Lorenzo de Pierfrancesco.

—¡Ah! ¿Y cuándo tendrás el cuadro de Venus? *La Primavera* ha sido un éxito y me alegra que en su rostro cubierto de flores hayas visto el rostro de nuestra bendita Simonetta.

—Usted me prometió...

—¿No te pagaron?

—Sí, claro. Me pagaron. Pero usted me prometió algo más.

—¡Oh, hijo! ¡Por supuesto! Pero eso no puedo cumplirlo de

antemano —le respondió riendo.

—Lo sé, lo sé —agregó Sandro bajando la cabeza, apesadumbrado.

—¿Pasa algo, Sandro?

—¿Cómo puedo sentirme seguro de que eso se cumplirá? —se animó a exigirle bajando la mirada a sabiendas de su atrevimiento.

Sandro no supo con qué gesto recibía su pedido el religioso. No quería ser impertinente ni sonar desconfiado, ante alguien que era conocido por su rectitud. Pero lo atormentaba la idea de que, en el futuro, cuando Giorgio Vespucio muriera, nadie supiera que debían cumplir con enterrarlo a él en la misma cripta donde estaba sepultada Simonetta. Esa había sido la condición de Sandro para pintar los cuadros del joven Lorenzo de Pierfrancesco de Medici además del dinero y a riesgo de que el otro Lorenzo tomara represalias por la rivalidad que mantenía con su primo menor. El hermano Giorgio, Fra Giorgio, como ahora le decían, no le dio una garantía completa.

—Acompáñame con fidelidad y tu voluntad se concretará.

—Pero…

—No vuelvas a dudar de mi palabra, Sandro Botticelli.

—Perdón, Fra Giorgio. No dudaría. Lo acompañaré con fidelidad —juró.

—¿Cuándo tendrás el cuadro de Venus?

—Muy pronto, Fra Giorgio.

—¿Lo juras?

—Lo juro —afirmó.

Sandro no sabía qué prendas de lealtad esperaban en el camino. Sí sabía que estaba dispuesto a pasar esas pruebas sin importar qué le demandaran. Lo único que le daba sentido a su vida, era saber que en el final estaría para siempre con ella.

LXVII



2023
Universidad de Bologna, Bologna

El antropólogo Stefano Di Nunzio se sorprendió al salir de su clase y encontrar en el corredor a Helena. Su preocupación fue instantánea. ¿Qué habría pasado para que la joven fuera a buscarlo en persona a Bologna?

—¡Helena! ¿Pasó algo? —le preguntó intentando ocultar su ansiedad.

—Perdón, profesor. No. O sea, no se preocupe —respondió la modelo que lucía pálida y cansada—. Vine a Bologna por una campaña publicitaria y la verdad es que mi mente no para. Estoy exhausta. Con mucha ansiedad. No quería molestarlo, pero dije, "bueno, estando tan cerca, mejor lo voy a ver", y vine...

—Bien. Hiciste bien, Helena. Sabes que estoy cuando me necesites. Ven, vamos al aire libre y hablaremos mejor —la invitó a seguirlo.

Los dos caminaron hacia la escalera que descendía al antiguo patio de lo que alguna vez había sido un convento y desde la era Napoleónica hasta finales del siglo XX había funcionado como una prisión. Las tonalidades rosadas de las columnas que sostenían las arcadas de las galerías no permitían pensar en otro destino que no fuera el actual. Allí en el histórico edificio de San Giovanni en Monte funcionaba el Departamento de Historia al que pertenecía el profesor. Mientras cruzaban el patio con adoquines de piedra y un pozo de agua en el centro, Helena prosiguió su relato.

—Estoy más angustiada porque me desconcierta lo que viene a mi imaginación. Son imágenes de peligro, de guerra, de fuego. Necesito que me ayude.

—Mira, Helena, te diré lo que pienso. Después de todos estos meses haciendo terapias de regresión es natural que, al cesar, experimentes una sensación de vacío o de ansiedad. Y que como parte de esa ansiedad aparezcan incluso estas imágenes. Con lo cual no me preocuparía. Pero para que tú te quedes tranquila, si te parece, podemos tener una nueva sesión la semana que viene cuando regrese a Florencia.

—Si quiere, yo dispongo de tiempo para hacerlo aquí, profesor.

—Prefiero no cambiar el lugar de encuentro. Para no agregar elementos de confusión, hija. De paso le damos tiempo a que esto se atenúe.

—Está bien —contestó Helena, no del todo conforme y soltando un suspiro de agotamiento.

—Descansa tu mente hija, aliméntate, duerme. Has pasado por mucho estrés —le recomendó el profesor con la esperanza de que sus vivencias fueran coletazos de todo lo vivido y acaso una especie de inercia.

Helena cruzó el patio, sumida en la confusión. Sentía un profundo cansancio, pero también alivio. Quizás el profesor tenía razón y una especie de inercia la hacía buscar nuevas preguntas. Caminó sin rumbo como si quisiera perderse, o dejar atrás por fin lo que debía quedar atrás. Para que eso ocurriera del todo tenía que hacer esta última regresión. Algo le decía que aún había cosas por saber.

LXVIII



1482
Estudio de Leonardo Da Vinci, Florencia

Sandro siguió a su amigo hasta el pequeño cuarto donde se mezclaban elementos del arte con extraños artefactos de medicina. Entraba poca luz y la atmósfera carecía de la ventilación suficiente. El salón de trabajo era demasiado pequeño y había varias obras en progreso alrededor de una mesa que se usaba de camilla para los trabajos cadavéricos que el artista realizaba en forma clandestina.

—Debes buscar otro lugar, Leonardo —se animó a decirle Botticelli haciendo un gesto de desagrado ante el olor ácido que dominaba el ambiente.

—Ya sé que apesta, Sandro. Pronto me iré de aquí. Pero quiero que veas algo —le dijo ansioso Leonardo da Vinci mientras buscaba una de sus piezas en medio del desorden.

—¿Estás bien, Leonardo? —le dijo tomándolo por el hombro desde atrás e interrumpiendo su búsqueda.

—No —respondió categórico Leonardo, soltando la tela que acababa de tomar—. No estoy bien, Sandro. Cuando creía que estaba aprendiendo cómo vivir siento que en realidad estaba aprendiendo cómo morir...

—Pero qué pasa, amigo mío...

—No puedo terminar un solo encargo y mi mente me traiciona. Mi mano no logra ni la sombra de la perfección que mi pensamiento intenta y...

—Leonardo, aférrate a lo que sí puedes hacer; si no, no harás nada.

—Este lugar es irrespirable.

—Sí, claro, por eso debes buscarte otro estudio.

—Florencia es irrespirable, Sandro. Y no puedo hacer lo que tú haces.

—¿Qué es lo que yo hago?

—Ser un sirviente de los Medici —le enrostró.

—Si me traes para eso, me voy, Leonardo —lo desafió Botticelli volteándose en dirección a la puerta.

—Espera. Perdóname. Espera —le rogó tomando su capa para que el artista retrocediera—. *La adoración de los Magos*… —precisó—. Ayúdame.

—¿Mi obra de los Magos? —preguntó Sandro un tanto perplejo.

—No. La mía —agregó Leonardo buscando su boceto.

Sandro quedó boquiabierto. No había visto jamás algo así. Una acción tan vívida que las figuras parecían moverse en los trazos de la carbonilla. La comisión era para un altar de San Donato en Scopeto, fuera de los muros de Florencia. Se la habían encargado los monjes agustinos y Leonardo no podía terminarla. Lo traicionaba su propia idea que, plasmada en la tabla, no lo convencía. A Sandro, en cambio, lo maravilló ese remolino de figuras que propendían en su caos hacía el centro de la escena donde la Virgen y el Niño Jesús recibían los regalos de los Reyes. La composición ofrecía el contraste entre lo divino y lo terrenal, entre lo eterno y lo inmortal. Las líneas que dibujaban a la Madonna y al niño eran delicadas y armónicas. Las que definían a las otras figuras, desesperadas por alcanzarlos, eran duras, carnales, humanas, terrenales.

En su propia versión de *La adoración de los Magos*, Sandro había combinado las figuras bíblicas con la dinastía de los Medici, en un cuadro tan grandilocuente como funcional a la poderosa familia. A diferencia de Leonardo, él asumía su rol como pintor de la corte. Da Vinci jamás podría haberlo hecho. Él padecía otro tormento: una genialidad que lo sobrepasaba y una libertad innegociable, que desafiaba a una sociedad jerárquica donde el arte y los artistas tenían un señor: Lorenzo el Magnífico.

—Estaba buscando si te habías autorretratado como yo hice en mi cuadro —bromeó Sandro.

—Oh, no, maldito tramposo. No quiero estar en ninguna adoración, pero debo reconocer que me sentí mirado por Sandro desde tu cuadro. Creo que es lo que más me gusta de tu *Adoración de los Magos*. Tú mismo, hablando con esos ojos que tienes…

—Leonardo, debes terminar esta pieza. Créeme que vas más allá de todo. Será tu primera gran obra y luego nadie te detendrá.

Leonardo lo escuchó con decepción. Si algo no sentía posible, era ser aceptado en Florencia. No le habían permitido ni pintar a los

ajusticiados, que Sandro había deplorado realizar pero que igualmente le habían encargado. No tenía dudas de que sería castigado por transgredir, por provocar, por cruzar cualquier frontera que lo precediera. Florencia no le perdonaría jamás su libertad.

—Me iré, Sandro. Estoy escribiendo una carta a Ludovico Sforza, el duque de Milán. Lorenzo me envía a llevarle una lira de regalo. La llevaré yo mismo. Parece que él es un gran músico. Y en su corte anhelan tener artistas como los florentinos.

—Pero traicionarás a Lorenzo...

—Lo traicionaría si no cumpliera su misión. Si el duque de Milán se entusiasma con mi oferta, Lorenzo lo convertirá en su propio regalo. Ya lo verás...

—Si tú lo dices... Pero ¿cómo cautivarás el interés de Sforza?

—Le ofreceré a su Excelencia todos mis secretos: construcción de puentes, acueductos, armas y, si lo necesita, túneles secretos o carros con armadura para sus ejércitos. Le diré que, en el arte y en lo que sea, puedo hacerlo todo posible.

Sandro lo miró como se mira el mar bravío. Sintió admiración por su genio y sintió su franca amistad. Envalentonado por la confianza que depositaba en él su joven amigo, lo invitó a su taller.

—Ven conmigo, también quiero mostrarte algo, Leonardo.

Leonardo lo miró con ojos brillosos por unos segundos e hizo un gesto afirmativo con su cara. Buscó una capa en el caótico atelier y se lanzó con Sandro a las calles como tantas veces. Leonardo parecía un mago con sus cabellos largos y enrulados y esa capa dorada y púrpura que solo él osaba usar. Cruzaron pronto la ciudad por los atajos que solo ellos conocían hasta llegar al distrito de Ognissanti. Al entrar al taller, Sandro ni siquiera se detuvo en el vestíbulo para dejar su abrigo y se metió directo en el salón de trabajo. Desde allí llamó a su amigo. Al entrar, Leonardo miró ese lienzo como si fuera testigo de una aparición. Había reconocido a esa mujer. Y su desnudez le revelaba lo que jamás había supuesto. Sandro no se atrevía a confesarle su propio proyecto que iba más allá de la vida. No se atrevía a confesarle que amaba a esa mujer que sería la primera mujer pintada sin ropas desde la Antigüedad. No se atrevía a confesarle que solo anhelaba morir para dormir a su lado en la eternidad. Leonardo no necesitó confesiones. Él también amaba. Y amaba a riesgo de muerte a uno de sus pupilos.

—Siempre lo supe.

—Qué cosa —le preguntó Sandro.

—Desde su boda supe que la amabas, Sandro. Ahora también sé de la valentía de tu amor.

Leonardo sabía perfectamente que nadie podía pintar un cuerpo humano con detalles tan específicos sin antes conocerlo. Ni interpretar su humana belleza sin antes haberla recibido. Le pasaba a él con su amado Salvai. Y por eso también debía huir. Antes de que lo condenaran por sodomía. Pero el boceto que tenía ante sus ojos era una señal. “Los artistas podemos liberar al mundo”, pensó.

LXIX



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

*H*elena no había pegado un ojo y el antropólogo se dio cuenta al verla. No quería interferir en el proceso de regresión siendo incisivo con sus preguntas, pero al verla entrar la notó más delgada y algo demacrada. Le llamaba la atención esa alteración en el equilibrio logrado con los hallazgos sobre Simonetta. Él estaba seguro de que habían resuelto esa honda conexión que ella vivenciaba con la musa icónica de Botticelli. Cuando lo pensaba como profesional, le parecía una de las aventuras psíquicas más extraordinarias que había presenciado.

Como siempre, insistió en que Helena tomara un té o al menos un vaso de agua. Ella dejó su bolso en las penumbras del living y pasó directo al gabinete donde estaba el diván. Lo primero que notó al encenderse la luz fue el caballete que seguía allí. Estaba cubierto. A ella la tentó correr la manta que tapaba la imagen, pero apenas la tomó, la soltó con repentina indecisión. El profesor seguía sus movimientos con atención y supo que la joven tampoco quería que hubiera ruidos en su experiencia. Cuando la vio recostarse sin pedir permiso quedando lista para iniciar la sesión, entendió el mensaje.

—Dime dónde estás, Helena —preguntó como era rutinario al cruzar el umbral del tiempo por el que la guiaba.

—No reconozco este lugar…

—¿Puedes describirlo?

—Hay mucho humo. Cuesta ver. Cuesta respirar —agregó interrumpiendo su descripción con una inesperada tos.

—Dime lo que puedas notar o percibir con tus sentidos.

—¡Fuego! ¡Mucho fuego!

—¿Es otra vez una imagen de guerra?

—¡No! ¡Es una hoguera! ¡Arde! Y hay sombras que la alimentan arrojando…

—Arrojando qué…

—No logro verlo… Sandro…

—¿Sandro? ¿Qué pasa con Sandro?

—¡Sandro está en peligro!

LXX



2023
Un pequeño café frente al Duomo, Florencia

El antropólogo le había pedido una reunión urgente a la historiadora Giovanna Regazzoni. Ella no tenía dudas de que lo que aparecía en la última regresión de Helena era la llamada "hoguera de las vanidades" del fanático monje dominico Girolamo Savonarola. Había logrado convertirse en un hombre de confianza de Lorenzo de Medici, pero luego de su muerte había devenido en el tirano de Florencia, con ínfulas de inquisidor, que detestaba las expresiones artísticas y las veía como tentaciones del demonio. Eso lo había llevado a ordenar bajo pena de castigo que ardieran todos los objetos pecaminosos para purificar Florencia.

La noche del 7 de febrero de 1497 iba a ser recordada como una noche de terror para el arte y para la libertad. En una hoguera feroz que más ardía cuanto más era alimentada, perecieron miles de obras artísticas y todo tipo de objetos que expresaran vanidad: ropas, adornos, joyas, maquillajes, instrumentos musicales, libros.

—No pensé que esto surgiría, pero debo decirlo. Sandro Botticelli era un fervoroso seguidor de Savonarola. Él mismo quemó algunas de sus propias obras. Nadie ha entendido hasta hoy esa decisión radical en su vida que lo llevó a deplorar su propio arte.

—Pero entonces cómo sobrevivieron tantas obras de Sandro.

—Eso es otro misterio. ¿Él mismo las protegió? ¿Él protegió las obras donde pintaba a Simonetta? ¿Podía desobedecerle a Fra Giorgio Vespucio? La verdad que no lo sé.

—Por lo que me dices esto pasó varios años después de la muerte de Lorenzo el Magnífico.

—Cinco años después. Y Savonarola fue la serpiente en su paraíso. Ganó su confianza, se convirtió en su confesor y el de toda su familia. Ganó el favor de Clarisa que era muy devota. Pero luego arrasó con la cultura de los Medici. Fue un tiempo oscuro en la ciudad más brillante de Italia. Esto ocurrió dos décadas después de la muerte de la propia Simonetta.

—Y sus cuadros no fueron destruidos por el fuego.

—No.

—Algo nos está diciendo Helena con esta información. Y la verdad que encaja con lo que me cuentas. Conozco de Savonarola, pero recién ahora puedo conectar mejor mis ideas. Lo que no me cierra aún son las referencias a la Primera o Segunda Guerra Mundial. Pero tal vez eso es una confusión.

—Escuche, profesor. Sandro Botticelli ha sido vilipendiado durante años por seguir a Savonarola. Es casi un tabú para quienes lo aman.

Luego de escuchar atentamente a la profesora, el antropólogo le dio un último trago a su ristretto y se despidió de la mujer. Mientras caminaba de regreso a su gabinete, entendió que había nuevas razones para seguir indagando. Pero también supo que habían llegado a otra fase de la exploración. Ahora, Helena estaba recibiendo información cruzada. No solo de Simonetta, sino también de Sandro. Sandro la estaba guiando. Bueno, esa era la hipótesis que él elegía plantearse, aunque pareciera descabellado. Aunque no osara mencionarla ante sus compañeras en esta aventura, y mucho menos ante su joven paciente.

LXXI



1497
Convento de San Marco, Florencia

Sandro no puede despegarse de ese hedor del infierno. El humo se ha pegado a su capa, cubierta de cenizas, como su pelo. Tiene quemaduras en las manos y también en sus ropas. Tiembla en la galería del convento donde espera a Fra Giorgio. Con cincuenta y dos años y un cansancio potenciado por la tristeza, se siente sin salida. No reconoce a su propia ciudad, pero está seguro de que el Apocalipsis que lo rodea empezó con la muerte de Simonetta y la masacre en la Catedral. Dios no podía perdonar tanto.

Ahora que Lorenzo y su gloria son solo un recuerdo cuya mera evocación es considerada sacrilegio, se siente un desterrado. Pero no puede irse. Tiene que resistir. Le arden las ampollas de las manos. Se pregunta cómo pintará al día siguiente. Por fin escucha pasos. Busca con la mirada hacia el lugar del que proceden. La sombra del hábito de Fra Giorgio y su paso inconfundible le avisan que la espera ha terminado. El religioso espera allí ser consagrado en la Orden Dominicana. Sandro se pone de pie para recibirlo. Al acercarse, sin mediar palabra, Fra Giorgio le quita el capote que cubre su cabeza. Ve en el rostro de Botticelli el rostro del horror.

—¿Quemaste todos los cuadros?

—Sí, Fra —le miente.

—Si no lo haces, ya sabes cuál es el castigo —lo presionó.

—¡Los quemé todos! No queda nada en mi estudio. Solo los trabajos autorizados —juró.

—Tú debes ser el ejemplo, hijo —le dijo con tono paternal tomando la cara enfebrecida del artista con sus manos frías—. Tú

debes ser el ejemplo para que otros artistas no se dejen tentar por el demonio.

—Sí, Fra… —asintió Sandro cerrando los ojos irritados por el humo.

—Cuando todo esto termine, escribiré en mi testamento que tu sepultura sea en la cripta de los Vespucio.

Los ojos cerrados de Sandro no fueron impedimento para sus lágrimas. Era la promesa que había esperado tantos años. Por fin. Por fin la escuchaba. Él era rehén de Giorgio Vespucio. Lo extorsionaba con una deuda que había saldado hacía tiempo y que había saldado varias veces. El pintor no le temía a la muerte. Debía ser parecida a la oscuridad que se había apoderado de Florencia. Le temía a la muerte sin ella. Solo quería morir con ella.

—Gracias, Fra —musitó.

—Ve con Dios —lo despidió el fraile, pero se dio vuelta sobre sus pasos para recordarle algo más—. Espero pronto tus noticias por las otras comisiones.

—Sí, Fra —respondió Sandro aún sin poder moverse mientras lo miraba partir.

Giorgio Vespucio no abrazaba del todo el fundamentalismo de Girolamo Savonarola que deploraba la formación humanista y el acceso a los libros que él defendía, pero debía disimular ante el temible cultor del máximo sometimiento de las conciencias. Para Savonarola, el hombre que no era manso merecía arder en la hoguera de su vanidad.

¿Cómo la ciudad de la belleza había terminado en las garras del miedo?

Sandro volvió a la ciudad a sabiendas de que lo esperaba el escarnio de los que resistían el oscurantismo del terrible monje. Sabía que caería en desgracia entre quienes lo habían admirado. Pero lo tranquilizaba saber que había salvado las obras donde estaba ella. Todos esos cuadros estaban en lugares lejanos del alcance de Savonarola. Pero en lo personal, debía entregarse a ser quien no era.

La causa de su vida estaba en juego. Le había prometido a Fra Giorgio que seguiría a Savonarola hasta el día de su muerte a cambio de ser enterrado con Simonetta.

LXXII



1498
Taller de Sandro Botticelli,
distrito de Ognissanti, Florencia

*E*ra doloroso ver el nivel de detalle con que Sandro había dibujado el *Inferno* de Dante Alighieri. Su montaña invertida con sus desoladoras penitencias eternas exactamente graficadas, en forma minuciosa e ínfima, eran más un milagro que una obra de arte.

Botticelli, que ya se sentía en el infierno, descendió a esa cueva circular descripta por Dante, con el fervor de su punta de plata cargada con tinta, hasta delinear a la perfección las precisiones del averno.

"Abandonad toda esperanza los que aquí entréis", advertía un cartel a la entrada de ese imperio de la calamidad. Sandro también descendía en él al dibujarlo. Acaso él mismo buscaba no perder su propia esperanza. Como Dante. Cruzando la oscuridad para llegar a su amada Beatrice en el Paradiso. Su Beatrice era Simonetta. Y soportaría el injusto látigo de la difamación como el precio a pagar por la eternidad.

Sandro dibujó ese fatal mapa del horror en su fatal integridad, con sus círculos descendientes y sus castigos, siguiendo al pie de la letra los cantos del poeta, como si él fuera los ojos clarividentes de su poesía.

Llegaría el día en que encontraría el Río de Luz Divina como Dante al dejarse guiar por Beatrice hacia el *Paradiso*. Simonetta era su guía. Valdría la pena esperar por ella. Sus dibujos coloreados con témpera contenían la piedad y el dolor, al mismo tiempo.

LXXIII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

La historiadora había llamado al profesor con insistencia. No lo había encontrado. Al terminar una sesión con Helena, él escuchó sus mensajes. “Lo tengo. Un cuadro de Simonetta que se supone de Botticelli fue apropiado por los nazis y ocultado en una mina de sal. Es por eso que ella está vinculando el peligro en la guerra con el peligro del tiránico gobierno de Savonarola en Florencia. Fue un período desgraciado y miserable para Sandro Botticelli. Llámeme cuando pueda profesor Di Nunzio”.

—Giovanna, cómo le va. Recién se va Helena. Tuvimos una sesión intensa.

—Intensa por qué...

—Ella repitió decenas de veces “la verdad, la verdad, la verdad”; era todo lo que decía, como un mantra, como una letanía. Me preocupó verla aún más delgada. Creo que ha pasado varias noches sin dormir.

—Nos está faltando una pieza en este rompecabezas, profesor.

—Llamaré al fotógrafo para pedirle ayuda.

—¿Qué cree que pasa?

—Son múltiples regresiones en una sola persona. Necesitamos ayudarla a que resuelva esto lo antes posible.

LXXIV



1498
Piazza della Signoria, Florencia

—¡Profeta! ¡Sálvate a ti mismo si eres capaz de milagros!

En un andamio rodeado por una corona de maderas listas para arder, Girolamo Savonarola encontraba su hora final. Él mismo ardería en su hoguera de la vanidad. La vanidad de ponerse en el lugar de Dios no se le perdona ni al que viste el hábito del monje. A esa hora de declive absoluto, era difícil entender que Sandro Botticelli siguiera de su lado. ¿No se daba cuenta de que dejaría de recibir encargos artísticos cuando el tirano cayera en desgracia? ¿No preveía que su salud se desmoronaría si resistía el culto a un demente? Ensimismado en un frenesí que nadie comprendía, luego de ver arder en el fuego de su locura a Savonarola, Sandro corrió a encerrarse en la Iglesia de Ognissanti donde estaba sepultada Simonetta. Temblaba de terror y de impaciencia.

—¡Oh, Dios, adelanta mi viaje hacia ella! ¡No me alargues la condena de estar vivo! —rezaba mientras rechinaban sus dientes y un sudor helado corría por su frente.

Desesperado, de rodillas sobre el mosaico de la tumba de los Vespucio, cayó vencido y quedó sobre la lápida en posición fetal. En sus ojos cerrados no se apagaban las llamas del fuego del que no le era permitido escapar. Apoyó la palma de una de sus manos sobre la fría baldosa e intentó buscar los latidos del corazón que le faltaba. El corazón de Simonetta.

—Espérame —dijo sonriendo y liberando dulces lágrimas de amor —. Espérame, mi Venus. Déjame perseguirte hasta el altar de tu última oración como aquel día que el tiempo no ha borrado, en que te hallé

al lado de la Madonna de mi maestro. ¡Oh, Madonna! Apiádate de tu hijo que tantas veces te ha pintado en tu diáfano y generoso amor…

Allí pasó la noche Sandro mientras Florencia se purgaba de su inquisidor. Nunca supo que, desde la nave, escondido tras una columna, lo había observado durante un largo tiempo Fra Giorgio Vespucio.

LXXV



2023
Piazza della Signoria, Florencia

Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde eran las preferidas de Antonio Agresti para hacer fotografías en Florencia. El aire límpido de ese lunes, con Helena de vuelta en la ciudad, los había reunido en una de esas expediciones compartidas que tanto lo habían acercado a ella. Ninguno ocultaba ni se ocultaba el amor que los unía cada vez más, y tampoco la experiencia mística que compartían, buscando, desde el arte,
respuestas a problemas de la psique o del alma.

Para Antonio no era casualidad haberse cruzado con ella. Compartir aquella reproducción fotográfica del cuadro de Botticelli había sido una de las vivencias más extraordinarias de su carrera. Ahora, caminando con ella en la *Piazza della Signoria*, imaginaba, mientras la miraba, esa otra época en que una mujer idéntica a ella, transitaba las mismas calles, quinientos años atrás. No podía ser obra del azar. Acaso Dios hacía poesía de tanto en tanto. Al menos él la estaba viendo con sus ojos. Ella vestía una túnica blanca con un chaleco de fotografía repleto de grandes bolsillos. Ni esa rusticidad borraba su halo de pagana divinidad. Iba a aprovechar el desayuno para contarle la propuesta del profesor Di Nunzio.

Al pasar al lado de la reproducción del David, la vio hacerle una reverencia y no pudo evitar emocionarse. ¿Eran de alguna manera pares con ese venerado héroe que presidía la entrada al museo del viejo Palacio de la Signoria?

—¿Vamos al café de la Galleria degli Uffizi? —propuso ella sorprendiéndolo.

—¿Estás segura? —chequeó.

—¿No soportas dos Venus a tan poca distancia? —lo provocó ella.

—Para mí solo hay una Venus—le devolvió él, generándole ese cosquilleo de atracción que ella adoraba sentir.

—¡Espera! ¡Los lunes está cerrado! —recordó Helena.

—Ven, aquí a cien metros hay un pequeño café.

No era un lugar para turistas sino un viejo café de esos que eligen los habitantes permanentes de la ciudad. Tenía una barbería de un lado y una *gelateria* del otro. Sobre una antigua barra se acodaban señores mayores que escudriñaban los diarios como si fueran oráculos, mientras en las mesas florecía una que otra tertulia.

Helena y Antonio ocuparon una mesa vacía en un rincón, donde también cabían sus equipos. Y luego de ordenar el desayuno, él le contó lo que tenía en mente.

—El profesor Di Nunzio cree que fue muy positivo reproducir la escena del cuadro.

—¡Sí! Me lo dijo… Y también lo sentí así. Me ayudaste mucho, Antonio —le dijo ella poniendo su mano sobre la de él.

—Quiere hacerlo de nuevo.

—¿De nuevo? ¿El cuadro? ¡No! ¿Pero por qué? *Ma perché?*

—No. No quiere repetir el cuadro. Quiere que hagas una libre interpretación. Le tiene fe a tu sensibilidad perceptiva y que en la improvisación que te demande la sesión puedas expresar algo más de lo que aparece en las regresiones. Lo quiere como un eslabón entre el trabajo que hace él y el que haces tú, pero producido por tu mente artística. Algo así.

—Mira, Antonio, hace un par de semanas me sentía en el final de este proceso. Ahora, estoy por primera vez con la sensación de haber llegado a un callejón sin salida. No sé si quiero seguir.

—Bueno. Esto será una búsqueda libre. Quizás te ayude en esa sensación que tienes. Al menos como catarsis.

—¿Sabes? Mi padre me llamó por primera vez orgulloso de mi carrera por la campaña de Venus. Y no lo podía creer. Al menos en eso me ayudó todo esto…

—¿Solo en eso?

—No —le respondió mirándolo a los ojos y elevándose sobre la mesa para besarlo—. Acepto hacer esa sesión. Dime cómo sería.

—Es más difícil después de tus besos, pero lo intentaré —respondió Antonio, seductor, y continuó—: La idea sería una sesión libre con un tema de base como disparador.

—¿Un tema que yo elija?

—No. El tema sería “la verdad”.

—¡Ah!

—¿Te sorprende por algo?

—Creo que en la última sesión con el profesor dije decenas de veces “la verdad” —le reveló a un sorprendido Antonio—. ¡Sí! Como lo escuchas: la verdad la verdad la verdad la verdad...

—Entonces es una idea mejor de lo que pensaba —reflexionó él.

Helena suspiró asintiendo con la cabeza y coincidiendo en que era una buena idea. Ella misma se había quedado con el eco de esa sesión resonando en su cabeza. ¿Cuál era “la verdad”? Más que nadie, ella quería saberlo.

LXXVI



1498
Taller de Sandro Botticelli, distrito de Ognissanti,
Florencia

Sandro Botticelli había tomado una decisión drástica: salir lo menos posible de su taller y si no quedaba otra opción, hacerlo en esas horas del día en las que cualquiera puede pasar por un fantasma. Borrarse de los ojos de los otros era el único recurso que le quedaba.

Lo habían difamado injustamente al punto de afectar su trabajo. Pero eso no era lo peor que le pasaba. Lo peor era que no podía defenderse. Si lo hiciera, probando su inocencia, perdería lo que más deseaba en la vida: ser sepultado junto a Simonetta. Eran horas muy oscuras. Su pensamiento se volvía por momentos su peor enemigo. Lo asaltaba el temor de que fueran perseguidos y castigados los últimos partidarios del monje extremista Girolamo Savonarola entre quienes se contaba él mismo y Giorgio Vespucio. Si algo le pasaba a Fra Giorgio, su máximo objetivo también se vería impedido. Eran demasiadas las cosas que estaban fuera de su alcance. Y al mismo tiempo necesitaba seguir produciendo. No podía irse de Florencia como Leonardo. Ni podía tomar otra posición política.

La desesperación acelera la percepción de la existencia en quienes la padecen. Cada minuto se convierte en un sinfín de probabilidades que en el mismo instante en que se ven sólidas son vencidas por otras, hasta que en la confusión todo es posible y nada es posible. Y la mente se agota. Y el cuerpo se agota.

Extenuado por sus elucubraciones, Sandro pintaba hasta desfallecer para escapar de ese abismo existencial en el que no dejaba de caer.

LXXVII



2023
Estudio del fotógrafo Antonio Agresti, Florencia

Estaba todo dispuesto. Incluso el vino Chianti que beberían luego de la sesión. Helena caminaba de un lado para otro, haciendo elongaciones y movimientos preparatorios. Lo mismo que hacía antes de los desfiles para sentirse en mayor control de su cuerpo. Antonio terminaba de medir las luces y la miraba de reojo. Ella vestía un pantalón de algodón gris anchísimo y una musculosa blanca. Parecía esas jovencitas que se preparan para un casting. A él le daba inmensa ternura. A veces no sabía si ella era real y en momentos como este le parecía deliciosamente real.

El espacio había sido dispuesto de nuevo como un escenario, pero sin decorado, con un telón negro de fondo.

—Te ves inquieta, no sé si nerviosa...

—Estoy como en los días de desfile, con esa adrenalina que estalla.

—No deberías...

—Si te pusieras en mi lugar, me entenderías.

—No digo que no te entienda. Digo que te convendría un estado más creativo. Poder volar en tus movimientos en vez de controlar.

Helena sintió que Antonio la entendía más de lo que ella se entendía a sí misma. Justamente estaba intentando ganar control y quizás no era lo ideal.

—Y tú qué harías —le preguntó.

—Intentaría sentir. Bucear en mí y sentir.

Helena lo miró y fue hacia la ventana. Allí se quedó un rato mirando sin ver, intentando llegar a ese estado interior ideal para crear. Y ahí fue que se le vino algo a la mente.

—Quiero ver el cuadro de Botticelli que se llama *Fortaleza*.

—Ya mismo lo buscamos —le respondió Antonio mientras hacía la búsqueda con su consola hasta tener la imagen proyectada en la pantalla.

Helena se quedó observando por unos minutos sin decir palabra. No sabía bien por qué le había venido ese cuadro a la cabeza. No era Simonetta su musa y de hecho había sido pintada antes de que ella y Sandro se conocieran. Pero quizás significaba su propia búsqueda de fortaleza interior. Antonio fue quien rompió el silencio.

—Quiero contarte qué hice por mi parte para ayudarte a tener elementos de expresión —le dijo captando su atención mientras iba hacia el escenario—. Tienes a disposición prendas para sumar a tu búsqueda interpretativa. Un tapado de cuero negro, una piel, una capa con capucha roja, una especie de armadura, cintas, plumas… Mira el material y luego te diré cómo seguimos.

Ella miró con cuidado todo lo que le ofrecía y, no conforme, miró a su alrededor. Allí distinguió las telas que hacían las veces de fondo en el set apiladas unas sobre otras y escogió dos de ellas. Él no le dijo nada. Pensó que ella tomaría la armadura por su mención del cuadro de la *Fortaleza*. Pero estaba equivocado. También le había dejado un sombrero, una espada, una cruz y una máscara.

—Haremos dos pasadas con diferentes cambios. Bueno, cambios es una forma de decir. Primero me gustaría que vistas con malla enteriza y medias negras de ensayo de ballet y luego si estás de acuerdo, trabajaremos en desnudo.

Helena lo miró sin demasiada expresión y se abocó a seguir las instrucciones. Pero se tentó y le preguntó.

—No entiendo lo del negro primero.

—Creo que te ayudará a despersonalizar. Te mezclarás con el fondo oscuro. Te perderás, te soltarás. Y quizás después sea más fácil.

Al volver, con malla enteriza y medias negras, su pelo dorado estallaba en el fondo negro. Era la imagen de un torrente ondulado que fluía ante el telón oscuro. Su cuerpo se perdía en ese fondo y por momentos parecía flotar. Él empezó a obturar y fue notando que ella entraba en un terreno que manejaba, el de las poses, pero también que empezaba a jugar y a soltarse. Cuando la vio sonreír con la cara relajada, le dio la siguiente orden.

—Perfecto. Ahora, con pacto de caballeros mediante, hacemos tomas sin ropa.

—¿Pacto de caballeros?

—Sí, de no tentarme… —le dijo riendo.

Riendo ella, dejó la sala y volvió con una bata, pero esta vez lucía

seria y concentrada. Él la vio enfocada y le hizo señas para que avanzara al escenario. Apenas dio el primer paso, supo que ella había logrado su propio trance. Ya sin ropas, empezó esbozando pasos de baile. Parecía una escultura en movimiento despertándose del mármol. Luego ensayó poses diversas, estilizada hacia el cielo o envuelta en sí misma cubierta por su pelo derramado en su piel blanca. De pie otra vez, empezó a girar ganando velocidad y parecía estar en la ronda de Picasso o en la danza de las Tres Gracias. Hasta que recordó el material y fue a buscar recursos para su coreografía.

Lejos de tomar algo de lo que él había elegido, buscó las telas raídas que había separado y se las envolvió como una túnica. Luego las arrojó hacia arriba hasta que cayeron sobre ella cubriéndola en forma desordenada. Allí se deshizo de ellas y volvió a quedar completamente desnuda, irguiéndose con decisión. Como si estuviera por dar una ofrenda, primero extendió sus brazos con las palmas de las manos abiertas hacia arriba. Luego tomó su pelo y con él cubrió su pubis.

Antonio, que no paraba de obturar, sintió lo mismo que aquella vez: que Helena naturalmente lograba la pose de Simonetta. Sintió que estaba ante Venus, que ocultaba su pubis y su pecho. Pero fue solo un segundo porque de pronto la vio dar un giro, desarmar la pose y elevar un brazo con su dedo índice extendido, al que ella miró como invitando a seguirlo, expresando algo místico que él mismo no podía entender. El recorte de su cuerpo blanquísimo con el fondo negro y su índice apuntando al cielo lo hizo pensar en los cuadros de Leonardo Da Vinci y su alucinante *chiaroscuro.*

Ella iba cambiando de gestos y ofreciendo una paleta dramática que atravesaba el lente. Sus ojos, la tensión de sus músculos, la cadencia de sus movimientos, la entrega. Sí. Era una pintura de Da Vinci, pensó Antonio. No sabía si algo de esta sesión serviría, pero sentía que había completado un ritual con la mujer que amaba.

LXXVIII



1498
Convento de San Marco, Florencia

En medio de un gran sigilo, Sandro había acudido al llamado de Fra Giorgio Vespucio. Su patrón convertido en monje dominicano, aún después de la derrota absoluta, se resistía a renegar de Girolamo Savonarola y le exigía la misma ambigüedad a Sandro. El pintor ya no soportaba las injustas difamaciones que estaba sufriendo y comenzaba a poner en riesgo el trabajo que lo sustentaba. No esperaba que el tenso intercambio pasara al plano de las amenazas y escuchó espantado la advertencia del fraile.

—Gracias a mí salvaste tus pinturas más importantes. Yo mismo podría haber urgido a Lorenzo de Pierfrancesco a eliminar la *Primavera* y *Venus*. Todavía puedo hacerlo.

—¡No! —gritó Sandro cayendo de rodillas.

—Ahora veo que entiendes.

—Y recuerda que quien dispone de la bóveda familiar de los Vespucio en Ognissanti soy yo.

—¿Pero por qué, Fra Giorgio? —le preguntó Sandro en tono de ruego.

—De ti depende que tu última voluntad de ser enterrado con Simonetta se cumpla. No puedes romper tu promesa.

Sandro se puso de pie. Estaba descorazonado. No podía decidir por su presente. Debía decidir por la eternidad. No entendía a Fra Giorgio, pero no tenía opción. Seguiría soportando el escarnio, pero sabiendo que cuando todo el tiempo se terminara y él solo fuera olvido, sus cuadros vivirían y Simonetta en ellos. Pero sobre todo que él se iría sabiendo que estaría con ella, para siempre.

LXXIX



2023
Escuela de Historia del Arte, Florencia

—No entiendo cómo no pensé antes en este cuadro… —se lamentó la historiadora Giovanna Regazzoni.

—¿Qué cuadro? —preguntó el fotógrafo.

—Ya sé a qué cuadro te refieres —acotó entusiasmada Josefina, la guía del museo, mientras empezaba a reír por la coincidencia.

—¿Pueden explicarnos de qué hablan? —se sumó el antropólogo.

—De "la verdad" —dijeron las dos mujeres a coro.

Ante los dos hombres atónitos, las mujeres celebraron su complicidad en el hallazgo que tenían ante sus ojos. Se habían reunido para ver las fotos de Helena y Antonio le había mostrado esa que, él creía, tenía un gesto habitual de los personajes de Leonardo Da Vinci, como San Juan Bautista, que elevan hacia el cielo el dedo índice, pero al parecer no era lo que habían visto las mujeres. Recién pudo comprender lo que pasaba cuando luego de buscar en sus archivos, la profesora Regazzoni proyectó la imagen de un cuadro de Botticelli donde se veía a Simonetta Vespucio en la pose exacta que había logrado Helena, desnuda, con el índice de su mano derecha extendido con todo el brazo hacia arriba, sus ojos mirando al cielo y su mano izquierda cubriendo el pubis. La pose de la sesión de fotos era un calco del cuadro.

Ambas mujeres observaron cómo el fotógrafo quedaba boquiabierto ante la coincidencia. Pero al comparar las dos imágenes todos quedaron aún más absortos por la similitud de la intención motriz, de los gestos de la cara y del temperamento que expresaba la modelo… o las modelos. Al silencio profundo que los unió en la

contemplación, lo rompió la guía del museo.

—¿Me deja a mí, profesora? —preguntó Josefina.

—Claro... —respondió cálida la historiadora.

—Este cuadro está en la Galleria degli Uffizi. Si lo mostramos completo, porque aquí solo vemos a Simonetta, seguro lo recordarán. Es una escena tumultuosa. En teoría, Sandro la pintó para advertir a los gobernantes de la tierra que eviten la tiranía de juzgar en falso. Pero es una obra maestra de las alegorías y por tanto puede tener más lecturas. Fue pintada por Botticelli alrededor de 1495 durante el régimen fanático de Girolamo Savonarola. Por ser inexplicablemente uno de sus seguidores —un "llorón", como les decían a sus partidarios — Sandro fue duramente criticado. Este cuadro se llama *La calumnia de Apeles* y reproduce una pintura perdida de un artista griego de ese nombre datada en el año IV antes de Cristo. En el centro de la escena aparece un hombre inocente al que arrastran hasta el Rey Midas que debe decidir sobre su destino. La Calumnia es la que lo arrastra del pelo, vestida de azul y blanco, mientras la Perfidia y el Fraude la acompañan arreglándole el tocado. El hombre de negro que toma a la Calumnia de la mano es el Rencor que estira su brazo hacia el rey. La anciana de negro es el Remordimiento, que mira de reojo a la Verdad desnuda, que es una mujer joven, esbelta, que está del lado izquierdo de la imagen, y que señala el cielo —al decir esto último Josefina notó la conmoción en los hombres y prosiguió—: Sí, señores... Dígalo usted, profesora.

—"La verdad" es Simonetta. Es la verdad desnuda. Y está desnuda porque como el hombre en el piso, que también está desnudo, no tiene nada que ocultar, y de hecho, está señalando al cielo y los altos valores que representa.

—O sea que ustedes sugieren que cuando Helena dijo repetidas veces "la verdad, la verdad, la verdad..." estaba refiriéndose a este cuadro —concluyó el antropólogo.

—Y también lo escenificó, profesor... —agregó el fotógrafo—. Su idea de buscar la expresión corporal funcionó. Es impresionante. ¿Se da cuenta? —continuó Antonio acercándose a la pantalla aún más.

—Lo extraordinario aquí, para mí, es un ángulo que acaba de aparecer en mi cabeza. Creo que tenemos la revelación de un dilema que ha durado por siglos. Es la explicación de por qué Sandro soportó las calumnias por seguir a Savonarola. "La verdad" era Simonetta. Soportó las calumnias por Simonetta. ¿Puedes volver a proyectar la sesión de fotos? —le pidió la historiadora a Antonio.

—Sí, claro.

—Yo reordenaré algunas fotos —la mujer se tomó unos minutos

para armar una secuencia y continuó—. Miren ahora… Es muy impresionante. Si vemos las poses que van evolucionando en Helena en la sesión de fotos podemos reconstruir este cuadro. Ella, cuando se desnuda, ya ha representado al hombre inocente, al rey y a los otros protagonistas al envolverse en las telas. Ya desnuda representa la verdad. Si la verdad para Sandro es el juicio después de la muerte y no antes, eso es estar con ella, a su lado, sepultado.

”Él está entregando su prestigio para estar con ella. Él mismo la dibuja a ella como “la verdad”, mientras es calumniado.

—Eso significa que Sandro se sacrificó por ella. Entregó su prestigio para asegurar que estaría por siempre con ella después de la vida. Fíjense, qué curioso: esto es lo que debe haber sentido el turista que le saca la foto a Helena en la tumba. Que Sandro y ella están juntos allí, unidos por el amor. Hay una percepción popular de amor entre Sandro y su musa emblemática —agregó el profesor Di Nunzio.

—Pero cómo se hace para comprobar esto a través de Helena para que en ella se cierre esta angustia que ya no sé si es de ella o de alguien más —preguntó un tanto confundido Antonio intentando retomar el foco del problema que era Helena, más allá de las hipótesis sobre Botticelli y Simonetta.

—Es el enigma más importante por resolver —reconoció el antropólogo.

LXXX



1499
Iglesia de Ognissanti, Florencia

Sandro entró sigilosamente a la iglesia. Sabía que la puerta trasera de la sacristía quedaba abierta por la noche. La *chiesa* de Ognissanti estaba a solo metros de su estudio. Ya dentro, avanzó a tientas por los espacios conocidos. No había más que penumbras. Sus pasos lo llevaron de memoria donde necesitaba llegar.

Tembloroso pero seguro salió hacia el centro de la nave central por atrás del altar y se dirigió por el transepto al costado derecho. Cada ínfimo sonido de sus pasos se multiplicaba en ecos imprevisibles que lo asustaban. Pero no pensó en eso. Caminó más decidido aún hasta la tumba de su amada Simonetta, y allí recién soltó el aire que venía conteniendo en su pecho. Quitó la capucha de su cabeza y se cayó de rodillas con una de sus piernas. Sosteniendo su codo en la otra, apoyó la cabeza en su mano y, conmovido, le habló a ella.

“Ya no soy el joven pintor que conociste. Tú, en cambio, serás siempre hermosa. Nadie tocará tu rostro pintado por mis manos. Me aseguré de eso. No fue fácil, pero lo hice. Y en el futuro seguirán emocionándose ante tu belleza y tu bondad. Créeme que he pintado tu bondad. Te lo prometo —sollozó—. Te prometo que eso será así. Se regocijarán con tu rostro los siglos. Mira mis manos: tienen callos. Y mis ojos. Ya no muestran aquella lánguida curiosidad que te gustaba observar como a un misterio. Me hiciste sentir bello a mí también. A veces, veo mi autorretrato, ese que te mostré en *La adoración de los Magos*. Qué atrevimiento pintarme ahí. Me veo y me pregunto quién fui. Y ante la duda inmensa sobre mí mismo sé una sola cosa: fui el que te amó. Mi amor por ti es todo lo que queda de mí. Viví para

pintarte. Para traerte de nuevo a mis brazos. Para vencer a la muerte. Y para esperar mi muerte que se empecina en no llegar. Para cuidar que no te tocaran las llamas de la hoguera. Para que el mundo no te perdiera como yo te perdí. Yo mismo me perdí. Me siento muerto desde aquel 26 de abril de 1476. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Más de veinte años. Y solo soy el fantasma que te busca. No ha sido fácil. Me han calumniado. Me han ensuciado con infamias. Y he debido soportar las piedras de la injusticia, para que nadie te tocara hermosa como eras, en la imagen de mis cuadros, y para que cuando llegue el final, no me sea negado un sitio a tus pies. Todas esas mentiras que he soportado valdrán la pena por esta verdad. Tú eres la verdad, amada mía".

En ese momento, al tiempo que una lágrima estallaba sobre la lápida con el escudo de los Vespucio, y a pesar del cansancio de sus ojos empañados, Sandro logró ver cómo desde el altar se soltaba de una flor blanca, un pétalo suave, que parecía flotar en el aire, con un melódico vaivén, como si no quisiera llegar al suelo, como si no quisiera tocar el piso sin ser advertido en su bella armonía, tan parecido a esas flores aladas que acompañaban a su Venus al emerger del mar. Él se quedó inmóvil, mirando ese simple pétalo blanco, pequeño y frágil, providencial. Y no dudó. Ese pétalo en ese momento era lo más parecido a un milagro. Sandro supo que ese pétalo blanco era ella. Y sonrió. Y volvió a encontrarla, como la luz única, en su inmensa soledad.

Esa tarde había sabido que sus cuadros de *La Primavera* y de *El nacimiento de Venus* habían sido profusamente elogiados. Que hacían tertulias para descifrar sus alegorías. A él no le interesaba explicarlas. Solo le importaba que sus pinturas ya no corrían peligro. Y lo salvaban de sí mismo. Simonetta lo salvaba. "Qué extraños círculos dibuja el amor —pensó— cuando todo parece abandonarnos".

LXXXI



2023
Hotel Armani, Milán

Esa mañana Helena y su amigo y colega Domenico habían sido citados para unas fotos en el Hotel Armani. Tomaban un café en un salón minimalista dispuesto en dos alas y decorado despojadamente en tonos cemento con detalles metálicos. El espacio se ensanchaba con la espera. Cuando vio que aún deberían aguardar una hora más, ella decidió revisar su correo y fue allí que encontró el artículo que le había enviado la historiadora:

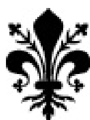
El sacrificio de Botticelli: injustas calumnias para lograr la eternidad.
Por Giovanna Regazzoni

Helena leyó con fruición. En la pieza también figuraba un descendiente de los Vespucio que rechazaba las acusaciones sobre Giorgio Antonio Vespucio, fraile dominicano y mecenas de Sandro Botticelli hasta el fin de sus días. "Todo esto es un intento por desprestigiar nuestro nombre", decía el descendiente. La sola mención de ese nombre —Giorgio Vespucio—, no sabía por qué, le había despertado un intempestivo rencor.

Pero lo que más cautivó su interés haciéndola levantarse de la silla para seguir leyendo sola, en un costado del salón, fue la descripción detallada del cuadro *La calumnia de Apeles*. Al ver la lámina que ilustraba la nota, descubrió con asombro al lado izquierdo de la escena, a una mujer idéntica a ella misma, que ya conocía. Simonetta Vespucio, corporizando a la verdad, desnuda, y con su índice

apuntando al cielo. “¡Oh, Dios mío! Es la foto que sacamos con Antonio…”, se percató asombrada.

LXXXII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

*H*elena ya estaba sentada en el diván, lista para iniciar otra regresión. La entusiasmaba lo que había leído en el artículo de la historiadora. Había vuelto a experimentar esa sensación de conexión profunda como si un portal en el tiempo se hubiera abierto de par en par en su mente. Tenía ansiedad de llegar ahí. Energizada por las novedades había corrido hasta el estudio del profesor. Y hasta le había llevado unas flores compradas al paso en el mercado cercano a la Catedral. Fue cuando lo vio ponerlas en un florero con agua desde el lugar donde estaba recostada, que algo nubló sus ojos. Un pétalo blanco se había desprendido de una de las flores como si fuera alada e iba danzando al precipitarse en melódica danza hacia el piso. En su cabeza esa sola imagen había provocado algo parecido a un cortocircuito. Primero había quedado obnubilada como cuando se produce un relámpago que ciega los ojos, luego había visto superponerse otra visión a la que miraban sus ojos. Ella conocía esa ventana y una flor que se había deshojado entre sus manos. Hizo el intento de estirar el brazo hacia el pequeño pétalo. El profesor siguió su acción sin entender. Y menos entendió cuando la vio saltar electrizada del sillón para salir corriendo.

Sin darle explicaciones, Helena salió raudamente hacia la calle y apuró su carrera sin pausa hacia el estudio de Antonio. Al llegar la sorprendió no encontrar al fotógrafo que iba a estar ahí todo el día. Ella no podía perder tiempo buscándolo o esperándolo. Le escribió un mensaje y le avisó que iba al Duomo y que tenía que llegar antes de que cerrara. Como ella no tenía ningún pase libre, como sí tenía

Antonio por ser fotógrafo, debería comprar la entrada y eso la haría perder tiempo. Tenía que colarse en el último contingente. Y así llegó, exhausta a la fila de visitantes cuando ya estaban entrando.

A diferencia del contingente que se tomaba su tiempo para detalles o fotos, ella debía subir a toda velocidad. Y así montó uno a uno y también de a dos los más de cuatrocientos escalones que se hacían empinados llegando a la cúpula. Ya había pasado el anillo con balcones que daba a esos frescos que parecían pintados en el mismo cielo y se dirigía a lo más alto.

Allí donde se angostaba la escalera empezó a revisar uno por uno los encastres de los andamios, esas pequeñas ventanitas que servían como ventilación o desagüe y que en tiempos de la construcción se habían usado para los sostenes. Revisó uno, dos, cuatro. Nada. Volvió hacia atrás y repitió la requisa. Tenía que hacerlo antes de que la alcanzara el resto del grupo. Hurgó en el quinto recoveco, y también en el sexto que esta vez tenía la forma de cilindro con una base de ladrillos que dejaba una cavidad con la reja. Y allí sintió con su mano un obstáculo en la pequeña hendija. Hizo fuerza. El espacio era pequeño. Metió su dedo más pequeño y empujó. Se lastimó la piel al hacerlo, pero sintió que el pequeño objeto se movía. Empujó más y más hasta que logró sacarlo. Era una lámina, pero no contenía un dibujo sino una especie de mensaje. Estaba al borde de la desintegración, aunque sostenido por una suerte de laca y pequeñas fibras que todavía unían el material.

Empezó a temblar. Lo abrió con cuidado. *“Oh, Dio mio, avevo ragione”*, “Oh, Dios mío, tenía razón”.

Su visión no había sido equivocada. Estaba ante el segundo testamento de Sandro Botticelli. Apenas vio el título y la firma cuando escuchó las voces cercanas del resto de los visitantes. Con cuidado metió el papel en el bolsillo de su campera sin leerlo del todo y descendió a toda velocidad. Iba golpeándose entre las paredes para bajar. Se preguntó si habría alguna cámara en el lugar donde había buscado. Pero no podía volver. Cuando ya estaba casi en la planta baja, y desesperada por salir, vio a Antonio. Su agitación no le permitía articular las palabras para explicarle con la serenidad requerida. Le tomó la mano y lo sacó de la iglesia como si fueran dos delincuentes.

—Tendrás que explicarme esto.

—Claro que lo haré —lo desafió ella a los gritos mientras corrían tomados de la mano.

Claro que le explicaría su hallazgo en un lugar similar al que alguna vez había devuelto cenizas de rosas.

LXXXIII



1499
Catedral Santa Maria del Fiore, Florencia

Un verdadero diluvio se desataba sobre Florencia. Sandro se había quedado oculto al pie de las escaleras del Duomo al terminar el servicio para que nadie advirtiera que no salía de la iglesia. Ahora la tempestad era su aliada. Nadie entraría a la catedral en medio de ese vendaval, entre relámpagos y truenos que reventaban en el cielo y parecían amenazar con descender a la cúpula del juicio final que presidía la nave. Tenía guardado entre sus ropas el pequeño papiro de un cuero lo suficientemente resistente como para que el tiempo no lo desintegrara con facilidad. Lo había cubierto con el mismo material con que preparaba las tablas de sus cuadros para impermeabilizarlo y hacerlo más resistente.

Era aterrador lanzarse hacia la cúpula en una noche así. Más aún si se llevaba un mensaje pensado para cuando ya no estuviera en esta tierra. Había atravesado demasiados horrores en la vida como para acobardarse por ese repentino temor que le producía palpitaciones en el pecho. Acaso no era ni la tormenta, ni la sórdida subida, sino el contenido de su mensaje lo que lo atribulaba. Si era encontrado estando él con vida, podía desatar un cataclismo. Al menos para sus propósitos. Pero deseaba tanto su propia muerte y disolución, que en noches como esa la sentía inmediata. Dejar ese testamento le daría paz. El lugar que había elegido era casi un homenaje poético. Algunas de esas ventanitas del duomo habían servido de escondite para la flor de su amada. Ahora serían bóveda inconmovible de su secreto, de su cruz, de la pérfida injusticia que había pagado sin merecerlo.

En esas pocas líneas, daba testimonio de su inquebrantable

decisión “de obedecer a Giorgio Antonio Vasari, monje dominico del Convento de San Marco, hasta las últimas consecuencias, a cambio de asegurarse su propia sepultura al lado de Simonetta Vespucio, de preservar de la hoguera los cuadros donde la había pintado, aunque eso significara declarar fe y lealtad a Girolamo Savonarola, el profeta del miedo y la opresión”.

Cuando vio que la hendija era mucho más angosta de lo que creía dobló el papel en tres pliegues y con cera que había llevado consigo logró meterlo y sellarlo para que nadie se diera cuenta hasta que fuera el momento indicado, y la verdad saliera a la luz. “Que sea la voluntad de Dios. Amén”. Concluía.

Al descender los peldaños le habló a ella. “Un día lo encontrarán. Tú harás que lo encuentren”.

LXXXIV



2023
En la ribera del río Arno,
camino a la Galleria degli Uffizi

—Como lo escuchas, Giovanna. Acabo de presenciar la discusión de los expertos. No pueden creer lo que dice ese pequeño papiro. Es la reivindicación de Botticelli, quinientos años después.

—Lo que nadie podría creer es cómo llegamos a encontrarlo, Josefina.

—¿Llegamos? Creo que tuvimos asistencia desde algún lugar del cosmos.

—Nada hubiera sido posible si no se te ocurría buscar a Helena y convencerla de hacer esas regresiones. ¿Por qué lo hiciste?

—Si la hubieras visto como yo la vi, encontrarse con su imagen calcada en ese cuadro, habrías jurado que esa chica era Simonetta Vespucio.

—Ya hablaremos. Estas cosas desafían a nuestros métodos históricos. Y no lo digo como queja... Imagínate, con estos resultados.

LXXXV



2023
Iglesia de Ognissanti, Florencia

*H*elena se había despertado con la necesidad de expresar lo que sentía. Pero no quería compartirlo con cualquiera. Quería decírselo a la persona indicada. Por eso se había escabullido temprano de la cama de Antonio y se había vestido de manera que no pudieran reconocerla. No quería que la descubrieran de nuevo en la tumba de Sandro Botticelli. Decidida, y aprovechando las primeras horas de la mañana antes del primer servicio litúrgico, cruzó la nave por el corredor derecho y llegó hasta la pequeña circunferencia en que se leía:

Sepulcrum.Mariani.Filipepi.Filiorum.1510

Caro Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi, Caro Sandro, Sono contenta di averti trotavo. La mia vita è migliore da quando ho scoperto il tuo amore.

Mi vida es mejor desde que descubrí tu amor. A veces me parece un sueño todo lo que pasó y quizás lo sea, pero tengo la felicidad de haberlo soñado. De haberte defendido sin saber que lo hacía, como tú defendiste los cuadros de Simonetta. El día en que me vi dentro de tu pintura sentí que cambiaba para siempre todo lo que entendía de la existencia. Eso me dio terror. Pero luego supe que la existencia es mucho más ancha de lo que creemos, y por eso nos da miedo. Porque preferimos la vía angosta y conocida. De tu loca presencia en mi vida recibí muchas bendiciones. Y haber conocido a Antonio es una de ellas. ¿Pensaste que él tomó tu lugar y me hizo Venus quinientos años

después que tú a tu Simonetta? ¿Habrá sido ese ritual nuestro destino? Lo que sé es que él me presintió más de lo que yo misma me conocía. Y que algo me dice todos los días que lo que siento es amor. Que sueño que un día de estos me diga ‘Ti amo’. Y yo le conteste que él es mi Sandro. Pero no vine a hablarte de mí. Vine a conversar contigo para decirte que espero que tengas paz después de siglos de injusticia. Y que tu inmenso amor deja huella en cualquiera que la vea a ella en tus pinturas. Porque solo tu amor pudo verla con esos ojos eternos.

Helena limpió dos pesadas lágrimas bajo la gorra que ocultaba su cabellera y al levantar la cabeza vio a Antonio.

—¿Cuánto escuchaste? —fue lo primero que atinó a preguntarle.

—*Ti amo, cara Helena* —contestó él por toda respuesta y la levantó de un tirón para abrazarla—. Solo estando enamorada de mí puedes compararme con Botticelli y decírselo a él. Tú estás loca —le susurró al oído.

LXXXVI



1502
Villa di Castello, Florencia

Lorenzo di Pierfrancesco de Medici ya había perdido la contienda histórica con su primo Lorenzo el Magnífico. Había intentado por todos los medios ser su sucesor luego de la caída en desgracia del monje extremista Girolamo Savonarola. Pero las sospechas que lo habían señalado como un conspirador para lo inaceptable habían puesto fin a esa ambición. ¿Había favorecido la conquista de Florencia a manos de César Borgia, Capitán de los Ejércitos Papales e hijo del Papa Alejandro VI? Eso era imperdonable. Debía agradecer que semejante complot no le hubiera valido ni exilio ni condena. Pero estaba sepultada en forma irreversible su carrera hacia el comando de la república.

Solo le quedaba la sucesión simbólica de aquel linaje al que tanto había combatido como envidiado. El mecenazgo de grandes artistas que antes habían sido patrocinados por su notorio y poderoso primo, recaía ahora en sus manos. Alguna vez había visto escapar enfurecido de su villa a Lorenzo, luego de ver el cuadro de *La Primavera*. Aunque Sandro Botticelli nunca se lo confirmara, era un secreto a voces que había ido hasta su taller con recriminaciones. No podía negar que su homónimo pariente, Lorenzo de Medici, a quien con obsesión detestaba y admiraba, había sido un genio artístico en sí mismo. ¿Cómo había sabido que aquel adolescente que aprendía a ser escultor en sus jardines merecía ser invitado a vivir en su casa como un hijo más? ¿Qué lo había llevado tan temprano en su carrera artística a hacerlo depositario de aquel legendario regalo de una capa púrpura que lo había distinguido de todos los otros aprendices?

Al menos, si él no iba a merecer una estatua de Hércules como la que Michelangelo había esculpido tras la muerte de su primo, este Lorenzo, el pequeño, no el Magnífico, quería agasajarlo por la empresa que estaba a punto de acometer construyendo una estatua gigante que fuera símbolo de Florencia. Lo recibía una vez más luego de su regreso de Roma para hacerse con aquella pieza única de mármol que yacía inservible en el Departamento de Obras de la Catedral y que las autoridades habían decidido cederle. En algún momento ese anhelado bloque había sido codiciado por Leonardo Da Vinci con quien competían a veces lúdicamente y otras no tanto. Pero finalmente, luego de esculpir su aclamada *Piedad* en Roma, este hijo dilecto de Florencia regresaba para una empresa que muchos temían irrealizable.

—¿Te acuerdas cuando te dije que si sepultabas aquel Cupido de tamaño real nacido de tus cinceles y que todos admiraron, y lo sacaras todo polvoriento de su entierro, iba a parecer una genuina obra de la Antigüedad? De la misma manera te digo que harás un milagro con ese bloque de mármol...

—Siempre me ha tenido fe, su señoría —respondió Michelangelo, cortés pero seguro de que el vaticinio se cumpliría, si no por milagro, por pura obstinación.

—Ven, te mostraré las obras que guardo aquí —lo invitó Lorenzo di Pierfrancesco de Medici.

Juntos dejaron atrás el patio que antecedía a los laberínticos jardines de la Villa di Castello y al llegar a los aposentos de su destacado anfitrión, vio algo que lo hizo enmudecer. "¡¿Quién?! ¿Cuándo? ¿Quién había pintado una mujer desnuda en tamaño real?". Su mente volvió a Donatello, como cuando era niño, como ahora siendo un hombre. En la naturaleza del cuerpo estaba el bien. Y a él esa naturaleza le merecía el estudio más profundo para entender, casi desde el alma a los músculos, la expresión humana. Supo con poca observación que era la pintura de Sandro Botticelli de la que había escuchado hablar. Había rumores a su alrededor, pero no supo si se dirigían a él. Estaba ante la primera mujer desnuda por la mano de un artista desde tiempo antiquísimo. Desde las Venus de Roma. Estaba ante una Venus de su tiempo. Quizás él no hubiera podido transmitir lo etéreo. Se expresaba mejor con materiales que parecen invencibles. Alguna vez le habían dicho que pintaba como si esculpiera. Recordó el temblor de sus manos al terminar *La Piedad*. Se había quedado en silencio por días. A veces se miraba las manos enormes y se preguntaba si acaso hablaban con Dios mismo para sacar lágrimas de la piedra. Tenía ante sí a una mujer que en su dulce belleza exorcizaba los ojos de quien miraba. Así sería su David. Gigante y bello.

Imponente y justo. Magnífico y sin mácula de vanidad. Sería como ella, conmovedoramente libre. Quizás nadie entendía a Sandro Botticelli. Ese cuadro lo había pintado un artista valiente. Valiente y libre. Y eso uniría a esta Venus y a su David: la desnudez de los libres.

—Hombre, pareces en otro mundo —le reclamó palmeando su hombro desde su baja estatura Lorenzo de Pierfrancesco.

—¿Qué ve aquí, su señoría? —le dijo señalando a la pintura con sus ojos.

—¿Qué veo? Lo que mis maestros me enseñaron a ver, Michelangelo: *Humanitas!* —exclamó alargando el vocablo.

—Sí. Humanidad —asintió Buonarroti, y sin dar muchas explicaciones salió intempestivamente de la sala.

Lorenzo de Pierfrancesco se quedó pensando si acaso sus cuadros incitaban a quienes los veían a la acción inmediata. Y en todo caso, por qué a él no le pasaba lo mismo. Curioso, intentó mirar la Venus como si no la hubiera visto nunca. Se puso más lejos, más cerca, de un ángulo, del otro. Achicó los ojos, enfocó, desenfocó, y nada. Terminó preguntándose lo de siempre: ¿qué pensaría ante la obra su primo Lorenzo?

LXXXVII



2023
Estudio del profesor Stefano Di Nunzio, Florencia

Esta vez Helena no entraba al estudio del antropólogo para una regresión, sino para despedirse. Al abrir la puerta, ya sin los compromisos de la terapia, se estrecharon en un abrazo filial. Ninguno de los dos había pensado jamás cuán lejos llegarían en la aventura psíquica que habían emprendido. Pero había algo mucho más importante: el efecto que había tenido en la joven modelo la valiente exploración a la que se había atrevido.

—Siempre me llamó la atención que provengas de una zona tan cercana a la que nació Simonetta. ¿Te quedarás allí para Año Nuevo?

—No, solo Navidad. Quiero pasarla con mis padres. Luego volveré con... Antonio.

—Me alegra que tu padre haya empezado a aceptar tu carrera de modelo —le dijo el profesor al tiempo que le entregaba una taza de té y se sentaba frente a ella en la mesa.

—La verdad que se han multiplicado las ofertas de trabajo desde aquel video y sí, papá me ha dicho que solo quiere que sea feliz. Pero no voy a dedicarme solo a eso.

—¿A ser feliz?

—¡No! ¡A la moda! —respondió riendo por la ocurrencia del profesor—. Quiero hacer fotografía. ¿Sabe, profesor? Siento que puedo ver Florencia como otros no pueden, por toda esta conexión. Y quiero que mis propios instintos me ayuden a descubrir lo que sé.

—Es excelente lo que dices. Y me emociona. Porque todo este trabajo te ayudó a encontrar ese talento.

—Haré fotografía de la mano de Antonio y... de Botticelli —agregó

ella y volvió a sonreír.

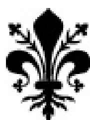
—Creo que hay una Florencia oculta que solo tú podrás ver, hija. Por mi parte, quiero decirte que tu caso me ayudó a sumar evidencia empírica a algunas hipótesis, pero que sobre todo logré lo que humildemente me propongo al tomar un caso...

—¿Y eso qué es...?

—Que lograste cerrar el círculo entre ese punto de una vida pasada que apareció como un misterio y tu propio presente.

—Sí, profesor. Cerramos el círculo —le dijo ella con dulzura y extendiendo su mano sobre la de él agregó—. Gracias, por siempre.

LXXXVIII



2023
Departamento de Helena, Florencia

Helena cruzó la Piazza di Santa Croce bajo la severa mirada de Dante Alighieri cuya estatua precedía la entrada a la Basílica del mismo nombre. Era la última vez que hacía el camino habitual hacia el módico departamento que había alquilado en Florencia. Regresaría a Cinque Terre a ver sus padres y luego se mudaría con Antonio. Era, sin dudas, un momento de definiciones importantes. Pero se habían dado naturalmente, como pasa con las cosas genuinas.

¿Cuánto había influido Simonetta Vespucio en todo lo que le pasaba a Helena De Benedetti? Helena no quería decirlo, pero Simonetta no había quedado en el pasado como un artilugio de la psique para conocerse a sí misma. De cierta forma, Simonetta estaba en ella. Desde su íntima comprensión por las vivencias de esa mujer que había pasado por este mundo quinientos años antes, en tan corta vida, y desde el parecido físico que la había interpelado desde un principio y con el que finalmente se había reconciliado. También se había amigado con la idea de aceptar lo que no tiene explicación y de pronto nos sorprende, desafiando todo lo que creíamos hasta ese momento. “Te pasará muchas veces en la vida que algo parece cambiar el orden de las cosas”, le había dicho Josefina, la guía del museo, al despedirse. Era sabia.

Luego de tantos temores, de tanta ansiedad e incluso confusión, Helena sentía que había cumplido una misión. Una misión en nombre de Simonetta, de Sandro y de ella misma.

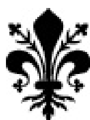
Al entrar al hall del sencillo edificio se apresuró y con pasos largos alcanzó el ascensor. Pronto se vio abriendo la puerta del pequeño

reducto que había sido su morada en días intensos de descubrimiento. No lo olvidaría. Al ingresar, soltó sus cosas en un sillón y buscó de inmediato el ventanal para abrir las cortinas y dejar que entrara la luz dorada de esa hora de la tarde. Helena se sentía liviana. Había dejado de pesarle el tiempo. El tiempo pasado y la incógnita del futuro. Sentía el aplomo de la certeza. Ahí nomás donde estaba empezó a quitarse la ropa. Necesitaba darse un baño. Recibir el agua caliente sobre su espalda. Que corriera por su cuerpo. Que sanara su cansancio. Que lavara sus miedos. Que se llevara todo lo que estaba de más. Por largos minutos se quedó bajo la ducha como si fuera un bautismo. Volvía a encontrarse consigo misma luego de todo lo vivido y con las preguntas que se había atrevido a realizar. Al salir, sintió su piel latir como si reviviera. El cuarto de baño había quedado inmerso en la bruma perfumada del vapor que empañaba los espejos y la pequeña ventana que mostraba un cielo naranja.

De memoria, Helena tomó su pelo larguísimo, lo enrolló para escurrir el agua y se envolvió la cabeza con una toalla. Pasó la mano sobre el espejo empañado y se miró. Sí. Había renacido. Podía dormir un día seguido. Tal era su sensación de levedad. De un impulso dejó caer la bata que la cubría y se miró desnuda. Llevó su mano derecha tras la nuca para relajar el cuello. Presionó allí suavemente con los ojos cerrados y luego de tres repeticiones, acompasadas con la respiración, los abrió. Y allí donde su mano descendía por el cuello lo notó. Quitó su mano. Miró de nuevo. Pasó sus dedos por el lugar. Volvió a limpiar el vidrio. Otra vez el espejo revelador, como lo había sido el cuadro de Botticelli. La imagen era clara. Su piel también. No estaban los dos lunares con los que había nacido. En un instante, pasó de la absoluta calma al temblor, de lo etéreo a lo urgente.

Recogió la manta del piso. Y salió tocándose el lugar donde antes estaban aquellas marcas de nacimiento en busca de su teléfono móvil. Pero algo la frenó. No llegó ni a tomar el aparato. Recordó las palabras de la historiadora. ¿Era la marca de la serpiente del renacer? Entonces, la marca de la serpiente del renacer ya no estaba. El decreto de aquel cuadro se había cumplido. Volvió al espejo. Volvió a mirar. Y su cuello blanco, sin mácula, esta vez, no le llamó la atención.

LXXXIX



2023

Sala Botticelli, Galleria degli Uffizi, Florencia

El antropólogo Stefano Di Nunzio, la historiadora Giovanna Regazzoni y la guía Josefina López se encontraron frente al cuadro de *El nacimiento de Venus*, a pedido del profesor. Ellas no sabían para qué las había citado hasta que él les refirió el asombroso episodio que le había relatado Helena. Tenía en sus manos las fotos que ella le había enviado: su cuello sin los lunares.

"Que el suceso referido ha tenido lugar luego de tomar un baño. Que al menos en ese momento se ha producido el hallazgo. Que la paciente relata una situación con ciertos ribetes místicos. Que primero experimenta miedo. Que revisa dos veces y los lunares efectivamente no están. Que finalmente se impone en ella una certeza que la tranquiliza: 'es la marca de la serpiente del renacer'. Así lo refiere ella", había anotado el profesor y así lo había transmitido a sus interlocutoras.

Los tres permanecieron en silencio. Era un momento de introspección compartido. La Venus de Botticelli los observaba sin inmutarse. Estaban ahí, a un metro de la pintura que había iniciado el viaje psíquico que creían terminado. ¿Y ahora? La desaparición de los lunares era una evidencia fáctica y física, pero sin explicación lógica.

Josefina estaba boquiabierta y a la historiadora le brillaban los ojos con un destello triunfal.

—¿Y si tampoco es Simonetta? —arriesgó Giovanna Regazzoni.

—¿Cómo? —preguntó el profesor.

—Y si en realidad... —continuó la mujer caminando hacia el cuadro—. ¿Y si en realidad tanto Simonetta como Helena son otra

personificación?

—¡¿Quién?! —exclamó incrédula Josefina.

—¿Si en realidad es Venus, que de tanto en tanto necesita caminar entre nosotros, para sentir amor? —la historiadora lo dijo mirando a los ojos a la Venus del cuadro como si esta pudiera escucharla.

—¿La está invocando, profesora? —soltó con picardía y una leve risa la guía del museo mirando también la pintura.

—¿Dice que Venus se hace mujer para sentir amor? —agregó el profesor acercándose a la mujer y sumándose a la contemplación del cuadro.

—Sí, profesor. Amor. Amor como el que puede sentir un mortal. Es lo que en definitiva anhelan los dioses en su insoportable eternidad.

Josefina estaba a punto de decir algo cuando vio caer del cuadro una de las flores que flotaban etéreas al llegar a la costa la diosa del amor. La mujer no dijo nada. Se agachó, la tomó, olió su perfume y se acercó a sus dos absortos compañeros. Ninguno dijo una palabra. No hacía falta.

Venus había renacido una vez más.

AGRADECIMIENTOS



Esta historia comenzó en un sueño. Sí. Soñé el argumento de esta novela, y al despertar salté de la cama para atraparlo antes de que se esfumara en mi memoria como pasa con los sueños. Lo escribí sin parar hasta que todo quedó a salvo de mi olvido. Pero eso no trajo el alivio. A las pocas horas, había comenzado la investigación histórica y temática. Histórica porque es una novela que combina interrogantes históricos que intento responder mediante una hipótesis de los hechos y un mecanismo de revelación que explora la regresión a vidas pasadas.

Dos días antes de mi sueño, habíamos regresado de Italia. En las calles de Florencia recuerdo haberle dicho a mi marido, Luis, que quería encontrar la idea para un libro en ese viaje. Yo no sabía entonces que lo estaba encontrando pero que se revelaría a su tiempo y en forma onírica. Le agradezco a Luis Petri por acompañarme en la vida, cuando sueño despierta y cuando sueño dormida.

Antes de empezar a escribir, recuperé la foto que él me tomó, de perfil al lado de *El nacimiento de Venus* de Sandro Botticelli en la Galleria degli Uffizi. ¿Este libro empieza con el encuentro de la protagonista ante el cuadro o con mi encuentro ante el cuadro? ¿Me lo habrá dictado Sandro? (Sonrisas). Le agradezco a Sandro Botticelli por la inspiración.

Para indagar sobre las regresiones a vidas pasadas conté con el inestimable aporte de Lourdes Pérez, estudiosa de la temática y mi hermana, que me ayudó en el abordaje y en la comprensión de esta búsqueda psíquica y espiritual. Necesitaba una mirada informada y sin prejuicios para que mi argumento pudiera ser verosímil.

Cuando se me reveló esta historia que involucraba la idea de explorar las terapias de regresión a vidas pasadas, encontré una conexión entre esa búsqueda y el psicoanálisis. En el diván, indagamos en las cuestiones no resueltas de nuestro pasado personal. Pero ¿qué

pasa cuando aparece la sensación de haber tenido otra vida antes que esta? ¿Cómo realizar esa búsqueda que va más allá del inconsciente?

"¿Acaso no es la historia un *continuum* de formas en que el ser humano se pregunta sobre sí mismo?", se pregunta el antropólogo Stefano Di Nunzio, uno de los personajes de mi novela. Les agradezco a mis personajes por ayudarme a pensar en los temas trascendentes y en los misterios de la existencia.

Desde que apareció en mis sueños el argumento de esta novela, escribirla fue inevitable. Trabajé una semana en forma obsesiva antes de presentar la idea. Era el tiempo que me quedaba de vacaciones pero, lejos de prolongar el descanso, me quedé en casa, prácticamente sin salir, hasta que tuve una investigación preliminar de personajes, fechas y lugares. Ahí fue que le escribí con tono de urgencia a Genaro Press, uno de mis editores. Él ya me había acompañado en el viaje histórico de mi novela anterior, *La dama oscura*. Sabía que iba a estar a salvo. Su respuesta no tardó y en pocos días estábamos reunidos en el despacho de Glenda Vieites, una de las editoras generales de Penguin Random House. No la conocía hasta ese momento, pero sentí inmediatamente su confianza y el valor que le daba a la creación literaria, para ofrendar sin temor mi historia. Con ojos grandes y curiosos, Glenda y Genaro me escucharon durante casi tres horas. Hay una magia que se produce cuando tus editores creen en tu argumento. Y eso pasó. Les agradezco por acompañarme con ese impulso vital cuando un libro es apenas una visión.

"¿Para cuándo creés que la podés terminar?", me preguntó Glenda. Genaro me miró. Contesté una locura. La locura ocurrió.

Mi sueño no había sido abstracto. En él se me habían presentado Sandro Botticelli, Lorenzo de Medici y Simonetta Vespucio. Luego, me vi a mí misma escribiendo el argumento de la primera escena en mi notebook. Y ahí desperté.

Gracias, Sandro Botticelli, por llamarme desde tu arte. Quizás, uniendo los puntos de esta historia, pude hacerles justicia a vos y a la bella Simonetta, "la sin par".

"El arte puede liberar al mundo", dice Leonardo Da Vinci en mi novela. Gracias, Leonardo, por tu indomable libertad.



No entendía si esta vez era ella la que replicaba al cuadro o el cuadro a ella.

Helena es una joven modelo italiana que está trabajando en Florencia. En su paseo por la ciudad vive una extraña experiencia frente a *El nacimiento de Venus*, el célebre cuadro de Sandro Botticelli, y queda tan impactada que se desmaya. El inexplicable suceso la impulsa a buscar respuestas junto a un antropólogo, con el que iniciará una terapia de vidas pasadas que la llevará a desentrañar el misterio sobre Simonetta Vespucio, y su inesperada conexión con ella. ¿Había sido en otra vida la musa del pintor cuya belleza la convirtió en ícono del Renacimiento?

Después de *La dama oscura*, Cristina Pérez vuelve a sorprender con su pluma y rigor histórico para indagar en una biografía repleta de enigmas. Una novela que entrelaza nuestros días con el Renacimiento, uno de los períodos más fascinantes y ricos de la humanidad. Un thriller psíquico que aborda la regresión, una de las más novedosas exploraciones sobre las revelaciones de la mente humana.

¿Cómo buscar cuando surge la sensación de haber tenido una vida anterior?

Siempre es tiempo de renacer.



CRISTINA PÉREZ

Es periodista, con una trayectoria de más de tres décadas, incluyendo televisión abierta nacional, radio y gráfica. Actualmente, conduce la edición nocturna de *Telefe Noticias*, el noticiero líder, en Telefe, donde se desempeña desde 2002. Además, conduce en Radio Rivadavia *Cristina sin vueltas*.

El amor por la literatura y la lectura es fundacional de su vocación como comunicadora. Colaboró con *Clarín*, *La Nación*, *Infobae*, *ADN*, *Farsa Mag* y *Ultrabrit* en trabajos de crítica literaria. La literatura también la llevó a la actuación en obras de Shakespeare, personificando a Lady Macbeth, la reina Isabel y Cleopatra. Trabajó en Radio Mitre, Radio Del Plata, Canal 9 (*Azul Noticias, Zona de Investigación*), revista *Gente*, Perfil.com, CBS Telenoticias, entre otros medios. Recibió cinco Premios Tato, cuatro Martín Fierro, un Leading Women y un Premio Security, por su labor periodística, y fue dos veces nominada a los premios ETER de radio. Es miembro de FOPEA (Foro de Periodismo Argentino), ONG que brega por mejores estándares profesionales. Cursó estudios de Historia, Inglés y Literatura Inglesa (UNT, Oxford Continuing Education, University of London, OISE-Boston).

Como autora, publicó *Cuentos inesperados* (Sudamericana, 2013), la novela de intriga *El jardín de los delatores* (P&J, 2013) y *La dama oscura* (P&J, 2021). *Tiempo de renacer* es su cuarto libro.

@cris_noticias

CRISTINA
PÉREZ



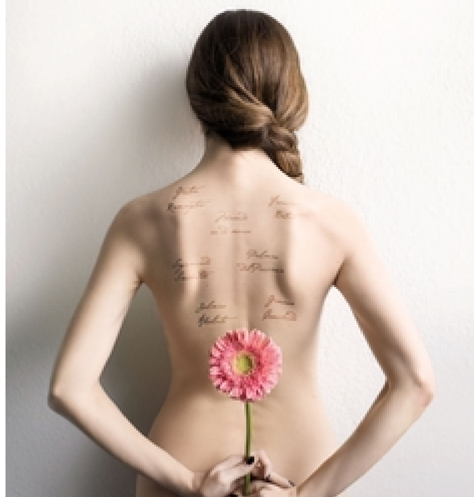
LA DAMA
OSCURA

CRISTINA
PÉREZ

EL JARDÍN DE
LOS DELATORES

EL PODER POLÍTICO DISPUESTO A TODO PARA
DETENER A UN ENEMIGO SIN ROSTRO




CRISTINA PÉREZ
Cuentos inesperados

Pérez, Cristina
Tiempo de renacer / Cristina Pérez. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2023.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-705-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de tapa: composición digital a partir de *El nacimiento de Venus* de Sandro Botticelli (detalle) y fotografía de Istockphoto
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: diciembre de 2023

Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

ISBN 978-950-644-705-2

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII